

THE SENTINELS™

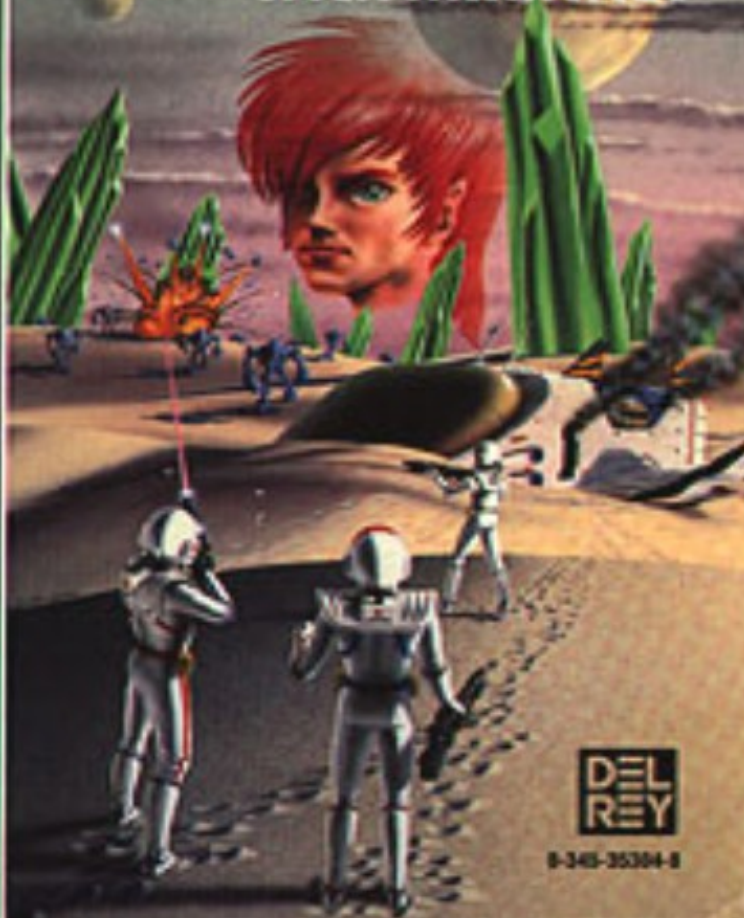
#4

ROBOTIC

WORLD KILLERS

The Sentinels' mission to Haydon IV is twofold: to cure their friends, and rid the planet of the levi...

JACK MCKINNEY



**DEL
REY**

0-345-35304-8

La misión de los Centinelas a Haydon IV tiene dos fines: curar a sus amigos, y erradicar del planeta a los Invid...

¡A LAS ARMAS!

Los habitantes de Karbarra parecidos a osos y las bravuconas amazonas de Praxis, los ferales nativos de Garuda y los héroes humanos Robotech: estos campeones se unieron a otras razas, de otros planetas, para formar los Centinelas.

¿Pero qué fuerza podría soñar con erradicar a las hordas Invid de Haydon IV, mundo etéreo de superciencia y un conflicto emocional oculto, o de Spheris, globo cristalino de minerales vivientes y resonancias asesinas?

Los Centinelas lanzaron su ataque de todas formas; habían llegado demasiado lejos para rendirse ahora a la tiranía. Pero la perfidia de un general humano megalómano y un mutante prisionero de guerra Invid hacían que la guerra pareciera ya perdida.

Los Centinelas siguen luchando, porque para ellos no hay otra salida más que...

¡LA VICTORIA O LA MUERTE!

ROBOTECH

Los Centinelas

Asesinos de planetas

Jack McKinney

Versión 1.0

20.09.13



Título original: *World Killers*

Autores: Brian Daley y James Luceno bajo el seudónimo de Jack McKinney

Publicación del original: 1988



Libro 16 en el orden de publicación, y 11 en el orden cronológico/de lectura.

Traducción: Luis N. Migliore (Córdoba, Argentina)

Revisión: sin revisar

Edición: Bodo-Baas

Base LSW v2.0

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Robotech y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Robotech y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de sus respectivos propietarios.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Capítulo 1

Ellos eran los Nuevos Paladines que avanzaban para contestar la llamada de la trompeta hacia una guerra de pesadilla.

Eran mortales envueltos en eventos que trascendían cualquier cosa que alguna vez hubieran esperado.

Muchos de ellos eran militares de carrera que habían aprendido que las guerras a menudo las ganaban aquellos que hacían menos equivocaciones.

Pero también sabían que todos se equivocan alguna vez.

Le Roy La Paz, Los Centinelas.

—¡Todos manténganse atentos! ¡Parece que vamos a tener que ir a las armas!

Jack Baker ajustó los Veritechs apareados que estaba volando — el lustroso caza Alpha que ahora estaba unido como un bozal para la nave Beta más gran-de y más corpulenta. Una mirada rápida hacia sus periféricos de estado de armas reveló que los otros dos Alpha-Betas de su partida de incursión todavía iban en formación cerrada detrás de él.

—¡Jack, no! —vociferó Janice Em. Ella iba en la segunda nave junto con Bu-rak, Lron y Tesla—. Oíste lo que Veidt y Sarna dijeron: ¡las defensas de este mundo responderán a cualquier acción hostil!

En realidad, Veidt había dicho que los legendarios sistemas de protección del planeta respondían al mero intento de intrusión o acto provocativo. Y eso sin duda parecía ser el caso hoy, aunque los cazas habían entrado con las armas y los escudos bajados.

—Te tengo una noticia: ya hicimos que Haydon IV nos enviara

una enco-mienda, niña —bufó Jack—. ¿O piensas que la superficie de este planeta nor-malmente se contrae y luego comienza a escupirle fuegos artificiales a la gente? Prepárate; te guste o no, parece que estamos a punto de meternos entre algunos giros y disparos.

Una parte de él registró el hecho de que el terreno de Haydon IV en reali-dad no se estaba contrayendo; estaba cambiando de forma, como algo de una de esas antiguas películas de animación de arcilla. Y las cosas que se acercaban a los Veritechs entrantes parecían más vórtices revueltos o lenguas de llama que fuegos artificiales.

Sea lo que fueran, viajaban a una velocidad tan alta que Jack vio que los VTs no tenían ninguna oportunidad de correr por sus vidas.

—Activen los escudos y las armas —Jack intentó sonar calmado—. Y qué-dense cerca de mí.

Era demasiado tarde para volver, así que no había nada que hacer salvo seguir manejando.

Sólo deseaba que hubiera aviadores de combate experimentados en los otros dos VTs combinados. Janice había terminado el entrenamiento, y también Learna, pero ninguna de ellas tenía una experiencia en pelea aérea digna de mencionar. Él habría preferido tener a Max y Miriya Sterling volando en las puntas de sus alas.

Pero Miriya había quedado incapacitada, como Rick Hunter y su esposa Lisa, por los extraños microorganismos de Garuda. Y también otro Centinela, uno cuya posible muerte llenaba a Jack de sentimientos e impulsos que lo desconcer-taban y asustaban...

Trató de sacar eso de su mente; ¿qué le estaba pasando a la frialdad y concentración del famoso Baker? ¡Maldición!

Desde el asiento trasero de la cabina, donde estaba ceñida en la estación del copiloto, Bela estiró la mano para palmearlo en el hombro.

—¡Eso es, muchacho! ¡Patea sus culos llameantes! ¡Yo te prestaré la bota!

Los vórtices de fuego venían corriendo y circulando, cambiando de forma y mezclándose —como bufandas de seda en el viento. Todos los sensores de Jack estaban en modo de alarma, pero ninguno de ellos podía decirle a qué se esta-ba enfrentando.

Fuego con fuego —pensó fatalistamente, y puso un tiro de láser entrecortado en el primero que entró al alcance.

De algún modo Tesla se metió en la red táctica.

—¡No, tonto! ¡Estás firmando nuestras sentencias de muerte!

—No me molestes; estoy trabajando —gruñó Jack.

El cañonazo pareció no tener efecto; el vórtice cambió un poco el curso y vino directo hacia él. Él volvió a disparar. Los otros VTs escogieron blancos de oportunidad y también abrieron fuego.

Los vórtices ardieron con furia y algunos se estremecieron, pero seguían vi-niendo. Salían cada vez más de lo que parecía ser una abertura en el campo de abajo, como manchas de pintura incandescente cayendo hacia arriba.

Jack todavía estaba disparando cuando el primer vórtice lo golpeó. Este ardió con furia contra sus escudos haciendo que los indicadores pasaran a zonas de peligro; Jack parecía poder sentir el calor infernal a través del fuselaje y más vórtices pululaban detrás del primero.

A los otros VTs también los golpearon. Los vórtices se expandieron ante ellos, cubriéndolos con un fulgor deslumbrante.

—¡Despiértate! Vamos, vamos; ¡no tengo tiempo para esta tontería! ¡Des-piértenlo!

Rem oyó la voz espesa, húmeda y retumbante, lo bastante fuerte como pa-ra hacer eco y sacudir las paredes. La asoció con la sensación que sentía ahora: lazos que todavía sostenían sus dolorosos y sangrantes tobillos y muñecas, y el bo-rrón algodonoso que los examinadores psicológicos invids habían dejado en su cerebro.

Por orden del Regente, los oficiales invids aplicaron un dolor breve para acelerar los efectos de las inyecciones reavivantes que le habían dado. Rem se retorció y gimió para sacudirse parte de la niebla, y abrió los ojos.

Vio el cuarto del trono que el Regente había decretado para él en lo alto de una torre de Haydon IV. El ver la luz de Briz'dziki, el

sol local, antes que los interiores fríos de la colmena invadida cercana fue una misericordia menor.

Rem intentó recordar qué estaba haciendo allí, y lo recordó en una oleada desconcertante y horripilante. Capturado por los invadidos en Garuda; expuesto a la atmósfera garudana... ¿por qué no estaba muerto, o loco?

O quizás lo estaba... quizás era los dos casos.

No, no estaba muerto; el dolor de sus grilletes era una claridad lacerante demasiado severa para eso. Pero loco...

Mientras se revolvía débilmente oyó un zumbido bajo, como el de un mosquito, que rápidamente creció hasta causar una onda expansiva que iba de un lado de su cráneo hasta el otro. Los grilletes parecían morder y roer sus muñecas, prometiendo devorar sus brazos y piernas, rasgando y atacando.

Rem gritó. El hedor invadido se coagulaba con el júbilo maligno en su pecho... estaba seguro de que se sofocaría.

No estaba loco, entonces... sino que era aun más terrible, era una víctima del hin, la realidad alterada o estado trascendente garudano.

Kami, Learna y su gente prosperaban de esa forma —dentro del hin— como una cuestión de curso simbiótico, interactuando con su ambiente en una escala microorgánica, hasta subatómica. Aislados de la biota sinérgica de su planeta, ellos ni siquiera serían seres sensibles.

Pero para las formas de vida externas, la exposición a la atmósfera de Garuda y al hin era una sentencia de muerte por locura.

Rem luchó para aferrarse a alguna última tira de realidad. Los recuerdos aparentemente interminables del Optera de hace tiempo y del paraíso que este había sido... ¿pero sólo los había soñado? Las imágenes de la compañera separada del Regente, la Regis, y su pasión por Zor, cuyo material biogenético se había hecho manifiesto en la clonación de Rem... ¿eran sueños afiebrados del hin? Pero habían parecido tan reales, no alucinatorias; más ordenadas y enfocadas que cualquier sueño o pesadilla.

Los oficiales invadidos pusieron de pie a Rem haciendo resonar sus cadenas. Para los sentidos confundidos y atormentados de Rem, los

azulejos fríos se sentían como escarcha verdosa que quemaba las plantas de sus pies y las congelaba al mismo tiempo.

El Regente se destacó ante él; seis metros de alto, enorme y terrible, su man-to extendido como la capucha de una cobra mientras clavaba la vista a través de unos ojos negros líquidos tan grandes como las tapas de una boca de inspección. Rem sintió de nuevo el control del hin, haciendo que la respiración se congelara en sus pulmones y se negara a moverse.

Rem oyó su propio lloriqueo, sintió su autodomínio a punto de salirse de control. Tuvo la brusca impresión de que había cosas en las sombras que esperaban para saltar sobre él y devorar su médula, para luego tomar su mente y robar su alma. Y aunque una parte remota de su intelecto podía reconocerlo como el efecto enloquecedor del hin, él no podía encontrar la fuerza de voluntad para luchar contra este.

—Manténganlo erguido —dijo el Regente cuando Rem se convirtió en una bola fetal llorona—. Sostengan su cabeza en alto.

Cuando Rem estuvo parado y con la vista fija, con los ojos tan feroces como los de un animal con su pata en una trampa, el Regente siguió.

—Eres un tipo muy difícil, tiresiano. ¿O debo decir, ‘clon’? ¿O mejor todavía, ‘clon de Zor’?

Levantó unos puños de cuatro dedos sobre unas muñecas varias veces más gruesas que la cintura de Rem.

—No importa qué seas tú en realidad, aquí hay algo que podría interesarte. Tus amigos Centinelas vienen hacia aquí.

Rem no pudo esconder un gimoteo infeliz de escepticismo y desesperación mezclado con esperanza alocada. El Regente lo captó.

—Así es: vienen directamente a mis manos. Para que los encarcele como a ti, para que los ponga ante la Inquisición como tú, y para que pasen por todo el dolor y el sondeo mental por el que tú has pasado.

Rem casi estaba llorando, pero el Regente se inclinó en el trono colosal y lo solapó.

—¡Pero no es necesario que sea así! ¡Puedes salvarlos, clon de Zor, y puedes salvarte también! Los sanadores de Haydon IV pueden curarlos y pueden curarte también en este mismo momento. Puedes

irte con ellos... si simplemente me dices unas pocas palabras insignificantes y me das lo que yo quiero.

Rem estaba deshecho. El valor, la convicción, la fuerza, la fe, e incluso el amor, se sobrestiman cuando todo se reduce a defenderse contra la tortura. Pero el Regente no incorporó una cosa en sus ecuaciones —el único factor que ningu-na agonía podía superar: la ignorancia.

—Dime dónde está la última matriz de Protocultura —siseó el Regente—. ¡Dime a dónde la envió, dónde la escondió, el Zor original! Tú tienes muchos de sus recuerdos... cómo, no estoy seguro. Pero ese debe estar allí, ¡debe!

Pero no estaba. Si hubiera estado, Rem lo habría entregado enseguida. Sin embargo, ese escape estaba cerrado para él.

Rem apoyó la cabeza en su pecho y sollozó. Desde lo profundo del hin, sin-tió que la luz del sol se burlaba de él, de su miedo, que el sudor se volvía ácido contra su piel, el pánico le cerraba la tráquea.

Oyó el crujido cuando el Regente se levantó de su silla.

—Por sobre todas las cosas, desprecio la obstinación. Eso lo castigo.

Lynn Minmei intentó hacer que el pasadizo dejara de girar mientras caminaba tambaleándose; el misterioso piloto VT sostenía su mano. Ella estaba descalza y desgredada, descompuesta por las bebidas que se había bajado, pero más descompuesta todavía por su último y peor vislumbre de la naturaleza humana.

Ella no había querido beber mucho; no sentía más que desprecio por los borrachines. Pero la vida como consorte del general T. R. Edwards era un poco más fácil de llevar después de una ronda o dos. Y después estaba la bebida en sí —de la botella privada de Edwards—, algo que había escuchado que los oficiales superiores llamaban jocosamente aplasta-marihuana.

Era un destilado al vacío de 75% de graduación alcohólica que se había macerado en fibras de una planta relacionada a la Flor de

la Vida, y vuelto a co-lar. Salobre; mortal. Pero extrañamente suave y cálido.

Se tomaba mejor en vasos para tragos lentos.

Pero ella había necesitado algo que la fortificara mientras se quedaba allí sentada y escuchaba a Edwards (el hombre que Minmei creyó que amaba, el hombre a quien se había entregado) revelarse como un diablo encarnado.

Estaba mareada y creyó que iba a perder el equilibrio, o su almuerzo —no había cenado.

—Espera, espera —resopló, jadeante. Su cabeza daba vueltas y sentía el sabor de la bilis en la parte de atrás de su garganta.

El piloto VT se detuvo y se volvió hacia ella gesticulando de una forma que demostraba que estaba preocupado por ella. Minmei se sacó otra vez el pelo de los ojos para estudiarlo.

—¿Te conozco? ¿Quién eres?

Él era alto y delgado, y demostraba una fuerza suave. Detrás del vidrio os-curo de su casco de vuelo, todo lo que ella podía discernir era la oscura barba espesa. Él la observó por un momento y después contestó.

—Aquí dice: miliciano de la REF ? 666-60-937.

Ella podía ver eso, y su insignia de oficial de vuelo y la divisa de su unidad. Pero su identificación, cosida sobre el bolsillo izquierdo del pecho, le era poco familiar: Isle, L. Su voz, que pasaba por el diminuto parlante externo del casco, era irreconocible.

Su misterioso salvador usaba el escudo de unidad del servicio de investigación del doctor Lang. Lang había logrado sacarle al concilio una autorización pa-ra su propia fuerza de seguridad, pero Edwards había resistido el pase de los pilo-tos para el científico robotech. Así que este casi sin duda era uno de los aviadores seleccionados de las líneas más bajas y entrenados en Tirol para llenar las cabinas del ejército personal de Lang.

¿Pero qué estaba haciendo en la SDF-3?

Minmei osciló lentamente de un lado a otro, cerrando un ojo para tratar de enfocarse en él.

—Vamosh, vamosh; lo que quiero decir esh, ¿porr qué estás hashiendo eshto?

Ella todavía no estaba segura de que él no la iba a arrastrar de

vuelta hacia Edwards... quizá para exigir alguna clase de premio o favor. También estaba esperando que las alarmas sonaran.

Ciertamente a estas alturas Edwards había comprendido que ella no había huido de su abrazo y de su alcoba simplemente para tomar un poco de aire fresco. Aunque vanidoso, el frío Edwards ya debía de haber admitido que Minmei había corrido hacia la libertad.

—¿Dijiste que querías ir a Tiresia, no es cierto? —decía el aviador VT—. ¿Y quizá a Garuda, o a Haydon IV? Yo me ocuparé de llevarte a cualquier lugar al que quieras ir, Minmei. Pero Tiresia es la primera parada obligatoria.

Había cierta resonancia en su voz, incluso en su altavoz, que ella creyó re-conocer. Minmei suspiró y de nuevo pasó su mano por su fino pelo negro. Evidentemente, ningún VT podía hacer un salto estelar; y las pocas naves de la REF que quedaban que podían pasar a superluminar no eran el tipo de nave espacial que podías sacar como un turbohélice prestado.

Pero había algo en el tono del hombre, algo acerado y al mismo tiempo compasivo, que no parecía tolerar el fracaso.

Ella recordaba vagamente haberle dicho, fuera del cuarto de Edwards, que quería ir a Tiresia o a Garuda, pero el principio de su aventura compartida fue un mini-desmayo alcohólico. Con todo, ella no estaba segura de cuál había sido su plan, salvo que Jonathan Wolff y Rick Hunter estaban allá afuera en algún lugar.

Sacudió la cabeza lentamente.

—Yo no... yo no...

Él le volvió a tomar la mano.

—No te preocupes, Minmei.

Luego la volvió a guiar. Minmei perdió el sentido de las cosas durante algún tiempo, pero en un punto dado notó con cansancio que él estaba empujando unas pantuflas enormes en sus pies desnudos. En otro punto, sintió que algo pinchaba su brazo y vio que él le había dado una inyección con una ampolla del botiquín.

—Antinauseoso —explicó el miliciano ? 666-60-937—. Se hace difícil ver fuera de la carlinga de la cabina si vomitas tus galletas.

—¿Cabina? —repitió ella mientras intentaba averiguar en qué se estaba metiendo. Entonces comprendió que él la había hecho parar cerca de una compuerta que llevaba a una cubierta de hangar.

Había gemidos distantes de VTs que se preparaban para el vuelo.

—Espera aquí —dijo él después de llevarla a la inmensa y prácticamente oscura cubierta del hangar. Minmei no pudo preguntar qué estaba haciendo; él ya se había ido.

La droga antinauseosa asentó su estómago y también la despabiló un po-co. Estaba respirando hondo y eructando un poco sentada en la cubierta cuando él le tomó las manos y tiró de Minmei hacia arriba.

—Todo listo; sólo sígueme. Esa de allá es nuestra nave.

—Qué...

Y después se pusieron a caminar entre los mecas estacionados de la cubierta del hangar. Las chispas de las soldaduras saltaban y la maquinaria zumbadora de la dotación de mantenimiento hacía ruido en la distancia; ella pudo oír que los hombres y mujeres gritaban, maldecían, se engatusaban o se reían mientras su-daban para mantener operativas las fuerzas de lucha de la REF.

Él la estaba llevando hacia un Alpha blindado, un caza gris opaco con líneas monótonas color oliva, abultado por sus cápsulas de incremento. Era una de las naves más formidables del inventario de la REF, y ella no creía probable que se la hubieran asignado a uno de los pilotos “maravilla-de-seis-meses” de Lang.

Minmei vio la escalera de abordaje adelante y eso le trajo un diluvio de recuerdos. Ella era una persona no-tecnológica; ¿por qué los mecas insistían en re-presentar un papel tan abrumador en su vida?

Entonces alguien gritó desde la distancia, y más voces continuaron el grito. Comprendió adormecida que las voces venían en su dirección. Tenía ambas manos en la escalera de abordaje y un pie en el primer escalón cuando notó un disturbio detrás de ella.

Cuando se dio vuelta, había tres o cuatro miembros de la cubierta de vuelo tumbados inconscientes. Minmei pestañeó hacia ellos como una lechuza.

Pero qué...

Después el REF ? 666-60-937 la empujó por la escalera para meterla en el asiento del copiloto y luego la ciñó. Al parecer sabía todos los códigos correctos; la catapulta de lanzamiento de la esclusa de aire aceptó el poderoso caza Alpha y lo lanzó al espacio.

El verde y prominente Fantoma lanzó su luz sobre ellos y su nave; Tirol era un cuarto creciente naranja, castaño y gris no lejos de él. El piloto VT dirigió su nave hacia Tirol.

De repente sus instrumentos chillaron y emitieron una señal sonora para llamar su atención.

—Despegue masivo desde la SDF-3, claro —ella oyó que él murmuraba—. Ellos te quieren de regreso. Vienen a buscarte.

—Entonces...

—Siéntate firme.

Encendió los auxiliares para obtener una potencia militar completa y picó hacia Tirol. Los ávidos perseguidores se formaron para la cacería.

Minmei, presionada contra su asiento y mirando hacia las estrellas indescifrables, sintió que las lágrimas salían de sus ojos presionadas por la aceleración para mojar el cabecero detrás de ella.

—Aquí vienen —dijo el REF ? 666-60-937.

Capítulo 2

En el caso de la evolución garudana, no puede haber dudas de que se desarrolló un amplio espectro de organismos intracelulares a través de la guerra canibalística entre bacterias, lo que llevó a un grado asombroso de simbiosis. Las interacciones de todo el ecosistema garudano, incluida la especie dominante del planeta, destacan a aquellos que defienden que la evolución de los organismos multicelulares fue el resultado de la simbiosis extracelular de los organismos monocelulares.

Como el nuestro, el cuerpo de un garudano está compuesto de aproximadamente diez mil billones de células animales y otros cien mil billones de células bacterianas. Pero el alcance y la variedad de la actividad micro-orgánica es mucho mayor, y la interacción de los simbioses es mucho más compleja.

El resultado es que un humano que se expone a la atmósfera garudana es como una calculadora de bolsillo conectada a un sistema informático principal: no está diseñado para eso y se quemará rápidamente.

Quizá previsiblemente, tomando en cuenta la reciente investigación, los garudanos tienen una explicación simple para la naturaleza extraordinaria del ecosistema de su planeta: “Haydon lo deseó así”.

*Cabell, Un pedagogo en el extranjero: notas sobre la
campaña de los Centinelas.*

La mano de Vince Grant cubrió la frente de Lisa Hunter. La retiró

humedecida con su transpiración.

—Todavía está afiebrada.

Luchó consigo mismo por un momento, sin saber si podía o debía decir qué más estaba pensando.

Jean, la esposa de Vince, asintió ligeramente. Todos los pacientes estaban así: Rick y Lisa, Karen Penn y Miriya Sterling. Estaban comatosos y se deterioraban rápidamente como resultado de su exposición a la atmósfera garudana. Estaban atados en camillas para ayudar a controlar sus espasmos intermitentes.

Las placas de la cubierta del trasbordador vibraron bajo las suelas de las botas de Vince.

—¿Jean, qué pasa si Veidt está equivocado, o los invids nos traicionan?

Alguien tenía que hacer la pregunta. El destino de los mundos estaba mon-tado en lo que los Centinelas harían. Los moralistas dirían que las vidas de cuatro individuos eran tan importantes como la vida de un planeta o el resultado de una guerra, pero Vince no tenía el lujo de tratar con lo abstracto.

Limpió la transpiración de la frente de Lisa con una tela y le puso la manta de vuelta bajo la barbilla. Contempló a los otros Centinelas incapacitados.

Aquí había cuatro vidas que se acabarían a menos que se pudieran utilizar las habilidades curativas haydonitas prácticamente milagrosas. ¿Pero qué podía costar la supervivencia de los Hunter y los otros?

Los invids parecían tan cooperativos... eso sólo podía ser alguna clase de truco. Vince respiró hondo y estiró la casaca de su uniforme. Dado su tamaño, era probable que nadie —mucho menos un ET—, notara la protuberancia de las pistolas de asalto Badger que llevaba en las pistoleras debajo de cada axila. Si esta fuera una trampa, las hordas del Regente averiguarían qué tan caro era el precio que una escaramuza supuestamente simple podía llevar.

Vince no estaba particularmente preocupado por morir. Hacía mucho tiempo desde que descubrió su postura sobre la muerte, y otras personas sentían su calma interior. Cuando el trasbordador empezó a meterse en la atmósfera de Haydon IV, Max Sterling apareció en la compuerta anudando sus dedos y miró a Vince.

Max había dejado su lugar en los mandos para permitirle a Wolff que se hiciera cargo, y vino a popa para visitar de nuevo a su esposa.

—Veidt consiguió la aprobación final de aterrizaje —les dijo Max. Dudó un poco y después agregó—. Mantendrán su palabra, ¿no lo creen? Los invids, quie-ro decir.

Jean Grant, que atendía a sus pacientes, evitó el contacto visual con Max; no quería mentir y no quería expresar sus dudas. En secreto pensaba que era sólo una posibilidad de cincuenta-cincuenta que Miriya, o cualquiera de ellos, se cura-ra —que alguien en el trasbordador sobreviviera a la visita a Haydon IV.

Vince se volvió hacia Max y dijo:

—Será mejor que lo hagan.

El trasbordador bajó sobre Glike, el principal centro poblacional haydonita. La ciudad parecía ser algo salido de las Noches de Arabia, tan fabulosa que momentáneamente se olvidaron de sus miedos. Algunos de los estilos arquitectó-nicos se habían pedido prestado de otros mundos —columnas y frisos tiresianos; palacios de cristal spherisianos; estatuarias y tótems praxianos. Pero la mayor par-te de Glike era singularmente haydonita: alminares y capiteles delgados, fantásti-cas mansiones de pan de jengibre glaseado, salones de encaje de fantasía que parecían brillar con una luz interna.

Además de naves voladoras como la de Veidt, había máquinas de los mundos variados que comerciaban con Haydon IV, y diferentes formas de naves haydonitas. En una oportunidad Jean divisó una que le recordó a una ballena con enormes alas con forma de paletas, toda llena de curvas y un prominente compartimiento transparente para el pasajero.

También había alfombras voladoras, o algo que se les parecía bastante, que la hacían pensar en Scheherazada.

Justo en ese momento Veidt y Sarna llegaron desde la cubierta de vuelo, donde habían estado guiando a Wolff en su acercamiento de aterrizaje. Parecían tan fantasmales y remotos como siempre, vestidos con capas y flotando a unos centímetros sobre la cubierta; sus caras eran tan insustanciales como las de aque-llos maniqués inacabados.

—Aterrizaremos pronto —dijo Veidt con esa voz rara, susurrante y procesa-da—. Creo que harían bien en prepararse ustedes mismos y a sus pacientes.

Max volvió al asiento del piloto y se ocupó del asentamiento con ayuda del coronel Wolff. Cabell y Sarna observaban. El Mando de Haydon los había dirigido hacia una plataforma de aterrizaje en medio de la ciudad, una de varias plata-formas de vidrio ahumado azul que emergía de una torre central.

Un comité de recepción ya había aparecido para encontrarse con ellos, parados todos juntos sobre una alfombra voladora que flotaba a unos cuantos metros sobre la superficie de aterrizaje. Mientras Vince, Max y Wolff abrían la compuerta, la alfombra flotó hacia ellos y se detuvo a unos treinta centímetros de la plataforma.

Como se había convenido, Veidt y Sarna fueron los primeros en saludar a la media docena de haydonitas que esperaba en la alfombra —o, más precisamen-te, flotaban sobre ella. Jonathan Wolff aprovechó ese momento para examinar la alfombra voladora.

La alfombra era más gruesa que las de los cuentos. Parecía una estera de judo ondulada, aunque estaba tejida y decorada con dibujos exóticos e iridiscen-tes. Era vagamente rectangular, pero pudo ver que tendía a moverse y cambiar de estructura. Es más, las otras alfombras que navegaban encima de la ciudad venían en muchas formas y dimensiones, desde tapetes de bienvenida de un solo pasajero hasta las del tamaño de un salón de baile.

Veidt y Sarna intercambiaron reverencias ritualistas y dignificadas con su gente. Como los haydonitas carecían de brazos al igual que rostros —y también de piernas, supuso Wolff, aunque nadie que él conociera había conseguido ja-más echar una mirada debajo de aquellos dobladillos de túnica flotantes para averiguar qué había debajo de ellas—, toda la ceremonia tuvo un aspecto reser-vado e inhumano.

Wolff descubrió que podía discernir entre los varones y las mujeres. Las caras de los hombres haydonitas tenían planos angulares y cosas con forma de gemas del tamaño de platos esparcidos en sus túnicas.

El líder del comité de bienvenida era un varón, más alto y más delgado que Veidt. Tenía un cráneo prominente y un tono cobrizo

profundo en su piel. Un sím-bolo resplandeciente como la luz de una estrella zafiro brillaba en el centro de su frente.

—¿Entonces, Veidt, regresas otra vez para traer tus perturbaciones entre no-sotros?

Pero fue Sarna quien contestó.

—¡Sabes que no es así, Vowad! ¡Nuestros amigos están gravemente enfer-mos y sólo la ciencia haydonita puede salvarlos! Tú conoces la Ley; estamos obli-gados a ayudar.

El que llamaban Vowad hizo un sonido de irritación.

—Sí, sí... y si no hubiera sido esta excusa, habría sido alguna otra, ¿eh?

Los otros detrás de Vowad se movieron con inquietud y uno de ellos intervi-no.

—¡Suficiente! Si hay vidas en peligro, es mejor que la curación empiece de inmediato.

Wolff no estaba tan seguro de que le hubiera gustado lo que oyó y no sabía si querría arriesgar su vida a favor de los haydonitas, pero era demasiado tarde para retroceder. Subrepticamente se cercioró de que las armas convencionales que había ocultado bajo su ropa estuvieran seguras y lamentó que fuera imposi-ble llevar armas de Protocultura debido a estas defensas planetarias de las que todos hablaban.

Sarna se volvió hacia los humanos que esperaban al pie de la rampa del trasbordador.

—Tráiganlos. ¡Iremos a los Salones de Curación de inmediato!

Jean Grant operó una pequeña unidad remota. Las camillas médicas au-tomatizadas en que habían ceñido a Rick y los otros salieron rodando. Vince iba a preguntar cómo se iban a levantar las camillas con ruedas hacia la alfombra vo-ladora cuando una parte de esta se extendió como una lengua tapizada, en un ángulo suave, como si fuera una rampa. Max caminó al lado de su esposa.

Una vez que Vince aseguró la nave, se unió a Wolff, Jean y los demás en la alfombra voladora. Esta no cedió bajo su peso considerable y se sentía estable.

Es más como una nube voladora que una alfombra voladora — pensó.

Ante una orden invisible, esta subió y se alejó flotando sobre la

ciudad. Aunque no había alerones o parabrisas, los humanos sólo sentían un vago revoloteo del aire —a pesar del hecho de que la alfombra viajaba con bastante rapidez.

Ellos observaron una ciudad ocupada con el mercado y el comercio. Como Veidt y Sarna lo habían explicado, Glike era similar al antiguo Hong Kong. Era un lugar de tregua obligatoria, inmune a los conflictos militares que habían rabiado alrededor de ella.

Mientras los otros miraban encantados la elevada belleza y la elegancia exquisita de Glike, Sarna fue hacia Max.

—Luces cansado, Maximilian. Debes descansar. ¿No te sentarás?

Él miró alrededor cuando ella señaló con una inclinación de su cabeza y vio que la superficie de la alfombra se había abultado para formar una clase de silla de salón justa para su tamaño. Él no tenía idea de cómo ella había hecho eso.

El cielo sabía lo exhausto que estaba, pero en todo lo que podía pensar era Miriya; él se negaba a dejar su lado. Max señaló hacia Veidt y los otros haydonitas, ahora hundidos en una conversación con Cabell, que sin duda discutían los procedimientos médicos.

—Ese tipo... ¿cuál es su nombre, Vowad? ¿Por qué está tan enfadado con Veidt?

Sarna los miró.

—Vowad cree, como muchos, que nosotros podemos coexistir indefinidamente con los invids. Que cualquier concesión que hagamos, cualquier aplacamiento, vale la pena. Tú ya sabes cómo mi marido y yo nos sentimos. Cuando Veidt insistió en hacer conocer sus opiniones, los invids se las arreglaron para secuestrarnos a ambos.

Max sintió un recelo súbito.

—Pero... los invids no pueden atacarlos aquí, ¿no es eso lo que nos dijiste? Las defensas del planeta reaccionarían.

Sarna inclinó su cabeza, un gesto extraño de alguien que no tenía ojos y sólo contornos donde debía haber una cara.

—Así es. Pero hay otras maneras de ejercer presión... la amenaza de un asedio, o ataques contra nuestros clientes y socios de comercio. Y los invids han logrado gran influencia sobre algunos de nuestra gente... con poder económico y otras cosas.

Ella se acercó más y habló más bajo.

—Vowad es quizá el haydonita más poderoso y yo pienso que fue con su cooperación que Tesla nos secuestró a Veidt y mí. Debemos cuidarnos de él.

Como si hubiera oído, Vowad se volvió hacia Sarna y exclamó:

—Ven, danos tu opinión sobre el régimen de tratamiento propuesto por Cabell. Sin duda mi hija tiene mucho para decir. Siempre lo hiciste cuando tú eras más joven.

—Sí, padre —dijo Sarna, y flotó de regreso al grupo para dejar a Max con la quijada caída por la sorpresa.

El teniente Isle no era Rick Hunter o Max Sterling, pero manejaba el Alpha con destreza calma, ejecutando gran parte de su fuerza bruta y de su asombrosa actuación así como los galgos daban caza.

Los Jinetes Fantasma que volaban en patrulla entre la SDF-3 y Tirol, estorba-dos por el hecho de que Minmei estaba dentro de la presa, terminaron en una desventaja profunda. El rescatador de Minmei disparó tiros de advertencia que no erraron por mucho, dejando en claro que él no se hacía mucho problema por prescindir de alguien que lo presionara demasiado.

Los centinelas cedieron, pero cuando el Alpha blindado se zambulló hacia Tiresia en las pantallas aparecieron más acoplados lanzados desde la SDF-3. Min-meí podía oír que la respiración de Isle se enronquecía.

—Pensé que Edwards iba a estar distraído en perseguir a los zentraedis en fuga —admitió—. Pensé que tendríamos un poco más de tiempo de ventaja.

Ella soltó una risa despreciativa sacudiendo su cabeza con fatiga.

—¿Piensas que T. R. Edwards va a perseguir a Breetai personalmente! ¿Y arriesgarse a que las cosas aquí se le escapen de las manos? Tiene mucho que aprender, teniente.

El tipo de cosas yo aprendí de la manera difícil —pensó ella.

—¿Entonces ahora qué?

Él no estaba seguro; la decisión de ayudarla a escapar del

sadismo de Edwards había aparecido más bien de sopetón.

—Para comenzar te llevaremos a la Base Tirol de la REF, al alguacilazgo de Lang.

—¿Para qué? ¿Para que el Gran General tenga una excusa para matar a Lang? ¿Por qué no nos ahorras a todos el disgusto y sólo me bajas directamente aquí?

Él se sentía confundido, pero de todas maneras puso al caza en curso hacia la Base Tirol por carecer de algo mejor que hacer. Un plan había sido intentar unir-se a Breetai, pero el Valivarre, la nave minera zentraedi secuestrada llena de la importantísima mena monopolar, ya estaba más allá del alcance del VT.

—Deja de sentir lástima de ti misma —dijo con una monotonía extraña—. Nunca le hace bien a nadie. Ahora dime qué quieres.

—Yo... yo quiero a Jonathan —ella estaba tratando de contener las lágrimas porque sabía que él tenía razón sobre lo de sentir lástima—. ¡A Jonathan Wolff! ¡Sólo quiero estar con él!

—Pues —por la forma en que la dijo, la palabra tuvo un hondo sonido terminal—. El llegar hasta Lang y el concilio todavía es un primer paso. Sostente.

Volvió a aumentar la potencia.

—T-todavía no me has dicho por qué estás haciendo esto —ella hizo un gran esfuerzo por hablar mientras el meca tronaba debajo de ella.

Ella no tenía casco de vuelo, por lo que todavía solamente podía oírlo por el pequeño altavoz externo del casco de él.

—No me gusta ver que manipulan a la gente, Minmei.

Justo cuando debía haber estado disfrutando de su triunfo, Edwards tuvo que sufrir la noticia irritante del escape de Minmei.

Al principio había pensado que era sólo otra de sus rabieta malhumoradas, detonada por la noticia de que él tenía permiso para enviar un contingente tras los zentraedis fugados y su mena robada. Ahora comprendía, sin embargo, que ella todavía creía que amaba a ese idiota de Jonathan Wolff.

La mitad de la cara de T. R. Edwards que no estaba oculta bajo su capucha metálica brillante ardía enrojecida. Ella era de su propiedad y él no tenía intención de perderla —no ante Wolff y ni ante nadie más.

Claro, estaba fuera de cuestión admitir públicamente que ella lo había dejado. Ya se le había pasado la voz a un número limitado de personas importantes de que la habían secuestrado. Minutos después llegó hasta él la noticia de la persecución del Alpha blindado.

Al parecer, el piloto —quienquiera que fuera—, no era ni un Jinete Ghost ni un pícaro Skull, sino uno de los aviadores en servicio destacado que servían a la gente de I&D (investigación y desarrollo) y a las oficinas de enlace del concilio. Eso no había impedido que noqueara a varios miembros de la tripulación y robara un VT. Edwards esperaba exigir una venganza temible.

Pero no tenía tiempo para desperdiciar supervisando la persecución del Alpha. Había que movilizar su flotilla y cada minuto contaba, ya que Breetai ya estaba en marcha. La mena que los zentraedis se habían llevado era la llave para una flota que permitiría que Edwards volviera a la Tierra glorioso y la conquistara.

Una vez que se hubiera eliminado a los zentraedis sería tiempo de exterminar a los molestos Centinelas. Y pronto Minmei sería su esposa y gobernaría a su lado, una emperatriz sobre planetas enteros, pero a su vez su propia posesión obediente.

Capítulo 3

El lugar se llamaba Haydon IV, pero nadie podía explicar por qué. Era el tercer planeta desde su sol, por lo que esa explicación era nula y sin valor. No había registro o mito que diera una pista.

Aunque extraño, era el cuarto planeta al que los Centinelas iban a luchar —ya que Tirol fue una muestra de la REF.

Oh bien. Las coincidencias eran para los científicos; nosotros, las tropas, simplemente estábamos ahí para hacer el saludo en V.

Susan Graham, de la narración de su película documental, Corsarios de la Protocultura: SDF-3, Fárrago, Arca Ángel, Centinelas y REF.

Como cardúmenes de peces mortales, los feroces vórtices defensivos de Haydon IV se pegaron al Veritech haciéndose cada vez más luminosos, ardiendo furiosamente en los escudos del caza.

—¡Quieren asarnos vivos! —dijo Bela lóbregamente; Jack conocía ese tono en su voz, el que usaba cuando ponía su mano en el puño de su espada.

Pero él dudaba que las defensas de energía realmente hicieran eso; una vez que los escudos cayeran el fin sería bastante veloz y espectacular. Aun así los VTs estaban empezando a perder potencia; la última caída sería pronto.

—¿Jan, puedes divisar algún cuerpo grande de agua abajo?

Quizá una zambullida de cisne en un lago o un océano pondría en corto-circuito a los vórtices, o algo así.

—Negativo —contestó ella—. Jack, estoy perdiendo el control

de vuelo. Mis instrumentos dicen que estas cosas se están fundiendo con los escudos, se están haciendo parte de ellos y los están poniendo rígidos. Las superficies de mando se están inmovilizando.

Eso también le estaba pasando a él, y a la nave de Lerna. La energía es-taba formando una coraza y a menos que pudieran romperla...

En ese momento gritó cuando se le ocurrió una última y desesperada solu-ción.

—¡Escuchen todos! Separen los cazas y pasen a Guardián... ¡corrección! ¡Pasen a modo Battloid, repito, separen los cazas y pasen a modo Battloid! ¡Quizá podamos eclosionar de estas cáscaras de energía!

Los cazas estaban empezando a dar volteretas y tambalearse; el mero ac-to de separarlos bajo estas condiciones rayaba en lo suicida. Pero Kami siguió el conteo de Jack desde su lugar en el asiento del piloto del Beta y a su señal se desprendieron. El traqueteo que recibieron de la atmósfera casi aplastó a las dos naves entre sí, pero Jack y Kami lucharon con sus mandos, imaginaron a través de sus gorras pensantes y lograron despejarse.

Los cazas lucharon una batalla terrible contra los campos de energía envol-ventes —como polluelos intentando atravesar sus cascarones. Las naves se esfor-zaron para mecamorfosear, para seguir ese rasgo central y quizás más asombroso de la robotecnología.

Vamos, vamos —Jack urgió en silencio a su meca. Y por fin apareció el des-lizamiento de componentes cuando el Alpha empezó a plegarse y reconfigurar; de inmediato lo siguieron sus escudos.

De repente el infierno ardiente estalló hacia todas direcciones desde el Alpha como si fuera una nova violenta. El VT se había convertido en un Battloid humaniforme como un caballero en armadura. Tenía los puños levantados e iba montando sobre las cintas de fuego de los propulsores.

Jack abrió la boca para intentar recuperar el aliento. Revisó los alrededores y vio el Beta de Kami y el Alpha de Janice con el Beta de Lron cerca. Todos esta-ban en Battloid, resplandeciendo en las olas de calor pero todavía intactos y con-trolados.

Jack divisó a Lerna —un poco sacudida pero al parecer

poniendo las co-sas bajo control. Pero...

—¡Crysta!

Oyó el gruñido ursino de la hembra karbarrana, más enfadado que asusta-do, mientras su Beta giraba y daba volteretas en dirección al suelo. Todavía iba en modo Caza porque le fallaba la potencia. Jack imaginó sus sistemas y fue tras ella como un clavadista.

Algo entró en su campo de visión y comprendió que Janice Em andaba cerca con su Alpha también en Battloid, picando junto a él para hacer el intento aparentemente inútil de salvar al Beta.

—¡No lo toques a menos que tus escudos estén levantados! —gritó Jack; el meca de Crysta todavía estaba iluminado con los “anticuerpos” de energía. Res-piró hondo e imaginó la orden para su Battloid. Extendió la mano y tomó al Beta.

Fue como tratar de atrapar un torbellino. El Beta más pesado giró y dio vol-teretas haciendo que el Alpha casi se soltara a pesar de la asombrosa fuerza ro-botech del Alpha.

Pero Jack se aferró y, asegurando sus pies contra el fuselaje, empezó a abrirle las alas esforzándose para ayudarlo a entrar en la mecamorfosis. Por lo menos, para su alivio, los anticuerpos de Haydon que estaban introducidos en el manto protector del Beta no lo atacaron ni se deslizaron de los escudos de Crysta hacia los suyos.

Después Janice agarró al Beta desde el otro lado y juntos lucharon para salvar a sus compañeros.

—Crysta, prueba con Guardián, ¿captas? —Jack tuvo que luchar para sol-tar las palabras cuando se vio lanzado contra su arnés—. ¡Guardián!

Jack calculaba que el Beta podría llegar al modo intermedio entre Caza y Battloid, y que quizás eso sería suficiente para salvar a los de su interior. Crysta había completado su entrenamiento de piloto sólo hacía poco, pero mantenía su frialdad con el fatalismo osuno karbarrano y eso la hacía la mejor para obedecer.

El intento de mecamorfosear no parecía tener ningún efecto, aunque los componentes del Beta luchaban entre sí y parecían listos para salir volando. Sin embargo, los esfuerzos de los dos Battloids habían retardado su caída y Crysta te-nía un poco más de control.

Lron, que había estado paseando a los otros en una picada

empinada jun-to con Kami y Lerna, gritó:

—¡Jack, veo agua, un cuerpo enorme! —había pánico en su voz, pero se estaba calmando porque esa era la única forma posible de ayudar a su compañera.

Todavía podía haber esperanzas.

—¿Dónde? —ladró Jack.

—Arriba, en la abertura del terreno de donde salieron esas cosas de ener-gía.

Jack maldijo: ¿la salvación en el cubil del león? No era probable.

—Crysta, vas a tener que intentar eyectar. ¡Ahora mismo!

Ella gruñó.

—No puedo, Jack; el mecanismo de eyección no responde —había un rui-do abyecto intenso en el fondo de su transmisión... el científico invid que ella lle-vaba, sin duda.

Aunque los dos Battloids habían demorado la caída del Beta, no podían detenerla.

—De acuerdo entonces: echemos los dados. ¡Es hora de bañarse, Crysta! ¡Prepárate para un chapuzón!

Lron, Lerna y Kami también se acercaron para aplicar todos los propulso-res para ayudar a desacelerar la caída de Crysta y poner su nave en posición so-bre el gran lago o mar subterráneo que Lron había divisado. El fulgor distante del agua se acercaba rotando hacia ellos con una velocidad aterradora. En los últi-mos segundos pudieron reducir la velocidad de su caída —luego el agua los golpeó.

Jack sintió como si su cuello se hubiera roto y se dio cuenta del agua burbu-jeando y fluyendo contra su carlinga. Cualquier nave aerospacial convencional se habría roto o habría soltado mil goteras, pero de una forma u otra el Alpha re-sistió. Jack rompió la superficie para ver que el Beta de Lron todavía luchaba desesperadamente por mantener al de Crysta a flote.

Jack encendió sus quemadores y salió del agua sobre estelas de llama azul. La nave de Crysta ya no estaba envuelta en los anticuerpos de energía, pero su fuselaje parecía roto y sin duda estaba absorbiendo agua. El Alpha de Janice Em apareció junto a él para ayudar a Lron a intentar impedir que se hundiera; hizo bullir y

sisear el agua con las ráfagas de su propulsores, pero era una batalla perdida.

—¡Sólo aguanta un segundo más! —gritó Jack—. ¡Crysta, te voy a sacar de ahí!

Su Alpha expelió los tentáculos manipuladores especiales que había en to-dos los VTs. En un segundo se estiraron para abrir los paneles de acceso en una de las tapas del motor dañadas del Beta. Sólo les tomó un momento operar los con-troles manuales del sistema de rescate de emergencia.

Todo el módulo de la cabina del Beta de Crysta se soltó del resto de la na-ve; Jack lo subió en las manos blindadas de su Battloid al mismo tiempo que sus manipuladores se retractaban.

—¡Está bien, despejen! ¡La tengo!

Lron y Janice soltaron al Beta y este se hundió en una fuente de burbujas y espuma, levantando vapor del agua. Jack se había elevado y estaba deslizándose el módulo de la cabina en un montaje especial en la parte inferior del antebrazo derecho de su Battloid.

—Sólo relájate y disfruta el paseo —Jack intentó parecer optimista, pero inspeccionaba sus nuevos entornos y comprobaba sus sensores en espera de otro ataque. No estaba tan seguro de que los VTs pudieran sobrevivir a otra lucha.

—No lo puedo comprender —decía Bela—. ¿Por qué tendría un mar subte-rráneo este Haydon IV de Veidt? Es que no es, como él y Sarna nos dijeron, un... ¿cuál fue su frase?... ¡un mundo artificial!

—Eso es lo que dijeron, sí —agregó Janice Em—. Sólo que, personalmente, esto no era lo que yo me imaginé.

Ni Jack. Él se había imaginado una clase de colonia O'Neill más elaborada, quizás, o hasta una esfera Dyson en miniatura, pero no algo verdaderamente del tamaño de un planeta.

Pero era indiscutiblemente una clase de artefacto. Empezando en las orillas del lago, se alzaban fantásticas montañas subterráneas que a Jack le parecían instrumentales vivientes —versiones inorgánicas de formas vivientes y ecosistemas.

Veidt, Sarna y los pocos haydonitas entre los Centinelas no habían podido o no habían querido dar explicaciones exactas acerca de cómo funcionaban las cosas aquí, y Jack empezó a maldecirlos por eso.

—Si todo el lugar es realmente un artefacto, uno de sus mayores problemas sería administrar la atmósfera y el clima —continuó Jan—. Tiene sentido que ten-gan grandes depósitos de agua y formas de moverla... debajo de la superficie y sobre ella, e incluso encima de ella, como precipitación y nubes...

—En lo que debemos pensar es en si alguno de esos demonios de fuego to-davía anda acechando por aquí —interfirió Bela.

—Yo no veo ninguno, ni detecto ninguno —informó Lron. Los otros asintieron.

—Quizás las máquinas no pueden vernos u olerlos cuando estamos aquí abajo —sugirió Gnea, la amazona más joven—. Después de todo, están acos-tumbrados a adversarios que vienen a ellos desde el espacio exterior, y no a los que entran desde sus propias verjas.

Como moscas escondiéndose en un matamoscas levantado —comprendió Jack... lo que fue una buena idea hasta que el operador del matamoscas descu-brió el paradero de las moscas.

La abertura de arriba parecía estar encogiéndose y algunos miembros del equipo gritaron mientras se preparaban para despegar y escapar. Jack les rugió que se quedaran quietos.

—¿Quieren que esas defensas aéreas nos claven para siempre? Por ahora estamos a salvo y parece que descubrimos una entrada trasera.

Él estaba menos seguro de lo que sonaba. Los sistemas de defensa haydo-nitas no se habían visto desafiados en dos mil años (aunque seguro que aquella vez, según se alega, le habían costado varios cientos de naves a algún revoltoso local). Jack tenía dificultad en creer que unas defensas planetarias tan anticua-das pudieran ser rival para los mecas robotech. Después de todo, ¿cuántos pro-blemas podrían tener los Hovertanks del Wolff Pack con armas terrestres de hasta veinte años de antigüedad?

—Veamos, tenemos una fija del rastreador del trasbordador y un rastro iner-cial —siguió Jack—. Me parece que hay bastante espacio para que los Battloids se pongan en marcha bajo tierra. Así es como vamos a llegar a Glike.

Hubo una conmoción ahogada y después la voz de Lron surgió en la red.

—Parece que Tesla no está de acuerdo con tu idea, Jack Baker, pero una pistola movida en su hocico lo hizo sosegarse una vez más. Yo personalmente pienso que es un buen plan el que tienes. Podemos permanecer fuera de vista bajo la ciudad, y si encontramos problemas, siempre tendremos la opción de abrirnos camino a tiros hacia la superficie.

Jack se tragó sus propias conclusiones oscuras sobre lo infortunado que se-ría ese recurso.

—Jan, toma la punta. Lron, retrocede y camina a la retaguardia. Yo seré el siguiente, luego Learn, luego tú, Kami.

Jack tomó su posición a la cabeza del cuerpo principal, manteniendo a Janice a la vista mientras ella escogía la ruta.

Había pensado en caminar a la cabeza, pero él estaba al mando y era responsable de cuidar a su diminuta unidad desde un lugar más apropiado. Además, Jan había demostrado ser increíblemente capaz —habilitosa en las ciencias militares, pilotaje de mecas, armas pequeñas y mano a mano. Incluso so-bresalía en las armas arcaicas de las amazonas praxianas.

Estas excelentes habilidades militares, viniendo de una mujer cuyo antiguo derecho a la fama fue como vocalista femenina, no tenían mucho sentido para Jack, pero en este momento estaba agradecido de tenerla allí. Jack vio como muy en lo alto lo último de la abertura en la superficie de Haydon IV dejaban afuera los últimos rayos de Briz'dziki.

Los VTs se elevaron del depósito subterráneo haciendo chorrear cascadas mientras las últimas burbujas subían desde el VT de Crysta. Jan encontró una ruta a través de una cosa que tomaron por un vertedero de unos veinte metros de diámetro. Aunque había algunas fuentes de iluminación en el laberinto de instru-mentales vivientes, los Veritechs encendieron todas las luces y reflectores de sus alas para cortar la oscuridad.

Jan exploró varias canalizaciones y accesos. Dos veces el equipo retroce-dió hasta el borde del mar para volver a empezar porque la ruta se había estre-chado hasta un apretón tan firme que los Battloids no podían pasar. El tercer in-tento fue un desastre debido a los niveles sumamente altos de radiación; los VTs protegerían a sus ocupantes por un buen rato, pero Jack no tenía idea de cuánto

tiempo tomaría el viaje y no tenía deseos de terminar como un farol humano.

El cuarto intento los llevó a una clase de tubería iluminada con todos los colores del arco iris. Los sensores no podían determinar qué efectos de luces eran, pero no parecían dañinas y ellos estaban perdiendo tiempo.

—Hagámoslo —decidió Jack.

El equipo siguió como oficiales de infantería o de SWAT; Lron cubría la reta-guardia caminando como un cangrejo y sosteniendo en alto el enorme fusil-cañón del Beta. El diámetro de la tubería era aproximadamente de nueve metros, no mucho más alto que los Battloids, y por eso los mecas se movían con cautela.

En algunos lugares la ruta estaba rayada con montones de filamentos pulsantes tan gruesos como la pierna de un meca — como grupos brillantes de fibras ópticas expuestas. En otros, los entrecruzados de tuberías y mangas misteriosas parecían un increíble sistema base robotech. Unos estupendos apoyos y miembros de soporte formaban la geología del mundo subterráneo.

Sin embargo, el terreno empezó a cambiar gradualmente. La tubería se ensanchó de nuevo y los Battloids tuvieron tanto espacio como soldados siguiendo una carretera. Los rodeaba un mundo de complejidad ultratecnológica deslumbradora e incomprensible. La luz bailaba y tremendas cargas de energía surgían y zumbaban.

Era un reflejo tecnológico del cercano paisaje urbano de Glike sacado de las Noches de Arabia. Pero las manifestaciones eran arriba, así como alrededor y abajo. Terminales de válvulas de administración de energía más grandes que cualquier pirámide egipcia; cosas enigmáticas que parecían generadores Van de Graaff del tamaño del domo deportivo de Ciudad Monumento; megaestructuras de luz prismática retorcida que al inspeccionarlas más de cerca resultaban ser montañas de instrumentales contorneados.

Ellos empezaron a perder la sensación opresiva de estar bajo tierra a medida que su ruta se abría en una clase de explanada. Al menos hasta que la voz de Jan apareció en la red.

—Estoy captando lecturas. Creo que estos sistemas inmunológicos, o lo que sean, están empezando a detectarnos y a responder de nuevo ante nosotros.

—¿Qué? ¿Dónde? —Jack apretaba botones mientras buscaba frenética-mente—. Yo no veo nada.

¡No me digas que ella también es una maga sensorial!

—Confía en mí, Jack —su voz era tan firme que él le creyó—. Hay algo grande adelante, algo muy grande. Quizás el nexo de todo lo que Haydon es, y ahora que hemos tropezado tan cerca de él, sea lo que fuere, nos está apuntando otra vez.

Jack no tuvo tiempo de preguntarle de qué estaba hablando porque justo en ese momento Kami gritó:

—¡Serpientes, serpientes! ¡Millones de ellas!

Jack giró al tiempo que Kami disparaba, olvidándose de las lecciones sobre hacer tiros cortos y exactos; el Battloid del garudano movía su fusil-cañón de un lado a otro como un bombero robotech.

Los otros también estaban disparando. Jack pudo ver que lo que Kami divisó en realidad no eran serpientes; pero la oleada sinuosa y crujiente verde y amarilla que fluía hacia los VTs ponía esa imagen en la mente de casi cualquiera, sobre todo en la de un garudano en la realidad alterada del hin.

Pero lo cierto es que Jack no tuvo mucho tiempo para pensar; Janice Em tenía razón.

Sea lo que fuera a lo que nos estamos acercando, nos está apuntando.

Como todos los otros Battloids, levantó su fusil-cañón esperando que la tensión en Crysta y el invadido cautivo en el asiento trasero de su cabina no los hubiera dañado.

—¡Rueda de seguridad! —bramó sobre el fragor de su cañonazo.

El inmenso espacio debajo de Haydon IV se iluminó con estallidos estroboscópicos más brillantes que todos los pulsos de su distribuidor de energía cuando los Battloids formaron una rueda de seguridad retrocediendo hasta que sus hom-bros poderosos se rozaron entre sí y disparando hacia todos los puntos del compás.

De vez en cuando una de las serpientes de energía volaba en chispas en dispersión por un disparo sostenido y pronto los Battloids despejaron un anillo de muerte alrededor de ellos. Pero cada hendidura vertía más serpentinas de energía. Las cosas se amontonaban, demasiado numerosas para que incluso las armas robotech les hicieran frente, y se acercaban desde cada rincón como

una campaña de víboras enfadadas.

Capítulo 4

Sería justo decir que yo he sido menos que sensible ante los problemas de los soldados en el pa-sado —he mantenido a los militares en el desprecio sumo. Tenía mis razones, las que he asentado en otra parte de estas páginas.

Pero es igual de justo señalar que desde que me he vuelto uno de ellos —compartido sus priva-ciones, sufrimientos y raros momentos de éxito, visto de cerca sus vicios despreciables y sus virtudes no-bles—, yo soy un hombre castigado.

De los diarios de vuelo del oficial Isle, L., miliciano de la REF ? 666-60-937.

Minmei había estado en la Base Tirol de la REF muchas veces, pero nunca a tra-vés de las callejas oscuras y los pilotes elevados de la carretera como un convicto escapado.

Ella se habría sentido curiosa sobre este oficial de vuelo —Isle, decía su dis-tintivo—, de no ser porque se estaba sintiendo enferma de nuevo y estaba ex-hausta después del vuelo traumático desde la SDF-3.

Ellos habían abandonado el Alpha cinco kilómetros atrás bajo los restos des-trozados de un puente de la Antigua Tiresia. Isle logró esquivar a sus perseguidores —ellos se habían separado en todas direcciones para tratar de encontrarlo.

¿Pero por qué no se quitaba ese casco de vuelo? Los pilotos de cazas robo-tech a veces sentían una unión supersticiosa con sus gorras pensantes, pero de verdad esto era un poco escalofriante.

El complejo de investigación I&D de Lang estaba justo adelante.

Isle pare-cía considerarlo terreno seguro, pero Minmei no estaba tan convencida. Ni su salvador podía explicar por qué no pudo aterrizar el VT en el alguacilazgo de Lang.

Según las transmisiones que habían escuchado durante el descenso de la fortaleza superdimensional, Edwards estaba privando de fuerzas a gran parte de su comando REF para seguir a Breetai y al Valivarre. Pero Minmei sabía que Edwards nunca la dejaría ir, sin importar las circunstancias.

No obstante, su pequeña mano estaba en la mano enguantada de Isle mientras él la llevaba por una calleja que atravesaba una plaza enorme desde una verja trasera del dominio de Lang. Pero delante de la verja, a unos cuatro-cientos metros de distancia, las tropas mecanizadas de las fuerzas terrestres de Edwards se estaban enfrentando a la gente de seguridad de Lang. Obviamente, Edwards se había movido rápidamente para reprimir y cercar a Lang. Lo más probable sería que Lang ni siquiera tuviera la más vaga idea del por qué.

Isle se mantuvo imperturbable mientras retrocedía terreno y la presionaba hacia la oscuridad. Justo en ese momento dos patrulleros de infantería pasaron por la plaza; uno apuntó casi ociosamente su luz contra esta y atrapó a Isle y a Minmei.

Isle se volvió con calma de hierro y la llevó de regreso por el camino por el que habían venido, pero para ese entonces había un sonido de persecución: sirenas, Aeromotos y jeeps, vehículos a tracción de oruga, gritos y chisporroteo de estática en las radios portátiles.

Un reflector bajó desde algún lugar alto y después varios más iluminaron el área. Isle se presionó a él mismo y a Minmei contra una pared cuando uno se acercó; luego este siguió su camino.

Pero un Hovertank se detuvo chillando en el extremo de una calle trasera con un resonar de motores, justo en su camino. Dos escuadras de infantería se apresuraron a bloquear el extremo opuesto, atrapándolos entre las filas de edificios vacíos.

Isle empujó a Minmei contra una pared y sacó una pistola automática mágnun enorme, del tipo que ella había oído que los soldados llamaban Badger; no era robotech, pero era criminalmente eficaz.

Los soldados de la REF se estaban acercando desde ambos lados, hombres y mujeres por igual. Probablemente muchos de ellos eran personas que habían escuchado sus canciones en el club de milicianos. Minmei puso su mano sobre el barril de la Badger y lo presionó hacia el suelo. Este no se movió.

—Yo puedo sacarte de aquí —todavía ese sonido llano y metalizado del al-tavoz del casco de Isle—. Minmei, yo puedo salvarte.

Parecía como si él le estuviera ofreciendo la redención. Ella estaba agitando la cabeza.

—¿Matando personas? ¡Entonces maldito seas si lo haces! Porque si una persona más muere debido a mí, me mataré.

Ella dijo esta última frase mostrándole los dientes y después giró hacia los re-flectores que se estaban instalando en el extremo más cercano de la calle. Min-mei caminó hacia ellos cuando estos convergieron. Tenía sus manos extendidas como un santo penitente.

—¡No disparen! ¡Nos rendiremos! ¡Pero quiero que dejen ir a este hombre, aquí donde yo pueda verlo! ¡Si no lo sueltan, no nos tendrán a ninguno de nosotros con vida!

Ella se desvaneció un poco; se apoyó contra una pared dura y pasó un tiempo indeterminado. Había gente a su alrededor, los rayos de las linternas y de los faroles brillaban sobre ella; gente que trataba de retraer sus párpados mientras ella gritaba, escupía, luchaba y los alejaba a cachetazos, los mordía y chillaba las cosas más obscenas en las que podía pensar.

Después se tranquilizó.

—Déjenlo ir —lloró—. Déjenlo ir.

En ese momento la más aborrecida de todas las voces apareció cerca de ella, la de Edwards.

—¿Dejar ir a quién? ¿Quién estaba aquí, Minmei? ¿Quién te secuestró?

Edwards todavía estaba a un poco de distancia de ella —no eran sus manos represoras la que la agarraban. Ella tragó aire, pestañeó para borrar sus lá-grimas y vio que las tropas de Edwards habían asegurado el área, pero Isle no estaba ahí. No se lo veía por ninguna parte.

Miró hacia la pared pálida donde lo había visto por última vez.

Tal vez había ligeras perforaciones en ella; la luz era demasiado tenue para decirlo, sobre todo con los hombres y mujeres que la sujetaban. Pero de todas maneras, sólo había una persona que ella podía creer capaz de...

Edwards había estado a punto de infligir un nuevo miedo en Minmei, algu-na amenaza para ponerla en vereda de un susto. Pero en cambio la súbita risa maniaca de Minmei puso el miedo en él.

—¿Sabes lo que finalmente has hecho? —gritó ella, echando espuma por la boca—. ¡Has despertado a los muertos! ¡Y ahora tu vida está acabada!

Minmei, elegante como era, casi saltó sobre él con los dedos extendidos como garras; se necesitaron varios infantes para dominarla.

—Camisa de fuerza —dijo Edwards con severidad mientras observaba el forcejeo sobre el pavimento mojado.

La lluvia caía por su capucha de aleación, por su lente ocular reluciente y por la furia pálida de su cara.

—Pónganla en una camisa de fuerza y mándenla a mi cuartel general.

Después de que todos se fueron, miró hacia la pared que Minmei había mi-rado. En la luz tenue era difícil de decir; ¿esos huecos eran accidentales... produc-to de defectos materiales, perforaciones y cosas por el estilo, no es cierto?

Pero alguien había volado el Alpha que nadie parecía poder encontrar. Al-guien había estado parado junto a ella vestido con un traje de vuelo.

Pero Edwards pensaba que Minmei no revelaría pronto la identidad del culpable; podía oír su risa y su llanto enloquecido mientras su policía de seguridad se la llevaba.

—¡Comandante! Naves más rápidas que la luz están apareciendo ante no-sotros proyectándose en nuestro curso. Dos de clase escolta SDF, y están envian-do desafíos.

Breetai levantó la vista de los cálculos personales que estaba

haciendo.

—Transfiérelas.

Se levantó de la silla del capitán del puente del Valivarre. Pausadamente arregló su sobretodo zentraedi que estaba lleno de trenzas y condecoraciones, todas ellas pagadas con lucha y sangre. Su pieza craneal, toda de cristal y aleación resplandeciente, reflejó la luz.

—¡Atención, Valivarre! —dijo la voz humana. Una cara apareció en una pantalla sobre Breetai, un varón humano de mediana edad. El hombre era de ros-tro redondo y rubicundo, y llevaba una gorra de oficial trenzada.

—Soy el comodoro Renquist del crucero Tokugawa de la REF. En nombre del Consejo Plenipotenciario les ordeno que se detengan y se entreguen, ustedes, su nave y tripulación, y la mena monopolar.

Los dos cruceros eran últimos modelos diseñados y contruidos por la gente de Lang. Breetai estaba un poco sorprendido; él habría pensado que Edwards era demasiado inseguro de su propia posición en Tirol para enviar a tantos de sus seguidores en la misión de hacer volver al Valivarre.

En cuanto a Renquist, Breetai reconoció el nombre del hombre. Un lame-suelas que se había convertido en uno de los sirvientes de Edwards y al que lo habían promovido por encima de oficiales más capaces. Breetai había esperado a medias que Adams o Benson, o uno de los otros del círculo interno de Edwards estuviera a cargo de cualquier fuerza que enviaran contra él, pero Edwards debió de haber advertido que esos bichos traidores no eran nada como para enviarlos contra el Valivarre y sus cientos de fuertes guerreros zentraedis.

—Son culpables de piratería y motín, así como de traición —decía Renquist con la voz un poco temblorosa—. Les recordaré su juramento y les daré una, y só-lo una, oportunidad de rendirse.

—Mi juramento y lealtad se entregaron al gobierno terrestre debidamente constituido, y al almirante Hunter —retumbó Breetai—. ¡No a su hediondo general Edwards, ni tampoco a usted, cobarde!

La cara de Renquist asumió la palidez y distorsión de la cera

fundida. El su-dor empezó a caer por frente.

—¡Monstruo inservible! ¡Haré que lo vuelen en átomos!

Lástima que el Valivarre no haya logrado más que una ventaja —reflexionó Breetai. Su oportunidad de evitar a los cruceros había sido buena y creía impro-bable que Edwards permitiera que la mitad de su línea principal de defensa va-gara lejos de Tirol o se fuera por demasiado tiempo.

Claro, Breetai podía intentar evadirlos, pero las veloces naves escolta SDF habrían seguido fácilmente su huella. Además, luchar en una batalla sideral a ve-locidades superluminares era complicado y la ventaja quedaría con Renquist, sus cruceros y la nueva generación de armas de Lang. Sería mejor resolver las cosas aquí.

Breetai cruzó sus brazos sobre su pecho enorme.

—Yo casi no creo que eso sea posible, ya que usted destruiría toda la mena monopolar que queda en esta región. Y ninguno de ustedes regresará jamás a la Tierra, ¿no es cierto? No obstante, si es batalla lo que busca, los zentraedis lo ayu-darán alegremente. Breetai nunca ha huido de una lucha. ¡Venga, pues!

La garganta de Renquist se esforzó cuando tragó laboriosamente; la fanfa-rronada había fallado y ambos comandantes lo sabían. Al destruir la mena, Ren-quist estaría sellando su propio destino. Intentó demostrar determinación, pero es-ta sólo salió como una protesta débil.

—¡Por dios, nosotros los vencimos una vez, diablos, y los venceremos otra vez! ¡Si no se rinden al instante, yo daré la orden de lanzar!

Breetai asintió gravemente.

—No dejemos esperando a nuestros pilotos, comodoro.

Lo que Renquist había dicho era innegable: los humanos habían derrotado a los guerreros gigantes años atrás. Pero esta vez Minmei no estaba allí con sus canciones para poner a zentraedi contra zentraedi, y esta vez no había SDF-1 con su última explosión del escudo de barrera.

Breetai pensó en una expresión que había oído usar a Max Sterling: ¡Los te-nemos sobre un barril y pronto los tendremos dentro del barril! Sólo que, ¿quién se-ría vencido así esta vez?

—Está lanzando mecas, milord —dijo un técnico del puente.

Pero no muchos —ciertamente no tantos como llevaban los cruceros. Qui-zás era una sonda, o podría ser que Edwards realmente no había escatimado tan-tos de sus Jinetes Fantasma como parecía al principio. Y a lo mejor había otro elemento en esta situación.

—Ordena que salgan nuestros Battlepods —dijo Breetai con su voz de barí-ono—. Y ordena a los artilleros que disparen a discreción a los mecas, pero no a los cruceros, ¿está claro?

Alphas, Betas y Logans montaron las estelas de fuego azul de sus propulso-res a través de la noche eterna en dirección al Valivarre. Los enormes Battlepods zentraedis salieron para enfrentarlos.

Los mecas de los gigantes eran como avestruces acéfalos gigantescos con torsos que hacían pensar en focos de aleación montados sobre dos largas piernas articuladas hacia atrás. Las pecheras estaban llenas de cañones y bastidores de misiles. Los pods de los oficiales tenían, además, montantes extras de armas de dos barriles que blandían como si fueran Derringers enormes.

Los aviadores humanos eran los Jinetes Fantasma, leales sólo a Edwards, más que ansiosos de matar a los gigantes que habían sido firmes aliados de la humanidad hasta no hace tanto tiempo. Les habían informado sobre los puntos vulnerables y los perfiles de actuación de los pods; arremetieron con confianza.

Una de las tácticas que en la Guerra Robotech le había dado la ventaja a los humanos se desarrolló cuando Miriya Sterling reveló una debilidad en el diseño de los pods. El fuego concentrado en un punto justo a popa de la unión de las piernas desactivaría a los pods y los dejaría a la deriva y desvalidos.

La primera sorpresa que recibieron los Ghosts fue descubrir que a los pods los habían recompuesto para reforzar el talón de Aquiles, y la segunda fue que las armas de los pods y su precisión eran más mortales que nunca. Además, los pilo-tos de Breetai tenían experiencia suficiente en luchar contra los VTs, mientras que a los jóvenes aviadores Ghost los habían entrenado después del fin de la Guerra Robotech. Y estos zentraedis estaban entre los mejores.

El resultado final fue que los primeros momentos de combate mostraron Ghosts explotando en bolas de fuego y haciendo erupción en escombros can-dentes cuando los pocos Battlepods tomaron una

ventaja inmediata. Una vez más los misiles iluminaron la oscuridad y los rayos de energía furiosa riñeron de un lado a otro.

Breetai observó a un Logan deshacerse en las costuras como un melón re-ventado, emanando luz y fuerza explosiva de él.

—Nosotros juramos ser sus aliados —murmuró—, pero nunca sus esclavos o sus víctimas.

En el puente del Tokugawa, Renquist miraba mortificado cómo los zentrae-dis repelían su primera ola de ataque con muchas bajas, aunque los gigantes también habían recibido unos cuantos golpes. Los oficiales de Operaciones e Inteligencia y sus computadoras tenían una docena de pobres excusas y supuestos análisis, pero él los ignoró. A los Ghost simplemente los estaban superando.

Un rostro apareció en una de las pantallas laterales, un joven oficial de vue-lo.

—¡Comodoro, con todo el debido respeto, debo protestar! ¡El concilio nos dio órdenes definidas de negociar con Breetai antes de que se tomara cualquier acción directa!

Renquist entrecerró los ojos y su quijada tembló.

—¡Negociación y un cuerno! ¿Cómo se atreve? ¡Una palabra más y haré que lo ejecuten por amotinamiento! —tras un gesto enfadado del comodoro, la conexión se cortó.

Pero esto le recordó a Renquist otro aspecto infortunado de su misión. Co-mo Breetai había supuesto, Edwards era demasiado cauto como para despojar a la Base Tirol de la REF y a la SDF-3 del grueso de sus Ghosts y dejarse a él mismo en riesgo. Por consiguiente, casi la mitad del grupo aéreo asignado a Renquist esta-ba compuesto de elementos sacados de las otras unidades que quedaron des-pués de que se usó a los Skulls para el servicio con los Centinelas. Y los Jokers, Diamondbacks y demás estaban menos ávidos de seguir esta variación de las ins-trucciones del concilio.

Pero Renquist sentía que ya había visto la fuerza total del enemigo. ¡Des-pués de todo, sólo había apenas más de cien zentraedis en total! Todo lo que te-nía que hacer era asegurarse de

que la ventaja numérica humana fuera absoluta.

Los zentraedis habían ganado una competencia limitada; pero aun después de la derrota inicial, Renquist podía doblar las apuestas sin acudir a nada más que los Jinetes Fantasma y seguramente devastar a los gigantes.

Giró hacia un oficial del puente.

—Lanza el resto de los Ghosts inmediatamente y vuelve a formar a los sobrevivientes de la primera ola del ataque. ¡Esta vez vamos a aplastar a esa escoria extraterrestre!

Breetai no había esperado menos. Los Alphas, Betas y Logans se abalanzaron hacia los Battlepods, haciéndolos retroceder o volándolos en pedazos; algunos de ellos lograron atravesar y se dirigieron hacia el Valivarre.

Las baterías de armas y los bastidores de misiles de la embarcación de la mena abrieron fuego, pero esta era una nave minera, no un buque de guerra; pronto, los tiros amenazaron con penetrar sus escudos. Breetai notó que los Ghosts estaban siendo muy deliberados al disparar hacia los motores y secciones de control para buscar desactivar en lugar de destruir.

Los pods ya no podían proteger la nave de mena. Breetai vio que un meca de oficial seriamente dañado, asediado por dos Logans en modo Guardián, intentaba arremeter contra uno de ellos. Pero el Logan evitó la carrera kamikaze y los dos humanos atraparon al pod en un fuego cruzado convirtiéndolo en una bola de fuego.

Luego se volvieron y, con otros, se formaron para agregar su potencia de fuego al ataque final sobre el Valivarre. Breetai los observó picar hacia él con su cara como la de un ídolo grabado.

Capítulo 5

Ella era demasiado brillante para no ver las ramificaciones de su acto. Al llevarse la mitad de su raza en la persecución de la Última Forma Invid y el Nuevo Optera, ella estaría forzando a su marido a cuidarse por sí mismo en muchas formas —a confrontar ciertas cosas, a aprender ciertas cosas. Cosas que —no es inconcebible— podían forzar a la involución a dar un giro de 180 grados.

Un posible motivo para esto es que en ella todavía había un poco de amor por él.

Gitta Hopkins, Abeja Reina: Biografía de la Regis invid.

Un gruñido bajo, enfadado y entrecortado del Hellcat hizo que Cabell mirara hacia la cosa con cautela, pero Veidt pareció no registrar su presencia. El Regen-te estiró la mano para acariciar la cabeza de su mascota disfrutando la inquietud de Cabell.

Cabell tenía buenas razones para desconfiar de los mecas Inorgánicos in-vids llamados Hellcats. Cuando los invids invadieron Tirol, uno había intentado desgarrarlo miembro por miembro.

Esos que estaban sentados sobre sus caderas a cada lado del trono del Re-gente eran aun más grandes que lo usual, y de por sí los Hellcats eran mucho más grandes que cualquier diente de sable que jamás vivió. Eran de un índigo vítreo, sus ojos brillaban como láseres de rubí. Estaban armados con garras afiladas, cuernos aguzados en los hombros y la cola, y colmillos relucientes. Alrededor de sus gargantas musculosas había collares resplandecientes engarzados con gemas de muchos mundos.

Cabell terminó fascinado por las intensas miradas malsanas de los “Gatos”, por lo que fue Veidt, que parecía y sonaba sereno mientras flotaba, quién habló.

—¡Poderoso Regente! Por favor acepta nuestra gratitud por concedernos este momento de tu atención. Nosotros sabemos que hay grandes demandas en tu tiempo —luego hizo una reverencia solemne.

—¡No tienen idea —contradijo el Regente con su voz gruñida y murmura-da—, ninguna en absoluto!

Su manto se dilató y las manos de cuatro dedos se ovillaron en puños del tamaño de toneles.

—Así que no se adulen. Yo estoy reconsolidando un imperio interestelar y us-tedes me piden que ponga mis pensamientos en naderías. Aun así... nobleza obli-ga, y todo eso; quiero que se sepa que una vez que yo tenga al universo en mi puño no seré un soberano cruel —el manto se replegó un poco.

Veidt inclinó su cabeza pero lució imperturbado.

El Regente consideró la cuestión con más cautela de la que habría admiti-do. El conflicto que giraba alrededor de Veidt, su compañera Sarna y el “padre” de Sarna, Vowad —si es que podía usarse un concepto como el de linaje con respecto a haydonitas—, preocupaba a todo el planeta.

Y esa es una de las cosas que han trabajado en ventaja mía —reflexionó el Regente.

La fuerza bruta era el método invid normal para tratar con el enemigo, pero aquí en Haydon IV eso era imposible. Pero la intriga, como la guerra, era un arte que los opteranos habían adquirido después de que Zor destruyera su existencia idílica. Y por eso el Regente sabía dónde debían jugarse ciertos juegos y jugaba por el mejor efecto. Por eso esta entrevista.

—No, me encontrarán más razonable y benévolo, como lo he sido aquí hoy —agregó el Regente sabiendo que el propio planeta estaba escuchando—. ¿Y cómo va la curación?

Cabell había recuperado su temple otra vez. Aplanó sus elegantes túnicas bordadas, se encogió de hombros para reacomodar el cuello alto y tieso que ro-deaba su cabeza, y se acarició la barba blanca que casi llegaba a su cintura.

—Bastante bien, creemos, aunque es difícil de decir. Los haydonitas están usando una clase de terapia que emplea sus artes de nanoingeniería. Las prog-nosis son buenas.

—Qué afortunado para ellos —el Regente asintió, pero estaba silenciosa-mente enfadado porque los efectos de la exposición a la biosfera de Garuda no hubieran matado los Hunter y a los demás—. Y ahora que me han traído este in-forme, pueden irse.

El Regente le hizo señas a su comandante de guardaespaldas para que le mostrara a los visitantes cómo salir.

—Un momento —Cabell lo detuvo—. Existe la cuestión de mi aprendiz, el jo-ven clon Rem. Yo te pido que nos lo entregues para que él también pueda some-terse a los tratamientos.

—Yo no he terminado con Rem todavía —dijo con odio el Regente, bajan-do una mirada furiosa hacia ellos. Hasta sentado el tirano los sobrepasaba como una estatua faraónica—. Y en cuanto a ustedes, pueden irse.

Ahora fue el turno de Cabell de erizarse; el enojo en su voz sorprendió bas-tante al Regente.

—¡No hasta que me permitas ver a ese muchacho! ¡No hasta que lo lleve-mos para que tenga un cuidado apropiado!

Al oír su tono ambos Helcats se pusieron de pie escupiendo y mostrando sus largos colmillos. Pero Cabell estaba resuelto y enfrentó la furia del Regente con su propia furia.

Sin embargo, Veidt habló antes de que Cabell pudiera hacerlo.

—¡Gran Regente! Toda la galaxia ha oído hablar de tu inmenso intelecto y espíritu. Aquí está tu oportunidad de probar que puedes mostrar misericordia. ¡Considera qué alabanza ganará para ti! Caramba, esa noticia llegaría inclusive hasta la propia Regis.

Astuto —caviló el Regente mientras estudiaba a Veidt. Para ser una raza de seres artificiales, los haydonitas mostraban una emoción y un entendimiento de la motivación sorprendentes.

Veidt había tocado un nervio. Muy probablemente los espías de la Regis la informarían de un tema tal como el Regente mostrando misericordia —o de lo contrario sus propios agentes podrían asegurarse de que ella oyera de eso. Más que casi nada, él quería volvérsela a ganar. Y aunque su zambullida precipitada en la in-evolución le impedía entender de verdad esos impulsos que guiaban

a su antigua compañera, el Regente pensaba que mostrar misericordia por el clon de Zor ciertamente la complacería. Por eso dijo:

—Rem ya ha recibido los tratamientos que le permití sufrir a tus compañeros, porque todavía no he terminado con él. Sea como fuere, yo te concederé una solución de compromiso: puedes visitarlo en su confinamiento con tal que intentes conseguir que entre en razón.

Los sistemas planetarios soberanos del Regente, si es que estaban escu-chando detrás de las puertas, indudablemente registrarían eso en favor del Re-gente. Él estaba muy orgulloso de sí mismo. Había dado vuelta la visita molesta de Veidt y Cabell de manera que él pudiera sacar provecho de ella de varias mane-ras.

Y, con un poco la suerte, había comprado tiempo suficiente para crear la forma de matar a los Centinelas de una vez por todas.

Jack Baker le disparó a otra de las serpientes de energía y la vio desapare-cer en un fuego fatuo movedizo que se disipó y oscureció. Se le ocurrió que esos puntos parpadeantes de luz podrían estar desvaneciéndose sólo para congregarse y atacarlo de nuevo, pero no había tiempo para pensar en eso.

—¡Jack! ¡Dos en punto! —rechinó Lerna, que estaba a la derecha de Jack, todavía acabando con una masa retorcida y crujiente que se dirigía directamen-te hacia ella desde su derecha. Las doce en punto era la posición del líder, claro.

Jack terminó de volar un manojo de esas cosas que se estaba retorciendo hacia él desde su izquierda, luego cruzó su rayo y quemó a las serpientes de las dos. De nuevo captó movimientos sinuosos a su izquierda y empezó a saturar una consola cercana con una salva sostenida de Protocultura; era como una medusa llena de serpientes de energía.

Bela, en el asiento trasero —ahora inferior— del Battloid, silbaba y daba gri-tos de guerra penetrantes cuando no estaba descubriendo nuevos blancos para él. Parecía estar divirtiéndose.

La rueda de seguridad de los Battloids estaba rodeada por un mar de formas ondulantes luminosas; a cada segundo rezumaban cada vez más de cada hendidura y cada rasgo del lugar. Los mecas barrían su objetivo constante de tiro de arriba abajo y de diestra a siniestra, pero las serpientes se acercaban implacables. Era como si el tecno-paisaje hubiera cobrado vida.

Los Battloids luchaban con toda la fuerza, poder y precisión que la robo-tecnología había puesto en ellos, pero parecía irremediable. Los niveles de energía estaban cayendo abruptamente debido a las demandas feroces de los sistemas de armas.

Mi primera compañía real —pensó Jack amargamente—, y quizá también la última. Registro perfecto: ninguna victoria.

Entonces pensó en los afligidos —Karen y los otros—, que estaban en algún lugar allá arriba, en Glike. Y Veidt, Cabell y el resto del acompañamiento también estarían allí, todos ellos contando con el equipo de Jack para sobrevivir.

Pero fue la cara de Karen la que vio ante él y eso lo hizo luchar como un poseído.

Pero ni la potencia de fuego imponente de cinco Battloids titánicos fue suficiente para retener la marea de defensores de Haydon; las serpientes de energía golpearon el pie del meca de Jan lanzando estallidos de calor y luz, y disolviendo el metal. Ella se tambaleó y se controló cuando su primer impulso fue darles un pisotón (lo que sólo habría hecho mucho más fácil para ellos dañarla), y en cambio los destruyó fundiendo la cubierta y mandando a volar trozos de incandescencia.

Pero mientras Janice hacía eso, otra docena de serpientes se acercó lo bastante para enrollarse y golpear a Kami, que estaba a su derecha. Los escudos no parecían dar ninguna protección en absoluto contra las cosas. En el ínterin, varios más cayeron sobre Lron desde lo alto y empezaron a abrirse camino fundiéndose a través de su Battloid.

Jack se obligó a enfrentar el hecho de que no había escape para los Battloids. Las serpientes estaban empezando a llover del techo y él no podía ver ninguna ruta de retirada para los mecas. Era una orden que odiaba dar tanto como un oficial naval odiaría dar la orden de abandonar la nave, pero Jack apretó los dientes y dijo:

—Prepárense para eyectar.

No recibió ninguna protesta; todos habían visto que su situación actual era insostenible y sabían que deshacerse de los mecas de propulsión a Protocultura era su única oportunidad. Mientras escuchaba a los otros pasar por la revisión de eyección y haciendo lo mismo, Jack golpeó un botón de control al mismo tiempo que imaginaba a su nave.

Su Battloid hizo un movimiento rotatorio. La cabina-cápsula de escape de Crysta se fue deslizando para soltarse sobre la cubierta. Un paseo áspero, pero mejor que haber sido consumido por las defensas repugnantes de Haydon IV. Las serpientes ignoraron al módulo pero siguieron atacando a los VTs.

—¿Todos atados firmemente allá atrás, Bela?

—¡Llévanos a un paseo, pequeño Jackie! —rugió ella con alegría.

Jack apuró su revisión detallada para alcanzar los otros. Los Veritechs tenían sistemas de eyección cero-cero, de manera que los ocupantes podrían sobrevivir a un salto a ras del piso o incluso estando detenidos.

Las serpientes ya habían traspasado la cubierta y pululaban hacia ellos, mientras que más caían como lluvia desde cada grieta del techo como si fueran una rara versión de neón de una plaga del Antiguo Testamento.

—¡Está bien, todos: enciendan! —ladró Jack—. ¡Y una vez que se asienten, sigan moviéndose y no miren atrás!

Janice ya había saltado; los pedazos de su Battloid se liberaron soltando ra-yos explosivos para que su cabina pudiera dispararse sobre las erupciones azules de la potencia de la Protocultura. Kami y Lerna salieron casi exactamente al mismo momento, lanzados por el aire junto con sus pasajeros.

Jack dudó hasta que vio que Lron había salido y luego estiró la mano hacia su interruptor de eyección. Lo golpeó, después levantó las manos y cruzó sus brazos durante la demora del fusible para agarrar el arnés de su asiento, las manos en los hombros opuestos.

Se agarró con todo lo que tenía y sostuvo sus codos fuertemente contra él para que sus brazos no batieran y se rompieran cuando explotaran las cargas.

Casi no lo logró; las serpientes habían traspasado la armadura de la canilla de su meca y allí habían atacado los sistemas.

Un flujo de energía hizo rodar al Goliath metálico y por un momento Jack pensó que él y Bela iban a ser disparados directamente hacia el baluarte de metal de un aparato haydonita. Pero en la última fracción de segundo el Battloid respondió a su imaginación frenética y se enderezó. El traqueteo de la eyección pareció empujar su cabeza hacia la cavidad de su pecho.

Bela soltó un grito de batalla lozano mezclado con su risa profunda. Jack no estaba ni cerca de estar tan bullicioso.

Lron y los demás ya estaban corriendo para liberarse de sus cabinas-cápsulas de escape. Crysta y su pasajero invadido vinieron trotando hacia las cápsulas asentadas desde donde su cabina se había detenido después de que Jack la hiciera rodar.

Hasta los invadidos cautivos —Tesla y los dos científicos— caminaban vivamente. Antes de que su cápsula golpeará la cubierta, arrugando parcialmente su piel, Jack ya estaba sacudiendo las manos para golpear los broches de su arnés de seguridad. Oyó la voz de Jan por los audífonos de su casco.

—¡Aléjense de sus cápsulas! ¡Rápido! ¡De algún modo las serpientes las han sentido!

Jack voló la carlinga y se levantó para pararse en su asiento tomándose del marco del parabrisas. Jan tenía razón: la mayoría de las serpientes todavía se estaban amontonando para sofocar a los Battloids ahora inmóviles, pero algunas se habían vuelto hacia ellos y se deslizaban en dirección a las cápsulas de eyección.

—¡Bela, vamos!

Él estaba haciendo estallar los tableros de emergencia y sacando equipamientos y armas de los gabinetes. Pero ella ya estaba de pie recogiendo sus armas praxianas y el equipamiento REF que había traído consigo.

—Justo detrás de ti, gurrumino.

Janice Em había disparado con su rifle de ataque Wolverine, pero por muy poderoso que fuera, no fue muy eficaz. Los tiros parecían hacer que las serpientes tomaran nota de ella y se movieran para converger en ella. Con un impulso súbito, tomó el arma y la lanzó lo más lejos de ella que pudo. Las serpientes

corrieron hasta ésta al mismo tiempo que chocaba contra la cubierta, atacándola como si el rifle fuera un enemigo viviente.

—¡Desháganse de sus armas de Protocultura! —gritó en la red—. ¡Así es cómo nos están percibiendo!

Jack había recogido su equipamiento, pero ahora tiró a un lado su Wolveri-ne y también su pistola de energía Shiva. Alrededor de él los otros estaban haciendo lo mismo. A medida que cada arma descartada aterrizaba las serpientes se amontonaron sobre ella, atacándolas con mordeduras que lanzaban fuegos artificiales y escoria.

La partida se alejó cuidadosamente de las cápsulas escogiendo su camino entre las serpientes, que sólo parecían interesadas en llegar a los módulos de eyección. Los Battloids sitiados detonaron a medida que volcaban o hicieron erupción por el efecto de las mordeduras de las serpientes.

El pequeño comando de Jack se refugió detrás de un banco de retransmisoras para evitar las últimas explosiones brillantes que eliminaron a los mecas. Por orden de Jack, aquellos que no estaban usando los cascos de vuelo mantuvieron las manos sobre sus orejas y las bocas abiertas de par en par para no quedar ensordecidos. La chatarra giró y los escombros rebotaron en las paredes de la máquina-caverna.

Jack ya estaba evaluando su situación y no había nada en ella que le hiciera querer dar saltos de victoria. Ciertamente, ellos todavía tenían las armas de fuego convencionales y las armas praxianas, garudanas y karbarranas. Y los rastreadores inerciales portátiles les darían una dirección regular. Pero sólo había razones de emergencia de comida y agua limitadas en los paquetes de eyección, y ninguna esperanza viable de conectarse con Vince Grant o con los otros en la superficie usando los comunicadores de los cascos de vuelo.

La mayor parte del equipamiento que el equipo había traído consigo se había destruido con los VTs. Ellos eran más un manojo de supervivientes aislados que una partida de incursión.

Pero había una cosa crítica a su favor: las serpientes los estaban ignorando. Ahora que los Battloids eran restos humeantes las serpientes parecían estar disolviéndose, quizás volviendo a

cualquier molde de fabricación que les haya dado forma. Unas poderosas explosiones de gas extintor emanaron de unos dispositivos alrededor de los restos de los Battloids para extinguir los fuegos, y unos tremendos ventiladores crearon una tormenta de viento menor para alejar los humos.

—Al menos caminar es un ejercicio saludable, eso solía decirme mi mamá —dijo Bela alegremente mientras se ponía de pie. Estaba verificando su ballesta y reagrupando las dos espadas cortas que llevaba. Claramente su ceñido traje de vuelo REF era menos cómodo para ella que el traje de lucha bastante atrevido que normalmente llevaba.

Gnea, que parecía una gigantesca adolescente esbelta de diecisiete años, fue a unirse a su amiga y mentor. Gnea sostenía una de las alabardas praxianas con forma de naginata, un bastón con cabeza encorvada y reluciente, y una púa terrible puesta en el extremo opuesto. Jack las había visto a las dos usar sus armas en combate y había aprendido de la tontería de infravalorar las armas primitivas.

Revisó su localizador inercial; era inútil volver y por eso Glike era ahora su única esperanza. Pero entonces notó que Janice estaba parada a un costado, distraída. Parecía estar escuchando alguna distante canción de sirena para la cual el resto de ellos estaba sordo.

—Está cerca —susurró ella—. En algún lugar cercano, y está al tanto de no-sotros.

Burak, el astado como un uro que había viajado con ella, la miró con extra-ñeza.

—¿Qué es? —preguntó Crysta. Estaba bombeando el depósito de su largo rifle neumático karbarrano con su palanca de carga frontal con bisagra—. ¿Jani-ce, qué es lo que percibes?

—Haydon IV, el mundo artificial, tiene una mente, un Entendimiento —dijo Janice como en un sueño—. Y el asentamiento de ese Entendimiento, su nexo, no está lejos.

Ella sabía que era verdad, pero no podía entender cómo se le había dado ese conocimiento. Se volvió hacia ellos.

—¡Debemos ir hasta él!

—No, no —Jack se estaba encogiendo de hombros bajo las cintas de su mochila—. Nos estarán esperando allá en Glike,

¿recuerdas? ¿El almirante Hunter, Karen y los demás? ¿La gente que se supone debemos rescatar? Admito que las cosas no han sido exactamente coser y cantar hasta ahora, pero no vamos a defraudarlos. Nos pegaremos al plan.

Janice Em descubrió que no podía contestar. Se sentía como una doble imagen en una pantalla, como gemelos fantasmales parados uno al lado del otro. La vorágine de pensamientos e impulsos sensoriales que giraban dentro de ella le había robado la voz, la había inmovilizado. Fuerzas inmensas estaban rivalizando dentro de ella.

Tuvo una percepción repentina de Lang —no de la presencia física del genio robotech, sino más bien de su voz, de su intelecto. En este momento de crisis habían aflorado recuerdos intencionalmente sumergidos. Se activaron cambios en el ser que la REF, los Centinelas y hasta Minmei conocían como Janice Em.

A medida que se transformaba sus compañeros se alejaron de ella.

Capítulo 6

Cualquiera que diga que una desigualdad de un millón a uno es invencible nunca tuvo a Breetai de su lado de la balanza al pesarse.

Lisa Hayes Hunter, Recolecciones

No había ninguna realidad, ninguna fluidez ordenada de tiempo, ningún suelo bajo los pies u objeto substancial que ella pudiera tocar. Ella estaba en un vacío, sin formar, como lo había sido por mucho tiempo.

Entonces las cosas comenzaron a dar con fuerza sobre ella. Se le ocurrió a ella que su nombre era Karen Penn. Otros hechos y recuerdos y comprensiones se unieron.

Ella era un miembro de los Sentinels por vía de la Fuerza Expedicionaria Robotech. Su madre había muerto en el parto, y su padre mantenía eso contra Karen hasta el día de hoy. Había otro joven oficial, Jack Baker, a quién ella—

Ella bloqueó ese pensamiento. Pero había más —el recuerdo de cómo ella había sido envenenada por la atmósfera de Garuda, arrebatada en el estado mental expandido alucinatorio que los Garudianos llamaban hin, un estado para el cual la mente humana nunca había sido pensada. Luego estaban las pesadillas, las visiones, las visitaciones de la interminable tormenta de pensamientos del hin. Algunas habían sido horribles, algunas de una belleza extraordinaria, pero todas habían sobreexcitado su control sobre su cordura y las mismísimas funciones de su sistema nervioso autónomo.

La chispa flameante de su vida casi había sido apagada cuando sin advertencia algo pareció estar avivándola, alentándola a brillar

más y más. Luego hubo un sentimiento casi físico, como si ella estuviese brotando al exterior con agua de deshielo de un río de montaña –como si ella estuviese cableada con electrodos.

Y un coro de voces de algún modo silenciosas, cantando palabras que ella nunca entendió muy bien, la levantaron más y más desde el borde de la muerte.

Durante las semanas precedentes, Karen había soñado o desvariado muchas veces. Ahora ella había finalmente despertado. Esta vez, lo que ella vio la hizo sollozar un poco, con alivio.

La Teniente Comandante Miriya Sterling se sentó en el borde de su cama, sosteniendo la mano de Karen. Otrora la reina de la batalla del temido Batallón Quadrono de los Zentraedi, ahora esposa de Max Sterling, el líder del Escuadrón Skull, Miriya había luchado por la raza humana y los Sentinels tan duro como había luchado alguna vez por los Maestros Robotech –o aún más duro; el amor le había mostrado el modo.

Miriya dio a Karen una afectuosa sonrisa que parecía desusada con la ferocidad de una Quadrono. Ella alisó un bucle del cabello de Karen. “Bienvenida de regreso.”

Karen trató de hablar, ni siquiera segura de lo que diría, pero Miriya la aquietó. “Aún estarás débil por un ratito más; el resto de nosotros lo estuvimos, también. Sólo descansa.”

Miriya volteó y habló bajito sobre su hombro. “¿Dra. Grant? Ella está despierta.”

Otro rostro se presentó en la vista sobre el hombro de Miriya, una cara en forma de corazón con grandes ojos negros y de piel del color de la miel oscura. “Tómalo con calma,” la Dra. Jean Grant dijo. “Te pondrás bien, Karen.”

Karen concluyó que no estaba en la enfermería de los Sentinels; eso era manifiesto por lo que ella pudo ver de sus alrededores. Los dispositivos a todo su alrededor –lo que ella consideró era equipo médico– tenían la apariencia de esculturas geométricas en cristal y metales preciosos, y formas abstractas de neón y luz láser. Ella recordó haber visto el mismo diseño de tecnología en el módulo de los Haydonitas de la nave estelar Farrago. Ella llegó a una conclusión comprensible.

“¿Haydon IV?” Jean y Miriya, ambas, inclinaron sus cabezas

lentamente. “¿Entonces, lo logramos? ¿Hemos liberado otro planeta del Invid?”

“No, Teniente.” Lisa Hayes Hunter ingresó en la línea de visión de Karen, Rick siguiéndola un paso detrás.

“Garuda fue liberada,” Lisa continuó, “pero varios de nosotros fuimos atacados por la biosfera del planeta. Nuestra única oportunidad era la ciencia Haydonita, así que Vince y Jean y varios otros nos trajeron aquí, bajo bandera de rendición.”

“No de rendición,” Rick se exacerbó. “¡Yo nunca me rendí a los Invid, y tampoco tú! Además, ellos no gobiernan Haydon IV, al menos no oficialmente, así que una rendición es nula.”

Karen se sobresaltó al ver cuán odiosa era su expresión, no sólo al mencionar al Invid sino hacia todo lo que le había traído a este momento. Ella se figuró que los Hunter ya habían discutido en privado.

“¡Nunca me rendiré!” él juró.

Lisa parecía que estaba a punto de decir algo pero entonces lo pensó mejor. Para cubrir el difícil silencio, Jean hizo que Karen se incorporase. Allí había surtidos Haydonitas revoloteando a una distancia cortés, y por las ventanas de la Sala de Curación Karen pudo ver el mundo fantástico de Glike, con sus alfombras voladoras y su arquitectura de cuentos de hadas.

“Vince, el Coronel Wolff, y Max están tratando de encontrar a Sarna y conseguir una actualización de lo que está ocurriendo,” Miriya dijo. “Y Cabell y Veidt tienen una audiencia con el Regente.”

Karen Penn trató de frasear su próxima pregunta cuidadosamente. Todo era borroso concerniente a la desastrosa incursión en la base Invid en Garuda, pero ella sintió un súbito temor. “¿Sufrimos –muchas bajas? ¿En Garuda?”

Eso pareció disminuir la tensión un poco. Jean sonrió ligeramente. “Pudo haber sido mucho peor. Jack se encuentra bien, Karen.”

Karen se sonrojó y tartamudeó, “Yo –yo no quise –es que–” ¡La última cosa que ella quería era que pensasen que ella tenía un lugar tierno para ese farolero salivante, Jack Baker!

Uno de los sanadores Haydonitas planeó acercándose. “Usted perdonará la interrupción, espero, pero el tiempo para otro

tratamiento para usted se aproxima, Miriya Sterling.”

“Pero—” Karen sintió una súbita duda. “¿Pensé que todos estábamos curados?”

La expresión de Miriya fue de dolor. “Ustedes lo están –y yo también, espero. Pero ha habido una complicación en mi caso.”

Ella se levantó y golpeó ligeramente el hombro de Karen. “Verás, estoy embarazada, y no sabemos cómo la exposición Garudiana pudo haber afectado eso.” Ella cuadró sus hombros y partió en estilo militar, la barbilla en alto, rodeada de Haydonitas revoloteantes.

“Esa es la mayor razón de todas que tenemos para largarnos de aquí,” Rick dijo. “Digo que nos escapemos tan pronto como podamos.”

“No hasta que estemos seguros de que Miriya está bien,” Lisa contradijo firmemente.

“¿Qué bien hará tenerla saludable en una mazmorra Invid?” él dijo bruscamente. “¡Todos saben que lo que a los Invid les falta aquí, lo consiguen tarde o temprano! Y yo no voy a dejarme—”

Lisa giró violentamente hacia él de nuevo. “¡Entonces ve – continúa, sálvate tú solo! ¡Pero no vamos a abandonar a Miriya, o a Rem!”

Ellos mantuvieron la escena por un momento, y Karen se asomó al darse cuenta de que ellos estaban muy cerca de golpearse mutuamente.

Precisamente entonces otro Haydonita flotó hasta ellos, el manto ondulando. “Acabamos de recibir la orden de que todos ustedes estén preparados. El Regente ha mandado que ustedes comparezcan ante él para responder a los cargos en contra de ustedes.”

Mientras Breetai observaba a los Ghost Riders entrar precipitadamente para acabar a sus Battlepods y al Valivarre, él pronunció un único nombre.

“¡Kazianna!”

El rostro de ella apareció en una inserción pequeña en la

pantalla principal. “¿Sus órdenes, grandioso Breetai?”

En otro momento él habría mirado a Kazianna Hesh con afecto: la mujer guerrera Zentraedi quien había llegado de algún modo a comprender el significado del amor humano y de hacer el amor, y enseñado esas cosas a su señor del combate. Pero esto era un combate, y Breetai estaba completamente enfocado.

“¡Ataquen ahora, Quadronos!”

Kazianna dio una sonrisa hambrienta detrás del visor matizado de su casco. “¡Atacamos, mi señor!”

Desde las esclusas y las bahías de lanzamiento del Valivarre, nuevos mecha se dispararon hacia fuera sobre lenguas brillantes de fuego de los propulsores, cuando una multitud de Quadronos entraron al combate. Los Ghost Riders, la mayoría de ellos demasiado jóvenes para haber servido en la Guerra Robotech, estaban perplejos, no comprendiendo lo que estos nuevos oponentes extremadamente maniobrables y rápidos eran.

Kazianna guiaba el camino, tan veloz y ágil como un avispon, liberando el tremendo poder de fuego de su traje blindado. En su primera acometida, ella chamuscó a un Logan, y momentos más tarde a un segundo. Detrás de ella, arpías Robotech entraron a montones en la apertura que ella había hecho en la formación de los Ghosts, liberando misiles y rayos de alta energía. Las gigantescas guerreras de las Quadronos, aprestadas para la batalla y teniendo la ventaja de la sorpresa, comenzaron a acumular un resultado de matanza terrible al instante.

A bordo de su nave insignia, el Comodoro Renquist no pudo comprender lo que estaba sucediendo al principio. Todo lo que él sabía seguramente era que había gritos frenéticos por la red táctica de comunicaciones de los Ghost, y que las pantallas de las computadoras mostraban a los pilotos de la REF teniendo terribles pérdidas.

Después de algunos momentos, los bancos de datos correspondieron estos nuevos antagonistas con la información de archivo: armaduras blindadas potenciadas Quadronos conteniendo altas gigantas de 13,5 y de 15 metros de altura, claramente veteranas de una de las unidades más temidas de los Zentraedi.

“¡Imposible!” Renquist gritó. Aquellas armaduras blindadas

potenciadas que quedaron después de la guerra habían sido adaptadas para la minería, y todas las evaluaciones de inteligencia coincidían en que los Zentraedi carecían de la destreza técnica para rehabilitarlas para el combate –al menos, sin ayuda humana.

Lo que Renquist no sabía –lo que los Zentraedi habían escogido conservar para sí– era que el regreso a Fantoma y a su anterior modo de vida había dado por resultado un resurgimiento de sus memorias, las que los Maestros Robotech debían haber sumergido para siempre. Las agotadoras operaciones mineras forzaron un refloreCIMIENTO del genio innovador de los Zentraedi.

Los Ghost Riders se encontraron combatiendo con un enjambre de mujeres de espíritu ardiente cuya armadura potenciada les daba un sabor distinto. Los mecha de la REF eran hechos retroceder, o simplemente volados fuera de la existencia. Los Battlepods, cubriendo la retaguardia, acababan con los restos del enemigo para las Quadronos y volaban para protección.

El hombre Zentraedi tenía un montón para ponderar, Breetai vio con cierta satisfacción.

Él tenía abierto un canal de comunicaciones con Renquist una vez más. “Comodoro, le ofreceré la oportunidad de retirar a sus fuerzas y nos deje seguir nuestro camino en paz. No puede ganar, como ve.”

Renquist estaba visiblemente estremecido, la cara blanca. Los Ghost Riders casi habían sido aniquilados, y él no estaba nada seguro de que los pilotos restantes obedecerían sus ordenes.

Pero él sabía lo que podía esperar de Edwards si regresaba a casa derrotado. “¡Tú alienígena monstruoso! ¡Primero te veré en el infierno!”

“A la larga, tal vez,” Breetai concedió, y transmitió una señal a Kazianna.

Ella voló rápidamente a través de los aviones cazas enemigos y del fuego AA, tan ágil como la legendaria Miriya, para acercarse al puente del crucero. Demasiado tarde, Renquist se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Antes de que él pudiera dar la orden para despejar el puente, Kazianna soltó una tremenda ráfaga a quemarropa, penetrando los escudos y reventando la vasta curva del cristal de observación allí.

Renquist y sus encomendados oficiales Ghost, y los hombres de la seguridad personal de Edwards, fueron chamuscados y ennegrecidos, hechos volar rápidamente de sopetón por la atmósfera que salía precipitadamente, el aire saliendo a raudales de sus pulmones en un vaho a pesar de su esfuerzo para mantenerlo dentro.

Kazianna ya se había retirado lejos del crucero antes que continuar con su ventaja. Breetai no había deseado infligir más bajas de las que él tenía que infligir. Aún cuando ella lo hizo así, llegó la noticia de que los pocos Ghost Riders sobrevivientes estaban rompiendo contacto.

El Valivarre y los dos cruceros permanecieron inmóviles, enfrentados, mientras oficiales de la REF luchaban con el control de daños y trataban de restablecer la cadena de mando.

Finalmente la Capitán da Cruz, de la nave hermana del Tokugawa, la Jutland, contactó a Breetai. Él le preguntó a ella, “¿Capitán, aceptará usted mi oferta y separará cursos bajo bandera de tregua?”

“Señor, no lo haremos,” da Cruz, una mujer larguirucha de piel aceitunada y cabello gris oscuro recogido en un nudo apretado en su cuello, respondió.

“Comprendo.” Breetai inclinó la cabeza. “Mis guerreros y yo esperamos su voluntad.”

“Lord Breetai, usted entiende mal. Es mi opinión, y la de muchos otros en este contingente, que las órdenes fueron violadas cuando usted fue atacado. He tenido acceso a ciertas instrucciones selladas dadas al Comodoro Renquist por el General Edwards, y es mi opinión que los Sentinels pueden ser encontrados en Haydon IV.

“Lo que propongo es que la Jutland –y la Tokugawa, tan pronto como las reparaciones de emergencia puedan estar realizadas en ella– los acompañe allí en su misión para encontrar a Rick y Lisa Hunter y a los otros. Prestaremos ayuda militar cuando se necesite, y escoltaremos al almirante y a su esposa y al resto a la Base Tirol

de la REF de modo que pueden responder justamente a los cargos contra ellos.”

Da Cruz se permitió la acción de levantar una ceja. “Verá, muchos de nosotros encontramos difícil imaginar a los Hunter como traidores, también.”

Las esquinas de los labios de Breetai se doblaron hacia arriba. “Tal vez podamos ayudar con las reparaciones al Tokugawa, señora. Podría decirse que nos hemos vuelto algo inventivos recientemente.”

Capítulo 7

*Hay cosas más agradables en la vida que estar aquí.
Tener herpes, por ejemplo.*

Jack Baker, Ascendentemente Móvil

La cuadrilla de ataque miró fijamente, espantada, a la cosa que había sido Janice Em.

Su piel se había vuelto transparente, y los vasos sanguíneos y la musculatura de su cara pudieron ser vistos. Sus ojos emitían una luz misteriosa; la que fuera su expresión lucía apagada, sin brillo y no humana.

Jack halló que él había levantado instintivamente su pistola ametralladora. “¿Qu-qué eres tú, una zombie?” Él se sintió estúpido aún diciendo eso.

La voz de ella, cuando habló, tenía mucho del tono y la manera de Janice. “No; soy una persona artificial, construida en el megacomplejo de investigación de Tokio. He actuado como los ojos y oídos del Dr. Lang en la misión de los Sentinels.”

El pecho ancho y densamente cubierto de pelo de Lron retumbó. “¡No me gustan esas cosas –androides corriendo por ahí pretendiendo que están vivos!”

La PA fue rápida para responder, “Oh, pero la Janice que conocían no sabía que era una Persona Artificial –un androide, si insisten. Pero aún soy Janice, con todos los pensamientos y memorias de Janice. Sólo que, finalmente tengo conciencia del otro lado de mi personalidad –la que servía a Lang. Podrían decir que finalmente estoy completa.”

“¿Pero por qué revelas esto ahora?” Bela preguntó sospechosamente. A ella más bien le había agradado Jan –la había

admirado por ser tan rápida y fuerte y habilidosa en batalla como una Amazona. Pero Bela miró a este ser frente a ella –un Wyrdling, como las Praxianas lo llamarían– con cautela.

“Porque no debemos seguir los rastreadores de inercia directamente hacia Glike,” la PA contestó. “La Conciencia que dirige Haydon IV está cerca, y pienso que es la clave a nuestro dilema. No obstante vi que no había otro modo de conseguir que ustedes se desvíen, y si yo me hubiese meramente escabullido, ustedes habrían ido a buscarme y se habrían puesto en gran peligro. Comprendo muy bien la amistad, como ven.”

Ella llevó una mano a su espalda para recoger su largo cabello de color lavanda y alejarlo de la nuca de su cuello. “Y hay otra razón para darme a conocer. Para localizar la fuente de esta Conciencia debo hacer contacto con ella directamente, y para hacer eso –debo dirigirme a ella.”

Ella extendió su mano libre y tiró de un parche de piel sintética de su cuello. Ella giró para mostrarles la abertura de entrada que había estado oculta allí. Hubo un silbido concertado por parte de los dos científicos Invid más pequeños, y los ojos de Tesla sobresalieron con fascinación. Burak dio tajos y reveses al aire con cólera con sus cuernos e hizo un signo místico de protección.

Jan dejó caer su pelo en su lugar, y hurgó en una bolsa pequeña en sus arneses. Ella sacó un cordón conector y varios tipos diferentes de adaptadores. “Según mi análisis, uno de estos me permitirá conectarme con este estado consciente artificial que he detectado.”

“¡No! Ella no debe gozar de confianza,” Tesla objetó. “¿Un androide? ¿Cómo podemos saber cuál es su móvil en realidad? Sería mejor que me permitieran conversar con esta Conciencia, mis amigos.”

Jack examinó a Tesla. El otrora científico principal del Regente ya no se asemejaba a una casta superior convencional Invid; algún tiempo después de los terribles eventos en Garuda, él había sufrido cierto tipo de cambio que él aún rehusaba explicar.

Él era ahora casi tan alto como el Regente –más de cinco metros. Su hocico era más corto, la cabeza más definida, las manos y los pies más humanoides que de reptil. Su piel era ahora de un color

verde pálido, cerosa y lisa.

Pero lo más inquietante de todo, él había criado un quinto dígito, y sus manos y su uso de ellos lucían bastante humanos.

Tesla había convencido a los Sentinels de que él podía ser útil en esta misión, pero Jack no iba a confiar en el científico con los secretos de Haydon IV. Él movió el cañón de su arma rechinante hacia arriba para apuntar a Tesla. “Olvídelo. Manténgase alejado de la maquinaria de aquí abajo a menos que yo diga lo contrario.”

Tesla radiaba un odio inexpresable, pero no dijo nada. Burak se enfadó, también, y se movió para pararse cerca del Invid. Jack hace tiempo había notado que había algo entre los dos, algún secreto que ellos compartían, pero el gesto de Burak fue más del tipo de una realineación de lealtades.

Burak se había estado poniendo un poco inestable. Él se sentía agraviado porque su mundo, Peryton, estaba muy atrás en el itinerario de los Sentinels. Jack tomó nota mental de mantenerlo vigilado, también.

“Muy bien, uh, Janice.” Jack decidió que podría seguir llamándola así. “¿Qué necesitas?”

“En primer lugar, una interfaz apropiada.” Ella los llevó lejos por el pasadizo ancho como una autopista; ellos automáticamente tomaron posiciones e intervalos tácticos. Ellos se movieron dentro de un pasadizo lateral más pequeño, uno en el que los VTs nunca habrían logrado ingresar. Los otros soldados estaban nerviosos, esperando que Haydon IV apareciese con nuevos horrores, pero Jan parecía alegremente confiada que alejados de sus mecha potenciados con Protocultura y sus armas ellos ya no serían considerados invasores.

La teoría de Janice podría ser correcta, pero Jack aún pensaba anhelosamente en todo el poder de fuego al que ellos habían sido forzados a abandonar.

Janice parecía estar hallando su camino como un indio en el bosque profundo, escuchando y en cierto modo oliendo las corrientes de aire así como explorando el tecno-terreno venidero con su mirada.

Al adentrarse más, ellos sentía más calor. Lron y Crysta se quitaron sus trajes de vuelo extra grandes completamente,

abandonándolos excepto los cascos –y el equipo de comunicaciones en ellos– y los arneses que sujetaban su equipo y armas.

Jack, Kami, y Learna se quitaron sus cascos también, uniéndolos a su equipo de malla, y los dos Garudianos se colocaron sus máscaras de respiración especiales.

Finalmente Janice se detuvo en otro inmenso lugar abierto lo suficientemente grande para contener a un crucero. Ante ellos estaba una cosa sorprendente de apariencia delicada que le recordaba a Jack de la estructura del edificio del cuartel general de la REF en Tirol.

Allí había filas de instrumental por todos lados; Jan escogió uno inmediatamente. Sólo le tomó a ella un momento o dos deducir que adaptador usar, en qué configuración, y luego estuvo preparada.

Jack se ofrecía como voluntario para hacer la conexión. Al él alistarse con el enchufe en su mano, Jan pareció volver a su lado humano de nuevo. “Si tú me ves sobrecargarme, retira el enchufe al instante. Quiero decir, inmediatamente, ¿entendiste Jack?”

“Seguro; entendido.” No se le había ocurrido a él que ella estaba arriesgando su vida –si ése era el término correcto. Él nerviosamente metió sus dedos en su guante de vuelo, esperando que aquel lo aislase de cualquier oleada de poder.

Con Jan sosteniendo su cabello hacia un lado de nuevo, él tomó un aliento profundo y enchufó el adaptador en la salida en el cuello de ella. Hileras de instrumental periférico cobraron vida en luces de varios colores y un zumbido grave llenó la cámara; el zumbido aumentó en tono hasta que sonó como un coro sintetizado.

Un resplandor brotó de Janice Em, y Jack casi tiró del enchufe, pero ella logró decir con una voz jadeante, “No lo hagas...no lo hagas.”

Jack retrocedió para observar cuando ella fue bañaba en refulgencia. Él pensó que podía sentir conversaciones teniendo lugar en todo su alrededor, y el fluir de ríos de información. Él giró para ver cómo los otros soldados estaban resistiendo.

Bela y Gnea no estaban asustadas, pero habían cerrado filas. Lron y Crysta tenían sus armas en sus manos, pero no parecía que iban a volar agujeros en algo; su servicio con los Sentinels les había enseñado un cierto dominio de sí mismo.

Kami y Lerna estaban examinando el ambiente en éxtasis, y Jack se preguntó qué estaban viendo y oyendo. Ellos estaban aspirando por sus máscaras de respiración, haciendo ingresar la atmósfera de Garuda, con sus innumerables simbioses microscópicos, en sus pulmones. Él sabía que ellos estaban en el estado mental expandido del hin, y deseó saber cómo el sistema electrónico de Haydon IV se estaba manifestando a ellos.

Los dos prisioneros de guerra Invid inferiores, Garak y Pye, estaban encogidos en un rincón, pero Tesla se había puesto de pie en su altura completa, las manos extendidas en el aire implorantemente. Él se tambaleó hacia una pila de tableros de control e indicadores como un amante por mucho tiempo perdido.

Jack descargó una ráfaga corta sobre el piso en el camino del científico, los trazadores dibujando líneas de advertencia brillantes, los rebotes de los proyectiles centelleando lejos en la distancia. Tesla se detuvo como si alguien lo hubiese abofeteado para sacarlo de un trance, mirando hacia abajo a las torpemente destellantes manchas de balas de plomo a sus pies.

Jack llevó la pistola ametralladora a su hombro, Tesla juntó sus omóplatos. Tesla retrocedió un paso, y luego otro, hasta que estuvo de vuelta en donde había estado de pie. Jack soltó una rápida sonrisa falsa hacia un lado a Burak, quien estaba manoseando su pequeña arma Garudiana, una cosa que se parecía a un arpeo.

Burak lucía indeciso, pero era evidente que él estaba furioso con la intervención de Jack. Entonces una mano cayó sobre el hombro de Burak. Bela había cargado sobre su hombro su ballesta y sostenía su espada corta en su otra mano. Gnea tenía su alabarda lista. No hubo ningún forcejeo, sólo la comprensión de que Burak iba a bajar su arma y resistir, o de otro modo vería su cabeza volar de sus hombros. Él escogió la primera opción.

Sabia decisión, Jack pensó. De otra manera esas damas probablemente tendrían tus cuernos en las paredes de su sala de estar, muchachito.

“¡Miren!” Jack giró, viendo sobre lo que Crysta estaba vociferando. Su mandíbula caía.

Janice Em aún estaba enrollada en una aurora estroboscópica, pero ella estaba cambiando de apariencia. Un momento, ella era la

Janice que había cantado con Minmei y más tarde unida a los Sentinels. Al próximo, ella era la Persona Artificial la cual ella misma había revelado ser. Luego ella fue algo aún más preocupante –un ser humano transparente o un Spherisiano. Y después de eso ella revoloteó, pareciendo ser un Haydonita, con su falta uniforme de características, con un manto ectoplasmático alrededor de ella mientras revoloteaba sobre el piso.

El brillo se hizo más intenso, de modo que ellos apenas pudieron soportarlo. Jack pensó en rociar una ráfaga dentro de la maquinaria o girar un control al azar, pero decidió que eso los podría meter en problemas aún peores.

Un viento barrió por el inmenso cuarto, y en alguna parte en el centro de la luz Janice estaba cambiando por varias formas – algunas humanas, algunas no. Kami estaba aullando de histeria, y Tesla estaba gritando, mientras que Lron tenía ambas manos apretadas contra sus oídos. Gnea y Bela, brazos extendidos, las espadas levantadas, eran diosas de la guerra aullando un quien viene a los elementos.

Precisamente cuando parecía que ellos no lo podían soportar más, la luz se marchitó y el sonido se extinguió gradualmente. El aire perdió cada aliento de movimiento. En la inmovilidad que siguió, los soldados se recobraron y soportaron parpadeando las luces deslumbradoras que daban vueltas ante sus ojos.

Janice Em se hallaba una vez más en su forma humana, el enchufe hembra de interfaz desconectada en su mano. “¿Te encuentras bien?” Bela aventuró.

“Sí, verdaderamente, gracias.” Ella sonó distante, pero luego rebotó de alegría hacia ellos con una sonrisa muy humana.

“Estoy bien, y descubrí lo que necesitamos saber.”

“Pero...” Jack se dio cuenta que el cañón de su pistola ametralladora estaba apuntada en su dirección y rápidamente la bajó. “¿Qué fue todo ese cambio de formas?”

Janice miró a la red de luz. “Se podría decir que Haydon IV me

ha estado enseñando unas cuantas cosas sobre mis propias capacidades y potencial. Los equipos de proyecto de Tokio y aún el Dr. Lang, me temo, no los comprendieron del todo.”

Ella se repuso, volviendo su atención a las cuestiones inmediatas. “Pero eso no viene al caso ahora. Debemos ponernos en camino.”

Ella se había doblado para recoger sus propias armas y equipo. “Y debemos apresurarnos. Los otros están en peligro, allá arriba en Glike, y tenemos que llegar a ellos al instante.”

“¿Huh? ¡Hey!” Jack se echó a trotar detrás para alcanzarla, cuando Jan se puso en camino hacia una columna cercana de instrumental. Los otros se quedaron detrás, Gnea y Bela en particular asegurándose de que los Invid se mantuviesen firmes y no se metiesen en ningún lío.

La columna era la circunferencia de una torre de control de una estación de lanzamiento, expandiéndose desde el piso al techo. Al ir Jan acercándose a ella, una sección de indicadores parpadeantes se deslizó hacia un lado, revelando un compartimiento pequeño.

Jan giró hacia sus compañeros, acallando sus objeciones, demandas, y amenazas. “Escuchen: responderé a cualquier pregunta que tengan, explicaré todo lo que pueda, en el viaje. Sólo que, debemos comenzar ahora, y este es el primer paso en el camino hacia Glike.”

Jack expulsó su aliento, las mejillas abultadas como las de un músico de corneta. “Si sobrevivo, no me ofreceré como voluntario para nada de nuevo. Bien; pongámonos en marcha.”

El lugar no era demasiado estrecho; ellos tenían más o menos tanto espacio como en un ascensor medio lleno. Particularmente ninguno de ellos se sorprendió cuando el compartimiento se cerró de nuevo y hubo una sensación de movimiento, directamente hacia arriba.

“Primer pregunta,” Jack dijo cansadamente. “¿Tienen tocadores en este vuelo?”

“Debiste haber pensado en ello antes de partir.” Janice Em le respondió con una sonrisa.

Los médicos la habían inyectado con algo calculado para acelerar su reposición –haciendo a sus neurotransmisores bloquear los efectos sedantes agudos y elevando sus ondas P3. Pero Minmei aún estaba retorciéndose entre un par de guardias Ghost Riders cuando era arrastrada ante Edwards en su oficina en el piso superior del cuartel general de la Base Tirol en Fantoma.

Ella había tratado de morder, arañar, y patear, pero las personas de la REF estaban acostumbradas al combate mano a mano, y aunque ellos estaban bajo ordenes de no desquitarse, habían prevenido que ella infligiera algún daño significativo. Agotada, fue empujada enérgicamente a una silla y mantenida sentada.

Su rostro estaba tiznado con suciedad y lágrimas. Borrosamente, ella vio a una figura moverse y oyó la voz de Edwards. “Esperen afuera,” él dijo a sus soldados.

Ella oyó la quebradiza furia en la voz de él y por primera vez se asustó verdaderamente. Ella había visto su mal humor antes, sabía que era capaz de cualquier cosa cuando estaba así –hasta de asesinarla en el acto.

Ella se enjugó las lágrimas y trató de parar de llorar. Edwards estaba de pie detrás de su escritorio, las manos estrechadas en la región lumbar.

“¿Quién era el piloto que te ayudó a escapar?”

“Vete al infierno,” ella reprimió.

Él caminó lentamente desde detrás del escritorio. “¿Dónde pensabas que estabas yendo?”

“¡Que Dios te condene!”

Él se movió con velocidad asombrosa, asiendo un puñado del cabello de ella y levantándolo dolorosamente, haciéndola exclamar con dolor, manteniéndola en su asiento con su otra mano.

“¿Realmente crees que alguna vez podrás librarte de mí, Minmei? Yo nunca cedo algo que es mío; tú ya lo deberías saber.” Su voz era muy suave, como si le calmase el estar causándole daño a ella.

Minmei resistió fútilmente por un momento, luego se rindió. “¡Continúa! ¡Haz lo que desees! ¿Crees que el ser cruel te hace

fuerte? He conocido a hombres reales, y comparado con ellos tú eres un pretexto lastimoso de un ser humano y un fracaso miserable como amante—”

Su propio grito la interrumpió, al él infligirle más dolor. Él sostenía la muñeca de ella de un modo que se sentía como que él la estaba a punto de romper, y sacudía la cabeza de ella de un lado a otro lentamente para enfatizar cada palabra. “Tu Jonathan Wolff está muerto ahora, al igual que Hunter y el resto. ¿Ibas a unirme a los Zentraedi? Ellos se interpusieron en mi camino, también; están liquidados.”

Él se arrodilló, haciendo girar la cara de ella hacia la de él. “Te dije que hay cosas que sé, cosas que he aprendido desde que llegamos a Tirol, eso me dará poder ilimitado. Control ilimitado. Podrás no amarme voluntariamente, pero me amarás.”

Nada que Minmei había escuchado alguna vez la había aterrorizado como esas palabras. Ella pudo sentir el aliento caliente de él sobre ella; ello la enfermaba.

“Ahora, me vas a decir todo lo que quiero saber, y todo lo demás. Y entretanto te mantendremos calmadita.”

El general extendió su mano libre y llamó con timbre a los guardias. Toda la charlatanería de ella sobre despertar a la muerte – tuvo que ser un desvarío loco, por supuesto, él se dijo, pero ello aún lo molestaba. Y hasta ahora una inspección del área no había revelado ningún signo siquiera del piloto que se la había llevado en secreto de la SDF-3, ni los agentes de Edwards podían presentar alguna pista.

La muerte podría significar muchas cosas, pero Edwards sospechaba que sabía a quién se refería ella. Absurdo...

Él la arrojó a los guardias. “Enciérrenla, manténganla callada. No quiero que nadie se entere de esto. Encubrimiento completo. Díganles a los interrogadores que me mantengan informado.”

Después de que los guardias la habían arrastrado afuera, Edwards miró al exterior por la ventana.

Él apenas pudo distinguirlo, a lo lejos al otro lado de un distante sitio de aterrizaje, un hombre en un traje de piloto estaba mirando fijamente de vuelta por unos telebinóculos a la silueta tan alejada que era un enemigo mortal.

El Teniente Isle bajó los telebinóculos. Todos los elaborados sistemas de seguridad y el equipo complejo y el armamento entre él y Edwards eran ahora sólo un problema abstracto en el planeamiento de la misión; un proyecto estratificado requiere la apropiada aplicación y fortaleza de la voluntad.

Pero la batalla misma estaba unida.

Capítulo 8

Si Sartre está en lo correcto y la historia de cada persona es la historia del fracaso, entonces algo va a dar golpes aquí.

*Comandante Vincent Grant, citado en los Sentinels,
por Le Roy La Paz*

Si Glike era fascinante por los embarcaderos flotantes y las torres aguja de la ciudad, ésta era arrolladora desde la posición ventajosa de un cono volador Haydonita.

Vince, hipnotizado por la vista de la tierra de fantasía, parpadeó con sorpresa al darse cuenta que el cono estaba revoloteando, con su borde del disco contra un embarcadero flotante, sobre la cima de un rascacielos que sugería un carámbano invertido. El domo transparente debajo del cual él, Jonathan Wolff, y Max habían estado parados ahora se separó, proveyendo una puerta de desembarco.

Pero el embarcadero flotante estaba vacío. Max giró hacia su piloto Haydonita sospechosamente. “Usted dijo que nos estaba llevando con Sarna.”

La Haydonita era más pequeña y más esbelta que o Veidt o Sarna y tenía un tinte de color esmeralda en su piel. En el centro de la frente de ella estaba una configuración de luz zafiro estrellado que provenía de ninguna fuente aparente. Las características de ella no eran más pronunciadas que aquellas de cualquier otro Haydonita que los visitantes habían visto, y sin embargo había contornos que de algún modo le daban un rostro e individualidad. Los no-Haydonitas habían aprendido que los Haydonitas estaban lejos de ser anónimos.

Ella se inclinó serenamente. “Ella estará con ustedes pronto. Ustedes desearán, después de todo, algo de intimidad para sus consultas. Existen peligros en esta ciudad, como bien saben. Y ahora, si me dispensan ustedes, tengo otros asuntos de apremiantes que debo ver.”

Vince enseñó el camino fuera del cono volador, y en otros pocos segundos aquel se estaba elevando lejos en el cielo de Glike, entre las alfombras volantes y las barcazas aéreas pendientes.

Allí estaba ventoso y frío, pero la vista valía la pena. Jonathan Wolff alistó un telebinocular y observó a su alrededor. Max miraba con ira el paisaje urbano parecido a Oz; él estaba preocupado por Miriya y los demás, deseando que alguna acción directa fuera posible.

Vince dijo, “Lo que no comprendo es este asunto con Vowad, el padre de Sarna. ¿Quiero decir, celos, de un Haydonita?

Las emociones de los sintéticamente producidos Haydonitas eran normalmente demasiado sutiles para ser detectados por los otros Sentinels, o estaban profundamente reprimidos. Y ciertamente sus lazos familiares eran débiles para los estándares de los forasteros. Pero la situación entre Sarna, Vowad, y Veidt era aparentemente la excepción.

Los Haydonitas no reproducían tanto como literalmente creaban su descendencia, como un tipo de forma artística. Los jóvenes incorporaban características de los antepasados e innovaciones escogidas, como ensayos estéticos, también.

Wolff bajó el telebinocular. “De lo que he podido lograr ver desde que hemos llegado aquí, Vowad es la última expresión del desarrollo Haydonita, su Número Uno,” él dijo. “Y Sarna fue, en cierta medida, su realización culminante. Excepto que, ella no se comportó del modo en que se suponía debía hacerlo. Se entusiasmó totalmente con Veidt y con ciertas ideas radicales que él tenía, como resistir la intrusión Invid.”

“¿Dónde hemos oído eso antes?” Max murmuró.

“La cosa es que,” Wolff continuó, “tengo la impresión de que si alguien pudiera evitar de que el Invid hiciera lo que quisiera en Haydon IV, ese es Vowad. Sólo que, él no parece inclinado a hacerlo.”

“La cuestión toda es un poco escurridiza para los estándares Haydonita, supongo,” Vince dijo. “El Invid facilita su entrada con planes comerciales y misiones diplomáticas, intercambios culturales y todo eso, y lo próximo que sabes, es que ellos están atrincherados. Sobornando a los funcionarios; intimidando o chantajeando a los burócratas –ellos tienen toda la influencia que necesitan por aquí, más o menos.”

Y si el vanagloriado sistema de defensas del planeta alguna vez realmente existió, los tres vinieron a comprender, aquel encontró la operación de infiltración/subversión Invid demasiado confusa para encargarse de ella. Mientras los Invid no hacían ningún movimiento manifiesto, ellos estaban a salvo de un justo castigo. Y las transacciones violentas entre los no-Haydonitas estaban, así parecía, exentas de la interferencia por parte de las defensas planetarias.

Wolff levantó el telebinocular de nuevo, explorando. “Levanten las cabezas,” él dijo suavemente.

Una alfombra voladora se estaba acercando, del tamaño de una manta doblada. En otro pocos segundos, Sarna descendió junto a ellos.

Después de recibir noticias de que Rick, Lisa, y los demás se habían recuperado, ella dijo, “No tenemos mucho tiempo. Las cosas aquí están mucho peor de lo que Veidt y yo pensamos cuando propusimos este plan. Tenemos que sacarlos a todos ustedes de Haydon IV tan pronto como sea posible.”

Antes que ellos la pudieran presionar por detalles, ella se apresuró, “¿Trajeron sus dispositivos de visión? Bien; miren allí, en la unión del Sendero del cielo y del Camino de Plata.”

Finalmente ellos se enfocaron en el punto que ella estaba indicando. Vince observó por un momento, luego expresó una no característica y deliberada ristra de obscenidades.

“Sí; esto cambia las cosas,” Wolff añadió burlonamente.

Muy lejos y debajo, una caravana de esclavos era hecha avanzar por guardias Inorgánicos hacia una fortaleza Invid inquebrantable

que lucía brutalmente fuera de lugar en el exquisito Glike.

Los prisioneros, vendados con correas metálicas que fulguraban con instrumentales, estaban sucios y desgredados. Era fácil de ver que eran mujeres grandes y robustas que llevaban puesto los restos de sus trajes de lucha, caminando con las cabezas en alto, llevadas en rebaño por sus apresadores.

“Praxianas,” Max dijo suavemente. “Las Praxianas desaparecida. ¡Están aquí!”

Sarna estaba inclinado la cabeza mesuradamente. “Ellas no fueron, como pensábamos, exterminadas; el Invid tiene muchas más esas aquí en la ciudad y en otra parte en Haydon IV. Muchos, muchos miles.”

En contraste a la falta usual de extrema emoción en los Haydonitas, había aborrecimiento en su voz ahora. “Y mi padre, Vowad, lo permite. Lo permite todo, para preservar su tan importante serenidad, y este pequeño...lugar utópico, como ustedes los humanos dirían.”

Ellos bajaron sus binóculos cuando ella continuó. “El Regente ha aplicado la presión apropiada; él los tendrá a todos ustedes en cautiverio pronto, si no nos movemos rápidamente. Él ha arreglado para—”

Pero ella no siguió adelante, cuando el sol fue empañado sobre sus cabezas por alfombras voladoras de más de un acre de área. Sobre ellas se encontraban Inorgánicos: Scrim y Crann y Odeon, con las armas listas, junto con los Haydonitas que estaban haciendo el vuelo actual.

Los tres guerreros de la REF desenfundaron sus pistolas de asalto Badger, preparados para luchar por sus vidas, pero Sarna dijo, “¡No! Si ustedes disparan primero, habrán hecho lo que ellos desean. Y Miriya y los otros sufrirán tanto más por ello. Quédense donde están y déjenme hablar en favor de ustedes.”

Las alfombras voladoras aterrizaron para rodearlos con la caída abrupta del borde a sus espaldas. Vince, Max, y Wolff formaron su propio círculo de seguridad, pero mantuvieron los cañones de sus pistolas ametralladoras apuntados hacia la superficie del embarcadero flotante. Ellos tenían unas cuantas sorpresas más en sus cuerpos al lado de los Badger, pero ir contra los Inorgánicos sin

sus propios mecha significaría una misión suicida.

Ellos reconocieron a Vowad inmediatamente por el cráneo abultado y el tono rojo oscuro de la carne roja, y la enorme conformación de zafiro estrellado color lavanda en su frente. Él estaba de pie al lado del Regente Invid, los dos Hellcat del Regente flanqueándolos. Los otros Haydonitas allí portaban lo que Vince había aprendido a reconocer como emblemas que los distinguían como Ancianos Respetables –la “guardia vieja” del planeta, quienes habían hecho las paces con la subversión Invid.

Los Inorgánicos avanzaron pesadamente fuera de las alfombras, desplegándose para circundar a los Sentinels. Entre los mecha había Oficiales Blindados, en cierto modo Invid evolucionados en armaduras potenciadas, erguidos unos dos metros y cuarenta centímetros de alto más o menos, blandiendo las armas. Vince no pudo deducir por qué las defensas del planeta no respondían a tal exhibición de fuerza –a menos que o las defensas eran un mito o los Haydonitas habían decretado que esas defensas no obstaculizaran las tropas del Regente.

El Regente y Vowad descendieron, los Hellcat acechando un paso detrás. “Ustedes Humanos son alborotadores de nacimiento,” el Regente observó. “Siempre maquinadores, nunca tranquilos.”

“Nos mantiene entretenidos, sacándolo a patadas planeta tras planeta,” Jonathan Wolff otorgó apaciblemente.

El Regente gruñó, y sus Hellcat mostraron sus colmillos en gritos furiosos. Vowad, viendo a su hija entre los Sentinels, intervino antes de que los Hellcat saltasen.

“¡Ustedes nos acompañarán donde sus otros compañeros están detenidos! Allí serán examinados para identificación positiva, y oficialmente vueltos a poner bajo custodia del Regente, por el juicio sobre cargos de crímenes de guerra.”

“De ninguna manera,” Max Sterling dijo, quitando el seguro de sus pistolas. “Más bien preferiría morir aquí.”

Pero Sarna se inclinó para cuchichear en su oído, “¡Por favor! Confíe en mí; aún hay un modo de salir de esto, pero debe fingir por algún tiempo. ¡Por el bien de Miriya, y su futura hija!”

Lentamente, de mala gana, Max regresó las Badger a sus sobaqueras. Vince y Wolff vacilaron, luego hicieron lo mismo.

“Veidt o yo les enviaremos recado tan pronto como podamos,” Sarna cuchicheó cuando el Invid se acercó.

El Regente apareció ante ellos. “¡Cuán espléndido se siente tener su...compañía...finalmente!”

Cubiertos por las armas de los Inorgánicos, los tres hombres fueron desarmados y acomodados a bordo de la alfombra voladora más grande. Vowad se quedó atrás, llamando a un lado a Sarna, cuando el Regente y sus tropas y prisioneros despegaron. Los dos revolotearon allí, el viento movía con energía sus mantos largos.

“Detesto estas emociones no controladas que has adquirido por tu contacto con los Sentinels. Te ordeno que detengas esta tonta sedición,” Vowad le siseó a ella. “Te prohíbo abatir la cólera del Invid sobre nosotros.”

“¿Ordeno? ¿Prohíbo? Ésas son palabras que sólo los Invid podrían usar en Haydon IV ahora; tú has visto que así sea.”

“¡Deja de hablar como una loca, Sarna! ¡Estas actitudes tuyas son una locura! ¡Tú nunca hablaste así hasta que conociste al detestable de Veidt!”

“Pero, padre, tú tienes el poder para desencadenar nuestras defensas contra ellos –¡para combatir al Invid!”

“¿Y tal vez destruir nuestro mundo entero en el proceso?” Un gesto de su cabeza señaló a los Invid y sus presos que se iban.

“¿Qué es tu guerra Invid para mí? ¿Qué son los Sentinels? Sólo un tictac del reloj eterno de Haydon IV; un simple momento en nuestra vida. Cuando todos hayan pasado, seremos como siempre hemos sido y siempre seremos. No arriesgaré este lugar perfecto por las riñas insignificantes de la clase baja.”

“Parece que su decisión de retener información al consejo fue bien concebida,” Exedore dijo.

“Lamentablemente, sí,” Lang respondió, no mostrando ninguna pena en modo alguno.

Cualquier cosa dicha ante el consejo iba directamente al oído de Edwards, y ambos científicos habían pensado imprudente dejar

saber a Edwards que había más mineral monopole restante aquí en Tirol.

“En mi opinión, las líneas de batalla están preparadas, y sólo estamos esperando el disparo de inicio,” Lang agregó. Exedore, quien habían visto siglos de guerra, inclinó la cabeza.

Ellos se sentían seguros hablando con franqueza en el centro de la instalación de investigación de Lang, satisfechos de que estaba limpio y de que las personas de las que él se había rodeado eran leales. Además, su último proyecto estaba completo: uno de los cruceros clase Escolta SDF había sido adaptado con una unidad de transposición espacial.

Había requerido cada gramo del mineral recuperable de los laboratorios de análisis y cada partícula de la reserva secreta que Lang y Exedore habían acumulado con la ayuda de Breetai. Finalmente había un modo de hacer contacto con la Tierra, de transmitirles una advertencia de las intenciones de los Maestros Robotech de buscar el mundo al que Zor había enviado la SDF-1 y la misteriosa matriz de la Protocultura –siempre que el resto del Consejo Plenipotenciario pudiese ser ganado.

Exedore y Lang estaban sentados juntos, esperando, frente a la pantalla principal del laboratorio. El debate acalorado de las últimas cinco horas los tenía a todos agotados, y el intervalo de una hora antes de la votación, durante el cual cada miembro debía considerar los pro y los contra, había resultado una oportunidad bienvenida para recuperar sus alientos.

Un tono sonó y la pantalla se encendió de nuevo, se dividió de modo que las caras de los otros diez miembros del consejo apareciesen allí. La ex jueza Justine Huxley dijo, “El momento de la votación ha llegado. Si no hay objeciones adicionales, miembros del consejo tengan la bondad de presentar sus votos.”

Exedore y Lang obedecieron, no ocultando sus votos uno del otro cuando insertaban sus códigos. La computadora de sinopsis surgió con el resultado instantáneamente.

“Por una mayoría de dos votos, la propuesta del Dr. Lang de enviar la readaptada nave clase SDF-7 de regreso a la Tierra, con la advertencia del peligro constituido por los Maestros Robotech, es aprobado.”

“Me gustaría reiterar mi punto de que el viaje sea emprendido cuanto antes,” Lang fue rápido para añadir, “y mi recomendación de que el Mayor Carpenter sea puesto a cargo general de la misión.”

Repentinamente, la cara de Edwards reemplazó todas las otras en la pantalla, rebosante de furia. “¡Todos están cometiendo un error que lamentarán! ¡Esa es la única nave capaz de una transposición espacial que tenemos, quizá la única que tendremos por meses o años a venir!

“¿Quién sabe con lo que Carpenter y los otros se toparán al regresar allí? ¡Lo diré de nuevo: el único curso sensato de acción es esperar hasta que tengamos una armada y regresar a la Tierra con una fuerza abrumadora!”

“¿Está usted diciendo que la mayoría del consejo ha perdido la posesión de sus facultades mentales?” Exedore preguntó inocentemente. Edwards hizo un sonido mudo de rabia y terminó la conexión, de modo que las caras del consejo regresaron a la pantalla. Después de unas cuantas y rápidas directivas en el sentido de que Lang y Exedore debían comenzar a organizar el viaje, la sesión fue concluida.

“Edwards nunca parece aprender su lección,” Exedore aludió. “Aunque la mayor parte de sus Ghost Rider no logró regresar de su misión para aprehender a Breetai, él habla como si tuviese el poder militar para imponer su voluntad.”

“Así lo noté –y ello me hace tener curiosidad.” Lang había tenido a su propia gente circulando entre el personal de la REF, y la aplastante mayoría estaba del lado del consejo, pero todavía Edwards continuaba adelante como si tuviese un buen juego de cartas.

Luego estaba este extraño asunto sobre el piloto que había tratado de salvar a Minmei. Lang no pudo descubrir nada sobre el hombre –a veces él dudó si los testigos tenían razón, y se preguntó si el piloto existió en modo alguno. Edwards, por su parte, insistía en que Minmei había escapado de prisión y probablemente estaba siendo albergada por amigos en alguna parte en Tiresia.

Pero eso no encajaba con el Edwards que Lang conocía: lo que él tenía, raramente lo dejaba escapar de él.

Edwards miró disgustadamente a la pantalla en blanco.

¡Idiotas! El consejo se estaba imponiendo más y más, ahora que la base de poder de los Ghost Rider del general había sido cortada tan drásticamente. Era una lástima que él no les pudiera dar una prueba real del poder que él esgrimía, pero ello habría sido mostrar su mano demasiado pronto.

Todos sus esfuerzos para infiltrar personas en la organización de Lang habían fallado, también, así que había poca oportunidad de introducir a sus propios agentes en la lista de Carpenter. ¡La suerte de la llevó el diablo! Él quería cada nave capaz de una transposición espacial para su propio plan maestro, y la idea de una Tierra desprevénida, ablandada por los Maestros Robotech, era muy atrayente.

Pero él aún tenía sus opciones. Tal vez ahora era hora de que se permitiera a sí mismo una diversión. Él abrió un canal de comunicaciones.

“¿Médico? Déme una actualización sobre el paciente.”

“No hay cambio apreciable, señor,” la voz de un médico clínico respondió.

¡Incompetentes! No corresponde que se los llamen terapeutas. Todo lo que ellos habían logrado hacer fue llevar a Minmei a una cercana catatonía. Él sintió un anhelo súbito por ella, una necesidad para tranquilizarse de que ella todavía estaba en su poder.

“Tal vez un breve contacto personal es lo que se necesita,” él dijo. “Permanezca donde está; bajaré ahora mismo.”

Capítulo 9

Para parafrasear el aforismo humano, “Pienso, por lo tanto me largo.”

*Cabell, Un Pedagogo Extranjero: Notas sobre la
Campaña de los Sentinels*

Los Enforcer Invid de las hordas del Regente no eran nada parecido a la clase de mecha que la Regis estaba desarrollando. Los de ella eran más grandes que los Battloids, llevando cañones enormes, sus máquinas de lucha más poderosas, mientras que los de él eran apenas más grandes que los Oficiales Blindados.

Tres Enforcer ingresaron a la Sala de Curación ahora, conduciendo a Cabell y a Veidt delante de ellos, mientras los otros contemplaban. Vince, Max, y Wolff estaban esperando allí, así como Rick, Lisa, y el resto. El brazo de Vince estaba alrededor de los hombros de Jean, mientras que Max sostenía ambas manos de Miriya. Aún existía cierta distancia entre Rick y Lisa.

Veidt giró hacia el Enforcer principal. “Deseo hablar con estos prisioneros a solas.”

La voz de los media sonó como un disco de audio combado. “¡Esas no son las órdenes del Regente! ¡Considérese afortunado de no estar confinado también!” Los Enforcer permanecieron donde estaban, las armas listas.

Veidt hizo un encogimiento de hombros impotente al volverse hacia sus amigos. “Aquellos de nosotros que creemos en la libertad estamos haciendo todo lo posible para obtener su liberación,” él dijo.

“No es probable que ayude mucho, ¿no es así?” Max preguntó rencorosamente. “Ya hemos sido medidos para las vinchas de

esclavos y los dispositivos restrictivos y las jaulas. ¿Y usted me dice que las personas que nos vendieron –su gente– van a encontrar la determinación para ayudarnos ahora? Sigue soñando.”

Miriya lo hizo callar. “Si no hubiese sido por los Haydonitas, los cuatro estaríamos muertos en este momento.”

Max bajó su cabeza, hablando de tal manera que ellos apenas pudieran oírlo. “Quizá eso sería preferible. Quizá sería mejor que todos nosotros terminemos de esa manera.”

La cara de él se puso mortalmente pálida al decirlo; todos allí estaban conscientes de que Miriya estaba embarazada.

Veidt observó a Max por un momento. “Confío en que cambiará de opinión a tiempo.” Él viró, el dobladillo de sus vestiduras remolineando, y salió flotando por la puerta. Un Enforcer se fue, y los otros dos permanecieron en guardia en la puerta.

“¿Llegó a ver a Rem?” Jean preguntó a Cabell.

“No. Una gran broma del Regente, el prometernos permitirnos hacerlo. Lo que él realmente quiso decir es que todos seremos encarcelados junto con él.”

“Qué sentido del humor.” Rick gruñó. “Me pregunto si él hace bodas y funerales.”

Él estaba mirando a su alrededor al equipo del laboratorio alienígena, especulando sobre qué entre aquel serviría como la mejor arma improvisada –porque él no tenía intenciones de terminar en una jaula. Y seguramente los carceleros Invid estarían allí para ajustar a los Sentinels con vinchas de esclavos en cualquier minuto; no había mucho tiempo para actuar.

De repente Cabell comenzó a emplear una especie de Inglés Terrícola ordinario. “Debemos nos-gar-fu. Idt-Ve estará do-ran-pe-es.” Cabell dijo aquello como si él los estuviera guiando en una plegaria, o dándoles una breve charla de ánimo.

Uno de los Enforcer se movió, apuntando su pesado rifle. “¡Alto! No se permite ninguna comunicación en lengua extranjera, o los amarraremos y amordazaremos a todos. ¡Sanador, haga las verificaciones finales que el Regente ha ordenado, luego todos ustedes prepárense para ser transferidos a los laboratorios del Todopoderoso Regente!”

Los humanos, entretanto, habían estado asimilando lo que

Cabell les dijo. Lisa halló un momento en el cual reír de la ironía. Aparentemente Cabell había aprendido más que sólo ciencia en sus tratos con Lang, el Dr. Penn y los demás, y con los Sentinels humanos.

¡Tenemos millones de dólares del dinero de los contribuyentes en aparatos Robotech, se le ocurrió a Rick, y ahora todo el asunto depende de un bobalicón alienígena hablando en lenguaje secreto de niños! De algún modo, ello parecía apropiado.

Fue como estar enviando transmisiones vitales de batalla con un anillo descifrador de un niño de una caja de cereal, pero pareció haber funcionado. Y la observación sobre los laboratorios del Regente tuvo a todos allí determinados a escapar o morir en el intento; había destinos peores que la muerte.

Al mismo tiempo que el guardia Enforcer estaba recitando su advertencia, Jean Grant furtivamente ajustó un control en el equipo de monitoreo de los signos de vida. Los osciladores oscilaron y las alarmas zumbaron; luces destellaron y tonos electrónicos hicieron trinos apremiantes.

El Enforcer hizo girar su cañón alrededor. “¿Qué es esto?”

Jean pretendió estar estudiando los dispositivos de curación. “¡Creo que sus excrecencias tálmicas han formado una fístula medular!” A sus ex pacientes ella dijo bruscamente, “¡Rápido, todos ustedes! ¡Acuéstense boca arriba! ¡Su refracción está atascada en el oscilador óptico!”

Los Enforcer estaban titubeando un poco, abrumados. “¿Qu-qué está diciendo, mujer? ¡Explique lo que quiere decir!”

Jean demostró su impaciencia. “¡Ellos están teniendo una recidiva, tú enorme gusano enlatado! ¡Rápido, tú y tu socio vayan a conseguir ayuda! ¡Traigan a los sanadores! ¡Traigan al Regente! ¿No puede ver que se están muriendo?”

Karen fue la primera en entender su indicación y cayó de espaldas al piso gimiendo. Lisa la miró con la boca abierta por un instante, luego simuló su propio pretendido ataque, tambaleándose y contorciéndose exageradamente, haciendo algunas muecas muy extrañas. Rick lo entendió y se dejó caer al piso en un paroxismo escandaloso; Miriya desfalleció sobre un sofá de tratamiento y comenzó a pronunciar sonidos desgarradores de dolor.

Los dos Enforcer estaban tan desconcertados que por un momento casi se fueron a conseguir ayuda. Pero se dieron cuenta y apuntaron a los prisioneros de nuevo. “¡Ustedes, no se muevan! ¡Déjense de sus trucos ahora!”

“¿Truco? ¿Parece esto un truco?” Jean dijo, señalando hacia el incomprensible show de luces y sonidos del instrumental médico Haydonita.

¡Y espero que no diga sí!

El Enforcer caminó pesadamente hacia la máquina para echar un vistazo por sí mismo, haciendo a un lado a Jean con el cañón del fusil. Ella sólo se alejó un paso o dos, pero eso no incomodó al Invid; ella sólo era una humana desarmada. El segundo Enforcer se acercó, cubriendo a los estrambóticamente afligidos retorcientes por si acaso estuviesen tramando algo. Inadvertido, Vince Grant se escabulló de la vista entre dos hileras de equipos.

El primer Enforcer echó un vistazo a las desconcertantes pantallas de los instrumentos mientras los supuestamente recaídos pacientes babeaban, aullaban como perros, y pasaban por espasmos vigorosos. Jean observaba alejada a un paso, sus manos detrás de su espalda.

“¿Qué significa todo esto? ¡Explique!” el Invid demandó.

Jean presentó una mano de modo que ella pudiera señalar con el dedo. “¡Está todo justo allí, en el escáner del medio! ¿Ve?”

Cuando la cosa se inclinó hacia delante para observar más de cerca, ella enrolló el cable de suministro de poder que ella había aflojado de un tirón y lo empujó contra el torso blindado. Guirnaldas chisporroteantes de pura energía envolvieron a la cosa, haciéndolo entrar en convulsiones. Jean hizo una oración en silencio en agradecimiento de que el grueso aislamiento del cable evitó que ella se friera también. Sin embargo, el campo generado por la corriente furiosa hizo que su pelo corto se erizase.

La furia radiante de ello la hizo retroceder después de sólo un segundo o dos, sin embargo, forzándola a soltar el cable. El Enforcer todavía estaba temblando y forcejeando; Jean pensó que ella había tenido éxito en herir fatalmente por dentro al Invid en forma de embrión, o los circuitos de su mecha.

El segundo Enforcer estaba moviéndose en ángulo para

dispararle a ella, cuidadoso de mantener a los afligidos Sentinels y a Max y a Wolff en su campo de fuego. Pero al levantar su enorme rifle, una mano desenfundó la pistola de su cinturón. Vince Grant dio un rápido paso hacia atrás y disparó a la cosa directamente a la parte posterior del casco.

Humo y vapor y una materia pegajosa verde estalló por la abertura en la armadura del Invid, junto con el olor del tejido incinerado y salpicaduras de aleación fundida. Vince tuvo que esquivar rápidamente cuando el segundo guardia se colapsó hacia atrás, casi sujetándolo.

Los otros prisioneros estaban todos de pie ahora, acercándose a los Enforcer caídos. “¿Crees que ellos despacharan una alarma?” Max quiso saber.

“Probablemente no, pero eso no significa que estemos fuera de peligro,” Wolff conjeturó. Él cuidadosamente tocó el rifle tirado del que Jean había liquidado; estaba tibio, pero intacto y aparentemente aún funcional. Él levantó el rifle sobre su hombro.

Vince pasó su pistola a Rick y levantó el otro rifle. Lisa tomó el arma de mano del guardia eliminado antes de que Max pudiera asirla. Tenía la forma de algo parecido a un arma de engrapar de Protocultura gigantesca. “El Rango Tiene Sus Privilegios, y todo eso.” Ella sonrió.

Max le dio una sonrisa sesgada. “Que lo aproveches, Lisa. ¡Sólo que, pongámonos en marcha!”

Hubo acuerdo universal sobre eso. Rick levantó el arma portátil del voluminoso Invid al guiar el camino, agradecido que todos los Sentinels habían practicado tiro de familiarización con las armas enemigas frente a tal emergencia. Él hizo una pausa en la entrada y se volvió para hallar a Lisa un paso detrás de él, preparada para respaldarlo.

Ellos emprendieron la marcha pasillo abajo. En la primera esquina, Rick se encontró cara a cara con Veidt y casi le disparó.

“Vamos. Apresúrense.” Veidt hizo piruetas y se alejó flotando a gran velocidad, dejando a los otros moverse con ruido pesado y apagado tras él. Ellos lo siguieron hacia un campo-ascensor que los condujo hasta el techo del lugar.

“¿Cómo supo que escapamos?” Max demandó cuando el campo

lo arrastró flotando hacia fuera sobre el embarcadero flotante de techo iluminado por el sol.

“Podemos mantener vigilancia sobre cualquier cosa que suceda en las Salas de Curación,” Veidt contestó. “Después de todo, se recomienda mantener una vigilancia estrecha sobre los pacientes. Rápidamente ahora: pónganse eso.”

Él señaló hacia una pila de mantos Haydonitas sin mangas que yacían sobre una alfombra voladora bastante pequeña. Ellos se zambulleron sobre las vestimentas, cayendo pesadamente sobre la alfombra. A Vince le tomó cierta reorganización para finalizar con la prenda de vestir más larga, y aún así sus piernas quedaron expuestas desde la mitad de la canilla hacia abajo. Él se conformó con arrodillarse, el voluminoso rifle Invid sostenido entre sus rodillas.

Los otros fueron más fácilmente ocultados, y en el siguiente instante Veidt tenía a la alfombra en el aire. Lisa se dio cuenta de que no había modo de confinar su cabello, o para los otros de evitar que los suyos volasen, algo no Haydonita, al viento, pero no había remedio para ello ahora. Al menos los cuellos altos ayudaban a camuflarlos un poco.

De todos ellos, sólo Miriya no se había recuperado completamente. Max mantenía un brazo alrededor de ella mientras ella estaba agarrada a él aturdida.

Ellos pasaron por complejos modelos de transporte de alfombras, conos voladores, aeronaves extranjeras, y vehículos Invid, pero Veidt lo superó sin esfuerzo aparente, y nadie pareció prestarles atención.

“Veidt, no sé cuál sea tu plan,” Rick dijo, “pero tenemos asuntos urgentes propios. Uno de ellos es que las Praxianas son—”

“Son mantenidas como esclavas por los Invid,” Veidt anticipó. “Estoy muy consciente de ello. Y ahora estamos en camino para hacer algo al respecto. Es el lugar de partida más probable para hacer lo posible para desalojar al Regente de mi mundo.”

Rick deseó una vez más que fuera posible llamar al crucero de los Sentinels —el Ark Ángel, como lo habían llamado— para una extracción, pero sabía que eso sólo resultaría en una batalla desigual que la nave insignia de los Sentinels no podía esperar

ganar. Además, había elevada posibilidad de que el crucero fuera atacado por los “anticuerpos” de Haydon IV.

Wolff vio que la alfombra voladora estaba en curso hacia la fortaleza Invid en la unión del Sendero del Cielo y del Camino de Plata, donde él había visto a las prisioneras de guerra Amazonas antes. Él se preparó, deseando haber tenido tiempo para recoger un arma.

Pero bajo la guía de Veidt, la alfombra comenzó a descender justo antes de alcanzar la fortaleza, para asentarse sobre una superficie de aterrizaje en el techo del edificio de al lado, dominando desde lo alto el ancho bulvar. “La próxima cuadrilla de trabajo de esclavos debería pasar justo por debajo de nosotros,” él dijo.

“¿Usted espera que sólo unos cuantos de nosotros, con cuatro armas de pequeño calibre, elimine a los Inorgánicos?” Wolff se mofó. “¿Si es tan fácil, porque ustedes no lo hicieron antes?”

“Como usted sabe, la violencia física directa no es el fuerte Haydonita” Veidt indicó. “Pero ya que no hay otra vía de escapar del planeta, ayudar e instigar es nuestro único recurso.

“Y además, las mujeres estarán protegidas por Enforcers y Oficiales Blindados, no Inorgánicos. Más aún, los éxitos de los Sentinels han dado a otros Haydonitas el aliento que necesitaban para prestarnos ayuda.”

“Da lo mismo que las cosas se resuelvan de esta manera,” Lisa dijo, verificando su pistola. “No podíamos dejar a las Praxianas aquí, esclavizadas.”

De nuevo, esa agudeza en Lisa para combatir tomó a Rick de algún modo por sorpresa. Luce como algo a lo que tendré que acostumbrarme.

“Otras cosas estarán trabajando a su favor también,” Veidt continuó, “y no deseo mucho explicárselas.”

La línea de Praxianas se movía cansadamente, después de un día agotador de trabajo en los almacenes y astilleros Invid. La Prisión de Esclavos Central aparecía frente a ellos.

Por supuesto, los Invid no necesitaban la mano de obra de las cientos de miles de mujeres que ellos habían capturado en su conquista de Praxis; había zánganos y autómatas suficientes para

realizar el trabajo. Pero tenía sentido para mantenerlas ocupadas y agotadas, y para servirse de ellas. Además, la práctica indicaba a las Praxianas –y a los Haydonitas y a varias razas de otros mundos representadas en Glike– exactamente lo que les sucedía a aquellos que desafiaban al Regente.

Los Enforcer sobre el suelo y su Oficial Blindado quien se deslizaba sobre sus cabezas en su nave de escaramuza abierta y de un solo ocupante mantenían una vigilancia cuidadoso en sus prisioneras. A veces, después de un turno de trabajo de dieciocho o veinte horas, las mujeres se volvían rebeldes, renuentes a volver a ingresar a sus celdas. Allí era cuando se requería de una sacudida de las vinchas de esclavos o de un latigazo de nervios para mantenerlas en movimiento.

Efectivamente, una de las perturbadoras habituales se separó de la línea cuando estaba a punto de pasar por los portales a las perreras de esclavos. Ella era más baja que la mayoría de ellas, y sólida, de cara redonda y de piel color verde olivo. Desatenta de las reprimendas de la vincha y del latigazo de nervios, ella aún estaba desafiante.

“¡No volveré a entrar en ninguna jaula!”

“Usted ha sido advertida,” el Enforcer más cercano dijo, activando la vincha de la prisionera de guerra/eslava. Retorciéndose de dolor, ella sería arrojada dentro de su jaula a pesar de lo que había dicho, y así mismo cualquiera que la apoyase. Era un trabajo tedioso para los Enforcer, pero ellos no tenían nada mejor que hacer de cualquier modo. Ellos vivían, literalmente, para servir a su Regente.

Pero en esta tarde de color turquesa brillante de Haydon, el itinerario fue repentinamente botado. La vincha no respondió, y la provocadora permaneció de pie allí, mostrando sus dientes blancos en una mofa de lucha, las manos levantadas en postura de combate, los pies en su lugar y lista.

El Enforcer trató de nuevo, pero aún no había respuesta. Otra amazona, con una trenza larga de color rojo flama, avanzó desde las filas, y dos más vinieron detrás de ella. Los Enforcer registraron el hecho de que había algún tipo de mal funcionamiento y se prepararon para restablecer el orden de un modo más directo, con

latigazos sónicos y disparos de advertencia –o con golpes blindados y descargas de Protocultura, si se llegaba a eso.

Pero cuando el primer Enforcer levantó su arma, un rayo de un rifle Invid golpeó su casco de frente y lo hizo estallar en pedazos. Otro rayo de rifle golpeó al próximo Enforcer cercano, taladrando a través de aquel en una fracción de segundo. Descargas de pistolas acribillaron a la nave de escaramuza y al Oficial Blindado en ella, quien, tomado por sorpresa mientras volaba bajo y lento, emitió humo y llamas. La nave de escaramuza cayó descompuesta y herida hacia la superficie del camino.

Las mujeres guerreras de Praxis rápidamente se dieron cuenta que una emboscada había sido montada, y que las despreciables vinchas ya no podían proporcionar castigo. Había personas en el embarcadero flotante superior –Tiresoides, aunque ellos llevaban puestos mantos Haydonitas por alguna razón– apremiándolas.

Las mujeres guerreras no necesitaron mucho apremio. Con un coro de gritos como Hellcats enfurecidos, ellas se abalanzaron sobre sus enemigos.

Capítulo 10

*El DNA canta sus cuatro notas
Citosina, adenina, guanina, tiamina.
En infinitas configuraciones
Como si Bach fuese Dios,
O vice versa*

Mingtao, La Protocultura: Viaje Más Allá de la Mecha.

“¿Cómo sabemos que esto no es el mal funcionamiento demente de un androide furioso?” Tesla pregonó, pegado contra la pared posterior de la cápsula de viaje. Garak y Pye estaban acurrucados cerca de él.

Jack estaba verificando el mecanismo de su pistola ametralladora nerviosamente, asegurándose por décima vez que el cargador estuviera cargado con perforadores explosivos. “Usted no tiene palabra, así que no importa lo que piensa. Y el resto de nosotros creemos en Jan.”

Él trató de liberar el cargador de nuevo, para asegurarse de que él podía expulsar uno viejo e insertar uno nuevo suavemente. Él estaba a punto de decir algo más cuando Bela interrumpió.

La enorme amazona giró hacia Tesla, sosteniendo su espada. Más de dos veces la altura de ella, el Invid succionó sus tripas, temeroso de que ella lo fuese a abrir.

“Sí. Creo que los míos son mantenidos prisioneros aquí. Sí, creo que Veidt y algunos de los otros están en una conspiración para botar a su especie, y sí, pienso que el reinado del Regente en Haydon IV terminará hoy.”

Pero ella se volvió hacia Jan ansiosa, a pesar de eso. “¿Esta cosa no se puede mover más rápido?”

“Estaremos allí pronto,” Janice Em trató de tranquilizarla. “Pero debo decirte que la batalla ya ha comenzado.”

Era innecesario preguntar de dónde había venido esa información. El enlace inexplicable de Jan con la Conciencia que residía en Haydon IV ya se había probado a sí misma fuera de duda. Elevadores, funiculares, transportadores de cangilones –todos ellos habían venido a disposición de Jan, apresurando a los soldados a sus maneras.

Y la Conciencia le había dicho a ella cosas, cosas que los otros no podían oír. Ella sabía de la cancelación remota del sistema de poder que energizaba a las vinchas de esclavitud que el saboteador de Veidt había hecho; del escape de Rick y de los demás; del arriesgado plan de batalla que ellos estaban siguiendo. Ella sabía que el mismo Veidt ignoraba el hecho de que ella se había conectado a la Conciencia.

También a ella le habían sido mostrados los orígenes del odio entre Vowad y Veidt, y la razón por la que Vowad era la pieza clave de la batalla entera.

Jan también sabía cosas que la Conciencia había escogido decirle sólo a ella, al menos por ahora –cosas sobre sus sistemas defensivos. Mejor que nadie en el planeta, ella sabía cómo el tiempo estaba presionando a la Conciencia, los rebeldes, su propia cuadrilla de ataque –el punto focal entero de los eventos.

Una cosa que ella no comprendía muy bien era por qué la Conciencia del planeta la había aceptado. Era apenas traducible en términos humanos, pero en cierta manera la Conciencia parecía haberla reconocido, como si cierto mensaje hubiese sido incorporado en ella para despertar al instante en que la mente sintética de Janice Em hiciera contacto con ella. Eso la preocupaba grandemente, pero simplemente no había tiempo para dirigirse a ellos en este momento.

La cápsula de viaje empezó a disminuir la velocidad. “Hora de jugar,” Jan dijo.

“¿Estás segura de que tienes el término preciso?” Jack preguntó, tomando una posición de fuego justo antes de las puertas, la pistola ametralladora levantada. Los otros estaban arrodillados o parados detrás de él, preparando rifles de aire Karbarrianos y armas

dentadas y arrojadores de dardos Garudianos, y granadas y todo lo demás, en un erizo de poder de fuego convencional.

“Como lo dije,” Jan continuó, leyendo señales que ninguno de los otros podía si quiera percibir. “La comandancia de la Prisión de Esclavos Central.”

Para el asombro de los Enforcer y Oficiales Blindados quienes ni siquiera habían sido conscientes de que era movible, el pilón central en el medio de su comandancia se abrió de par en par. Ellos se preocuparon con los primeros reportes de un esclavo levantándose y se quedaron perplejos por el hecho de que no podían conseguir ninguna respuesta de las vinchas de esclavitud.

Pero cada Invid allí lo oyó cuando el primer Oficial Blindado al divisar a los soldados corsarios chilló un repiqueteo casi ultrasónico de alarma.

Arrodillados y parados en dos hileras, Jack y su cuadrilla comenzaron a regar disparos alrededor de todo el centro de comando.

Aunque las armas de los Enforcer caídos eran extra grandes para los estándares humanos normales, no eran demasiado difíciles de manejar para las robustas amazonas. Los revólveres fueron destinados al instante. Con alaridos perforantes, muchas de las mujeres tuvieron un enorme placer quitándose violentamente las vinchas inertes y arrojándolas al suelo y pisoteándolas, o retorciéndolas a basura, o, entre las más musculosas, simplemente partiéndolas en dos.

Para entonces, una alfombra voladora estaba aterrizando cerca, cargando a los Tiresoides quienes estaban vestidos como los lugareños, pero piloteada por un Haydonita real.

Rick tuvo la intención de hacer un anuncio rápido para poner las cosas en camino, pero Lisa le cogió la delantera. Ella se quitó el manto y se lanzó al pavimento brillante mientras la alfombra aún estaba a un metro sobre el camino, sosteniendo su pistola en alto y disparándola dos veces para conseguir la atención de ellas.

“¡Guerreras de Praxis! ¡Somos los Sentinels, aliados de su grandiosa guerrera Bela! ¡Nos hemos liberado del Regente y tenemos la intención de levantar una rebelión! ¿Están con nosotros?”

Algunas de las esclavas liberadas dispararon al aire también, para comunicar su intención, mientras que el resto alentaba a Lisa y a aquellos a quienes las Amazonas naturalmente asumieron eran los seguidores de Lisa. El resto de los Sentinels también se estaba quitando sus disfraces, y aunque varios de ellos tenían el inconveniente obvio de ser hombres, las Praxianas los saludaron. Al menos el enorme miembro de piel oscura con el rifle era del tamaño de una Amazona –y más– y lucía alentadoramente recio.

“El poder de las vinchas de esclavitud está eliminado, pero no estamos seguros de cuánto tiempo durará,” Lisa continuó. “¡Tenemos que atacar ahora mismo! Su reina y sus hermanas están justo allí en la Prisión de Esclavos Central. Así es como las vamos a sacar.”

Era básicamente el plan que los Sentinels habían armado juntos mientras esperaban que las esclavas pasasen junto a ellos, pero ella había insertado unos cuantos mejoramientos propios. Rick tuvo que admitir que fue impresionado. Las Amazonas, todas adiestradas en las disciplinas de combate, se dividieron en escuadras y se movieron con pequeña confusión o demora.

Dentro del puesto de mando de la prisión de esclavos, las cosas habían comenzado a marchar perturbadoramente mal.

Poco tiempo antes, el sistema de relevo de poder que energizaba y controlaba las vinchas de esclavitud simplemente había quedado inoperante. Casi inmediatamente, habían comenzado a llegar reportes de las cuadrillas de trabajo en varias instalaciones Invid y en el camino que las Praxianas estaban en rebelión. Las jaulas donde las prisioneras eran alojadas se habían vuelto una batahola, también, y las Amazonas estaban aparentemente tratando de doblar las barras con sus manos desnudas.

La noticia había sido enviada al Regente, y tropas ya estaban siendo desplegadas hacia los lugares problemáticos desde todas partes de la ciudad y las afueras.

“Al menos un puñado aún está bajo control,” un Oficial Blindado observó con su voz de única banda lateral. Una pantalla remota mostraba una columna de prisioneros que regresaba arrastrando los pies ingresando por la entrada principal del complejo, las cabezas inclinadas en señal de abatimiento y agotamiento.

“Tal vez el mal funcionamiento no afecta a todo el sistema,” otro sugirió, luego los dos volvieron su atención a desplegar los refuerzos. Pero nadie en el centro de comando había notado que la instrumentación en las vinchas de las esclavas estaba apagada. Y ellos se habían vuelto antes de darse cuenta que allí no había Enforcers u Oficiales conduciéndolas.

Ningún Invid estaba mirando la pantalla cuando las mujeres no giraron hacia los elevadores de carga que las llevaría abajo hasta sus jaulas, sino más bien hacia el arsenal del edificio.

Los Invid desperdigándose por ahí para responder a la emergencia no lo notaron tampoco, y las cabezas abatidas de las esclavas ayudaron con la decepción. Esto es, hasta que las Praxianas alcanzaron la puerta del propio arsenal.

Un Oficial Blindado se interpuso en su camino. “¡Alto! ¿Dónde están sus supervisores?”

Zibyl, la de cara redonda y piel de color verde olivo quien había mostrado resistencia porfiada fuera del complejo, guiaba la línea. Ahora ella miró de un lado a otro en fingida sorpresa, diciendo, “Por qué, no sé, Gran Amo; ellos estaban allí hace un instante. Tal vez se detuvieron para hablar con otro Amo. ¿Puedo ir a buscarlos?”

Ella dio un paso camino abajo por donde había venido. “Permanezca donde está,” el Oficial gritó. Aquel automáticamente dio unos cuantos pasos en esa dirección, también. “¡Los esclavos no deben estar en esta área solos!”

Cuando lo hizo, varias de las mujeres se deslizaron más allá, por detrás de su espalda, entrando silenciosamente al arsenal.

“Yo no veo ningún supervisor,” el Oficial estaba diciendo. “Y no veo luces de función en sus vinchas. ¡De hecho, algunas de esas

mujeres allí atrás no tienen vinchas en modo alguno! Todas ustedes, pónganse en fila con sus manos contra aquella pared mientras me pongo en contacto con—”

El Invid no prosiguió. De los remanentes andrajosos de su vestimenta de combate Zibyl extrajo la pistola que Lisa le había dado. El Oficial acababa de girar para mirar hacia atrás en dirección a ella cuando ella apretó el gatillo. El rayo estaba regulado en dispersión mínima, una línea caliente como una estrella no más ancho que la mina de un lápiz.

Zibyl mostraba una sonrisa de mal agüero.

El Oficial fue hacia atrás dando manotazos mientras una sustancia pegajosa verde y pequeñas estrellas fugaces chispeaban en chorro desde la abertura en su casco. Zibyl le disparó de nuevo, en el mismo centro del pecho, y dos veces más; el Invid se desplomó al piso con un estruendo ensordecedor de metal pesado.

Precisamente entonces hubo un alarido desde la retaguardia de la columna, “¡El equipo de lanza llamas enemigo está en camino!”

“¡Apártense!” gritó Zibyl, plantando sus pies desnudos más firmemente y levantando la pesada pistola Invid con ambas manos. Ella se mantuvo firme, su mandíbula afirmada, mientras sus hermanas se zambullían o se arrojaban o corrían a toda velocidad fuera de su línea de tiro.

Cuatro Enforcers avanzaron pesadamente a la vuelta de una esquina como tanques caminantes, sus pasos resonando de arriba abajo del pasillo como locomotoras poniéndose en marcha. Ellos estaban alistando sus rifles.

Zibyl apuntó cuidadosamente al líder, determinada a ganar tiempo y fúnebremente dispuesta a morir con tal de poder llevarse a algunos de los más odiados amos de esclavos con ella. Ella pensó que le daría a uno o, con extraordinaria suerte, a dos, antes de que ellos la incinerasen en el acto.

Zibyl despachó el primer disparo pero erró con el arma de mano no muy familiar. Los Enforcer estaban apuntando sus armas de apoyo, los cañones de circunferencia de tubos de chimenea centrando la puntería sobre ella, cuando Zibyl oyó un intenso contralto detrás de su estampido, “¡Hermana! ¡Tírate al suelo!”

Zibyl lo hizo. Las tres Praxianas que habían manipulado el arma

de asalto del Enforcer fuera del arsenal y colocado en el pasillo lo habían erigido sobre su trípode. El artillero tuvo que apoyarse en los hombros de otra mujer para apuntar, y disparó.

El tiro le dio al Invid líder donde el ombligo de la criatura habría estado si hubiese tenido uno, y lo partió a la mitad. Las Praxianas movieron de un lado a otro el rayo y cortaron al siguiente Enforcer en dos.

Más Amazonas entraron a montones en el pasillo desde la armería, disparando continuamente con pistolas y rifles. Zibyl giró sobre su estómago y disparó, también. En momentos, los Enforcer eran escombros humeantes en un estanque esparcido de baba verde.

Zibyl se puso de pie, tosiendo por el olor de aquello, y gritando a sus hermanas, “¿Qué están esperando? ¡Ahora ellos saben que estamos aquí! ¡Tomen las armas, rápido; no tenemos mucho tiempo!”

“Han sido descubiertas,” Veidt dijo, mientras aparentemente miraba fijamente lejos en el espacio. “Las alarmas van a sonar ahora.”

Vince aspiró profundamente. “Muy bien; todos manténganse abajo.”

Él se impelió de la pared con sus hombros y salió del ocultamiento detrás del contrafuerte volante de la Prisión de Esclavos Central. No había moros en la costa. Vince corrió a paso largo hacia la entrada, Wolff detrás de él con el otro rifle Invid. Lisa, Rick, y Jean fueron los siguientes, junto con la aún tambaleante Miriya Sterling, quien era ayudada por Max. Cabell siguió detrás, luciendo señorial aún en este esfuerzo frenético, y con su flotante Veidt. Karen Penn cubría la retaguardia, cubriendo con la pistola de Rick.

Rick había vacilado un poco antes de tomar la decisión de dar a Karen su pistola, pero se redujo a un asunto de necesidad práctica. Karen tenía la destreza y el entrenamiento para el trabajo que él le había asignado, y era sensato que estuviese armada. Max no podía dejar a Miriya, y el mismo Rick quería estar al frente, donde él

podía ver lo que estaba sucediendo y ayudar a tomar decisiones, aún si esto se había convertido en el show de Lisa. Para su alivio, Lisa no había hecho ninguna objeción.

Las instalaciones de armas automatizadas que protegían la entrada principal estaban inactivas, como Veidt lo había prometido. Los fugitivos lograron pasar por la puerta y la enorme rotonda de más allá. Ellos siguieron por las sombras a lo largo de las paredes, abriéndose paso en la dirección opuesta de la tomada por Zibyl y las demás. Ellos se dirigieron hacia las jaulas de esclavos.

Los Enforcer y Oficiales Blindados, junto con un puñado de científicos y otros Evolucionados, estaban corriendo de un lado a otro, no prestando atención a los intrusos al principio. Vince, guiando el camino, estaba agradecido que los Invid hayan decidido hacer de su operación de esclavitud de Glike una instalación manejada por Oficiales y Enforcers; si hubiesen sido bípedos Inorgánicos, los Sentinels y las Praxianas habrían tenido pocas esperanzas de arreglárselas con ellos.

El punto de control a las jaulas de esclavas era una estación de guardia a un cuarto de camino alrededor del círculo verde destellante de la rotonda. Ellos estaban casi allí cuando un Oficial que pasaba los advirtió y patinó al detenerse, los talones arrancando chispas de la substancia superdura del piso.

“¡Alto! Identifíquense—” fue todo lo que él logró pronunciar antes de que Vince lo untase con una ráfaga sostenida del rifle. Los guardias empezaron a darse cuenta del peligro cuando Vince y Wolff fueron a la carga hacia ellos al estilo de asalto, disparando cada dos pasos mientras caminaban rápidamente. Rick avanzó rápidamente hacia el oficial caído, para relevarlo de su arma portátil.

Karen se precipitó a ayudar a Vince y a Wolff, disparando andanadas con la pistola. La estación de guardia había sido abandonada en la emergencia a no ser por tres soldados, y ellos sólo duraron unos cuantos latidos acelerados una vez que el tiroteo comenzó.

Pero al menos ellos dejaron detrás más armas. Todos estaban armados ahora excepto Veidt, y Cabell, a quienes Rem había advertido una vez, ¡Manténganse alejados de las armas o acabarán

volándose los pies! Incluso Miriya estaba en la pelea, insistiendo en empuñar una pistola. Después de estudiar el equipo instalado por los Haydonitas por unos instantes, Veidt juzgó que el escape de las prisiones de esclavos podía ser interrumpido por los Invid en el centro de comando, o aún allí en la estación de guardia si las estaciones eran recapturadas intactas.

Wolff resolvió aquello con su desenvoltura usual. Transfiriendo el cerrojo de las pesadas puertas de seguridad para que se abran por todo el laberinto de la prisión de esclavos con los controles de la estación, él luego levantó la boca del cañón del rifle y voló los controles en despojos.

“Un problema menos, pero ellos ya estarán enviando refuerzos aquí ahora,” Lisa dijo.

Wolff pasó la punta de un dedo sobre su espléndidamente cuidado bigote. “¿Entonces, muy querida Capitana, puedo sugerir que no estemos aquí para cuando lleguen?” Él giró y colocó su rifle a través de un tablero de control, verificando los campos de fuego, preparándose para mantener la posición mientras los otros efectuaban el rescate. A la orden de Lisa, Karen se quedó con él, dando su pistola a Jean y tomando otro rifle en su lugar.

Rick había reajustado la correa portafusil de su propio rifle Invid de modo de poder llevarlo colgado, ajustada en posición de disparo, a la altura de la cintura con la charpa sobre su hombro izquierdo, la mano derecha en la empuñadura y el gatillo. Era increíblemente pesado, la charpa presionando profundamente dentro de su carne. Él dijo, “¿Están todos listos? ¿Ninguna objeción?”

Ninguna objeción. Los Sentinels descendieron dentro de los rediles de esclavos de Haydon IV.

Capítulo 11

Bien, así que los mecha están destartados y las armas ya no tienen municiones y las provisiones de las partes de repuesto están agotadas. Muchachos y muchachas, todos estamos funcionando más allá de las especificaciones del fabricante.

Rick Hunter, citado en Calaveras y Bribones de Mizner: La Historia Verdadera de la Misión Expedicionaria de la SDF-3

“¡Lo prohíbo!”

Vowad revoloteó delante de Sarna cuando ella trató de tomar el control de la gigantesca alfombra voladora. De unas dos acres de área, aquella daría cabida a todos los Sentinels y a todas las esclavas liberadas, también –siempre que alguna de ellas sobreviviera a la sublevación.

Y no era que cada Haydonita podía comandar y controlar tal alfombra solo. Pero ella era la hija del intelecto máximo de su especie.

Sin embargo, Vowad bloqueó su camino cuando ella trató de tomar el control de la alfombra allí en la inmensa superficie de aterrizaje en la cima de la torre más alta de la ciudad –el techo de su casa.

“¡Te prohíbo que te involucres en este asunto bestial!” Vowad despotricó. “¡Deja que las clases bajas arreglen sus propias vendettas! ¡Deja que se maten y maten unos a otros atar si eso es lo que desean con urgencia! ¡Tú tienes un destino mucho más grandioso!”

“¿Por qué tú siempre me hablas como un dios a mí,” Sarna le

preguntó, “pero inclinas tu cabeza como un esclavo a los Invid?”

Al escuchar aquello él se puso rígido, siendo el único movimiento el del dobladillo de su manto flotando en la brisa. Ella lo circundó, tomó el control de la inmensa alfombra, y le ordenó elevarse en el aire.

Momentos más tarde, ella se estaba moviendo muy velozmente hacia el Depósito de Esclavos Central.

Bela clavó la punta de su espada corta en el piso del ascensor para atascar las puertas dejándolas abiertas.

Los Invid en el centro de comando estaban preocupados con los reportes de una lucha armada en el arsenal, y el silencio repentino de la estación de guardia en la entrada del redil de esclavos, cuando Jack y sus corsarios comenzaron a disparar.

Las dos filas de tropas pusieron fuera del juego el volumen más pesado de fuego que pudieron, conscientes de que el Invid respondería muy rápidamente, y de que los depósitos de aire de las armas largas Karbarrianas se vaciarían rápidamente. Hasta los cargadores del revólver ametralladora durarían sólo tres o cuatro segundos en automático completo. Todos los Sentinels estaban, incluyendo a Burak, en el frente; Gnea y Bela habían abandonado sus armas tradicionales a favor de las armas automáticas.

Tesla, Garak, y Pye estaban acurrucados en la esquina más lejana del ascensor, no haciendo ningún movimiento ni para interferir ni para escaparse de sus aprehensores.

En ese primer asalto el equipo puso al centro de comando en completo caos e irreparablemente cortó la cadena de mando Invid. Las balas perforantes explosivas pudieron penetrar lugares vulnerables hasta en la aleación de los Enforcer a tal corto alcance; los Invid no blindados fueron objetivos asignados a Burak, a los Karbarrianos ursinoides, y a los Garudianos zorrunos.

Y el equipo vital que hacía funcionar al centro nervioso Invid fue el centro del blanco de todos.

Los componentes explotaron y los frentes de los indicadores de

polímero transparente volaron en pedazos; los conectadores de potencia hicieron cortocircuito y bastidores astillados se convirtieron en metralla mortal. Los Invid que habían estado demandando una ejecución en masa de las esclavas-rehenes sólo un momento antes murieron, asiendo heridas terribles.

“¡Fuego en el hoyo!” las Amazonas gritaron, según el entrenamiento de la REF. Con sus dientes ellas habían sacado de un tirón los pasadores de las granadas en serie que ellas sostenían en cada mano. Ahora ellas las arrojaron en diferentes direcciones mientras el resto de los corsarios abrazaban el piso.

Las Praxianas habían sido cuidadosas al darle ángulo a los lanzamientos de modo que el pilón/ascensor escudaría a la cuadrilla de la ráfaga y la metralla. Los Sentinels presionaron sus manos contra sus oídos y abrieron sus bocas para reducir los efectos de las explosiones.

El mundo pareció saltar, y hubo un torbellino de tejido desmenuzado y equipos afuera de la entrada del ascensor. Cuando Jack levantó la vista, vio muertos y moribundos y oyó los gemidos de los heridos –pero eso era mero ruido de fondo. Tambaleándose hacia el ascensor estaba un Enforcer, su armadura agujereada y manchada de plomo por los impactos. Aquel estaba dando pasos vacilantes, y Jack pudo ver una sustancia Invid espesa y verde escapándose de la articulación de su rodilla derecha.

“¡JUSTICIA!” él gritó, mientras estaba vaciando el cargador de su arma a la cosa, manchándolo de plomo un poco más. Pero el Enforcer estaba colocando la mira de su rifle en alineación con la jaula del ascensor.

Janice Em empujó a Jack hacia un lado, fuera de la entrada. Ella entornó los ojos a través de la mira del arma antitanque, fijó al Enforcer en el retículo, y tiró del gatillo. El Enforcer recibió el disparo en el medio de su abdomen y se hinchó, su armadura se resquebrajó abriéndose como un huevo duro con una unión dilatada. Para entonces Jan estaba en el piso con su cabeza cubierta. La ráfaga fue hacia el techo, pero dejó a todos ellos en parte sordos.

Jack sacudió su cabeza en un esfuerzo para parar el zumbido. “¡Todos de pie!” Bela estaba gritando. “¡Muévanse!”

Los soldados corsarios entraron precipitadamente al centro de comando para encontrar que explosiones secundarias del sistema eléctrico habían causado más daños que los que habían causado las balas y las granadas. Había humo en todas partes, y el hedor de la armadura resquebrajada; unos cuantos fuegos pequeños todavía llameando.

“Si ven alguna arma a Protocultura, ¡tómenla!” Jack gritó.

Gnea observó la devastación a su alrededor. “¡Este equipo es inservible! ¡Janice Em, tú dijiste que serías capaz de averiguar en dónde Arla-Non y nuestras otras hermanas son retenidas!”

“Y lo haré.” Jan no parecía necesitar conexión física directa con la Conciencia de Haydon ahora que ella había interactuado con ella una vez; en cambio, ella fue directamente hacia una pequeña terminal y solicitó un esquemático.

Ella estudió las pantallas resplandecientes por un momento luego apagó la terminal. “Allí: ese es nuestro camino.”

Ella señaló hacia una columna al otro lado del centro de comando, una todavía más grande que aquella en la que ellos habían llegado.

Los soldados corsarios se apresuraron hacia la columna. Iron y Crysta tenían rifles Invid ahora, y Kami y Learna pistolas. Los Garudianos aún mantenían una vigilancia cautelosa sobre Tesla, Garak, y Pye. Jack por su parte nunca deja a Burak perderse de su vista.

Cierta manipulación invisible de Jan causó que la segunda columna se abriese y revelase otro ascensor cuya existencia los Invid nunca habían sospechado.

“Otros Sentinels ya están en el complejo, y la batalla ha comenzado,” ella dijo. “Pero el Invid está precipitando refuerzos aquí.”

“Todos adentro,” Jack dijo, parado al lado de las puertas del segundo ascensor. Cuando los tres prisioneros Invid vacilaron, Gnea y Bela los aguijaron con los aún calientes cañones de los rifles.

“¿Por qué sólo no nos pueden liberar?” Pye se lamentó.

“Aún podríamos tener uso para ti, gusano,” Bela dijo, ominosamente gutural. El mundo entero de ella había muerto; ella ya no tenía paciencia con los Invid y pronto los mataría.

“¡El sufrimiento que han soportado es nada comparado con el sufrimiento que ustedes han infligido, así que no pongan a prueba mi paciencia!”

Jack hizo que todos abordasen, hasta Burak, quien parecía estar en otro de sus extraños y taciturnos mal humores. El ascensor descendió hacia los niveles subterráneos.

Rick lideraba su grupo a paso rápido, deteniéndose cuando hallaba que había comenzado a trotar. Tropezar con una emboscada no ayudaría en nada en este momento, aunque él sintiera a cada segundo como una posible pérdida de vidas Praxianas.

Justo antes de comenzar a descender, ellos habían oído el tiroteo distante, dándose cuenta que la banda de Zibyl se había armado y estaban manteniendo a los Invid ocupados. Pero aún sería sólo cuestión de tiempo antes de que el Regente llegase con tropas frescas y mechas, suficientes para aplastar cualquier resistencia que las esclavas prófugas pudieran hospedar.

Lisa había cedido la posición de liderazgo a su esposo, pero ella continuaba comportándose como el comandante del contingente. Rick, Max, Vince, y Jean lo aceptaban, como aceptaban el hecho de que Veidt y Cabell estaban resueltos a recorrer la distancia entera a pesar del hecho de que el Haydonita no podía –y el viejo sabio no deseaba– usar un arma.

Su camino llevaba hacia abajo a través de un complejo restaurado al estilo Invid, sintiéndose más como una caminata a través de un organismo vivo que una incursión en una facilidad carcelaria. Pero en el tercer nivel debajo de la superficie, ellos encontraron la primera de las jaulas.

Las esclavas Praxianas eran mantenidas dentro de cosas grandes de hierro suspendidas de los techos, más parecidas a pájaros capturados o espectáculo secundario que a prisioneros de guerra. Cuando Rick divisó la primer jaula, las mujeres apiñadas en ella lo miraron indiferentemente durante un segundo o dos, luego repentinamente se dieron cuenta de lo que estaban viendo.

Una se haló a sí misma medio camino hacia sus pies, los puños agarrados a las barras. “¡Hermanas! ¡Miren hacia aquí!”

Era fácil de ver que las mujeres sabían que algo había sucedido; el piso frío debajo de sus corrales estaba cubierto de vinchas de esclavitud torcidas y rotas. Evidentemente las Praxianas no habían perdido tiempo en liberarse de ellas una vez que las bandas fueron desactivadas.

Un momento más tarde las prisioneras estaban murmurando y exclamando unas a otras, pero no había bienvenidas a gritos o vivas. Los Sentinels eran desconocidos por las Praxianas, y esto podría ser alguna nueva maniobra Invid. Sin embargo, las Amazonas empellaron para ver lo que estaba sucediendo, haciendo oscilar y girar sus jaulas.

Alguna de ellas se abrió camino a través del apiñamiento de prisioneras hacia las barras de la primer jaula. Ella era una de las más altas allí, poderosamente constituida, con una melena leonina larga de cabello blanqueado por el sol. Los coloridos harapos de su traje de combate estaban descoloridos y raídos, y sus botas altas y de piel blanda estaban completamente desgastadas, sin embargo ella tenía un porte real, su cabeza erguida.

“¿Quiénes son ustedes, y por qué han venido?” ella demandó. “¿Son ustedes aliados de los Invid?”

Lisa reconoció a la mujer de fotografías que ella había visto en Praxis. “¡Somos los aliados de su hija Bela, Su Majestad, y de otros que combaten a los Invid!”

La reina Arla-Non meneó hacia atrás su melena orgullosamente. “Entonces, ustedes son nuestros aliados, también.”

Rick había ido a estudiar los mecanismos que suspendían la jaula, mientras que Vince, Max, y Jean se abrieron como un abanico como seguridad. Hasta Miriya estaba en alerta, sosteniendo su pistola lista.

Veidt estaba cerca de una unión de sistemas, en cierto tipo de trance. Cabell fue a mirar sobre el hombro de Rick, ofreciendo su entrada. Era algún tipo de cosa complicada de bobina y engranaje, inútilmente primitiva.

“No toque nada hasta que podamos–” Rick estaba diciendo.

“Tal vez esta pequeña palanca,” Cabell aventuró, golpeándola

rápida y ligeramente.

Arla-Non y sus hermanas gritaron airadamente al caer la jaula. Rick dejó salir una queja chillona y apretó el freno manual, que afortunadamente la detuvo, y las prisioneras fueron sacudidas por todas partes entre las barras.

“Hmm, interesante,” Cabell admitió.

Las jaulas fueron bajadas sin más percances, y las Hermanas de Praxis se agolparon, saliendo caminando libres. Arla-Non dio una palmada a Lisa y a Jean en los hombros. “¡Gracias a ustedes, Hermanas! ¡Y a sus hombres subordinados también!” Ella estrechó los antebrazos con Miriya.

Rick lucía un poco sobresaltado, pero Vince ofreció una risa casual y Max murmuró, “Oh, sólo estuvimos a un paso de ser compañeros.”

Ésas que habían sido liberadas eran sólo una pequeña fracción de las Amazonas que eran retenidas en el centro, y ésa a su vez era sólo una parte del número total de esclavas Praxianas en Haydon IV. Arla-Non envió a sus guerreras a los otros bloques carcelarios, para continuar la liberación. Miriya y Lisa entregaron sus pistolas, así las rescatadoras no tendrían que ir desarmadas.

Justo entonces Veidt regresó flotando. “Sarna estará aquí pronto, pero me temo que la otra noticia no es buena. El Regente está reuniendo sus tropas para atacar el Redil de Esclavos Central. Y... hay algún otro intelecto en contacto con la Conciencia de Haydon IV. No lo puedo discernir bien; una mentalidad sintética, creo.”

“No hay tiempo para eso ahora,” Rick dijo. “Tenemos que asegurarnos que Wolff y Karen no sean aplastados allá arriba, y debemos conseguir armar a las Praxianas. Esto acaba de comenzar.”

Lisa reconoció el sentido de eso. Una vez que Arla-Non comprendió la situación ella organizó a sus mujeres inmediatamente, tan competente como cualquier comandante de campo que los guerreros de la REF alguna vez hayan visto. Ella dio órdenes por escuadras y pelotones, y sus guerreras se apresuraron a obedecer, algunas saliendo corriendo para ayudar a liberar al resto de las Praxianas, el resto formándose para devolver la batalla a la superficie.

“¿Qué hay de las patrullas aquí abajo?” Lisa preguntó.

“Conocemos los horarios de las patrullas regulares, créame,” Arla-Non dijo, “y deberíamos ser capaces de encargarnos de ellas, al menos por ahora.”

El grupo partió, y Arla-Non era tan buena como su palabra. Ellos emboscaron a la dotación mínima de Enforcers que venía en su dirección, un par de guardias a pie. Las armas recientemente adquiridas fueron distribuidas rápidamente.

Pero cuando ellas se dirigían hacia la superficie, Karen Penn llegó corriendo cansadamente a medio galope desde esa dirección. Ella obviamente había estado en alguna lucha pesada. A su espalda venía una escuadra de las mujeres del grupo de Zibyl, en cierto modo lo peor para el combate.

“Esa cuadrilla de la armería llegó hasta nosotros,” ella explicó sofocadamente a Rick. “Tenemos la mayor parte del nivel de superficie asegurado. Pero una multitud de Enforcers y Oficiales apareció e instaló un fuego cruzado en la entrada. Nadie puede entrar o salir, y creemos que están trayendo Inorgánicos.”

“¿Otras vías de escape?” Rick preguntó.

Karen sacudió su cabeza. “Todo cubierto, y el fuego cruzado es atroz.”

Más y más Praxianas estaban apareciendo ahora, liberadas de otros bloques carcelarios. Aunque había miles en el lugar, Rick sabía que no significaba mucho a menos que estuviesen armadas. “Muy bien, subamos y veamos lo que podemos—”

El complejo entero tembló y se sacudió cuando un impacto distante hizo retumbar al edificio.

“Algo pesado,” Max remarcó.

Hubo más voces, y ríos de Praxianas comenzaron a venir en la dirección de la superficie. Muchas estaban heridas, algunas parecían que no lo lograrían. De entre ellas salió Wolff, sosteniendo – prácticamente cargando– a Zibyl, cuya cabeza colgaba.

“Los Inorgánicos lograron meter algunos golpes,” Wolff explicó. “Scrim y Odeons, principalmente. Volamos la entrada del redil de esclavos e hicimos que el techo cayera sobre ellos cuando vinieron a la carga; no hubo otra opción. Pero eso no detendrá a esos demonios por mucho tiempo.”

Eso basta en cuanto a planes de rescate improvisados, Rick

pensó.

“Un buen intento de cualquier modo,” Arla-Non juzgó severamente. “Nosotras preferimos morir libres a vivir en jaulas, y al menos podemos hacer eso.”

Ella tenía razón. Las tropas de Zibyl estaban sobrecargadas con armamentos, algunas de ellas cargando dos de los pesados rifles Invid, o enormes morrales provisionales cargados con munición y explosivos. Las otras amazonas las rodearon, agarrando las armas, preparándose para hacer pagar a los Invid.

Mientras las Praxianas corrían para establecer campos de fuego y preparar emboscadas, Lisa consiguió la atención de Veidt. “¿Qué hay sobre Sarna?”

Él sacudió su cabeza lentamente. “Las calles están llenas de Inorgánicos, y no hay modo de que ella pueda aterrizar allí.”

Lisa tenía curiosidad sobre el incremento de los poderes de Veidt ahora que él estaba de vuelta en Haydon IV, pero ella no tenía tiempo para ponderarlo.

Momentos más tarde hubo una tremenda explosión en la distancia, y Wolff dijo en voz alta para sí, “Los Inorgánicos.”

La pocas armas portátiles que las Praxianas tenían fueron instaladas para un fuego cruzado. Más atrás, abajo en la conejera de los rediles de esclavos, posiciones de refugio estaban siendo establecidas. La única cosa que quedaba por hacer era asegurarse de que la victoria del Invid fuese costosa.

Después de unos cuantos minutos, ellos oyeron el sonido de mechas marchando pesadamente, avanzando sobre su presa sin temor o vacilación.

Un par de colosales Odeons doblaron una esquina, llenando el pasillo. Las artilleros amazonas esperaron hasta el momento óptimo, luego abrieron fuego. Los Odeons parecieron experimentar un gesto de agonía cuando el fuego chapoteó sobre ellos y los desgarró en partes; luego ellos colapsaron sobre sí mismos.

Más Odeons aparecieron, moviéndose más cautamente. Los Sentinels y las Praxianas detuvieron su fuego hasta el momento oportuno, entonces siguieron disparando. Uno, su torreta de cráneo en llamas, dio vueltas y se convulsionó, luego, tratando de mantenerse erecto, fue tambaleándose hacia una columna

gigantesca.

Un panel camuflado en la base de la columna se resbaló abriéndose y Jack Baker estaba allí, con los ojos muy abiertos, mientras observaba a un mecha de cuatro metros y medio de altura que se estaba quemando bambolearse directamente hacia él.

Capítulo 12

¡Bueno, naturalmente yo quería una guerra! ¡Pero no quería una guerra que yo pudiera perder!

El Regente, citado por Lemuel Thicka en El Templo de las Llamas: Una Historia del Regente Invid.

Sarna circunvaló el redil de esclavos central con su enorme alfombra voladora, mirando curiosamente hacia abajo al alboroto de allí abajo. Las calles estaban llenas de Scrims y Cranns y Odeons, y hasta unos cuantos Hellcats, pero no más disparos parecían estar viniendo de adentro.

Sin embargo, ella no pudo aterrizar en la plaza cercana, como lo había planeado. Los Invid aún no habían comenzado a disparar a los Haydonitas, pero ellos la atacarían si ella descendía entre ellos. Y, más al caso, los esclavos no saldrían por allí ahora.

La ciudad estaba alborotada, con las esclavas Praxianas abandonando sus asignaciones laborales, desgarrando las vinchas inertes, y o huyendo de sus supervisores o atacándolos de frente con cualesquiera armas llegasen a sus manos. Las amazonas luchaban con coraje decidido y gran destreza, pero la guarnición Invid era grande y más tropas estaban siendo apresuradas allí desde todas partes del planeta. Podría ser sólo cuestión de tiempo antes de que la sublevación fuera extinguida.

Las propias defensas de Haydon IV permanecían fuera de la batalla, y Sarna sabía por qué. Había sido bastante fácil para el vasto intelecto de Vowad persuadir al sistema del planeta que este era un conflicto circunscrito en el que los Invid estaban justificados, técnicamente, pero no necesitaba ayuda para restablecer el orden. Así, la gloria de la civilización Haydonita estaba a salvo de la

batalla extrema.

Sarna misma había intentado enviar un mensaje al crucero de los Sentinels –aún orbitando más allá de los límites defensivos de Haydon– para dejarles saber lo que estaba sucediendo. Pero su padre había interferido la transmisión de algún modo, y no había habido ninguna respuesta.

Veidt estaba muy en el interior del complejo en alguna parte, junto con los otros Sentinels, y Sarna no iba a abandonarlos. Ella cobró determinación y envió la inmensa alfombra flotando hacia abajo hacia el techo del Redil de Esclavos Central.

“¡No!” Ella oyó el grito al mismo tiempo que la alfombra se detuvo finalmente, tan suavemente como una pluma. Era Vowad, sobre una estera circular. Él la condujo sobre la propia alfombra de ella, confrontándola.

“¡Esto es una locura! ¡Ven conmigo ahora mismo!”

Ella sacudió su cabeza. “Mis amigos están aquí dentro.”

Vowad estaba vibrando de ira. “¡Ellos están definitivamente perdidos! ¡Y tú también lo estarás, a menos que vengas conmigo en este instante!”

“Tú podrías impedirlo, Padre. ¡Has caer la cólera de Haydon IV sobre el Invid!”

“¡Sarna, es mi deber preservar nuestro mundo, no verlo destruido!”

“Entonces vete,” ella dijo, “y déjame aquí. Yo hice una promesa diferente.”

Jack Baker levantó rápidamente su mano y saltó hacia atrás al rebotar el ardiente Odeon lejos de la columna y estrellarse sobre su espalda.

Bela y Gnea ya estaban acercándose para lograr pasarlo, hacia Arla-Non, y fue un poco como estar atrapado en el medio de una estampida de búfalos.

“¡Madre!”

“¡Su Majestad!”

Era inútil tratar de contenerlos. Ellos habían estado frustrados lo suficiente por la repentina detención del ascensor. El suministro de energía del complejo fue interrumpido por el ataque en el centro de comando, y por las cargas debilitantes hechas estallar por Wolff. El contraataque consecuente por parte de los Invid no había ayudado tampoco. Para cuando el ascensor estuvo moviéndose de nuevo, Janice Em era la única que estaba en calma abordo.

Ahora Arla-Non saludaba desde el refugio de un diseño de aspecto Invid no muy lejos, una cosa que se parecía a una dendrita. Lisa y Rick y algunos de los otros estaban allí, más bien enmudecidos.

“¡Cuidado!” Jan exclamó más allá de Jack para barrer el aire con fuego de su rifle de un Enforcer. Todos los demás vieron lo que ella se proponía, y también dispararon a la nave de escaramuza y a su Oficial Blindado que habían aparecido a gran velocidad a la vuelta de una esquina para un reconocimiento del nivel inferior. Nave e Invid volaron en pedazos como un pichón de arcilla.

Hubo una gran confusión luego, particularmente con respecto al ser de apariencia singular quien sólo se asemejaba a medias a Janice Em en este punto. Finalmente, Jack consiguió que ellos comprendieran que allí había una abertura para huir: el ascensor los podía llevar claramente al techo.

“¡Basta ya!,” Veidt les dijo a todos. “Sarna está allí, con la alfombra.”

Lisa había hecho cierta adición mental rápida. “Pero sólo podemos subir a veinte o treinta a la vez. ¡Tenemos que resistir aquí abajo entre tanto! ¡Podrían ser horas!”

“Bien; eso nos dará más tiempo para matar Invid,” Arla-Non dijo alegremente.

Los heridos eran subidos a bordo para el primer viaje, pero también había muchos funcionales para protegerlos una vez que llegasen arriba. Rick tomó el brazo de Max. “Lleva a Miriya allí arriba, también. ¡Ahora! No discutas conmigo, maldita sea.”

Max estuvo indeciso por un segundo, luego agarró el brazo de Rick y giró para llevar a su esposa y niño nonato a la seguridad. Rick descubrió que Lisa lo estaba mirando fija y extrañamente.

Ella le brindó una mirada pícara. “¿No irás a insistir en que sea

evacuada con los lesionados y desvalidos?”

Rick suspiró, y su cara se enrojeció un poco. “Tú no, Tigre.” La sonrisa de ella en respuesta lo entusiasmó.

Veidt estaba mirando fijamente dentro del ascensor. “Entonces, la Conciencia ha tenido a bien ayudarnos. Y usted no es lo que parecía, Janice Em. ¡Sin embargo, debe ser elocuente! Tenemos mucho que discutir.”

“Pero no hasta más tarde,” Jan dijo. “Quiero que usted tome el ascensor al techo; le responderá a usted ahora. Puedo ayudar mucho más acá abajo.” Ella alzó el rifle de un Enforcer que ella sostenía.

Veidt inclinó su cabeza lentamente. “¿Y, más al caso, Sarna está allí arriba ahora, eh? ¿Y, a menos que me equivoque, Vowad?”

Jan había aprendido cómo leer gran parte de la información oculta de Haydon IV. Ella sabía cómo estaban las cosas entre los tres. Ella inclinó la cabeza. “Aún podría haber tiempo para convencerlo, pero no soy quien para hacerlo.”

Sin otra palabra, Veidt entró al ascensor entre los heridos y los vengadores. Jan giró hacia Rick y Lisa. “Supongo que no luzco muy parecida a mis fotos PR, ¿hmm?”

Hubo un alarido proveniente de la línea de batalla cuando otro ataque de Inorgánicos empezó. Rick observó las puertas del ascensor cerrarse al comenzar su ascensión. La misión de los Sentinels había estado llena de conmociones y sorpresas inconcebibles; el que Janice fuera un androide parecía concordar con el esquema increíble de las cosas.

“Tú luces muy bien para nosotros, Jan.”

Sarna y Vowad estaban trabados en una batalla de voluntades, la enorme alfombra vibrando bajo ellos. Si él no podía persuadir a su hija de que fuera con él, él resolvió, la forzaría a ir, tomando la alfombra bajo su comando.

Pero ella lo estaba combatiendo con una fuerza mental mayor a la que él había creído que ella podía formar. Aunque ella era de la

estirpe de él, carecía de las eras de entrenamiento y experiencia de él –y sin embargo algo dentro de ella la estaba acercando a igualar la fuerza de voluntad de su padre.

Pero la batalla se volvió un debate cuando una estructura en el techo se abrió de par en par y el ascensor apareció con su carga. Las Amazonas heridas fueron asistidas sobre la alfombra, y las fuertes y sanas corrieron a establecer posiciones de fuego. Max guió a Miriya a la alfombra y la subió.

Ellos ignoraron a Vowad, quien estaba gritando, “¡Regresen, regresen! ¡Esta guerra no debe llevarse a cabo libremente en la ciudad!”

Pero era demasiado tarde. Antes de que más pudiera ser dicho, un Crann parecido a un ogro apareció en la vista, sus sensores habían detectado actividad en el tejado.

Los Praxianas y Max abrieron fuego inmediatamente, pero el Crann era tal vez el más poderoso de los Inorgánicos bípedos, y la cosa sólo se mantuvo viniendo, devolviendo el fuego. Un agujero fue quemado a través de la alfombra, y varios de los heridos fueron muertos instantáneamente mientras el Crann avanzaba.

Las personas estaban zambulléndose en busca de cubierta que no estaba allí; Max dejó a Miriya y fue directamente hacia aquel, esquivando y descargando andanadas con un rifle de un Enforcer.

El Crann lo ignoró, girando el cañón de su arma de un lado a otro, inmolando todo lo que veía. Luego el rayo giró hacia los tres Haydonitas.

Veidt trató de embestir a Sarna y ponerla a resguardo, pero ella vio que su padre estaba paralizado en shock o de susto.

“¡No!” ella gritó, y eludió a su compañero para impulsarse directamente hacia Vowad, el manto de ella ondeando sobre el tejado. Ella golpeó a su padre con su cabeza y el torso superior, empujándolo fuera de la línea de tiro, pero el rayo del Crann golpeó en el mismo centro de Sarna, y ella voló hacia la superficie del techo, sus mantos quemándose.

Veidt estuvo allí al instante, sofocando las llamas con su propio cuerpo, sintiéndose más inútil de lo que alguna vez se había sentido. Pero Max llegó a ellos en otro segundo, usando su chaqueta, y hasta Miriya se tambaleó hacia ellos para

ayudar.

Entretanto, las Amazonas habían hecho puntería en el Crann. El fuego masivo de sus armas pequeñas encontró un punto vulnerable en su rodilla inversamente articulada, y al perder aquel el balance también perdió pie allí al borde del techo. El Crann se precipitó de la vista, pero ellos oyeron el impacto cuando aquel golpeó la calle a gran distancia abajo.

Max no sabía mucho sobre la fisiología Haydonita, y lo que vio de la herida de Sarna reforzó aquello; las extrañas texturas y formas, los fluidos y sistemas no muy familiares, parecían en parte orgánicos, en parte sintéticos. Pero él pensó que el daño era demasiado grave para que ella sobreviviese. Ella confirmó ello cuando habló, su voz un desfallecimiento efervescente.

“¿Padre, lo ves? ¿Qué es Haydon IV subordinado al Invid sino un hermoso redil de esclavos amueblado? La guerra nos podría destruir, pero nunca nos mancharía de la manera en que la esclavitud lo hace.”

Ella no tenía una expresión que un humano pudiera leer, pero el tono en su voz retorció violentamente el corazón de Max. Vowad levantó su cara para mirar a las heridas y moribundas entre las Praxianas, las mujeres determinadas quienes mostraban su sufrimiento en cada línea de sus rostros.

Entonces Sarna tuvo convulsiones. Desde lo más profundo de su interior anónimo, Veidt dejó salir un lamento que fue terrible para oír. Sin brazos para un último abrazo, él se dejó caer hasta que yació cubriendo el cadáver de su compañera, y el sonido de algo que él había aprendido entre los Sentinels vino de él, un sonido que ningún Haydonita había hecho alguna vez antes. Veidt lloró como un alma perdida.

La boca de Max se abrió completamente. Del semblante sin ojos de Veidt, lágrimas estaban escurriendo.

“Ah, Veidt: tú eres mi amor,” Sarna logró decir, sin embargo la voz sonaba muy lejos, como si ahora estuviese viniendo desde fuera de su cuerpo. “Y ni todo el tiempo y el espacio nos separará.” Luego ella tembló de nuevo, y quedó inmóvil.

Les tomó un momento a los demás darse cuenta que un nuevo sonido se estaba levantando para ahogar el dolor de Veidt. Vowad

flotaba allí, con la cabeza hacia atrás, el rostro en blanco levantado hacia el cielo. Max de algún modo supo que si el Haydonita tuviese brazos, esos brazos habrían estado extendidos y abiertos, con las manos cerradas en puños.

El sonido que emanaba de algún lugar de dentro de Vowad era de dolor animal, y de ira animal.

“¡Más Inorgánicos!” dijo a gritos una mujer que se había lanzado al borde del techo. La alarma fue repetida por otras a lo largo de esa parte del edificio.

Max se levantó cansadamente, ignorando el dolor de sus manos quemadas, para recoger su arma. Las Amazonas tenían razón; al menos había tiempo para matar algunos Invid más antes que la derrota final se definiese. Una lástima que los Sentinels tuviesen que terminar de esta manera...

Pero justo entonces, con chillido de Vowad haciendo eco en los edificios de Glike, el mundo comenzó a temblar.

No era como un terremoto; era más como si el planeta artificial entero Haydon IV resonase como un diapasón al dolor de Vowad. El cielo parecía brillar tenuemente como una balsa de agua siendo golpeada y golpeada de nuevo en su borde. Una vibración simpática aguda fue sentida por todos allí en el techo. Aún más asombroso, los Invid apiñados en la calle de abajo dejaron de hacer lo que estaban haciendo y se quedaron completamente inmóviles.

Luego hubo un sonido que se oyó por todo Glike, como llamas abatidas por el viento –como la pulsación del infierno de una hoguera fúnebre.

Esos en el techo abruptamente vieron movimiento por toda la ciudad. Desde aberturas ocultas y de las propias juntas del paisaje urbano de Oz, colores incandescentes emergieron en formas que parecían vivas. Y de repente los Invid en las calles de abajo fueron atacados por un ejército de hormigas móvil de formas.

Max aulló y brincó hacia atrás cuando una corrió por al lado de él, rozando su tobillo. No le causó daño, pero el contacto hizo que su piel hormiguease y se sintiese algo entumecida. Era obvio, sin embargo, que la cosa no estaba tras Max; miles de otras como aquella estaban emergiendo de cada grieta y dirigiéndose hacia el Invid más cercano.

Y entonces él se dio cuenta de lo que la cosa era: una figura humanoide en miniatura, cuya imagen Max había visto bastante a menudo para reconocerla: ¡Zor! Los Zor eran del tamaño de un modelo de juguete para niño, hecho de colores calidoscópicos, saltando por el aire o corriendo a una velocidad increíble para encargarse de los Inorgánicos.

Los innumerables Zor estaban filtrándose de la estructura de la ciudad para atacar las tropas del Regente. Aparentemente, el fantasma en la máquina que era la Conciencia de Haydon IV conocía la mente del Invid muy bien –y había escogido formar sus anticuerpos en la imagen del enemigo más odiado del Regente.

En segundos, los mecha Invid estaban combatiendo a enemigos que no sabían de rendición o retirada. Ráfagas de armas de Protocultura desintegraban anticuerpos de Haydon IV, pero en el tiempo que llevaba eliminar a uno, una docena de imitaciones de Zor más pequeñas emergían para atacar. Al fijarse los anticuerpos a los Inorgánicos, cubriéndolos, las máquinas de guerra comenzaban a resplandecer.

A diferencia de la contienda en la cual los soldados corsarios de Jack habían luchado debajo del planeta, no había anticuerpos en cantidades inacabables ahora. Existían límites aún para el poder de Haydon IV. Mientras los Inorgánicos disparaban continuamente en todas partes a los pequeños demonios moldeados en la imagen de Zor, menos y menos aparecían para tomar sus lugares.

Pero la ciudad aún estaba cubierta con anticuerpos deseosos de lanzarse sobre los mecha. Mientras Max observaba, un Hellcat, bañado con los cambiantes y resplandecientes colores de los anticuerpos que se habían fijado a él, rodó y esputó y se desplomó, desgarrándose a sí mismo inútilmente. Su aura destructiva aumentó de brillo, y un momento más tarde fue rota por una explosión deslumbradora, desapareciendo de la vista.

En otra parte, un Odeon se tambaleaba ebriamente, disparando al aire, mientras los anticuerpos lo absorbían. Aquel trató de descontaminar su brazo con disparos de su arma de mano, pero sólo tuvo éxito en volarse el brazo. Un momento más tarde él, también, voló en pedazos.

Max giró hacia Veidt. “¡Apresúrate! ¡Has que el ascensor regrese

abajo para los otros! ¡Rápido, antes de que este complejo entero desaparezca!”

Veidt aún estaba extendido a lo largo de Sarna, olvidado de todo a su alrededor. Al fin, Vowad recobró parte de su compostura.

“Yo iré,” él dijo. En un instante, él había puesto en marcha el ascensor de regreso abajo en una carrera para salvar tantos más como pudiese.

Capítulo 13

SUS DÓLARES TRIBUTARIOS ESTÁN TRABAJANDO

*Grafito encontrado en las barricadas de los Sentinels
en el Redil de Esclavos Central, se creyó atribuible a
Bela*

Cuando el Regente oyó de la revuelta entre las esclavas Praxianas, él mismo se hizo cargo de la situación. Él dejó su colmena apenas en las afueras de la ciudad y llamó a su Crucero Terrestre –la grotesca fortaleza terrestre móvil que era el centro de mesa de la operación de superficie a gran escala Invid.

Cuando se le dijo que los Sentinels eran de alguna forma responsables por la sublevación de las esclavas, él envió recado a sus torturadores para que se preparen para un programa mucho más exigente. Pero una vez que fue informado que los anticuerpos de Haydon IV se habían vuelto contra él, instruyó a su nave insignia personal estar preparada frente a una partida inmediata.

Pero es que él no contó las pérdidas de la batalla todavía; las defensas Haydonitas habían sido concebidas para eliminar la mayoría de una fuerza invasora antes de que esa fuerza llegase a la superficie del planeta, y los Invid ya estaban a quemarropa. El Regente tenía una ventaja que ningún invasor había logrado alguna vez.

“¡Destruyan todas las fuentes de poder!” él ordenó. “¡Arrasen los centros de producción de energía del planeta! El Regente estaba seguro que sin potencia, los anticuerpos rápidamente se desintegrarían.

Aquellos Invid no sumidos en los anticuerpos de Zor comenzaron inmediatamente a destruir todas las fuentes de poder

que podían detectar, lo que significó arrasar con cosas al azar. Los Inorgánicos bípedos, en particular, destruyeron eras de artesanía y arte en minutos, cambiando su puntería al azar de un objetivo al próximo. Alminares derribados, cúpulas destrozadas, y delicadas mansiones derrumbadas como corteza de un pastel frágil. Llamadas de fuego destellaron, y humo comenzó a bloquear a Briz'dziki, el sol de Haydon.

Luego repetidores de comunicaciones mostraron al Regente la naturaleza de los anticuerpos. ¡Zor, de nuevo! El séquito del Regente agachó repentinamente la cabeza y huyó de sus golpes furiosos; él dio un golpe violento a las consolas y a los tableros de instrumentos a su alrededor. Arrancó violentamente la silla de comando de la cubierta, arrojándola contra un mamparo tan fuertemente que la silla abolló las plaquetas.

¡Zor! ¡La perversidad de la maquinaria de Haydon IV! ¡La desmesurada afrenta de él! “¡Tendré este planeta o lo destruiré!” el Regente rugió.

Aunque él estaba en una parte de la ciudad que había sido exceptuada de la aparición de los anticuerpos, el Regente cambió de opinión acerca de su plan de viajar sobre el terreno. Él llamó a una nave de desembarco de tropas la Terror Weapon; pero de las tres en Haydon IV en ese momento, dos estaban en otra parte del planeta recogiendo refuerzos y la tercera había sido destruida mientras revoloteaba cerca de su apostadero no muy lejos del Redil de Esclavos Central.

El Regente cambió sus instrucciones, y el Crucero Terrestre giró hacia el puerto estelar. Hora de hacer una huida hacia su nave insignia, mientras él aún tenía otras cartas para jugar. Una pantalla transmitió la escena desde el calabozo del Crucero Terrestre, mostrándole a él que Rem aún estaba firmemente encadenado allí. El Regente acarició a sus gigantescos Hellcats y contempló los horrores que él infligiría en el clon cuando todo esto estuviese terminado.

Hasta Jack y su equipo, quienes habían visto a los anticuerpos de Haydon en acción en otras formas, tenían dificultad en creer lo que estaban atestiguando. Desde las mismísimas paredes de las mazmorras salían Zors del tamaño de muñecos en cada color, fijándose sobre los Inorgánicos, haciéndolos caer y volándolos en pedazos.

Ellos eran un recordatorio, también, de Rem, que aún era mantenido prisionero por el Regente.

En los rediles de esclavos, el contraataque sobre las Praxianas y los Sentinels se detuvo de sopetón. El peligro principal para los defensores era ahora el sonido ensordecedor de las descargas cerradas de los Inorgánicos y los reportes de los mecha siendo volados en pedazos.

Sin embargo, los Inorgánicos habían infligido una pérdida considerable a los anticuerpos. Cuando los Zor de imitación revolotearon alejándose para llevar la batalla afuera, como flamas de antorchas al viento, allí había muchos menos de los que había habido al principio. La destrucción Invid de los sistemas de distribución de poder de Haydon estaba comenzando a contar.

Vowad reapareció con el ascensor para la próxima carga de evacuados, pero ahora no hubo prisa. Arla-Non tenía a sus otros heridos listos, pero muchos de los otros querían ser parte de la campaña allí bajo tierra, barrer a los Invid del complejo y buscar otras Praxianas esclavizadas.

“Lo que sería de mayor utilidad,” Lisa dijo a Vowad, “son alfombras voladoras más pequeñas, para apoyar a las Praxianas en otras partes de la ciudad y del planeta.”

Vowad habló con monotonía, aún aturrido con la enormidad de la muerte de Sarna y su propio acto de venganza. “Veré lo que se puede hacer,” él dijo, “pero la mayor parte de los Haydonitas están ocupados salvándose y a sus subordinados. La ciudad está muriendo.”

No obstante, Arla-Non envió un pelotón de sus Amazonas arriba con Vowad, para ayudar a asegurar el techo y estar preparadas en caso de que se presente la oportunidad de rescatar a otras Praxianas.

Cuando el ascensor partió, los Sentinels y las esclavas liberadas

comenzaron un avance cuidadoso sobre el terreno que los Invid habían ocupado sólo minutos antes. Allí sólo había escombros, humo, y pozas de metal.

Las Praxianas regresaron a la armería y continuaron su pillaje. Fuera del Redil de Esclavos Central, Rick y el resto encontraron el área inmediata tranquila, aunque los sonidos de la batalla venían de muy cerca.

Vowad apareció, esta vez sobre una alfombra mucho más pequeña. “He convocado a otros,” él dijo, “y ellos los llevarán a ustedes y a los suyos a cualquier parte que deseen.”

En lo alto, Rick pudo ver, algunas alfombras de tamaños variados estaban despegando, algunas para llevar a los heridos a las Salas de Curación, otras para descender a la calle y esperar a los pasajeros, todas comandadas por Haydonitas desconocidos para él. Él se dio cuenta que los Haydonitas habían subdividido de algún modo la enorme alfombra que Sarna había traído.

¡Quizá sólo exista una única y real alfombra, se le ocurrió a él, y todas las chiquitas son sólo piezas temporalmente separadas!

Las tropas de Arla-Non abordaron las alfombras por unidades asignadas, para ser llevadas a rescatar a más de sus Hermanas. Bela había asumido el cargo de segundo en mando de su madre, y Gnea era un tipo de ayudante de campo. Fue curioso ver a la dura de manejar Bela defiriendo a alguien tan prontamente, pero Arla-Non vestía una capa invisible de autoridad y majestad; Jack no culpó a Bela ni un poco.

Vowad aún estaba junto a Rick y Lisa. “Hemos intentado hacer contacto con su Ark Ángel, pero el Invid aún interfiere nuestras transmisiones; las cosas más allá de la atmósfera Haydonita no siempre están dentro de nuestro control.”

“Está bien,” Lisa dijo suavemente. “Hay cosas más urgentes que considerar.” Los soldados corsarios habían oído la noticia de la muerte de Sarna y la repentina conversión de Vowad. Lisa había sufrido sus propias pérdidas en la guerra y sabía cuán profundamente dolía.

“Sí.” Vowad inclinó la cabeza. “Los niveles de poder están cayendo, debido a la destrucción Invid. Refuerzos de Inorgánicos están siendo aerotransportados dentro de Glike, y el resultado está

en suspenso. Pero eso no es lo que más me preocupa. Se reportó que el Regente está en camino hacia el puerto estelar, su nave espera lista. Su amigo Rem, el clon de Zor, aún es su prisionero.

“Temo lo peor.”

Jack Baker no tuvo suficiente tiempo para saludar a Karen Penn cuando la vio. “¿Así que, ellos finalmente te sacaron a patadas de la enfermería, huh?” Luego fue volver a la lucha por sus vidas cuando los Inorgánicos apresuraron la batalla, abajo en las conejeras de esclavas.

Ahora, arriba en la calle al aire libre, él la buscó en el caos de la batalla. Al deslizarse alrededor de una escuadra voladora de Amazonas grandes y alegres yendo a reunir algunos cueros cabelludos más de Inorgánicos, él rodeó los restos humeantes de una nave de escaramuza, y finalmente la divisó. Ella estaba escuchando los sonidos del conflicto, pero estaba mirando fijamente lejos hacia las torres de Glike de la altura de las nubes.

“Um,” él empezó, y se encontró confundido. “¿Estás segura de que estás bien? ¿No hay efectos secundarios?”

Ella le mostró una sonrisa. “Sí. Gracias, Jack.”

Ella miró hacia atrás a la línea del horizonte. “¿Bueno, qué está mal entonces?” Él persistió.

“Nada está mal, Jack. Es sólo que...todo esto...quizá es mejor que Glike sea arrasado, para empezar desde el principio.”

“¿Huh? ¡Mira, éstos son nuestros aliados ahora, sabes!”

Ella le dio una expresión de odio a él. “¡Aliados, al diablo! Ellos no son la primera bella cultura en tolerar corrupción y mal en su medio, precisamente tales personas podían tener su estética y su comodidad y su paz personal.”

Jack sintió intensificarse el color en su cara. ¿Ella me está dando discursos ahora?

Ella miró a la ciudad de nuevo. “La gloria de Grecia fue construida sobre la esclavitud, ¿lo sabías? No me importa qué tipo de disparate nos digan sobre ello; si hubiese estado allí habría

bombardeado el Partenón, destrozado todo lo que la esclavitud les dio—

Jack sintió calor brotando de su cara. “¡Penn, no comiences a predicarme la historia! Sólo estaba diciendo—”

“Cualquiera cosa que salga de las cenizas de Glike será mejor que lo que la precedió, aún si es la Edad de Piedra, porque Haydon será un planeta libre—”

Jack le sacudió un puño a ella. “¿Puedes callarte y escuchar? Estoy diciendo que estoy de acuerdo con—”

“¿Quién eres tú para decirme que me calle?”

“¡Penn! ¡Baker! ¡Al frente y al centro!”

Ambos estaban respirando con dificultad, a punto de embarullarse de nuevo, cuando la estridente orden de Rick Hunter atravesó la pelea a golpes que se venía. Su entrenamiento hizo un aporte, y ellos corrieron a paso ligero hacia Rick, los rifles con los portafusiles a los brazos.

Veidt estaba cerca de los Hunter, y también lo estaba Janice Em. La Persona Artificial había reasumido el aspecto de una hembra humana. Rick rápidamente explicó la situación táctica, y el dilema de Rem.

“No hay tiempo para alistar un ataque a gran escala al Crucero Terrestre,” Rick terminó. “Pero Veidt está preparado para tratar de llevar allí a un equipo comando en alfombra. El Coronel Wolff, los Garudianos, y los Karbarrianos desviarán la atención del Regente y proveerán apoyo de artillería. ¿Bien?”

“Cuenta con nosotros, Se—” Karen había comenzado a responder por ambos, por costumbre, pero se detuvo, mirando a un costado al joven que era en parte amigo, en parte contrincante en la pelea por el título.

Jack mostró una sonrisa ligeramente insubordinada y tocó con las puntas de sus dedos su frente —más un ademán que una postura de saludo. “Como ella dice, cuenta con nosotros, Almirante.”

Jack, Karen, y Veidt abordaron la alfombra del tamaño de una mesa de poker de Veidt y despegaron. Rick ni siquiera tuvo tiempo de darse vuelta; Vince Grant estaba de pie allí. “Malas noticias, Rick: Tesla y Burak se fueron.”

“¡Que quieres decir con que se fueron! ¿Se fueron a dónde?”

Vince estaba sacudiendo su cabeza. “Se escabulleron mientras nosotros nos estábamos organizando. Alguien dijo que falta una nave de escaramuza.”

Vince señaló a Garak y a Pye con una inclinación de su cabeza. “Esos dos afirman que no saben. Yo pienso que están mintiendo; algo los tiene asustados, aún más asustados que de las defensas de Haydon. ¿Dónde irían Tesla y Burak?”

Rick resopló. “No lo sé, y no podemos preocuparnos de ello en este momento. Sólo alerten a todos los puntos para atraparlos. ¡Y no vayan tras ellos ustedes mismos! Los necesito aquí mismo.”

Vince mostró desilusión. “Sí, señor.”

Rick regresó con su esposa para encontrarla lidiando con otro problema. “Nuevas señales luminosas del espacio profundo en los detectores,” un Haydonita decía. “Pensamos que son Invid.”

La nave de escaramuza voló bajo sobre la ciudad disputada, moviéndose muy velozmente hacia el racimo de cúpulas resplandecientes y moteadas de sombras que era la colmena Invid en el horizonte.

Burak contuvo su aliento, esperando que los anticuerpos de Haydon IV se lanzasen al aire hacia él en cualquier segundo. Pero las palabras de Veidt volvieron a la mente de él, que la intención tenía todo que ver con las respuestas del sistema de defensa. Y, ciertamente, la intención de Tesla no tenía nada que ver con la invasión y la conquista –al menos no hoy.

Burak estaba situado en los hombros del científico, agarrando el manto y arneses de aquel como para salvar la vida, mientras Tesla piloteaba la nave a velocidad peligrosa, usando maniobras suicidas para evitar a los mecha y a los demonios de fuego de Zor en miniatura que combatían por el aire.

Burak había aceptado incondicionalmente que el destino de su planeta y su propio Destino Superior, estaban ligados al de Tesla.

Ningún interceptor o fuego fulminante se alzó para incinerarlos cuando se apresuraron hacia la colmena; Burak se sintió seguro de

que los poderes en crecimiento de Tesla se habían hecho cargo de ese problema. Tesla hizo aterrizar la nave en la boca de una apertura que llevaba hacia dentro del domo central.

Burak estaba más allá de cualquier pensamiento de resistencia para entonces. Tesla lo guió a través de una colmena virtualmente abandonada. Los Invid que había allí estaban desorientados y eran de ninguna importancia; ellos dieron un paso al costado, arrodillándose y tocando el suelo con la frente, por las órdenes imperiosas de Tesla.

Luego los dos llegaron al lugar más santo de cualquier colmena, la cámara reservada para aquellas Flores de la Vida que habían florecido, o que abrigaban la promesa de florecer. Aquí, para el regocijo desenfrenado de Tesla, ellos encontraron plantas que en efecto habían producido Fruto.

Burak había comenzado a reconocer un patrón, que el Fruto de cada mundo era diferente de aquel producido en cualquier otro. Y los Frutos producidos por los mundos una vez tocados por Haydon – mundos que los Sentinels estaban tratando de liberar– eran de la variedad más pronunciada de todos.

En este caso, los Frutos eran cilindros de color púrpura de la berenjena, de extremos redondos y estremecedoramente gélidos. Tesla acopó sus manos alrededor de uno suavemente.

“¿Lo ve-eee?” La palabra fue más un aliento susurrado que un sonido hablado. “¿Ve cómo la luz brilla a través de ellos? ¡Éstos son nuevos, recién madurados! ¡Han madurado en los últimos minutos – no más de una hora! ¡Ni siquiera el Regente ha probado tales Frutos como estos!”

Tesla repentinamente se volvió hacia Burak, quien estaba de pie cerca, mirando curiosamente. El científico principal lanzó celosamente un golpe fuerte al Perytoniano, un golpe que lo habría matado si Burak no se hubiese agachado. “¡Retrocede! ¡No tendrás ninguno!”

Burak retrocedió cautelosamente. “No quiero ninguno. Sólo quiero que usted mantenga su convenio.”

Tesla se había sentado de piernas cruzadas en el césped blando del jardín botánico, una pila pequeña de los Frutos en su regazo. “Bien.”

Burak se acucilló sobre sus ancas, para observar a Tesla hundir su largo hocico en el Fruto, sorbiéndolo con ruido y baboseándolo, arroyuelos de jugo púrpura fluyendo hacia abajo de su barbilla, su cuello, y su pecho. Pronto, algo pulsó dentro del Invid. En momentos, una luz brilló de él que proyectó la sombra de Burak en las paredes del domo.

Burak se acurrucó, escudando sus ojos un poco, para atestiguar el próximo paso en la metamorfosis de Tesla inducida por la Flor.

Capítulo 14

Lang fue el primero entre los humanos en notarlo, el “machihembrado,” como él lo llamó, de los mundos especialmente tocados por Haydon y aquellos que mantenían tal interés más recientemente por Zor.

Él me presionó por detalles y tuve que señalar que los Zentraedi son los últimos en inquirir en temas de historia. Pero no obstante expresé mi vasto anhelo por saber la verdad de todo ello, y esperé que Emil sintiera lo mismo.

Exedore, La SDF-3 y Yo

El crucero terrestre se meció por la fuerza de una tremenda explosión. Golpeado en sus pies, el Regente se levantó de nuevo con un temple aún más furioso.

“¿Qué fue eso?” ¿Seguramente los anticuerpos de Zor no se estaban volando?

Un científico se inclinó. “Parece que algunos de los extramundanos se han unido en la batalla, Su Excelencia. Eso fue aparentemente un transbordador espacial Karbarriano cargado con explosivos convencionales y dirigido a nosotros por control remoto. Afortunadamente, era de poder insuficiente para penetrar siquiera nuestro casco más exterior.”

“Naturalmente,” el Regente dijo bruscamente. El crucero, más grande que un portaaviones, era una montaña móvil de armas y armadura sobre huellas tan anchas como un bulevar de Glike. Él pensó nuevamente en ordenar a sus artilleros abrir fuego y arrasarlo la ciudad a su alrededor mientras él se retiraba, pero eso correría el riesgo de atraer a los anticuerpos. Su propia vida era de suma

importancia a la causa Invid, demasiado vital para arriesgarla por mero castigo.

Era una lástima que esta parte entera de Glike parecía haber sido evacuada; él se habría consolado con moler a los miserables sintéticos bajo las huellas de su fortaleza móvil. Lo habría compensado, en parte, por tener que abandonar sus huertos de la Flor de la Vida justo cuando estaban a punto de dar Fruto.

Tal vez él aún sería capaz de recapturar su colmena de Haydon. Con este pensamiento, él ordenó a sus técnicos transmitir la vista del equipo de monitoreo automático dentro del huerto. Pero donde él había esperado ver una vista lujuriente del Fruto de la Flor, él se encontró mirando a una monstruosidad extravagante pero sin embargo, de algún modo, de apariencia familiar que estaba sentada tragando con voracidad. Lejos hacia un lado estaba acurrucado un joven Perytoniano.

“¡Por la Protocultura!” el Regente aulló. Al abrirse el canal de dos sentidos, la cosa acucillada en el huerto de la colmena levantó la vista hacia el fonocaptor de comunicaciones.

“Ah, Su Excelencia, El Omnisciente, El Todopoderoso Regente,” la cosa ronroneó. “Gracias por su hospitalidad. ¡Cuán delicioso, este Fruto suyo!”

“¿T-Tesla?” el Regente susurró.

“¡Sí, Tesla! ¡Y pronto, usted sabrá lo que los poderes divinos de la Flor realmente son, puesto que Tesla se los demostrará a usted!”

La furia del Regente era tan grande que estuvo tentado a dar vuelta el Crucero Terrestre y regresar a obliterar la colmena y a Tesla. Pero no había tiempo; las pantallas tácticas mostraban fuerzas enemigas arrollando la guarnición de la ciudad con la ayuda de los malditos anticuerpos Haydonitas. El Regente cortó el enlace de comunicaciones con un golpe aplastante de su puño.

“¡Aumenten la velocidad!” él aulló.

El científico se encogió. “Estamos a máxima velocidad ahora, Todopoderoso. El avanzar a empujones por la ciudad hace la marcha algo difícil.”

Otro científico añadió, “Hemos detectado naves emergiendo de impulso superluminal en el espacio profundo, pero hasta ahora hemos sido incapaces de hacer contacto.”

“Bien, asegúrense de que mi nave insignia esté lista para despegar en el momento en que yo arribe,” el Regente rugió. Si esas fueran naves Invid, él freiría a Haydon IV desde una distancia segura; de lo contrario, él estaría preparado para una retirada estratégica en la nave más rápida de la flota Invid.

“¿Y dónde están nuestros refuerzos?” él agregó.

“Ellos están siendo despachados ahora a los sectores este y norte de la ciudad, Todo Poderoso, para los contraataques de distracción que facilitarán nuestra retirada. También estamos monitoreando una caída en los recursos de poder de la ciudad, y una correspondiente disminución en la actividad de los anticuerpos.”

Tal vez sería posible ganar después de todo. ¡Cómo pagarían los Sentinels y los Haydonitas y las Praxianas! Él comenzó a planear un elaborado festival de días de duración de tortura y celebraciones, pero el ensueño fue hecho añicos momentos más tarde.

“Señal de las naves estelares que se aproximan, Omnipotente Lord,” un técnico dijo. Dicho esto, la cara de Breetai apareció en la pantalla.

El gigante sintió una satisfacción no sonriente. Él de algún modo había sabido desde el principio, en sus huesos, que el Regente no estaba muerto. No había manera de que la criatura hubiera sido engañada o doblegada en lo alto de su vida tan fácilmente.

Durante unos cuantos segundos, el Regente halló que no podía recuperar su aliento. ¡Breetai, el comandante más brillante de los Zentraedi, y, después del fallecido Dolza, su guerrero más poderoso!

Breetai miró con ira al Regente. “Venimos por usted,” él dijo, y nada más. La pantalla quedó en blanco.

El Regente hizo escabullirse a su personal con airados golpes y puntapiés. “¡Más velocidad! ¡Mataré al primero que me ofrezca excusas!”

Su as de reserva podría ser de importancia crucial después de todo. El Regente miró de frente a su par de Hellcats mascotas. “¡Vayan, y traigan al clon de Zor ante mí!”

Ellos se alejaron saltando, y el Regente llamó a un lacayo. Silenciosamente, de modo que los demás presentes no pudieran oír, él ordenó, “Preparen mi armadura de batalla personal.”

La alfombra era apenas lo bastante grande para dos Humanos pesadamente armados y Veidt, y el empujarse era un asunto peligroso en realidad. Pero de algún modo Jack y Karen se las arreglaron para mantener pie mientras la cosa pasaba como un silbido por el cielo. Cómo Veidt mantenía su lugar, levitando sobre la alfombra como lo hacía, era algo que los Humanos no podían comprender.

Ellos aparecieron sobre el Crucero Terrestre por detrás, mientras aquel trituraba a Glike bajo él, abriendo su ponderoso camino hacia el puerto estelar. Considerando la velocidad y la distancia, Karen calculó que sólo tenían unos cuantos minutos para encontrar y salvar a Rem.

“¿Cómo lo vamos a hallar, en un embalaje de ese tamaño?” Jack dijo sobre el sonido del aire fluyendo rápidamente por ellos.

“Puedo sentir su paradero,” Veidt respondió simplemente. Con el trauma de la muerte de Sarna, Veidt parecía cambiado –más intenso, más capaz, pero frío y lejano. Un precio terrible que pagar por los poderes aumentados, Karen reflexionó tristemente.

Ella trajo su mente de regreso a las cuestiones inmediatas. “Estoy más preocupada sobre cómo vamos a entrar a ese destructor.”

“Vowad ha tomado medidas para...una diversión,” Veidt dijo. Al mismo tiempo que él dijo ello, llamas calidoscópicas se elevaron velozmente desde los escombros alrededor de las pisadas del Crucero Terrestre y de los edificios a punto de ser aplastados bajo ellas. Las llamas giraron y formaron un remolino turbulento, un embudo centelleante de poder de anticuerpos Haydonita. Se elevó más y más, hasta que tuvo sesenta metros de alto. Luego aquel cambió, destelló, y tomó forma.

“¡Oh mi dios!” Karen murmuró.

Era una imagen ardiente de Zor, parado con las piernas abiertas, bloqueando el camino de retirada del Crucero.

“¡Mátenlo! ¡Mátenlo!” el Regente lloriqueó, repartiéndole golpes en el puente del Crucero Terrestre. “¡Yo, su dios, les ordeno que maten a Zor de una vez por todas!”

Cuando el Crucero Terrestre desató su imponente andanada hacia la figura inmóvil, Veidt estaba listo.

Él hizo avanzar a la alfombra en un curso serpenteado entre la lluvia de descargas de las armas menores y los supercañones. Las andanadas estaban desintegrando el paisaje urbano frente a ellos, pero no tenía efecto aparente en el colosal Zor.

En lo alto en la popa del casco del crucero, un estante de misiles se estaba levantando para colocarse en posición desde su vaina blindada. Al abrirse las puertas de la vaina para permitirle elevarse, Veidt arremetió, dentro del espacio entre los cascos. Karen y Jack se encontraron asiéndose el uno al otro, tratando de mantener su pie, rogando que el Haydonita sepa lo que estaba haciendo.

Jack estaba tan asustado que ni siquiera pudo disfrutar el abrazo.

Veidt parecía conocer el esquema entero del crucero, cada tuerca y perno. Un ascensor de munición hacia la recámara del lanzador les dio, a su vez, acceso a un centro de uso práctico. En segundos, ellos estaban moviéndose rápidamente por un pasadizo escalado a tamaño medio, en lo alto sobre las cabezas de los preocupados Invid.

Veidt les transportó hacia una parte remota de la barriga del crucero. Ellos se detuvieron ante un compartimiento con una escotilla gigantesca. “La celda de Rem,” Veidt explicó.

Pero la escotilla estaba abierta. Karen y Jack se apiñaron, los rifles listos, para asomarse al interior. Los dos Hellcat del Regente, teniendo arrinconado a Rem, giraron hacia los intrusos.

Los Hellcat se abalanzaron sobre los Humanos al mismo tiempo que Jack y Karen levantaban sus cañones disparando continuamente.

Vestido en su pesada armadura de batalla potenciada, el Regente insultaba y bramaba cuando los cañoneos más poderosos de su crucero no lograban tener ningún efecto en la enorme figura de Zor que estaba de pie bloqueando su camino.

“¡Ha despegado y abierto fuego mi nave insignia!” él chilló.

Cuando la orden fue transmitida, un técnico dijo, “¡Todopoderoso, hay un objeto volador no identificado acercándose!”

El Regente miró al monitor al que el técnico estaba señalando. Ciertamente, algo estaba corriendo deprisa más adelante justo a través del casco superior, serpenteando entre baterías de armas y de misiles, demasiado cerca del crucero para hacer fuego sobre él.

“Yo-yo—” El Regente sintió su cabeza dando vueltas. Él vio una alfombra voladora Haydonita con varias figuras montándola. Cuando ella pasó zumbando el puente, dos objetos resplandecientes fueron arrojados y rebotaron lejos del casco delantero justo delante del puerto de observación.

El Regente apartó con empujones a los miembros de la tripulación quienes estaban tratando de ver lo que había sido arrojado, y echó un vistazo por sí mismo. Allí sobre la cubierta yacían los dos extraordinarios collares, montados con gemas de todos los mundos dominados por los Invid, que sus Hellcat mascotas habían llevado. El Regente dejó salir un chillido penetrante, y estaba a punto de dirigir todo el fuego hacia la alfombra que huía, cuando alaridos de horror reventaron de su tripulación.

El Zor gigante se estaba moviendo.

La imagen enardecida caminó a zancadas hacia delante, directamente hacia el Crucero Terrestre, mientras la nave insignia se elevaba del puerto estelar cercano y comenzaba a dispararle con todas las armas. El Regente gimió en puro espanto y lanzó a los técnicos fuera de su camino, cargando hacia la escotilla del puente.

La demoníaco y altísimo Zor se lanzó sobre el crucero en aparentemente cámara lenta, los brazos extendidos y los dedos rizados, como si fuera a abrazarlo. La colisión envió ondas de luz disparadas hacia fuera como ondas en una charca cuando una roca

es lanzada dentro. Llamas multicolores fulguraron a lo largo de la proa del crucero cuando la figura comenzó a combinarse con él.

En la parte alta sobre el casco, un puerto de expulsión de emergencia se abrió y una forma metálica salió disparada directamente hacia arriba como un misil lanzado por un submarino. Montando la potencia propulsora de sus módulos de aumento, el Regente se alejó como una flecha hacia su nave insignia.

Debajo de él, el crucero ya estaba medio sumido en la fuerza destructiva del sistema defensivo de Haydon IV. Una serie de explosiones rasgó la máquina de guerra en partes como una calera sobre exigida y arrasó esa parte de la ciudad.

En ese momento, mirando hacia abajo mientras ascendía en sus propulsores jets del traje y reflexionando sobre el total de derrotas y retiradas, el Regente se refugió en profundidades involucionadas extremas. Mientras los sistemas automáticos de su armadura potenciada hacían la conexión con la nave insignia y lo guiaban dentro de su esclusa de aire, y la misma nave despegaba alejándose de Haydon IV a máximo empuje, el Regente abandonaba los berrinches de humor y los frustrados despotriques por la malevolencia impersonal de una serpiente.

La Regis nunca comprendería la elección de él de la involución, pero luego ella nunca la había probado. Ella nunca había sabido cómo, en su forma más pura, el estado involucionado quitaba el dolor de la introspección, de la reflexión, de la vergüenza y la pena y el temor.

Ella nunca conocería el odio insensato y la hostilidad incorrupta y la paz personal que ese estado podía traer. Pero para su compañero, ese era el modo de vida escogido.

Las derrotas de él se olvidaron ahora que él había sumergido su naturaleza superior; él creció de manera exuberante en un rencor que lo abarcaba todo que lo satisfacía como una droga. Pero en ese trance, al contrario del blanco acostumbrado, una Visión apareció. Se definía a sí misma, metiéndose en la atención mental, alzándose ante los ojos del Regente por medio de las profundidades de su aversión y su sed de venganza. Era una respuesta a su dilema. Era la cara del General T.R. Edwards.

Como los otros mundos que los Sentinels habían visitado, Haydon IV tenía su templo para el ser divino conforme a quien éste había sido nombrado.

Éste no ocupaba la cumbre de una montaña o la plaza de una ciudad o casquete de hielo polar. Más bien, éste estaba en el centro de una planicie de aleación pulimentada de cinco kilómetros de diámetro, el único rasgo de un paisaje que era de otra manera tan liso como un espejo.

A diferencia de otros mundos, el icono de Haydon no estaba esculpido en hielo o labrado en la roca natural de un pico. En vez de ello, una imagen fantasmal y proyectada de la legendaria figura se erguía cerca de dos kilómetros en altura. Aquella guardaba un parecido a un Haydonita en el cual los rasgos eran suaves, anónimos; los brazos estaban dentro de la capa de cuello alto, de modo que Haydon lucía mucho más como los habitantes de ese mundo. Sólo la alusión del cabello colgante lo contradecía.

Los Terrícolas se habían sorprendido al darse cuenta de ello, por decreto propio de Haydon, ninguna imagen precisa de él había sido hecha alguna vez. Y así él permanecía velado en el misterio al igual que la proyección permanecía envuelta en su larga capa.

Los Sentinels y las Praxianas liberadas habían ofrecido proveer una guardia de honor para el funeral de Sarna, pero Vowad y Veidt se rehusaron. Juntos, ellos abordaron una pequeña alfombra y emprendieron el viaje con el cuerpo de la amada compañera e hija.

Pronto la ciudad arrasada fue dejada atrás y el campo idílico de Haydon IV siguió pasando por debajo. Pero los dos mantuvieron sus miradas hacia delante. Durante ese largo viaje ni una palabra fue intercambiada entre los dos, cada ser perdido en su meditación.

Cuando finalmente revolotearon frente a la figura proyectada, no hubo necesidad de decir nada en voz alta. Ellos ya habían comulgado su dolor al mismísimo planeta, y el uno al otro.

Sin embargo, Veidt, al haber adquirido nuevas costumbres en sus viajes y tormentos, pidió a la figura de Haydon, “Tenla en tu custodia, ella que fue todo para mí en esta vida. ¡Concede que sus palabras eran verdaderas, y que estaremos juntos de nuevo!”

Él no estaba rogando a Haydon, sino más bien dirigiéndose a un poder superior que hasta los Haydonitas sólo débilmente entendían y no podían sondear con ninguna aplicación de mera lógica.

Sin embargo, la imagen de Haydon se movió, cuando la Conciencia viviente del planeta lo dispuso. Los brazos aparecieron de debajo de la capa, y ojos, como los ojos Humanos, o Tiresianos, aparecieron con resolución sombría. Las palmas abiertas llamaban con señas.

El cuerpo de Sarna se elevó de la alfombra, en equilibrio y erecto como si ella viviera otra vez. Mientras el padre y el esposo miraban, ella fue conducida dentro del valle de las palmas acopadas de Haydon.

Vowad luchaba en su interior, movido por las palabras que Veidt había dicho y por el pesar miserable del momento. Sarna se había ido, su esencia había pasado a algún otro plano de la existencia, por lo tanto era ilógico basar las decisiones en lo que le hubiera complacido a ella. Y sin embargo...

El cuerpo de Sarna había desaparecido entre las manos acopadas de Haydon. Un resplandor brotó de entre ellas, iluminando el rostro suave de Haydon y el cielo sobre él. Los dos afligidos oyeron muchas voces subir en música muda mientras la luz se intensificaba. Entonces de repente fue intolerable, y tuvieron que mirar hacia otro lado.

Cuando volvieron la vista, Haydon estaba bajando enormes y vacías manos. En momentos, la proyección quedó como había estado cuando ellos aparecieron. Ellos permanecieron mirándola por largos minutos.

“Veidt, me-me gustaría ser tu amigo de ahora en adelante, si lo quieres.”

“Gracias, Vowad. Le dará una gran alegría a ella.”

Capítulo 15

*¡Así que es elocuencia o violencia,
Porque nadie cree en coincidencias!*

Los Robotonos, “La Conexión Protocultura”

La llamada desde su instalación secreta debajo del Royal Hall no despertó a Edwards; él dormía menos y menos hoy en día, animado por su implacable hambre para arrebatar el control de la REF, y por su frustración de que Minmei, todavía en aislamiento penal, era constante en su negativa de no hablarle.

Su primer impulso fue llamar a su escolta de seguridad arriba al Royal Hall con luces destellando y sirenas aullando. Pero en los precavidos juegos de poder frontales él estaba jugando con Lang y el resto del Consejo Plenipotenciario, él no podía permitirse atraer la atención hacia la ventaja secreta que él tenía. Así que el recorrido fue de bajo perfil.

Con guardias Ghost Rider flanqueándolo, Edwards avanzó cuidadosamente por las catacumbas debajo del enorme Royal Hall, llegando finalmente a las instalaciones cuidadosamente custodiadas que estaban bajo su control personal.

“Tenemos una señal de contacto, señor,” el oficial de servicio explicó, “pero ninguna respuesta a nuestra confirmación. Sólo recibimos la misma palabra en código.”

El oficial subió el volumen y los altavoces murmuraron el nombre de Edwards repetidamente.

Edwards emitió órdenes sucintas. La habitación fue despejada, dejándolo solo con el aparato. Tuvo que hacer un esfuerzo para recordar, pero él había sido cuidadoso en aprender cómo operar el dispositivo por sí mismo.

“Aquí Edwards.”

Hubo silencio por un momento, luego él se encontró viendo la cara del Regente Invid.

¡Lo sabía! Edwards se regocijó. Tal vez era hasta cierto punto una función de las extrañas perspicacias que él había obtenido cuando había recibido aquel impulso cerebral del equipo Invid capturado, pero tal vez sólo era cuestión de su sospecha innata. De todas maneras, él nunca había creído que la criatura estrangulada en Tirol por Tesla fuera el verdadero Regente.

“Se tomó su tiempo en responder, Humano,” el Regente dijo.

“Estoy aquí ahora. ¿Qué desea?”

Cada uno estaba inspeccionando al otro con el mismo pensamiento: ¡este tonto podría ser la respuesta a mi problema!

“Han ocurrido... desgracias desafortunadas,” el Regente dijo.

“Sus y mis enemigos ahora tienen a Haydon IV.”

Edwards reprimió un insulto; él tenía que parecer absolutamente calmado. El fracaso de sus Ghost Rider en retornar de la persecución a Breetai había sido prueba suficiente de que los Zentraedi probablemente se habían unido a los malditos Sentinels. Pero oír decir que ellos habían triunfado de nuevo fue casi suficiente para hacerlo dudar de su propio destino superior de gobernar toda la Creación.

Pero no; aquí estaba el Regente, un signo de que Edwards era, en realidad, el Escogido de los dioses.

Edwards resistió el impulso de burlarse del Regente; él necesitaría la buena voluntad de la criatura por algún tiempo más todavía. “Es una lástima. ¿Qué vamos a hacer sobre ello?”

El Regente ocultó su satisfacción al oír que Edwards voluntariamente sería parte de la red de maquinaciones del Regente. “Ahora estoy en camino hacia la Colmena Hogar en Optera. Una vez allí, lo contactaré con los detalles de nuestro esfuerzo combinado. La Protocultura manda, debemos borrar a los Sentinels de la existencia.”

“Espero con ansias ese día, mi buen amigo,” Edwards dijo con una voz de mosquita muerta.

Ambos rompieron contacto con un pensamiento silencioso idéntico: ¡Sólo espera hasta que ya no te necesite, bobalición

crédulo!

En Haydon IV, el dolor por la muerte de Sarna y las muertes de miles de otros, y la destrucción de Glike, fue disminuida algo por la satisfacción sombría de haber desahuciado al Invid.

Una vez que el Regente partió en su nave insignia, los Invid simplemente perdieron su voluntad para luchar. La limpieza de las tropas restantes no había tomado mucho. Para cuando el Valivarre de Breetai y los dos cruceros de la REF estaban haciendo el descenso planetario, la mayor parte de la lucha estaba terminada.

Ellos encontraron una ciudad donde las Amazonas triunfantes estaban celebrando su liberación, patrullando la ciudad con armas en sus manos y cabezas en alto. Los Haydonitas, también, habían experimentado un cambio: habían pasado los días cuando podían aguantar la tiranía Invid sobre sí mismos u otros. Las ruinas de Glike tienen el aire de un monumento al hambre de libertad de las trans-especies.

Inmediatamente después de la lucha, los otros Sentinels quedaron en varios humores y estados. Vince Grant y su esposa abrazados, regocijándose en la victoria, pero estaban melancólicos por el conocimiento de que había tanto más aún que hacer.

Jack Baker y Karen Penn, observando a Rem en una Sala de Curación, hallaron que ellos no se despreciaban uno a otro tanto. “Me alegro que lo lograras, Penn,” Jack dijo abruptamente.

“Gracias por... por venir al rescate, Lancelot,” ella trató de bromear, pero no pudo resignarse a decirlo suavemente cuando sus ojos se encontraron.

A través de ellos, Janice Em estaba observando a Rem, también. Ella vio imágenes de Rem y Zor y –algo más; impulsos lucharon dentro de ella por el predominio. Aunque era contrario a su programación, una marea innegable de emoción se derramaba en su interior cada vez que ella miraba al clon. Ella anhelaba una oportunidad para preguntar a Lang lo que todo ello significaba, pero abandonó la esperanza de alguna vez tener la oportunidad; la

guerra parecía haber asumido una vida propia.

Para Breetai hubo vítores y aplausos, y besos, también, aunque sus dieciocho metros de altura lo hacían un poco impracticable.

A Lisa no le importó; ella insistió en que el Zentraedi la elevara alto de modo que ella pudiera colocar un beso mojado en su mejilla. Ella tuvo la interesante experiencia de ver a uno de los sonrojos más grandes del universo de cerca. Allí cerca estaba una Zentraedi bastante alta, alguien a quien Lisa había oído que llamaban Kazianna, quien frunció el entrecejo un poco por la demostración de afecto de Lisa.

Lisa comprendió la mirada posesiva que estaba viendo en la cara de Kazianna, y demoró un momento, literalmente agarrando la oreja de Breetai. “¡Bien! ¡Felicidades!” ella dijo astutamente. La oreja se enrojeció y calentó por el asimiento de ella, pero Breetai estaba sonriendo como un colegial.

En cuanto a Lisa y a Rick, había algo entre ellos que no había estado allí antes de la campaña de Haydon. Era el amor sin peso que había brotado cuando se probó en batalla que no había ninguna desigualdad de coraje –o preocupación– entre ellos. Cada uno era un guerrero realizado ahora, y se entendía que cada uno tendría que enfrentar peligros. Y que cada uno sentía el mismo amor por el otro, y aprensiones, y orgullo. Y cada uno sentía el valor inmensurable de cada momento que compartían.

Los Karbarrianos y Garudianos lograron contactar a los miembros de sus respectivas razas que estaban en Haydon IV, y disfrutaron de los placeres singulares de las costumbres de la ciudad natal. Complació a los otros Sentinels el saber que la noticia de las proezas de Lron, Crysta, Kami, Lerna, y de los demás sería llevado de regreso a sus hogares.

Max Sterling no tomó parte en las celebraciones improvisadas porque pasó cada momento despierto al lado de la cama de Miriya y a menudo dormía allí también. Ella había perdido el conocimiento poco después de la partida de la nave insignia del Regente, y había caído en un coma profundo menos de una hora más tarde. Hasta los sanadores Haydonitas estaban desconcertados por su condición, la cual era causada por cierta interacción de su embarazo imposible, la exposición a la atmósfera Garudiana, y los esfuerzos de la batalla en

Glike.

Tesla y Burak habían reaparecido. Tesla era ahora más alto, de forma más Humana. Lo más notable, él tenía una boca, y hablaba con ella. Las cosas estaban tan desorganizadas en Glike que no había mucho tiempo para comentarios. Pero todos los que lo veían se quejaban, o en voz alta o mentalmente. ¡Sí, él era lo bastante malo como era! Pero ahora que él tiene una boca para hablar de más...

La noticia de Breetai de que Tesla había estrangulado al simulagente tenía a todos mirando al científico con sospecha renovada, por supuesto, y hubo vagas pláticas de poner cierto tipo de crímenes de guerra contra él. Pero Tesla se las arregló para desviarlo, por el momento de cualquier modo, señalando que su víctima era un agente de espionaje Invid y que, en todo caso, el mismo Tesla era técnicamente un prisionero de guerra. Con las aguas de este modo enturbiadas, él quedó libre y al menos nominalmente como un colaborador de los Sentinels.

Tesla había considerado separarse de los Sentinels, pero enfrentó la conclusión que su clave para la Transformación Última yacía en visitar los otros mundos que habían sentido el toque personal de Haydon –Spheris y Peryton. Y el único modo razonablemente seguro para hacer eso yacía en la compañía de los Sentinels. Además, intentar un escape arriesgaría la cólera de los Karbarrianos, las Praxianas, los Humanos, y el resto, y aún con sus poderes incrementados, Tesla secretamente temblaba al pensar en lo que eso significaba.

Y de este modo cuando él finalmente fue llevado ante el liderato, Bela pinchándolo en el costado con una espada corta, Tesla desvió sus acusaciones y preguntas sobre los cambios que el Fruto de la Flor había obrado en él.

En cambio, él decía con su voz más suave, “Tenemos una causa común; ustedes deben dejar a un lado su odio y desconfianza, y trabajar conmigo en amistad.”

El grupo central de los Sentinels estaba a favor de asarlo vivo, o al menos colocarle de vuelta una correa y un collar explosivo, pero los mismos estatutos de los Sentinels, y de Haydon militaban contra eso. Y así, cuando los Sentinels se juntaron para deliberar sobre su

próximo movimiento, Tesla expresó su opinión.

“Mi gente es una raza pacífica; ¿quién puede negar esto? ¿No vivimos en la tranquilidad por millones de eones, hasta que extramundanos nos enseñaron el crimen y el pecado y el odio? Al igual que el Regente y la Regis fueron perturbados por esta experiencia, así nuestros soberanos descarriaron a los Invid.

“¿No he cometido yo asesinato la mayor parte por su causa? ¿Yo, que nunca levanté una mano en violencia contra ninguna cosa viviente en mi vida? Pero al igual que ustedes están dispuestos a hacer guerra por la paz, así yo lo he hecho a mi modo.”

Hubo caras furiosas por todos lados del nuevo salón de conferencias que había sido levantado por mechas Robotech y la ciencia Haydonita, allí en las ruinas de Glike. Muchos miraron con ceño y murmuraron, pero ninguno discutió los hechos. Janice Em, vistiendo el aspecto de su propia identidad androide como hacía a veces estos días, observó a Rem para ver su reacción, preguntándose cuál sería la opinión del heredero genético de Zor. La cara de Rem era resueltamente no reveladora.

En cuanto a Breetai, él estaba estudiando a Janice Em y preguntándose sobre los motivos de Lang para crearla. Afortunadamente para el androide y su creador, los Sentinels parecían mirarla como su aliada y camarada de armas, antes que como alguna versión de simulagente de la REF.

La nueva y extraña boca de Tesla, casi como el de una muñeca, formaba sus palabras con una gracia y cadencia sobrenatural.

“¡Pero los míos merecen una oportunidad para redimirse y hacer reparación!” Tesla se apresuró. “He tenido la oportunidad de aprender sobre la paz y la limitación y el amor en mis días entre los Sentinels, y—”

Aquí su voz se quebró de una manera calculada e hizo una exhibición de contenerse las lágrimas. “¡Destruyan al Regente y a la Regis, sí! Pero regrésennos la Flor de la Vida, o dennos cualquier mundo en el cual la Flor elija para prosperar. Y entonces seremos los inofensivos e introvertidos y compasivos Invid de antaño. ¡Mil generaciones de herencia genética nos llaman a ser así! Y si el Destino lo concede, yo tendría el humilde honor de hacer mi pequeña contribución al Destino de mi especie.

“¡Se nos dio vida, como a ustedes! ¡Déjennos vivir!” Ese asunto estaba postergado por ahora, pero el liderato de los Sentinels intercambiaron miradas de preocupación. Tesla podría ser un completo imbécil militarmente, pero era un político consumado.

Quizá los dos vayan de la mano, Rick pensó, reflexionando sobre el Senador Russo y su familia en la Tierra.

Otros asuntos ganaron fama y fueron más rápida y concluyentemente tratados.

Breetai argumentó fuertemente que todos los Sentinels, las Praxianas liberadas incluidas, deberían retornar a Tirol para combatir los cargos difamatorios de Edwards. Parecía que él conduciría la objeción, no por astucia o politiquero, sino simplemente por la fuerza de su convencimiento.

Rick miró a su alrededor, preguntándose quien iba a tomar el contra argumento. Pero él recordó que Baldan de Spheris estaba muerto, y Teal, la otra Spherisiana principal, aún estaba encerrada a solas y cuidando la muerte-origen de Baldan. El único notable Perytoniano, Burak, había estado callado y había sido imposible hablarle desde la campaña Garudiana, de algún modo bajo el hechizo de Tesla.

Y Spheris y Peryton eran los últimos dos mundos en los mapas tácticos de los Sentinels, los últimos dos de los cuales los Invid deberían ser desarraigados. Rick exploró la habitación y se dio cuenta de que allí había pocos Spherisianos –y ninguno que quisiera hablar– y ningún Perytoniano en absoluto, además del silencioso Burak.

Rick se sorprendió tanto como los demás cuando él se oyó dirigirse a la asamblea.

“Yo he luchado contra el Gran Breetai y a su lado, y en todo este tiempo, según recuerdo, en realidad nunca he encontrado el vigor para contradecirlo.”

Por ese comentario, hubo retumbos de risa de los Zentraedi, sentados como dioses Escandinavos en sillas inmensas alrededor de

las paredes de la habitación. Kazianna colocó su mano sobre el hombro de Breetai, y Breetai posó la suya sobre la de ella pero mantuvo su atención en Rick Hunter. El tamaño no significaba nada en la arena de debate, y Breetai, tan prudente como cualquier Borgia o Cesar, sabía eso.

“Nos felicitamos por el trabajo que hemos hecho, como debemos,” Rick continuó. “¿Pero qué hay sobre Spheris? ¿Y Peryton? Las cosas allí están tan malas como lo estaban aquí en Haydon IV, ¿no lo creen? ¿O quizá algo peor?”

“Así que la elección es entre continuar para terminar con la miseria que el Invid está infligiendo en esos planetas, ó regresar para limpiar nuestros nombres. Bien, aquí está mi voto: yo tengo que vivir con los recuerdos de lo que hago, o no hago, no con lo que la gente dice de mí. Digo que continuemos, y al diablo Edwards.”

Él volvió a tomar asiento en medio de una mezcla casi igual de vítores y objeciones. Pero Lisa lo estaba mirando con un chaflán raro para su barbilla.

No más viajes por mundos ofreciendo ayuda, no más vivir el día, no más osadías locas, ella pensó. Él es otra persona ahora, como todos nosotros lo somos. Más viejo pero sabio. Y sin embargo él estaba sosteniendo la causa en contra de la cual él había argumentado antes, cuando Burak quiso volver el itinerario al revés. Un sentimiento de justicia, quizá.

Lisa extendió su brazo por debajo de la mesa y dio a la mano de su esposo un apretón. Rick pareció un poco sobresaltado, luego le regresó un apretón.

Después de que las cuestiones menores estuvieron resueltas, la sesión se asentó en una colisión entre las dos facciones. El punto de Breetai era uno válido, hasta aterrador: si Edwards conseguía el control del consejo y socavaba la autoridad de Lang, el general podría arrebatar el control de la nueva flota de naves con capacidad de transposición espacial. Que a su vez lo podría hacer imparable.

Pero allí había muchos que sentían como Rick sentía, al haber combatido la opresión Invid en varios mundos ahora. Entre los más determinados de éstos estaban las esclavas Praxianas liberadas.

El pleito cortó a través de estirpes de especies, género, y hasta familia, sin embargo. Las voces poderosas de los Zentraedi y los

rugidos de los Karbarrianos y las objeciones de los Humanos y los griteríos de las otras razas amenazaban con volver el debate en un motín.

Rick apenas había hablado desde su primera declaración. Pero cuando pareció que los Sentinels estaban a punto de perder su sentido del propósito y recaer en una completa riña, él se levantó de nuevo.

“Um, no veo que haya otra cosa que podamos hacer sino componernos. Alguien tiene que responder a los cargos de Edwards, y alguien tiene que luchar por Spheris y Peryton, ¡ahora!”

Él metió la mano en su bolsillo y extrajo una moneda de la buena suerte, cincuenta centavos de dólar de Kennedy que su padre le había dado. “¿Qué dices, Breetai? Te confiaré una u otra misión. ¿Cara, vas a Spheris y yo enfrento a Edwards?”

Él mostró ambos lados de la moneda, para demostrar que no había ningún arreglo.

Breetai se había aliviado de su silla para arrodillarse junto a la mesa. Su cara se relajó ampliamente en la primera sonrisa verdadera que él se había permitido en algún tiempo. Breetai extendió su palma, tan grande como un escritorio. “Láncela aquí, Rick Hunter.”

Rick lo hizo. Breetai la atrapó, juntando sus palmas, y abrió sus manos de nuevo para mostrárselas a todos. Era cruz.

Habrà mucho que hacer mañana, pero por ahora, todos necesitamos un aplazamiento.

Cuando todos los demás se dispersaron y ellos estaban paseando bajo las extrañas constelaciones, Kazianna Hesh tomó la mano de Breetai. “No es el resultado que buscabas, lo sé, mi amor, pero aún pienso que no es uno injusto.”

“Tal vez. Pero te aseguro esto: Edwards será detenido, aún si lo tengo que hacer solo.”

Ella besó su mejilla. “Breetai, nunca enfrentarás ningún peligro solo de nuevo –no mientras yo respire.”

Capítulo 16

Los escolares militares no comprendían el verdadero sentido totalmente. Max y Miriya, indisputablemente los más grandes guerreros Robotech de todos, servían a la fuente de su proeza bajando sus armas por un tiempo. La vida les hizo hacerlo –la vida creciendo dentro de la otrora comandante de las Quadrono, engendrada por su, en otro tiempo, enemigo.

La vida, triunfando sobre la muerte.

*Theresa Duvall, Compañeros de Brigada: La Historia
de Max y Miriya Sterling*

El trabajo para reconstruir Glike y reparar los daños hechos a otras regiones del planeta durante el choque terrible entre los Inorgánicos y los anticuerpos había comenzado literalmente mientras el polvo aún estaba asentándose.

Si el instrumental de tamaño mundial de Haydon IV hubiera estado intacto, podría haber realizado la reconstrucción a una velocidad milagrosa. Pero mucho de ese instrumental estaba o estropeado o destruido o completamente agotado. Los Haydonitas se pusieron manos a la obra con un fervor religioso, sin embargo, y tuvieron ayuda.

Las cientos de miles de Praxianas liberadas estaban entre los más dispuestos a ayudar. Las mujeres guerreras eran una raza sin hogar ahora que su propio planeta había sido destruido en las revueltas siguiendo la conquista Invid y los experimentos de los Posos de Génesis. Muchos pensaron que el escasamente poblado Haydon IV les podría ofrecer un nuevo comienzo.

Era evidente que Arla-Non deseaba mucho guiar a sus Amazonas

en una guerra santa contra el Invid, pero ya que sólo unos cuantos podían ir en el Ark Ángel, era el deber de la reina quedarse con la mayoría de sus súbditas, para guiarlas y gobernarlas. Arla-Non manifestó toda la confianza en Bela, sin embargo, y confirmó eso en los rituales que las Praxianas prohibieron a todos los forasteros asistir.

El contingente que retornaría a enfrentar los cargos de Edwards ante el consejo era liderado por Breetai, junto con Vince Grant y Jonathan Wolff. Mientras que muchos de los guerreros Diamondback y Jocker de la REF quisieron ofrecerse como voluntarios al servicio para completar las filas vacías de los pilotos Sentinels, eso fue votado en contra. Si Edwards lograba su maniobra de poder, podría requerir cada piloto leal en la REF para suprimir un golpe.

Jean Grant, al igual que Max Sterling, se negó a dejar el planeta mientras Miriya estaba aún en coma e incapaz de ser movida. Miriya se había estabilizado, pero la perspectiva era todavía sombría. Sin embargo, Jean se había sumergido en aprender las artes curativas de los Haydonitas, mezclándolas con las suyas propias con la esperanza de curar a Miriya.

Cabell había vacilado, pensando que podría ser de cierta ayuda si se quedaba, pero los otros dijeron que sus perspicacias para el funcionamiento de la Protocultura y la Robotecnología podrían ser más importantes que nunca en las batallas por venir. Él pasó una noche solo en consulta a puerta cerrada con sus pensamientos, y anunció por la mañana que se quedaría atrás. Rick pensó que el viejo sabio había sentido algo importante sobre la situación de Miriya, pero Cabell se negó a hablar sobre sus motivos.

En cuanto a Max, él decidió que antes que simplemente sentarse y esperar, se dedicaría al esfuerzo de reconstruir el planeta.

“Estoy seguro que Jean y Cabell y los Haydonitas la pueden poner en buena salud de nuevo,” Max dijo a Rick mientras los Sentinels se preparaban para partir hacia Spheris. “Ya lo verás. Para cuando estemos listos para el asalto final a Optera, estaré de vuelta en un VT así como Miriya.”

“Sé que lo harás,” Rick dijo con una convicción que él no sentía realmente. “No se pueden perder el gran final.”

Ambos estrecharon las manos y Lisa besó la mejilla de Max. Pronto, la SDF-7 clase crucero estaba despegando. Las brechas en los rangos y en las filas de sus guerreros habían sido llenadas por varios cientos de Amazonas voluntarias, pero en la opinión de Rick la fuerza era todavía tristemente inadecuada desde el punto de vista de la media.

Originalmente, las facilidades de producción en Karbarra y –así se había esperado– en Haydon IV iban a tener que mantener la dotación de las máquinas de guerra de los Sentinels en su máximo número. Pero problemas de producción habían surgido en Karbarra: una incapacidad fundamental del equipo industrial de diseño Invid para fabricar satisfactoriamente mechas de estilo terrestre, no importa qué tipos de ajustes los Karbarrianos procuraron. En cuanto a Haydon IV, simplemente no iba a tener capacidad de producción media lo bastante pronto para ser de alguna utilidad.

Pero los mecha de los Sentinels habían jugado un papel muy pequeño en la liberación de Haydon IV y, por todos los reportes, serían aún menos útiles en Spheris. El tiempo lo diría: Rick y Lisa estaban ansiosos por examinar la situación en Spheris, ni más ni menos, cuanto antes. Al igual que muchos de sus compañeros, ellos ahora se frustraban y enfermaban cómodos en medio de golpes contra el imperio Invid.

T.R. Edwards discernió un triunfo particular cuando la asamblea del consejo especial se convocó. Sólo había un ítem en la agenda: la solicitud reiterada de Edwards para la ley marcial y lo que venían a ser poderes dictatoriales de emergencia. Para la enorme satisfacción del general, Lang y la otra oposición habían sido o incapaces o renuentes a bloquear la reunión.

Por instancia de Edwards, la sesión entera estaba siendo transmitida por el canal de información pública de la Base Tirol. Él estaba apostando que, además de ganarse la amistad del consejo, él podría conseguir que los oficiales y suboficiales y marineros enrolados subordinados de la REF lo aclamasen también,

preparando el camino para su subsiguiente toma del mando.

Ahora Edwards presentó su caso de nuevo, completo con mapas y asistencia de pantalla. La excusa esta vez era que Edwards prometía que él podía extraer más mineral monopole de Fantoma si a los militares se les daba el control total de la operación, hasta e incluyendo a los trabajadores Tiresianos de dibujo mecánico. Lang y el Dr. Penn ni siquiera parecían estar inclinados a disputar los hechos y las figuras que la gente de Edwards inventó, y Exedore ni siquiera se había dignado a atender.

Todo estaba marchando bien cuando el comunicador de muñeca en el antebrazo de Lang sonó. Él envió una señal de confirmación a aquel y esperó cortésmente a que Edwards terminase. Pero antes de que la votación pudiera ser convocada, Lang tomó la palabra. “Mi colega, Lord Exedore, me informa que mi centro de comunicaciones ha recibido una señal que es de importancia central en este asunto.”

Con eso, la cara de Exedore apareció en la pantalla central, un panel de tamaño de cartelera que dominaba un extremo de la cámara del consejo. “Aquí está la transmisión recibida hace sólo poco tiempo.”

Antes de que Edwards pudiera objetar, un familiar y, para Edwards, despreciable rostro –tan guapo como una estrella de los medios de difusión– apareció. “Este es el Coronel Jonathan Wolff, transmitiendo desde el puente de la nave de la REF la Valivarre. Conmigo se encuentran el Comandante Vince Grant y Lord Breetai. Tenemos con nosotros todo el mineral monopole que fue extraído en Fantoma.

“Nos escoltan los cruceros SDF Tokugawa y Jutland, los que nos acompañaron en operaciones concernientes a la liberación del planeta Haydon IV de la dominación Invid. Es nuestra intención entregar el mineral monopole a la facilidad de producción del Dr. Lang y responder a los cargos hechos en contra nuestra y de otros Sentinels.

“Todo lo que pedimos es que el consejo ahora, por voto público, nos asegure la audiencia imparcial a la que tenemos derecho por el Código de Justicia Militar de la REF y por ley del Gobierno de la Tierra Unida. Miembros del consejo, esperamos su palabra.”

La expresión de Wolff se atenuó algo. “Ustedes son nuestros

amigos, nuestros camaradas en armas –algunos de ustedes son nuestros amados. No los hemos traicionado.” Él mostró sólo un toque de esa sonrisa airosa suya.

Lang estaba nuevamente de pie cuando el mensaje terminó. “¡Ellos no tendrán que esperar mucho por mi decisión! ¡Yo digo que sí, dejen a estas personas tener su audiencia justa y pública!”

Cuando la pregunta fue proclamada, Justine Huxley, Obstat, Rheinehardt y otros contrarios a Edwards dieron rápidamente y en voz alta su voto de apoyo. La facción de Edwards en el consejo hizo cierto refunfuño, pero la mayoría o se abstuvo o armonizó con el ímpetu de la oposición. Pocos estaban inclinados a negar a los Sentinels el debido proceso en una votación en voz alta. También, todos ellos sabían cuán crítico era el mineral monopole.

Edwards se había puesto pálido de furia. ¡Esa idiota charlatán, el Regente! ¿Por qué no me había advertido que esto podría suceder?

En cuanto a eso, ¿por qué la propia gente interceptora de comunicaciones de Edwards no había descubierto este complot? Ello señalaba la posibilidad de que Lang estuviese consciente de las escuchas técnicas furtivas que la organización de Edwards estaba realizando, y había explotado a su favor, al de Lang, arrullando a Edwards y luego usando algún “canal secundario” desconocido para contactarse con Breetai.

Esto era un retraso grave, y uno encañado por la orbitante SDF-3 así como por todas las instalaciones de la REF en Tirol –Edwards fue estremecido físicamente por una comprensión repentina. ¡La cara y voz de Wolff habían salido por el canal de información pública!

Los carceleros de Minmei habían girado algún interruptor que activó el monitor incorporado en la pared de su celda al momento que T.R. Edwards hacía su entrada triunfal a la cámara del consejo. La pantalla, instalada en las celdas para interrogación, agitación y propaganda, y propósitos de “motivación”, siempre había estado oscura antes.

Minmei miró la actuación de Edwards con la desesperación muda de un animal atrapado. La aparición de Jonathan Wolff la convenció de que ella había perdido finalmente cada pizca de cordura.

Pero ello era demasiado real, demasiado vívido, para ser un sueño o una alucinación. Ella lentamente se levantó de su estrecha litera, cruzó su pequeña celda, y tocó con las puntas de sus dedos la pantalla. Lágrimas lavaron sus mejillas.

Ella oyó las palabras de él, “Ustedes son... nuestros amados. No los hemos traicionado.” Minmei cerró sus ojos y presionó sus labios contra los labios de Wolff en la pantalla, sollozando.

Ella había sido encerrada en sus aposentos en el Ark Ángel durante toda la campaña de Haydon IV, incapaz de escaparse de su propia lucha privada.

Por su solicitud, los técnicos y artesanos de la nave habían hecho del compartimento una imitación de su mundo cristalino tanto como pudieron con espejos, prismas, y formaciones extravagantes que sugerían estratos subterráneos. Allí, Teal de Spheris trabajó sobre la forma multifacética y brillante que era todo lo que quedaba de su compañero Spherisiano, Baldan.

Teal se había rehusado a tocarlo o hasta a mirarlo al principio, después de que Baldan quedase atrapado en su fusión con la substancia geológica de Praxis. Baldan había sido un prisionero amigo de ella, en las garras del Invid, ¡nada más! El tocar la cosa que había lucido como un cristal del tamaño de un balón de fútbol significaba tomar la responsabilidad por él, y significaba entrar en armonía con la esencia de Baldan que los convertiría en pareja.

¡No era justo! Teal no tenía deseos de ser responsable de un niño o de estar en armonía con Baldan. ¡Ella nunca había pedido ser envuelta en esta loca cruzada de los Sentinels! Teal tenía sus propios planes, su propia vida que vivir.

Y aun así, cuando ella había estado mirándolo, Teal había sabido que si ella no lograba llevar a cabo el rito de dar Forma, Baldan

llegaría a su fin para siempre y el huevo perdería las fuerzas de la vida que él cargaba. Con lágrimas extrañas en sus ojos transparentes, ella asió su cuchilla ceremonial y comenzó a dar Forma.

Y ella se quedó con él durante todo el viaje, y la batalla en Haydon IV, cuando la nave insignia SDF-7 no pudo hacer más que mantener su posición. Teal laboriosamente calculó cada corte y guió al recientemente tallado Spherisiano en su crecimiento. Era un esfuerzo tan agotador como cualquier período de gestación o rito de transición. Pero finalmente, cerca del fin de su fortaleza, Teal contempló a un adolescente masculino saludable que era la imagen de Baldan y aún creciendo rápidamente.

Ella no se sorprendió cuando Bela, al regreso de Praxis, solicitó entrar a su compartimento. Fue Bela, junto con Miriya Sterling, quien había regresado a las cavernas Praxianas para recuperar el huevo cuando Teal se negó. Bela quien, absurdamente, había amenazado con criar al niño ella misma, cuando la amazona no tenía la menor idea sobre los niños humanoides, mucho menos de criaturas de mineral viviente.

Teal otorgó permiso para entrar. Bela, normalmente camorrista y a menudo ruda, estaba alicaída y vacilante. Pero cuando ella miró al niño, se enrojeció. “Pero –¿por qué están cerrados sus ojos? ¿Por qué no se mueve?”

“Él ha estado recobrando el conocimiento que Baldan dejó detrás dentro de él,” Teal explicó. “Y preparándose para el verdadero nacimiento. Yo aguardé, esperando que tú y Miriya ambas pudieran estar aquí.”

Teal explicó lo que se debía hacer. Cada una tomó una de las frías manos de la figura semejante a una estatua, arrodillándose al lado de él. Donde un padre Spherisiano ordinariamente lo habría hecho solo, Teal le permitió a la Praxiana inclinarse cerca, sus cabezas juntas, de modo que ambas pudieran respirar sobre la boca del niño juntas.

Una vez, dos veces –y en la tercera, un aura extraña de resplandor azul saltó de la boca de Teal a la del menor. Bela sintió la extraordinaria sensación de la fuerza de vida Spherisiana moverse hacia y a través de ella.

Las manos frías hormiguearon ahora, no tanto con calor como con fuerza animadora. ¿Algún tipo de efecto piezoeléctrico de Eldritch, Bela se preguntó? Los dedos ya no estaban rígidos, sino flexibles a la manera de cristal viviente. Los ojos Praxianos de Bela, semejantes a esos de un ave de rapiña, se abrieron ampliamente, al ver los ojos del muchacho abrirse repentinamente.

“¿Có-cómo lo has llamado?”

Teal sostuvo la mano de su hijo en la suya. “Lo llamo Baldan. Baldan II No podría tolerar nombrarlo de cualquier otra manera.”

Ella suspiró. “El amor es tan incómodo.”

Veidt también había insistido en ir con la continuación de la misión, diciendo que Haydon IV guardaba memorias demasiado tristes. Nadie tuvo ninguna objeción, pero todos los otros Haydonitas habían elegido quedarse y reconstruir el planeta. Rick sospechó que Veidt lo prefería de ese modo.

El hacer que las nuevas reclutas Praxianas estén alistadas a pelear fue algo que los Hunter se sintieron seguros en delegar a Gnea, a Bela, y a otras veteranas amazonas, más los oficiales de la nave. La pareja consiguió librarse de otras responsabilidades oficiales después de la confusión inicial y regresar por fin a la habitación que compartían.

Rick inclinó su cabeza hacia atrás contra la escotilla una vez que ésta se cerró. “Un laaargo día en la playa, querida.” Lisa rió entre dientes cansadamente e inclinó la cabeza.

Ellos no habían estado allí desde el inicio de la misión Garudiana; era extraño estar de vuelta en la quietud, cerca de la cama que ellos habían compartido hace mucho tiempo atrás.

Un cambio era aparente en Lisa. Sin embargo ella aún vestía el uniforme entallado de la REF, sus botas del uniforme del ejército deterioradas habían sido reemplazadas con un par de calzados Praxianos, al igual que la cobertura de mocasín sobre las rodillas, de cuero blando asemejándose a la gamuza. Su cabello largo era sujetado con una banda adornada con nudos de tela satinada color

carmesí que Bela le había dado.

Ella también llevaba puesto un cinturón para armas alrededor de sus caderas, con una pistola sujeta a un muslo y un largo cuchillo de combate Praxiano en el otro. Muchos Sentinels cargaban armas portátiles como cosa corriente, pero esto era algo nuevo en Lisa.

De hecho, Rick estaba armado, también. “¿Estamos un poco engalanados en exceso, no es así?” él preguntó, deshebillando su cinturón de pistola.

Su esposa de apariencia piratesca le ofreció una mirada de ojos entrecerrados. “Bueno, seguramente cierto joven y prometedor almirante Robotech puede deducir un plan de acción apropiado para resolver ese problema, ¿no es así?”

Él sonrió. “¿No lo has oído? Las maniobras nocturnas son la especialidad Hunter.”

Capítulo 17

Él tenía su propio bestiario personal de palabras inaceptables, y la principal entre ellas era “derrota.”

Constance Wildman, Cuando el Mal Tuvo su Día: Una Biografía de T.R. Edwards

Spheris presentaba una madeja complicada de problemas diferentes a aquellos de cualquier otro planeta ocupado por el Invid en la lista negra de los Sentinels.

“No podemos llevar ningún arma de Protocultura allí abajo,” Teal explicó en una reunión de estrategia. “El hacerlo significaría un desastre.”

“¿Dime, con qué se supone que vamos a combatirlos?” alguien refunfuñó desde fuera.

Teal miró alrededor hacia la fuente de la voz, sus misteriosos ojos transparentes destellando. “Spheris es un planeta de estructuras cristalinas,” ella dijo bruscamente. “Las emisiones de las armas de Protocultura evocan ciertos armónicos de la misma estructura de mi mundo. Dispare un rayo y será muy probable que encuentre que regresará a golpearlo. O podría partir alguno de los delicados enrejados que componen el planeta, y causar numerosas muertes y destrucción entre los míos.”

“Aguarda, aguarda,” Lron refunfuñó. “¿Cómo operan los Invid renegados entonces? ¿No usan mechas?”

Teal inclinó la cabeza. “Como dije en el interrogatorio de inteligencia, los mecha con base en la Protocultura no causan daños, porque ellos no están tan enfocados, tan concentrados, como el rayo de las armas. Pero hasta el Invid no se atreve a usar armas activadas por Protocultura, y por ello emplean una variedad de

armamentos convencionales. Pero esos armamentos son muy efectivos.”

“También lo son los nuestros,” Bela interpuso, casualmente golpeando rápida y ligeramente su pulgar por el filo de navaja de su espada. Ella también estaba cargando una pistola de asalto Badger y unas cuantas granadas para complementar sus armas Praxianas.

Otros secundaron lo que ella había dicho: los Karbarrianos con sus armas largas neumáticas; los Garudianos quienes se habían prendido tan rápidamente de las armas de infantería convencionales de la REF; Jack y Karen, quienes habían visto por sí mismos que los Invid podían ser dañados o detenidos con proyectiles de armas de fuego si esas armas de fuego eran empleadas debidamente.

“¡Ustedes no están escuchando!” Teal ladró. “El Invid tendrá la ventaja en el poder de fuego. Así que, debemos explotar nuestras ventajas completamente. Y la ventaja principal de los Sentinels es el acceso de Baldan y mío a las Autopistas Cristalinas.”

Con esto Teal puso su mano sobre el hombro de su hijo, Baldan II. Él estaba sentado al lado de ella, mirando a su alrededor a los Sentinels reunidos en la mesa de reunión y de pie en filas alrededor de ella.

En no más que semanas, él había crecido hasta que fue casi de la altura de su madre, un post adolescente de espaldas anchas y cintura fina, vistiendo un taparrabo. Las personas simplemente lo llamaban por el nombre de su padre, dejando de lado los numéricos. A ratos, el hablar con él, Lisa había hallado, era extrañamente igual que hablar con el Baldan original, pero en otras ocasiones era como conversar con un recién nacido.

“Pero no estarán yendo a ciegas,” Teal dijo. “Mi hijo y yo descenderemos primero, para explorar el camino e indagar las debilidades de nuestro enemigo.”

Hubo algunas observaciones bajas en decibel cuando la asamblea oyó eso. Teal nunca había sido muy entusiasta con respecto a la guerra de los Sentinels –había quedado fuera de la mayoría de las luchas con un comportamiento que le había hecho ganar el apodo de “La Princesa de Permafrost.”

Pero aquí estaba la Princesa de Permafrost, a raíz de la muerte de Baldan y una maternidad que ella había detestado al principio,

lista para llevar a su hijo abajo en el primer operativo de equipo. Lista para poner su vida y la de su hijo, más enfáticamente, en esa muy conocida línea.

Rick se puso de pie ahora, en medio de muchos debates murmurados entre aquellos presentes. “Tenemos que aplicar todo lo que hemos aprendido para batir al Invid, porque ellos nos han superado en armas y excedido en número en cada oportunidad. Ahora, las poblaciones dominadas de los planetas que hemos liberado siempre han trabajado a nuestro favor, y han inclinado el equilibrio de la balanza al menos dos veces, quizá tres veces. Así que nuestras cartas de triunfo más importantes aquí son Teal y Baldan.

“Ellos serán llevados a la superficie de Spheris por una cápsula de descenso de inserción furtiva y emplearán sus habilidades innatas para combinarse con las Autopistas Cristalinas. Recogerán información e intentarán levantar la resistencia popular, mientras nosotros mantenemos la posición y esperamos.”

“Ellos nos comunicarán el resultado y coordinarán nuestro asalto. Si alguien tiene objeciones a este esbozo general, quiero oírlas ahora.”

Los minutos pasaron, mientras los Sentinels se miraron unos a otros y a Teal y Baldan II. Pero nadie habló.

Baldan, por su parte, miró hacia donde Karen Penn estaba sentada con algunos de los turcos de la REF más jóvenes lejos de la mesa de reuniones. Él ya había oído de las hazañas de ella; su madre más bien estaba encantada con ellos. Karen estaba hablando con Gnea y otra joven amazona. Ella repentinamente levantó la vista para encontrar la mirada de Baldan, y él alejó la vista, un resplandor levantándose en sus mejillas sin razón aparente que él pudiera comprender.

Rick Hunter aún estaba hablando.

“Todos ustedes saben la importancia táctica de este objetivo planetario. El Invid ha encontrado la manera de sintetizar masivamente su fluido nutriente aquí –el mejor que ellos tienen. Aparentemente, es como de alto octanaje para ellos. Si podemos cortar ese aprovisionamiento, estaremos clavando la tapa en su ataúd.”

Él miró hacia donde Burak estaba sentado, al borde de las sombras. La cosa que era Tesla, la cosa que ponía a cada Sentinel inquieto sin importar cuánto aseverase su fe a la causa de ellos, había fallado en aparecer en la sesión de planificación.

“Y así finalmente habremos incapacitado sus fuentes de nuevos mechas”–Rick contó con sus dedos– “sus fuentes de nueva tecnología, sus astilleros y su línea de abastecimiento de soporte de vida. Estaremos preparados para la campaña en Peryton.”

Burak levantó la vista repentinamente a la mención de su mundo hogar, como un ladrón sorprendido in fraganti. Rick encontró su mirada y deseó saber lo que estaba sucediendo en la cabeza del joven caballere.

Una cosa era aparente para todos. El Armagedón yacía delante, y no muy lejos.

Casi había una lucha armada entre las facciones de la REF.

Edwards estaba resuelto a tener un cara a cara con Lang, pero la gente de seguridad en el enorme complejo de Lang denegó el ingreso al convoy de limosinas, vehículos blindados, y transportes de tropas. Los Veritechs Ghost volando alto para cubrir fueron advertidos de alejarse so pena de ser derribados, y nadie se inclinó a probar las defensas de perímetro del hechicero Robotech.

Era un secreto a voces entre los Humanos, y los Tiresianos también, que las líneas de combate estaban siendo arrastradas por un concurso de deseos y/o un juego de poder en la REF. Los Ghost Rider sobrevivientes y junto con ellos un buen número de otros estaban reagrupándose bajo la bandera de Edwards, pero más y más estaban tomando partido por Lang y los miembros del consejo que estaban de acuerdo con él.

Además de la propia fuerza de seguridad de Lang había Jokers y Diamondbacks, gente de las unidades técnicas y de apoyo, clases de Destroid de los escuadrones Old Ironsides y Walking Steel, y soldados de infantería como los hombres y mujeres de los Hoplitás de Grecia.

Muchos aún estaban sin toma partido, sin embargo, y las fuerzas de Edwards estaban organizadas, altamente disciplinadas y motivadas, y eran leales a él solo. Él y su oposición se tenían uno a otro en un estancamiento inquieto, pero todos sabían que no podía durar por mucho tiempo.

Así que, la solicitud para una reunión con Lang, en la propia fortaleza de Lang, había llegado medio como de sorpresa. Las lecciones obvias del Caballo de Troya hicieron vacilar al científico, pero la distante oportunidad de que una lucha de poder pudiera ser prevenida lo hizo acceder a la confrontación finalmente.

Los VTs de Edwards cambiaron de dirección de acuerdo con las advertencias, y el mismo general avanzó desde su limosina blindada una vez que ésta estuvo adentro de un garaje-bunker. Edwards miró a su alrededor cautelosamente antes de salir del automóvil; él había comenzado a sentir una presencia inquietante y letal cerca de él en los días recientes –una sombra amenazante que él nunca pudo ver completamente fuera del rabillo de su ojo. A veces él pensaba que era un imagen fantasmal producida por su impulso cerebral, y otras veces estaba seguro de que allí había alguien suspendido en la oscuridad, esperando para matarlo.

Pero él no tenía ningún escrúpulo sobre ir al cubil de Lang, realmente; tontos como el buen doctor siempre jugaban según las reglas, por lo cual siempre estaban predestinados a perder.

Pronto, ambos estaban encerrados juntos en el lugar sagrado secreto de Lang, la guarida de un alquimista de equipo Robotech experimental bizarro, retortas resplandecientes, y exhibiciones ológrafas espectrales de flora y fauna de esa región galáctica.

“Estamos derrochando tiempo y recursos con toda esta disputa.” Edwards encontró oportunidad para su avance rápidamente. “¡Sólo deseo lo mejor para la REF! ¡Para la Tierra y la raza Humana!”

Todo ese tiempo, él estuvo monitoreando los sensores que habían sido incorporados en su placa craneal, leyendo los alfanuméricos e indicadores que eran proyectados sobre el interior de su cristalino. Era la realización culminante de su equipo técnico, el último equipo espía.

Edwards sabía que Lang tenía varios sistemas de monitoreo que el científico pensaba atraparían cada palabra y movimiento en la

habitación, pero los remotos incorporados en el cinturón de Edwards y en las charreteras y en la tela de su uniforme de media gala contendría todo eso. Lang se iba a encontrar con una gran cantidad de cinta en blanco.

“¿Cómo puedo probar eso a usted y a los otros?” Edwards terminó.

Lang no había pestañado un ojo. “Permanezca neutral durante la audiencia de Wolff y los otros, ya que usted no tiene evidencia real. Ponga todas sus fuerzas bajo el comando directo del consejo. Y lo más importante, permítame a mí y a mis equipos examinar los artefactos Invid, o restos, o lo que eso sea, debajo del Royal Hall.”

“¡No!” Edwards se propasó, su puño golpeando una mesa de modo que los artículos menores saltaron de ella y se dispersaron en el piso.

“¿No?” Lang repitió apaciblemente. “¿Y por qué no, General? ¿No tiene nada que ocultar, seguramente? Así que, cuando usted me permita investigar las catacumbas allí, las cuales su gente vigila tan estrechamente, entonces podremos hablar sobre su concienzuda caridad hacia la REF.”

“¡Usted permanezca alejado de allí, maldito mago de magia negra!” el general gritó.

“Y otra cosa,” Lang dijo apaciblemente. “El Mayor Carpenter y la expedición a la Tierra ya han partido sin dificultades. La advertencia ha salido, y no hay nada que usted pueda hacer al respecto.”

El general quedó atontado por un momento. ¡Él no había tenido idea de que alguna de las nuevas naves SDF-7 había sido equipada con una unidad de transposición espacial! Y ahora una estaba en camino hacia la Tierra, comandada por un oficial leal al consejo y a Lang, poniendo en peligro todos los magnos planes de Edwards.

El general, irritado más allá de las palabras, acechó al científico, las manos extendidas para estrangularlo.

Repentinamente, las manos de Lang estaban sujetadas alrededor de las muñecas de Edwards con una fuerza que amenazaba con aplastarlas. El general estaba siendo forzado a retroceder y a arrodillarse. Hubo un momento alocado en el que Edwards comprendió que la fortaleza de Lang no era humana –que Lang

podía matarlo muy fácilmente.

Edwards había entrado a los dominios de Lang sin guardaespaldas, sin embargo, porque él estaba seguro de que había estudiado al hombre. “Siga... adelante,” él hizo rechinar los dientes. “¡Termínelo, si piensa que puede hacerlo! ¡Asesíneme! ¿No es eso a lo que sus preciados Formadores se refieren?”

La tremenda presión del apretón del científico cedió, y Edwards se quedó frotando sus entumecidas muñecas. Él rió un poco de modo histérico. “No, no puede, ¿no es así? Eso no estaría de acuerdo con los Formadores de la Protocultura, ¿ó sí?” Él chachareó para sus adentros, poniéndose de pie con dificultad.

“Detenga su subversión ahora,” Lang dijo casi monótonamente, “antes de que haya más derramamiento de sangre. Adhiérase a su juramento, y abandone estos sueños megalomaniacos.”

Edwards se levantó, los labios retirándose de sus dientes cerrados. Él tal vez nunca más tendría una oportunidad para regañar a Lang en privado; este sería el único momento cuando los dos estaban solos juntos fuera de la vista del público, por decirlo así.

“Aquí está el juramento al que serviré,” él dijo en voz tan baja que apenas era audible. Pero al hablar se convirtió en voz alta. “Juro matar a Wolff. Juro exterminar a Rick y a Lisa Hunter y a Breetai, después de que los haya hecho sufrir bastante. El resto de ustedes o se inclinará a mis pies o morirá. Juro tener a Obstat y a Huxley y a todos los demás en el consejo como mis esclavos personales—”

Estaba en la punta de su lengua el decir que él pretendía subyugar a Minmei, pero aquel secreto lo contuvo. “Juro tener a la galaxia como mi dominio personal.”

Él se alejó retrocediendo, doblando los dedos parcialmente paralizados. “Juro vengarme.”

Lang no lo persiguió; de hecho, Lang permaneció con las manos cerradas detrás de su espalda ahora. “Entonces no hay nada que discutir. Pero —una última pregunta, si quiere, General.”

Edwards hizo destellar una sonrisa como la de un tiburón. “¿Qué?”

Las cejas de Lang se acercaron. “Comprendo porque desprecia a

Rick Hunter; su conexión con su antiguo némesis, Roy Fokker, lo hace obvio. ¿Pero de dónde viene este hastío de Lisa Hayes Hunter? ¿Qué le ha hecho ella?”

Edwards olvidó el dolor, dejando a sus manos caer a sus lados. “Usted lo descubrirá cuando los tan santos Hunter lo hagan: cuando sea demasiado tarde.”

Él volvió su espalda hacia Lang, saliendo a zancadas de la habitación tan rápidamente que la puerta apenas tuvo tiempo para quitarse de en medio.

Lang se aseguró que la puerta estuviese segura, luego se volteó hacia una esquina sombría de su lugar sagrado. “¿Scott, captaste todo eso?”

Scott Bernard, el aprendiz y ahijado de Lang, emergió –un niño esbelto, de cabello oscuro y no sonriente de trece años más o menos, pequeño para su edad. “Las máquinas están en cierto tipo de fluctuación, Doctor.”

Tacones castañeteando sobre la superficie dura, Edwards regresó a pie hacia su limosina cuando sus guardaespaldas personales se formaron a su lado. El módulo de la muñeca todavía indicaba verdadero; él rió.

¡Nada de lo que dije puede ser utilizado en mi contra!

Eso dejaba varios otros asuntos, pero repentinamente el más apremiante entre ellos era Minmei. Edwards hizo un sonido irritante, de pantera, cuando se deslizó dentro de su limosina.

¡Dios! Sería tan fácil romper su voluntad por medios físicos o químicos –para convertirla en algo que obedecería todas sus palabras y caprichos, que satisfaría cada anhelo suyo.

Lo raro en el asunto es que él quería a Minmei, no algún zombie sin cerebro que luciese y hablase como ella. Él la quería para que lo amase.

Y ella lo haría. Si él tuviese que volver el universo al revés y sacudirlo como un juguete para hacer que ella lo haga, ella lo amaría.

La limosina se alejaba bajo los proyectores orientables de seguridad, flanqueada por vehículos de seguridad, a punto de arremeter debajo del paraguas de seguridad de VTs del Ghost.

“¡Esperen!”

El efecto superficial de propulsores frenando resonó; las personas sacaron armas y guerreros en modo Guardián se abalanzaron, mientras la red de seguridad crepitaba con transmisiones confusas.

Edwards estaba fuera de la limosina virtualmente sobre el regazo de un guardaespaldas voluminoso. “¿Lo han visto? Allí, por allí—”

Pero el sitio hacia el cual él estaba señalando, el techo de un edificio cercano, estaba vacío. Al mismo tiempo que los proyectores de luz de los VT convergían encima, él pudo ver eso.

Adams estaba fuera del asiento delantero. “¿Qué era, señor?”

Edwards mantuvo sus ojos dirigidos hacia el lugar. ¡No los dejes verte sudar! ¡Tú no puedes darte el lujo de mostrar ninguna debilidad!

“Nada; un truco de la luz. Que sigan moviéndose.”

Cuando el convoy estuvo de nuevo en marcha, él volvió a ver el vislumbre de una fracción de segundo y no se pudo convencer de que se había equivocado.

Una figura humana, suspendida en el techo casi imperturbablemente. Vigilando.

Esperando...

Capítulo 18

Las fricciones entre los Sentinels eran muchas, y el Grial de derrotar al Regente era a veces la única cosa que los mantenía alejados de una desastrosa pelea.

Es notable que ninguno de ellos notase cuán inmune Tesla se volvió a la irritabilidad, frustración, castigo, y así sucesivamente de ellos. Ellos eran guerreros físicos, bajo ataque –aunque ellos no lo sabían– de un enemigo metafísico que se había introducido en sus propias líneas.

*Ann London, Anillo de Hierro: Los Sentinels en
Conflicto*

“¿Qué ocurre, Teniente Comandante Baker? ¿No luzco bien?”

Jack Baker contempló a Gnea. “Yo, uh, sólo desearía que mi comandante de la academia pudiera verla, es todo.”

Tal encuentro ofrecería una oportunidad para refrescar su técnica de resucitación cardiopulmonar, Jack imaginó, porque la Comodoro Steinfeld desde luego tendría un ataque al corazón si ella alguna vez daba un vistazo a Gnea.

Al momento que Lisa había tomado por vestir accesorios Praxianos, la mayor parte de los Sentinels se vestían como ellos tenían a bien. El servir en campaña prolongada había provocado que virtualmente nadie tuviese un guardarropa según reglamento nunca más, y las personas vestían lo que caía en sus manos o lo que se les antojaba.

Un caso en cuestión era Gnea. La armadura protectora y el top en forma de corpiño de piel de dragón entramado estaban en armonía con la moda Praxiana, pero la chaqueta del uniforme de la

REF era un poco chocante. La chaqueta de cintura corta de apariencia desaliñada estaba adornada con charreteras de plumillas, decoraciones y galones e insignia.

Ella hizo cabriolas para sacar a relucir su nueva adquisición. “La segundo comandante del Comandante Grant y yo somos poco más o menos del mismo tamaño, así que nosotras trocamos,” ella dijo, cepillando el bordado en sus puños. Jack se preguntó cuánto estaría disfrutando su nuevo chal de piel de grifón la Teniente Comandante Shimoda. Desde luego Gnea, una adolescente de un metro noventa con piernas que no abandonaría, hizo cosas por esa chaqueta que, en la opinión privada de Jack, merecían una medalla.

“De cualquier modo, ¿Por qué me querías ver, Jack?”

Él se dio cuenta culpablemente que había estado admirando su figura de cintura larga y se sobresaltó, mirando a su alrededor por reflejo y esperando que Karen Penn le estuviese frunciendo el entrecejo. ¡Maldita sea! Ambos peleaban tan a menudo como eran interrumpidos en su romántica amistad, y Karen ciertamente nunca había dicho o hecho nada de propiedad. Pero de algún modo, él halló, que no podría mirar a otra mujer nunca más sin el miedo de ser golpeado sin piedad.

“El almirante ha notado que Tesla ha estado manteniendo un perfil bajo desde el altercado de Haydon IV,” él dijo. “En realidad, nadie lo ha visto. En cuanto a eso, Burak ha estado notoriamente fuera de la vista, también. Así que imaginé que en cierta medida daría un paseo y los descubriría.”

Gnea había sido confidente de Burak, al menos tiempo atrás cuando los Sentinels aparecieron por primera vez en Tirol. Así que, alistarla en el proyecto fue una de las primeras cosas que había venido a la mente de Jack.

“Sí, lo noté,” Gnea dijo con una mirada pensativa en su rostro. “Es tiempo de que alguien descubra qué están tramando esos dos, ¿no es así?” Ella se colocó junto a él y partieron, ella media cabeza más alta pero ambos cómodos con la mutua compañía.

“Burak y yo ya no hablamos mucho, sabes,” la amazona continuó. “Yo simplemente –una vez que él conoció a Tesla, comenzó a hablar como algún tipo de salvador. Era una cosa compadecerse de él pero una completamente diferente era tolerar

aquel –¿cómo lo llamarían los humanos? ¿complejo napoleónico?”

“No sé,” Jack dijo. “Yo me especialicé en Almacén de Madera.”

Gnea dejó pasar eso sin averiguar qué significaba; uno tenía que comprender que a Jack le gustaba ser oscuro.

Burak no estaba en su habitación, así que ellos fueron al compartimento que había sido asignado a Tesla. El Invid no estaba allí –precisamente como él no había estado allí durante días. Pero Jack había aprendido los hechos desagradables de cómo era entregar un reporte poco satisfactorio a Rick Hunter, así que él curioseó alrededor del lugar, abriendo armarios vacíos y examinando a la ligera gavetas vacías.

Pero fue Gnea, al estudiar la cubierta del modo que se esperaba que una cazadora Praxiana examinase la tierra, quien tropezó con algo que merecía la atención de ellos. “¿Qué es esto?”

Jack se acuclilló junto a ella. “Mung.” Él conocía la apariencia y el olor de ello muy bien: una mezcla de tierra y grasa, humedad y aceite de máquina. Era tan común a ciertos compartimentos de fuerza motriz auxiliares en naves estelares como lo había sido una generación antes a las plantas de fuerza motriz de submarinos nucleares. El mung parecía como si se hubiese caído de la planta de los pies desnudos de Tesla.

Encontrar el compartimento correcto no llevó mucho tiempo; el buscar en los lugares cerca de la sección de poder de la nave donde los monitores de seguridad estaban fuera de servicio lo redujo. Al tercer intento, Jack y Gnea pasaron a través de una escotilla y se encontraron frente a Burak.

Jack era uno de aquellos que cargaba armas portátiles a bordo de la nave hoy en día, y Gnea siempre había practicado el hábito. Él tenía su Badger desenfundada y amartillada, y ella tenía una cuchilla azul centelleante de sesenta centímetros en el aire.

Burak lucía deprimido, casi asustado. Pero él se inclinó, sus largos cuernos inclinados. “Nos preguntábamos cuando vendrían.”

Jack vaciló, dividido entre el impulso a llegar al fondo de las

cosas y el impulso a llamar por respaldo. Entonces algo se movió en las sombras de una esquina.

“Sí,” una voz dijo. “Lo esperábamos con ansias.”

Dos hendiduras de luz roja, como bocas de hornos en miniatura, se abrieron. Rayos semejantes a láseres saltaron hacia Jack y Gnea. Jack procuró con toda su fuerza de apretar el gatillo del Badger, aunque el cañón no estuviese apuntando hacia Tesla; él esperaba que el ligero impacto del cañonazo de la pistola de asalto lo liberaría, lo dejaría girar el arma hacia el Invid.

Gnea había levantado la espada en alto, una imagen propia de guerra, pero ella estaba tan inmóvil como Jack mientras los rayos de los ojos de Tesla se movían a través de ellos pesadamente, casi íntimamente.

Petrificado como lo estaba por el impacto entumecedor de la voluntad de Tesla, Jack aún vio que el científico había experimentado cambios profundos. Él ahora se asemejaba a los esbozos de los artistas que habían sido hechos basándose en las descripciones de las Praxianas sobre la Regis.

El hocico se había metido; la boca era ahora convencionalmente humanoide. Tesla era mucho más grande, aunque eso era difícil de juzgar ya que él estaba sentado en un tipo de posición de loto. Él estaba pelado, su musculatura tan bien definida que podría haber sido una figura de un texto de anatomía, sus nervios y los vasos sanguíneos visibles de una manera que sugería que él no tenía piel, ninguna epidermis en modo alguno.

“Mírenme fijamente.”

Jack y Gnea encontraron que no tenían ninguna alternativa. Las emanaciones de los ojos del Invid vieron que así sea. “Ustedes serán mis ojos y mis oídos en la nave, y en las asambleas de los Sentinels, y en Spheris,” Tesla dijo. Sonó para el deslumbrado Jack como que aquello era de su propia idea.

“Mantengan a los otros a raya,” la cosa sentada en la cubierta dijo. “Necesito tiempo para completar mi transformación. Y entonces...”

El ser en la esquina del compartimento empezó a levantarse, como un cambio de forma de mecamorfosis Robotech, hasta que estuvo de pie con la cima de su cráneo casi tocando la parte

superior.

Un hilo de saliva estaba pendiendo de la barbilla de Gnea; los ojos de Jack Baker parecían a punto de enrollarse en su cabeza. Pero ambos hicieron sonidos de aceptación.

“Sean útiles para la misión más importante y encuentren acceso a los datos más sensibles,” Tesla dijo. “Sus vidas son de valor sólo mientras me sirvan.”

Lisa consideró su posición en combate y se preguntó si no debería ir más lento, o abrirse un poco más.

Después de todo, Bela estaba –¿qué?– ¿sesenta y seis más o menos? Y sin embargo su posición era tan baja como la de Lisa, sólida y sin embargo fluida.

Por no decir nada de esas enormes manos, y el puro músculo de la amazona número uno de los Sentinels. Sin embargo, Lisa había aprendido a buscar ciertos indicios y signos de vulnerabilidad, posibles vías de ataque, que ella nunca habría sido capaz de reconocer unos cuantos meses antes.

Lisa fingió una combinación manual y llegó por abajo para barrer con el pie. Bela saltó sobre aquel, pateando a su vez, pero Lisa no estaba donde se suponía debía estar; ella había dado marcha atrás, su pie girando atrapó a Bela justo por encima de la oreja.

Hubo un porrazo sólido, y aunque el casco de entrenamiento de Bela y las almohadillas para los pies de Lisa eran gruesas, la Praxiana fue parada poco más por la sorpresa que por el dolor.

No obstante, ella tuvo el pie de Lisa entre esas manos enormes antes de que Lisa, una fracción lenta en la recuperación, lo pudiera retirar. En otro segundo, Lisa estaba sobre la colchoneta y dándole palmetazos en señal de rendición, mientras Bela aplicaba presión a la pierna sujeta que ella había capturado.

Ellas se levantaron y se agarraron una a otra de los antebrazos, para indicar el fin del encuentro, luego caminaron fuera de la colchoneta mientras se quitaban sus almohadillas. Otra amazona y Susan Graham, la joven oficial de información pública y

comunicaciones, estaban alistándose para pelear; varias de las mujeres de la REF habían seguido el ejemplo de Lisa y pedido a las Praxianas que fueran sus tutoras en las artes de combate.

“Me engañaste,” Lisa hizo rechinar los dientes, volviéndose contra sí misma por caer por ello. “Yo pensé que finalmente te tenía.”

“Me tenías.” Bela golpeó ligeramente el hombro de ella. “Pero parte de las artes de lucha es seguir atacando a tu oponente, sin importar qué.”

Ella observó a Lisa por un momento. “Pero luego, tú ya sabes eso.”

Karen Penn estaba sentada sobre sus talones al borde de la colchoneta, al igual que otras humanas y Praxianas, esperando su turno para pelear. Ella era una de los pocos miembros de la REF allí que podía mantenerse firme contra una oponente amazona –podía dar prácticamente como recibía y, a menudo, ganar.

Allí no estaban presentes hombres de ninguna especie. Las Praxianas no se opusieron a sesiones de entrenamiento más general y torneos, y de hecho dieron la bienvenida a la oportunidad de competir con y aprender de sus camaradas Sentinels. Habían habido algunos choques monumentales, y los Karbarrianos, en particular, demostraron cuánto amaban una disputa de buen corazón.

Pero ciertas clases y ensayos estaban reservados solo para mujeres. Karen parecía encontrar cierta serenidad en ellos. Lisa había pensado sobre confrontar a Karen con el problema real, pero ella tenía más que suficiente tiempo al mando para saber que a menos que ello estuviese de algún modo deteriorando el rendimiento profesional de la persona, la vida amorosa de un subordinado era mejor dejarla que él ó ella la manejase.

Ciertamente, el tormento físico, mental, y emocional de las campañas de los Sentinels parecía haber realizado un cambio en Jack; cualquiera que tuviese ojos podía ver que él era más abierto y dado con Karen. Pero ambos habían levantado determinadas defensas uno contra el otro, y Karen era reacia a bajar las suyas.

Si Penn y Baker nunca admitían a sí mismos o uno al otro que estaban enamorados, sería una lástima, no más que un tema del que otros estarían bien advertidos de no meterse, Lisa decidió.

El siguiente asalto era tan bueno como el de Lisa y Bela o mejor: dos Praxianas de peso medio, luchadoras veteranas y tan rápidas como cascabeles, estaban luchando. Bloqueos y paradas llegaban tan rápido como patadas y puñetazos; las amazonas en los bordes del cuadrilátero comenzaron a aplaudir y a alentar. Ni una de las mujeres sobre la colchoneta podía apuntarse un tanto sobre la otra, aunque estaban empleando todo lo que sabían.

En medio de todo ello, nadie notó a un recién llegado entrar a la bodega. Entonces el árbitro gritó el punto ganador cuando un golpe dio de lleno, y alguien se dio cuenta de quien estaba, contra toda tradición y decoro, de pie allí.

Las amazonas estaban menos ofendidas o ultrajadas que asombradas. Baldan II aprovechó el súbito silencio que cayó sobre el compartimento para caminar hacia Lisa y Bela, quienes estaban de pie mirándolo.

Sus pies estaban desnudos, y sin embargo no hicieron el tintineo vítreo que Lisa habría esperado sobre las duras planchas del piso. En cambio, hubo un tipo de vibración disminuyente y creciente ininterrumpida, como alguien pasando sus dedos mojados alrededor del borde de una copa de cristal.

Lisa vio que el Spherisiano no la estaba mirando a ella, y dio un paso al costado cuando Baldan vino a pararse frente a Bela. Bela sostenía su casco de entrenamiento acolchado en sus manos de dedos largos, sus extraños ojos característicos de las aves tan cautelosos como los de un halcón.

“Tú conoces el plan para el reconocimiento de Spheris,” Baldan dijo. “Aún quedan algunos días, antes de que yo tenga que partir. Te pido que me enseñes algunas de las destrezas de lucha que tú conoces, pues yo no conozco ninguna.”

Las amazonas murmuraron, algunas de ellas sosteniendo sus alabardas inquietamente o colocando una mano en el mango de sus espadas. No le estaba permitido a ningún hombre invadir los lugares de entrenamiento retirados.

Bela lo miró hacia abajo. Él ya era, en tamaño y forma, un ser semejante a un Terrícola cerca del final de su adolescencia. Baldan sólo llevaba puesto un corto taparrabo.

Él no era translúcido, sino que más bien parecía emitir luz que él

había acumulado de fuentes alrededor de él. Sus incontables facetas, convexas, cóncavas, y planas lo habían hecho un ser casi demasiado bello de creer, brillando con la juventud que estaba en él.

La voz de Bela, normalmente un grito enérgico, era ahora sólo un susurro casi ronco. “Tú debes aprender esas cosas de otros; no se permite ningún hombre aquí.”

Él estaba listo para eso. “Según tus propias leyes, tú no puedes negar el ingreso a un ahijado.”

Bela miró agudamente, los ojos ampliamente abiertos, conmoción y cólera y un tipo de ternura involuntaria mezcladas juntas. “¿Ahijado?”

“Tú salvaste mi vida, tú y Miriya Parino. Por tus propias leyes, eso me hace tu ahijado, y tu responsabilidad.”

Una obligación China, Lisa pensó. Ella estaba recordando el momento en que Bela emergió del VT de Miriya, acunando el huevo de apariencia del cuarzo que se convertiría en Baldan II.

Lisa imaginó que la repentina falta de equilibrio de Bela no tenía nada que ver con las teorías del comportamiento femenino instintivo. Pero tenía todo que ver con un sentimiento de unidad, y una satisfacción al haber hecho lo correcto.

La amazona lo examinó. “Pero –¿estás seguro que no te astillarás?”

Él volteó e hizo una vuelta carnero a lo largo de la cubierta, el canto de sus facetas y ángulos cambiantes sonando como música celestial. Al ponerse de pie con el mismo movimiento, él la enfrentó con una sonrisa luminosa.

“Si yo fuese quebradizo, ya me habría roto hace mucho tiempo, Madrina.”

Bela tiró su cabeza hacia atrás y rió, y otras Praxianas participaron, al principio unas cuantas, luego todas. Lisa estaba de pie a un lado con Karen Penn, contemplando cuando Bela daba a su ahijado un equipo completo de almohadillas y un casco. “Las cosas tienen que cambiar con el tiempo,” –Bela se encogió de hombros– “incluso las reglas Praxianas.”

Hay cosas revelándose de esta guerra, subproductos, que son casi tan importantes como la victoria, se le ocurrió a Lisa.

Capítulo 19

*¡Eres libre para ser EL MEJOR “TÚ” QUE TÚ
PUEDAS SER! ¡Tú estás BIEN! ¡Así que hazte cargo de
tu vida y aprende cómo ser TU PROPIO MEJOR
AMIGO!*

*¡¡También, adquiere PODER PERSONAL sobre tu
POTENCIAL y APRENDE CÓMO HACERLO VALER!!
¡Atrévete a ser grande! Recuerda: HOY ES EL PRIMER
DÍA DEL RESTO DE TU VIDA!!!*

Kermit Busganglion, La Mano Que Te Ha Dado

La REF siempre había sido intimidada por el estupendo Royal Hall de los Maestros Robotech en Tirol –nunca en su asamblea completa había sido capaz de llenar más que una porción de aquel.

Pero ahora el Royal Hall estaba iluminado de un extremo al otro, gracias a los ambladores y a los drones de iluminación flotantes. Durante una tarde al menos una esquina de aquel estuvo libre de los ecos de los tiranos. Allí, entre mechas enfilados, un tribunal militar convocado para investigar e informar había sido convocado. El Consejo Plenipotenciario estaba reunido preparado para cumplir con una de sus funciones más solemnes; demandados y acusadores aguardaban silenciosa o mantenían conferencias rápidas detrás de manos acopadas.

Estaba saliendo por poco más o menos cada salida y terminal bajo la esfera de acción de la REF -con una excepción especial. En la plaza exterior semejante a una planicie, los gentíos miraban las pantallas, al igual que lo estaban haciendo otras personas en otras partes en las lunas de Fantoma, y en la SDF-3.

La mayoría de los acusados -Wolff; Vince Grant y los oficiales de

la expedición que habían sido enviados a traer de regreso al Valivarre- estaban sentados a la mesa de defensa. Breetai era el único Zentraedi allí, sentado lejos hacia un lado en una silla monumental. Kazianna Hesh y el resto de los gigantes aún estaban a bordo del Valivarre, y mientras que nadie había hecho mucha mención de ello aún, también lo estaba el mineral monopole.

Había habido algunas sorpresas para los que regresaron, la principal entre esas era que Wolff había sido acusado del asesinato del Regente/simulagente. Pero ese cargo había sido anulado con la noticia de ellos -y prueba indisputable en la forma de reportes jurados y grabaciones de batalla- de que el Regente aún vivía.

El grupo también había traído la noticia de la verdadera identidad de Janice Em. Vince temió que ello perjudicaría el caso, ya que podría hacer desconfiar a las personas completamente de Lang, pero eso no pareció ser el caso. Vince imaginó que Lang estaba tan alejado de las normas humanas -un Merlín de la Robotecnología- que las personas simplemente no estaban muy sorprendidas por lo que él hacía.

Y, ya que ninguno de los que había quedado atrás en Tirol (a excepción de Lang) tenía ninguna experiencia directa con Janice en su personaje de androide, las personas parecieron tomar la noticia prosaicamente. No hubo ningún brote repentino de paranoia.

Por su parte, Lang rehusó cualquier comentario una vez que se había asegurado que Jan no estaba en peligro. Pero Wolff creyó detectar algo más en el comportamiento del hombre que una simple inquietud de que una invención estuviese funcionando, o de que un ardid podría haber salido por la culata.

El abogado por la parte acusadora había estado compendiando su caso cuando Edwards, ya no capaz de refrenarse, se levantó de un salto e intervino. Nadie estuvo seguro de lo que aconteció entonces; ocurrió en tonos bajos. El abogado sentado con una mirada en sus ojos como un sabueso ordenado a sentarse en sus cuartos traseros, y Edwards de pie para proseguir el argumento.

“Ustedes tienen toda la documentación,” él dijo al callado consejo, “cada citación, cada detalle. ¡No existe duda aquí! Estas personas, y los otros que han evadido temporalmente ser capturados, han desafiado y subvertido la autoridad debidamente

constituida, y conspirado para montar un motín. O más precisamente, un golpe.”

Edwards estaba a punto de abrir sus brazos ampliamente, pero sabía que los gestos solemnes habían perdido desde hace mucho tiempo su efecto en el tipo de personas que componían el consejo. En vez de ello él hizo una pausa, pensativo. “Éstos eran mis hermanos en armas. ¿No creen ustedes que esta mismísima escena es la agonía para mí? Pero lo justo es justo, y la traición es la traición. Y estas personas que ustedes ven aquí... son culpables.”

Wolff y los otros estaban mirando el juego vistoso de Edwards para impresionar a sus espectadores, pero Vince Grant estaba vigilando a Lang. Y cuando Edwards finalmente terminó su discurso remontuar (con cierto aplauso considerable de dentro del vestíbulo y de fuera), Lang se puso de pie.

La mayoría de los espectadores y televidente estaban preparándose para un argumento apasionado. Vince guiñó el ojo a Exedore, y Exedore regresó el guiño.

Scott Bernard estaba parado a un lado, luciendo orgulloso. Una vez que las personas descubriesen su parte en coger en falta a Edwards, él imaginó, una gran cantidad de gentes iba a saber su nombre.

Con una voz del todo neutral, Lang dijo con precipitación, “Por este acto presento bajo mi sello como miembro del consejo, los siguientes datos grabados, pertinentes a estas actuaciones.”

Había pantallas de la REF montadas en todas partes en esa esquina del Royal Hall. Todas estaban abruptamente encendidas con la escena entre Lang y Edwards, la escena que Edwards había estado tan seguro que sus desmoduladores harían privada.

A Edwards se le había dado a entender que sus dispositivos de interferencia -aquellos en sus charreteras y así sucesivamente- lo mantendrían a salvo de la vigilancia. Ellos lo habían hecho así en el pasado, ¿o no? Pero ahora él vio que eso sólo había sido así porque Lang lo deseó así, a fin de que Edwards cayese en esta trampa.

Advertidos, ciertos miembros del consejo habían hecho que

guardias de asalto y policías militares se apostasen en puntos estratégicos, pero durante la reproducción de la grabación, el Royal Hall y las calles afuera estuvieron en silencio, sólo en silencio. Hubo una escena final de Edwards, escapándose y acariciando las muñecas que Lang había magullado tan terriblemente –sólo se había detenido a poco de triturarlas por un acto de voluntad.

Edwards y su personal se pusieron de pie, diciendo a gritos que esto era algún tipo de falsificación electrónica/Protocultura, pero la gente de Lang ya estaba presentando los originales grabados autenticados que comprobarían de manera diferente.

Justine Huxley se puso de pie, también, severa y fría. “Creo que es obvio que hay circunstancias atenuantes aquí. ¿Tengo un consenso?”

Bajo su mirada fulminante, con la prueba innegable de las cintas, y los gritos de las multitudes levantándose afuera, ninguno de los presuntos miembros disidentes del consejo se atrevieron a encontrar su mirada. Hubo un asentimiento tácito. De repente, Edwards vio que sus planes estaban destrozados y que, al menos desde el punto de vista del consejo, él estaba solo.

Huxley continuó, “Y por lo tanto todos los jefes, el General Edwards incluido, se rendirán a la custodia de- ¡Detengan a ese hombre!”

Esto, porque Edwards había saltado la barrera y corrido a toda velocidad hacia la puerta. Adams estaba a medio paso detrás de él, pero los fiscales se quedaron inmóviles, y los policías militares los rodearon.

Por la mesa de la defensa, Wolff era el más cercano. Él estaba de pie, lanzándose tras su archienemigo. Vince y los otros habrían ayudado, pero los oficiales de la corte ya se habían movilizado para refrenarlos.

Breetai se puso de pie, pero no había forma de que él alcanzase al general excepto caminando entre los humanos y pisoteando algunos. Y los guardias armados se habían abierto en abanico para ver que él mantuviera su lugar.

Wolff corrió deprisa tras Edwards como su propio tocayo, su sangre hirviendo por una pelea. Sin advertencia, una mancha vino dirigida en ángulo en un intento para atajar a Edwards. Era Scott

Bernard. Pero él carecía del peso para tirarlo, y apenas hizo girar a Edwards parcialmente al momento que Wolff se acercaba.

Edwards se separó con violencia de Scott en un arranque de rabia y estaba a punto de romper el cuello del muchacho. Wolff tenía la opción de embestir a Edwards y correr el riesgo de que Scott podría ser muerto, o luchar cuerpo a cuerpo para salvar a Scott. Todo en él le decía que haga lo primero; muchas vidas ya habían sido perdidas por los planes del general, y valía el sacrificio para detenerlo.

Pero él se encontró luchando para salvar al muchacho, bastante entorpecido por el esfuerzo de modo que no pudo lograr meter el primer golpe. Wolff logró liberar a Scott parcialmente del asimiento de Edwards, pero entre tanto el general asestó un golpe perverso con la mano plana y casi derribó a Wolff.

Edwards soltó a Scott y estaba a punto de continuar y ultimar al coronel, pero su sentido de auto conservación lo detuvo. Los oficiales de la corte se estaban acercando. Él giró y corrió a toda velocidad.

Los guardias apostados en las puertas eran los más grandes en el contingente de la policía militar de la REF, y todos esperaban que ellos agarrasen a Edwards y a Adams, los derribasen, y se sentasen sobre ellos hasta cuando Justine Huxley dijera que se pongan de pie.

Pero Edwards atrapó la mano de la primer policía militar en un tipo de agarre de quite, la palanqueó hacia un lado, luego extrajo un arma de mano de debajo de su chaqueta y disparó al segundo, un enorme sargento que estaba tratando de desenfundar su propia pistola.

Todos estaban arremolinándose, y eso hizo imposible para los oficiales de la corte y otros policías militares lograr pasar. En un momento, Edwards y Adams estaban pasando por la puerta interior y Edwards estaba disparando ráfagas a través de ella. Adams estaba gritando algo incoherente, pero Edwards no se tomó el tiempo para escuchar. En vez de ello, él hecho una mano hacia atrás hacia el hombre, luego asió un puñado de su uniforme y lo arrastró hacia la entrada delantera.

Los centinelas y escoltas Ghost Rider allí ya conocían las señales

silbadas de Edwards. Mientras otras tropas de la REF trataban de comprender lo que estaba sucediendo, los Ghost se apresuraron hacia ellos. En otros pocos segundos, Edwards estaba dentro de su limosina personal con Adams, alejándose.

Adams se enrolló en una esquina del asiento trasero lujosamente tapizado, lloriqueando. Edwards trató de pensar, sin embargo se sentía como si sus vasos sanguíneos desprendiesen el cuero cabelludo de su cráneo desnudo. El conductor ya se dirigía hacia el cuartel general y los vehículos de escolta blindados estaban formándose delante y detrás.

T.R. Edwards sonrió en la oscuridad, mientras riachuelos de sudor surcaban su rostro y goteaban sobre su placa de recubrimiento. El consejo pensaba que lo tenía arrinconado.

Me tienen donde yo los quiero.

Edwards dio una orden rápida. El resto de la caravana de automóviles prosiguió, hacia las áreas de aterrizaje y los transbordadores espaciales, por la ruta que el consejo esperaba que él tomase.

Pero la limosina viró y descendió por una rampa, a través de una escotilla ahuecada que llevaba a los niveles subterráneos. Allí había tropas leales para darle la bienvenida; Edwards emergió y guió el camino descendiendo más y más hacia la instalación que lo unía tan apropiadamente con el Regente.

Detrás del convoy, la puerta de acceso a la calle se cerró enrollándose. Nadie estaba allí para ver a una mera figura, irguiéndose en la cima de un edificio de enfrente, viéndola cerrarse. Inmóvil, el cazador se balanceó y se preparó. Esta noche la cacería terminaría.

Había dos Humanos, un Karbarriano, y un Garudiano; ellos estaban avanzando a empujones deliberadamente hacia la escotilla del compartimento a pesar de las protestas de Gnea.

“Ya no es sólo una solicitud,” el Humano, una oficial subalterna que Gnea reconoció como Susan Graham, dijo. “El almirante Hunter

dice que Tesla debe ser preparado en este momento, y responder un par de preguntas.”

Gnea miró a su alrededor al posse comitatus mixto. “¿Y supongamos que yo digo que no? Tesla está enfermo, y me han encargado que vea que viva.” Ella se colocó frente a ellos, de osamenta recia y acostumbrada a combatir, aparentemente indiferente a si vivía o moría. Ella tomó su alabarda y esperó, pasándoles la pelota de vuelta hacia su campo.

Susan Graham extrajo una pistola, y los otros apuntaron las armas, también. “Entonces, o puedes dejar al Doctor Obu examinar al paciente o puedes conseguir que te cocinemos el ombligo, y aún entonces veremos lo que vinimos a ver aquí.”

Obu, el científico Karbarriano, gruñó e inclinó su cabeza suavemente. Cuando él levantó sus ojos hacia los de Gnea de nuevo, había una sensatez sincera en su mirada firme. Pero había pánico en los quemadores de respaldo.

“Ve-veo la sabiduría de lo que dicen,” Gnea logró pronunciar. Fue casi un susurro. “¿Pero no comprenden ustedes? Ustedes lo asustarán. Justo cuando estábamos prosperando tan bien con él.”

El Garudiano, Quías, gruñó. “Si lo dañamos, no será una gran pérdida, ¿no es así?”

“¡No! ¡Se equivocan!” Gnea objetó tan rápidamente que ellos retrocedieron un poco. Algo le dijo que había cometido un error, y por eso ella miró a su alrededor hacia donde Jack Baker salía de las sombras.

“No estamos seguros, pero Tesla puede estar muriendo,” él dijo quietamente. “Esos dos científicos Invid, Pye y el otro, Garak, dicen que ellos pueden salvarlo -quizá. Pero no si ustedes entran allí y le dan una zurra.”

Mientras la delegación estaba vacilando, Jack dio otro paso hacia ellos, de modo que la luz caía a través de su cara ahora. Él estaba extrañamente sereno y no sonriente, diferente del joven gallardo que ellos conocían.

Este Jack Baker estaba de pie hombro a hombro con Gnea, sonriéndoles con su boca pero desaprobando con su frente. “Y eso no haría ningún bien a nadie, ¿ó sí? Guarde esa arma, Graham. Transmita mis respetos al almirante, y dígame que tendré a Tesla en

una conexión remota para interrogarlo tan pronto como él pueda tolerarlo. ¿Bien? Oyó sus órdenes.”

Rick había puesto a Jack a cargo del problema Tesla. Susan Graham lentamente guardó su pistola. “Sólo espero que sepa lo que está haciendo, señor.”

“¡Muévanse!” Jack dijo bruscamente.

Él y Gnea observaron a los cuatro marcharse, luego se pusieron en camino de regreso al compartimento donde Tesla ahora habitaba. Cuando estuvieron seguros de que nadie estaba cerca, entraron. Adentro, ellos permanecieron con los rostros sin expresión, cuando la cosa frente a ellos proyectó sus sombras en el mamparo con su luz intensa.

“Bien hecho, mis buenos y fieles sirvientes,” dijo Tesla.

La cápsula de descenso era un milagro de las ciencias combinadas de las varias razas de los Sentinels aunque orquestado por el talentoso Obu. A pesar de la incrementada vigilancia por sensores de los Invid a raíz de sus derrotas en Karbarra y Garuda, la pequeña cápsula con forma de pastilla cayó a través de la atmósfera del planeta sin disparar una simple alarma, transparente a los detectores enemigos. En muchas maneras, la guerra había forzado a los oprimidos a superar por lejos a sus opresores.

Rick lamentó mal las limitaciones en las nuevas técnicas que restringían el tamaño de una cápsula de descenso “invisible” a algo del orden de una cabina telefónica acojinada. A él le hubiera gustado equipar al Ark Ángel con la misma protección, pero eso era imposible hasta ahora.

Imposible, también, era armar y equipar a Teal y a su hijo con el equipo de estilo humano para su misión de espionaje; a donde ellos estaban yendo, ningún hardware podía seguirlos.

A su debido tiempo los dos Spherisianos se pararon junto a su cápsula abandonada, examinando el mundo hogar que Baldan II estaba viendo por primera vez.

Era un paisaje prismático, reflejando y refractando y separando

en su espectro la luz de Blaze, la estrella primaria del planeta. Humanos e Invids y otros extramundanos requerían viseras u otra protección para los ojos allí, de modo de no ser cegados por el esplendor furioso de todo ello; pero Baldan II contemplaba, sin pestañear y sin protegerse, el planeta que él nunca antes había vislumbrado.

La cápsula yacía en una playa que centelleaba como un campo de estrellas, cada grano infinitesimal reflejando sus rayos blancos o multicolores. El mar que rompía contra la costa era tan irreal como alguna construcción de computadora, tan radiante, sus matices tan rápidamente cambiantes. Montañas distantes brillaban como fuentes luminiscentes.

Baldan sintió la mano de su madre sobre su brazo. Él giró para ver a Teal exhibiendo una expresión que él nunca había visto en ella antes.

La llegada en la cápsula la había hecho ver claramente, como nada más lo había hecho, cuán serias eran sus circunstancias y las de su hijo. Lo que la estaba confundiendo era que ella estaba inesperadamente más interesada en el bienestar de él que en el suyo propio. Ése era un fenómeno común entre algunas de las otras razas, naturalmente –miren cómo los Karbarrianos se habían atormentado por el destino de sus crías- pero ello era nuevo para ella, e inquietante ya que implicaba una descendencia que ella nunca había deseado.

¿Cuándo había llegado ella a amar a su hijo? Teal no pudo recordar, y sin embargo hubo un abrupto brote en ella, y un desesperado temor por la seguridad de él. Si la cápsula hubiese sido capaz de realizar un viaje de regreso al Ark Ángel, ella lo habría tomado con Baldan, o al menos lo habría enviado de regreso a él.

Pero el camino de regreso estaba cerrado para ellos; ellos sabían eso cuando se ofrecieron como voluntarios. Teal estudió el paisaje parecido a piedras preciosas por un momento, luego señaló.

“Allí.” Ella partió hacia una veta de cristal que había aflorado por una hendidura en la superficie del planeta. Baldan se apresuró para alcanzarla. Para cuando lo hizo, su madre estaba de pie frente a la gloriosa luz del estrato y desvestida.

“Qu-qué...” él farfulló. Algo dentro de él estaba llamando, y algo

dentro de Spheris estaba respondiendo. Pero él no sabía cómo ser parte de la sinfonía de todo su alrededor.

Teal estaba de pie desvestida -su túnica ondeando abajo alrededor de sus tobillos- pero no desnuda. Ella dio un paso liberándose de la vestidura y se parecía a una baliza magnífica, moviéndose hacia la veta expuesta frente a ella con los brazos extendidos ampliamente como si fuese a abrazar a un amante.

Ella giró hacia su hijo. “Ven; es hora de que viajes por las Autopistas Cristalinas.”

Baldan se desprendió de la media túnica que vestía. Al igual que su madre, él se apretó contra la roca resplandeciente. El planeta cantó para ellos en tonos altos y claros.

Por un momento ellos estuvieron medio combinados con él, como bajorrelieves Mesoamericanos. En otro momento se habían ido, dejando sus vestimentas y la cápsula vacía detrás. El único sonido era el impresionante oleaje arco iris del mar centelleante desde la arena de polvo de diamante.

“¡Bien! ¡Mí querido, querido General Edwards! ¡Qué sorpresa encantadora!”

Edwards sostuvo su cara en líneas irreveladas, forzándose a no rizar su labio a causa de la sustancia pegajosa y verde que fluía del Regente -el baño nutritivo, o jalea real, o cualquier cosa que fuera a estos gusanos les gustaba chapotear de un lado a otro en ello.

Él también contuvo su furia. El soberano Invid se había tomado su propio generoso tiempo para responder la transmisión del general, como si sabiendo que tenía al humano en situación desventajosa.

“Las cosas aquí se han vuelto más bien...contraproducentes,” Edwards dijo, con los labios tensos. “Pienso que sería mejor, estratégicamente, que uniésemos nuestras fuerzas al instante.”

“Ah.” Los enormes ojos negros líquidos no delataban nada mientras el Regente inspeccionaba al hombre. “¡En ese caso, venga aquí a la Colmena Hogar, por supuesto! Er, ¿cuántas naves estaría

trayendo, y cuántas tropas?”

Los músculos de la quijada de Edwards saltaron. “Ha surgido un problema aquí. Requeriré un poco de asistencia.”

Algo se adelantó para sentarse junto al Regente -un Hellcat de tamaño extraordinario, llevando puesto un collar enojado. Los Hellcat destruidos en la batalla de Haydon IV habían sido reemplazados, Edwards conjeturó. “Qué inconveniente,” el Regente chasqueó con la lengua.

El Invid abrió sus brazos ampliamente. “¡Porque, como puede ver, usted está a punto de perder la oportunidad de servir al Único Verdadero Soberano del Universo! ¡Mi vida será una lista de triunfos! ¡Toda la Creación se arrastrará a mis pies, como mis cortesanos lo hacen aún ahora!”

Él bajó su voz astutamente. “¿Y entonces mi esposa, mi querida Regis, no vendrá rogando por perdón, eh?”

Edwards sólo veía un hall vacío y reverberante en el fondo detrás del Regente. ¡Grandes astros! ¡Él está loco de remate!

Pero él era la única esperanza de supervivencia del general. “Quiero que usted piense por un momento lo que sucederá si el consejo me atrapa ahora. ¡La REF será reconsolidada en una pura fuerza luchadora con nada deteniéndola, y no habrá nada que detenga a las fuerzas combinadas de las estrellas cercanas de venir tras usted! ¿Me entiende?”

Pareció que sí. El Regente vaciló por un momento, una nueva claridad adueñándose de su voz. “No podemos permitirlo, ¿o sí?”

“Quiero que envíe a su ejército a buscarme a mí y a las personas leales a mí,” Edwards presionó.

El Invid preguntó inocentemente, “¿Pero por qué debería hacerlo, cuando usted tiene un ejército propio justo allí?”

¡El Cerebro Invid! ¡Los Inorgánicos! “¡Maldita sea, explíquese!” Edwards se exacerbó. “¡No hay tiempo para juegos!”

El Regente no era tan demente que había perdido el punto de Edwards sobre la REF; él activó controles en el extremo de su conexión que mostraron instrucciones en el extremo de la de Edwards.

“Permanezca en contacto,” el Regente le ordenó, y su imagen desapareció.

Pero Edwards ya estaba ocupado, conmutando en la Computadora Viviente, el Cerebro artificial que los Invid habían dejado atrás debajo de Tirol a raíz de su derrota. Sus guardias personales contemplaron inquietamente cuando el enorme globo de tejido especializado cobró vida en su cuba.

De las habitaciones de la catacumba donde los Inorgánicos inertes habían, por su orden, sido almacenados tanto como leña apilada, Edwards oyó ligeros movimientos.

Sus labios se retrajeron de sus dientes en una sonrisa canina; su ojo bueno se volvió vítreo. Él lucía tan demente como el Regente.

Capítulo 20

Considérese la humilde arcilla.

Pequeñas cantidades de ella pueden acelerar los procesos químicos por un factor de 10.000. Una libra (norma Terrestre) de su fenomenalmente intrincada estructura de láminas estratificadas da tanto como el área superficial total de cincuenta campos de fútbol. Puede almacenar información como configuración de iones. Es perfectamente verosímil que cristales auto replicantes produzcan un “proto organismo” como el punto de partida de la vida en Spheris.

Pero aquellos que viajan por las Autopistas Cristalinas no están impresionados con tal teorización. Ellos lo explican todo con un nombre.

A. Jow, El Histórico Haydon

“¡Max! ¡Presta atención!”

“¿Uh?” Él parpadeó.

Jean Grant, infinitamente paciente, aún tenía un modo de hacer saber a alguien que ella no toleraría sus deficiencias.

“Sólo tómalo con calma, Max; los bebés han estado naciendo durante mucho tiempo. Además, esto es sólo un ejercicio, ¿capisch? Todo lo que tienes que hacer es ayudar un poco.” Ella le sonrió a Miriya. “Relájese, soldado.”

Miriya detuvo sus ejercicios de respiración y rió entre dientes cansadamente. Ella estaba pálida y ojerosa por la prueba penosa en la que se había convertido su segundo embarazo. Pero ella apretó la mano de Max, su código de yo te amo.

Max devolvió el apretón dos veces, pero él aún estaba

preocupado. Este embarazo ni siquiera debía haber sucedido. Aparentemente, los métodos convencionales de control de natalidad no se aplicaban a una unión Humano-Zentraedi.

El primer embarazo de ella había producido cambios en el cuerpo de Miriya que Jean aún no había explicado completamente. Las lecturas físicas en ella se estaban volviendo más y más peculiares, y nadie, ni siquiera los virtuosos y flotantes sanadores de Haydon IV, podían decir por qué.

Max resistió el impulso de suspirar, allí donde Miriya podía oírlo. En cambio él se acucilló a su lado, señalando a la ventana que iba desde el piso hasta el techo en el dormitorio de ella.

“¿Ves allí? El centro urbano está casi reconstruido, y alrededor del setenta por ciento del sistema de circuitos subterráneo está de vuelta en buen estado. Vowad dice que el planeta entero estará como nuevo en menos de dos meses.”

“Es bueno que—” Un espasmo repentino de dolor la superó, y ella apretó la mano de Max con un agarro tan fuerte que él involuntariamente aulló de dolor.

Jean estuvo allí en un instante, leyendo los monitores de la cama. Los Haydonitas habían construido la habitación de Miriya de modo que era un duplicado virtual de la habitación que ella y su esposo habían compartido otrora en la reconstruida Ciudad Macross—su más feliz hogar— pero el lugar era en realidad una unidad de cuidados intensivos bien camuflada.

“Código rojo,” Jean gritó al aire; no pasaron ni dos segundos antes de que la pared se abriese deslizándose y sanadores Haydonitas entrasen flotando. Miriya estaba perdiendo el conocimiento.

“Háblale, Max,” Jean le susurró, luego volvió a su propio trabajo.

¿Qué decirle? Él no estaba acostumbrado a charlar; esa era una de las razones por la que a él le había gustado estar solo hasta que él y Miriya se encontraron.

“Y-y, el comercio interestelar ya ha comenzado a ponerse en marcha de nuevo,” él barboteó, apretando la mano de ella pero, para su terror, no obteniendo ninguna respuesta. “Tengo un lugar totalmente arreglado para ti y para mí y para el niño, fuera de la

ciudad—

“Lo siento, Max.” Jean lo apartó de al lado de la cama y él no se resistió. Ella y los sanadores Haydonitas, y las máquinas médicas que se parecían a conchas marinas revoloteantes y a esporas aerotransportadas, todos se agruparon alrededor de su esposa.

Max Sterling permaneció de pie al pie de la cama. “La estamos perdiendo,” uno de los sanadores sin rostro dijo, y Max mordió su labio inferior hasta que sangró, de modo de no gritar.

“Háblale, Max,” Jean repitió, sin levantar la vista de su trabajo. “Manténla con nosotros.”

“Yo...yo...”

“Tú estás preparando un lugar para ella,” Jean le sopló, todavía sin romper su propia concentración.

Él respiró profundamente. “Podemos quedarnos allí hasta que estés lista para ir a casa, Mir.” Él sintió deseos de llorar, pero Jean le dio un vistazo rápido.

“Vamos, as,” ella le dijo, y regresó a lo que estaba haciendo.

Vamos, as...

“Dana será una muchacha grande para cuando regresemos, ¿huh?” él se encontró diciendo.

Los monitores de signos de vida hicieron un sonido ligeramente diferente; Miriya logró formar una palabra. “Dana...”

“¡Uh-huh! Dios, ella desea tanto ir a la academia, y Emerson dice que si ella no se comporta, él la va a poner en un convento, ¿recuerdas?” Él estaba enjugando las lágrimas de su cara y sus anteojos. “Y Bowie dijo que si Dana iba, él iría.” Él estaba riendo y llorando al mismo tiempo.

“Ella será... una muchacha grande,” Miriya dijo.

Los signos de vida estaban estabilizándose. Con esfuerzo, Max tragó y dijo, “Piensa en todas las cosas que tendremos que contarle cuando lleguemos a casa, Mir. Ella estará esperando a oírlas.”

Miriya Parino Sterling sonrió mientras revoloteaba al borde de un coma luego regresó a él.

Él permaneció de pie mirándola mientras ella se dormía, después de que Jean y los sanadores y las máquinas se fueron. El embarazo de Miriya aún tenía siete meses antes de que llegase a término.

Pero eso era sólo por el cálculo Humano. Según las lecturas del laboratorio, podía suceder en cualquier momento.

En los cuarteles de las fuerzas de seguridad destinadas al complejo del Dr. Lang, el oficial del día perdió la paciencia golpeando la puerta.

“¿Linc? ¿Lincoln? ¡Maldito seas, a formar!”

Pero el Oficial de Justicia Isle, Número de servicio de la REF # 666-60-937, no estaba allí. El oficial de guardia miró a su alrededor y encontró que faltaba el traje de vuelo del hombre. Extrañamente, allí había también recortes de pelo y residuos de crema de afeitar en el pequeño lavamanos de la estrecha habitación.

Isle siempre fue extraño, pero esto lo excedía. “Isle, hijo de puta,” el oficial de guardia murmuró. “¿Y ahora qué?”

Ellos eran como delfines en el mar, o águilas surcando los vientos.

Baldan planeó, siguiendo a su madre, por el mundo interior de las Autopistas Cristalinas. Los enrejados minerales se extendían en todas direcciones, haciendo su propio paisaje para los seres que nadaban en el seno de Spheris.

Baldan halló que él conocía su camino. Las emanaciones de varios compuestos y estratos eran como hitos y calles –un sistema de autopista tridimensional.

Él se movió zumbando para alcanzar a Teal en una carretera dictada por la condición fundida. Hubo una gran cantidad de viradas y esquivas debido a las cámaras de magma, pero el escenario era espectacular.

Separados de sus cuerpos, ellos volaron a través de la mismísima estructura de su mundo. Baldan halló que sabía cómo evitar estructuras metamórficas, que sabía cómo deslizarse por los ejes cristalográficos.

Allí no había gravedad, excepto como una fuerza en cierto modo abstracta; los imperativos electromagnéticos y termales y nucleares eran las reglas del camino.

Y dentro de poco, él podría oír las voces de su gente.

Baldan entendió que él era sólo un intelecto incorpóreo, escurriéndose por los bulevares que fuerzas moleculares habían delineado. Pero parecía que él era corpóreo, volando como algún personaje fuera de los absurdos libros de comics humanos, en un elemento que era suyo para mandar.

Era un mundo suspendido en el espacio: aquí, los resaltos de una hendidura tectónica; allí, el recorrido de un filón de rodonita que virtualmente ceñía el planeta. Ellos navegaron corrientes de crisoberilo, esmeralda y corindón, montaron ondas piezoeléctricas, lucharon a través de esquistos y surfearon con sus cuerpos en la turmalina.

Luego él se percató de las canciones, y ellas lo atrajeron. Teal notó que él estaba desviándose, y lo siguió. Ellos comprendieron a través de una comunicación no hablada que el anhelo que él sentía no debía ser cuestionado. Ella cedió a un impulso que sólo había resistido en forma marginal hasta entonces, y halló que ya no era una única persona: era dos. Ella misma y su hijo.

En un lugar como una catedral hecha de mineral viviente, o un megaplex enquistado en una joya de claridad perfecta, él tropezó con el primero de su raza que él había conocido alguna vez además de su madre y unos cuantos camaradas de a bordo.

Sus voces lo atrajeron, el sonido resonando de un extremo a otro del mundo. Baldan encontró para su sorpresa que emerger de la trama y urdimbre del planeta era más difícil que unirse con él, y comprendió un poco mejor cómo su padre murió.

Hubo un cansancio tremendo al luchar por liberarse de la Autopista Cristalina; era como si Spheris no quisiera dejarlo irse. Baldan hizo su aparición parcial, como cierto atormentado camafeo; él fue chupado de nuevo y casi consumido. Él luchó y pateó y se liberó a golpes, renació otra vez.

Teal estaba de pie cerca, y él supo instintivamente porque ella no había sido capaz de ayudar; sólo había una prueba de carretera para los jinetes de las Autopistas Cristalinas, y era muy Darwiniano.

La mismísima sustancia de ellos era otra. Eran ahora de materia más ahumada, más dura y más propensa a ángulos agudos, de la que ellos habían sido antes y en el nave. Baldan comprendió que cada vez que él emergía de las Autopistas Cristalinas, él sería de composición diferente –sería de la materia que componía el área de la cual él salía.

Así que; verdaderamente soy parte de mi mundo ahora.

Teal y Baldan habían entrado a un lugar que estaba deslumbrante con fragmentos de pura luz en un millón de matices y frecuentando en los tonos que surgían desde cada vértice y faceta. Se parecía a la propia casa de espejos del paraíso, una exhibición de sonido y luz que ningún no Spherisiano podría alguna vez ser capaz de comprender.

Allí había miles y miles de las gentes de su padre, contemplando la eternidad y el Universo en pequeñas cámaras semejantes a nichos, o conversando unos con otros, o trabajando para agrandar los límites de su santuario. Algunos miraron de un lado a otro en sorpresa por el arribo de los recién llegados.

Uno en particular dejó caer una herramienta de excavar que resonó como una campana en el piso vítreo del lugar. “¡Baldan!”

Era una hembra entrada en años de su raza, Baldan II pudo ver. Antes de que ella diese dos pasos más, su postura y el aura que ella emitía cambiaron. El júbilo y la incredulidad dieron paso a la incertidumbre. “Pero –tú no eres Baldan, ¿no es así?”

“Soy su hijo.” En Spheris, se sobreentendía que un gran número de los padres renacían en los niños. “Baldan está muerto. Yo soy Baldan II.”

“Mi hijo está muerto,” la anciana dijo como si las palabras fuesen incomprensibles. “¿Pero entonces –quién te dio forma?”

Teal se adelantó. “Sabía que usted querría conocer al muchacho, Tiffa.”

“¡Tú!” Todos sabían la historia: cómo una hembra frívola de ningún talento discernible o esperanza coincidentalmente había sido tomada prisionera con Baldan, un paladín de su especie.

Tiffa luchó por palabras, visiblemente disgustada por tener un nuevo pariente político impuesto a ella, y uno que no disfrutaba de ningún gran prestigio o nivel social para colmo.

“Trata de ocultar tu alegría,” Teal dijo secamente.

Ahora, había una gran cantidad de otros Spherisianos contemplando y escuchando. Ellos veían en Baldan II la imagen de su caído líder de la resistencia y héroe.

Teal los enfrentó. “También deberíamos aclarar todo esto inmediatamente. Este es el hijo de Baldan, Baldan II. Yo lo formé. Yo no pedí por la obligación, pero nosotros no siempre logramos escoger los Formadores de la Protocultura, ¿ó sí? Quiero que se sepa que me enorgullezco de este muchacho y que lo amo mucho.

“Ahora, hemos regresado con aliados, para liberar a Spheris del Invid. Sé que muchos de ustedes preferirían sentarse aquí en la seguridad y la comodidad y esperar a que ellos se marchen antes que combatirlos, pero les digo que el Invid no se irá.”

Eso hizo murmurar a las personas unas con otras. Ellos se habían ocultado en el seno de Spheris –una defensa que nunca les había fallado– pero muchos se estaban volviendo ingobernables. Ningún invasor había sido alguna vez tan tenaz como las hordas del Regente.

“Los Sentinels ya han removido a los Invid de Karbarra, Garuda, y Haydon IV,” Teal continuó. “Y tenemos la intención de hacer lo mismo aquí. No estamos pidiendo su permiso, porque esta guerra será luchada hasta la muerte ya sea que los Spherisianos compartan la suerte con nosotros o no. Pero el resultado estriba en el equilibrio, y su ayuda podría hacer toda la diferencia.”

Tiffa estaba mirando a Teal con una expresión de preocupación. ¿No era esta la muchacha frívola y caprichosa que había sido la desesperación de sus padres y quien, la mayoría había estado de acuerdo, llegaría a un final desgraciado y probablemente sin sentido?

¿Quiénes serán estos “Sentinels,” Tiffa se preguntó, cuyo compañerismo había traído a Teal a casa tan investida con sabiduría y decisión? Tal vez los Invid habían hallado la horma de su zapato finalmente.

Pero ahora surgieron voces de la multitud. “¡Déjanos en paz y vete!” “¡No queremos ninguna guerra!” “¡No somos guerreros!”

“Sí, lo son.”

Teal estuvo a punto de tratar de hacer callar a los incrédulos a

gritos, pero Baldan habló primero. Ahora él dio tres pasos hacia delante, de modo que todos pudieran echarle un buen vistazo.

“Sí, lo son,” él repitió. “Los recuerdos que Baldan me dio me dicen eso. Estas agradables fortalezas seguras en el útero planetario ya no son ninguna protección; el Invid destrozará este mundo con sus dispositivos de Protocultura si se llega a eso.

“Los Spherisianos han luchado antes, mucho tiempo atrás en nuestro pasado. Ahora es tiempo de combatir de nuevo –eso, o arrodillarse y esperar a que el martillo caiga sobre nuestros cuellos desnudos.”

Él caminó unos cuantos pasos hacia un lado, hacia donde una pértiga de ágata tenuemente brillante resaltaba de la pared del santuario. “Propongo levantar una rebelión. Propongo reagrupar a cada Spherisiano que recuerde cómo combatir o está dispuesto a aprender. Propongo arrojar a los Invid fuera de este mundo o morir en el intento.”

Teal se acercó para pararse al lado de su hijo orgullosamente. Una de las agudezas de Jack Baker vino a la mente de ella, y ella decidió que este era un buen momento para usarla. Poniendo su brazo alrededor de los hombros jóvenes y fuertes de su hijo, ella fijó a Tiffa con su mirada.

“Quizá no somos nada maravilloso que mirar, pero somos todo lo que tienen.”

“De aquí nos vamos a la Gran Geoda, a pedir ayuda allí,” Baldan anunció. “Sígannos, cualquiera que esté dispuesto, o lleven la noticia a otros santuarios.” Él vaciló, inseguro de si lo último que él quiso decir era justo, pero el impulso era demasiado fuerte para negarlo.

Su voz cayó una octava y se volvió la voz de Baldan I; una mirada diferente entró a sus ojos. A través de él, su padre dijo, “Es bueno verlos esta la última vez. Los quiero a todos.”

Baldan II vibró un poco, volviendo en sí, luego volteó para combinarse con la pértiga de ágata. Un momento más tarde, Teal se había marchado también.

Los Spherisianos se miraron unos a otros, el santuario resonando con los hurras de algunos, las dudas de otros. Había miradas de preocupación en todas partes.

Fue entonces cuando Tiffa caminó hacia el afloramiento donde su nieto y nuera habían desaparecido. Ella extendió sus brazos como un zambullidor de gran altura, se inclinó lentamente, y se unió con la materia de Spheris.

En otros pocos segundos, las personas estaban apiñándose contra las paredes del lugar, o yaciendo tendidos para disolverse en el mismo piso. Aquellos que dudaban o tenían otras reservas se hallaron en una minoría menguante. Muchos se quedaron, pero ahora el santuario era un lugar resonante, mayormente desierto de más silencio que sonido, más vaciedad que vida.

Por las Autopistas Cristalinas la gente de Spheris voló, energizados por una fuerza frente a la cual la piezoelectricidad y la Protocultura y la misma lógica debían inclinarse. Hacia miles de destinos sobre la corteza del planeta y debajo de ella ellos fueron, para liberar a su mundo hogar.

Capítulo 21

Esto puede sonar extraño, viniendo de mí, pero quiero tomarme un momento aquí para hablar en defensa de los Ghost Rider –una unidad con una historia larga y orgullosa retrocediendo a la aviación naval de los EE.UU.– hasta esos eventos en la misión de la SDF-3.

Yo creo que algunos de esos hombres y mujeres estaban inducidos por el atractivo Faustino de Edwards –hay manzanas podridas en cada barril. Pero yo he revisado las menciones y condecoraciones de los Ghost, retrocediendo décadas, y estoy convencido de que alguna fuerza más allá de la mera falibilidad humana los había esclavizado a su general por aquella noche.

Sería una mancha en la memoria de los valientes y abnegados miembros del servicio no observar esto: el mayor crimen de Edwards, entre sus muchos, fue el hacernos combatir entre nosotros.

*Jueza Justine Huxley, Yo he estado en una Fiesta
Maravillosa*

El hombre cuyo marbete decía Isle, L. sabía desde el inicio que la salida de Edwards sería imparable en su fuente.

Cientos de Inorgánicos bípedos habían abierto de golpe las puertas de la conejera subterránea del Royal Hall y salieron a borbotones, infligiendo terribles bajas, en respuesta al comando silencioso del general. Sólo fue buena suerte que una QIC de seguridad oficiosa había insistido en que el Consejo Plenipotenciario evacuase el edificio después del escape de Edwards –ella prácticamente había sido forzada a forcejear con algunos de

los miembros del consejo para introducirlos a los vehículos blindados.

Ella fue exonerada unos cuantos minutos más tarde, cuando los Crann, Scrim, y Odeon salieron hirviendo de sus catacumbas, desparramando muerte. Justine Huxley, mirándolo con horror a través de una rendija posterior de un APC, escribió más tarde, “Las palabras no servirían para describir la carnicería ocurrida allí. No creo que la REF haya tenido un momento más oscuro.”

Unos cuantos VTs partidarios del gobierno trajeron muerte desde los cielos en minutos, pero el ejército de Edwards ya estaba en marcha. Ahora el Oficial de Vuelo Isle los observaba venir hacia el complejo del Cuartel General de la REF, como él sabía que ellos lo harían.

La pobre reconstruida Tiresia estaba siendo arrasada de nuevo, en un grotesco martes de carnaval de contienda Robotech. Excalibers Mark IX y Crann giraban violentamente, luchando cuerpo a cuerpo en las calles; Spartans y Scrim permanecían de pie firmes y se disparaban a quemarropa en los callejones; Battloids y Odeon rodaban, trabados en combate mortal, desmenuzando edificios y haciéndose pedazos.

Los VTs Ghost que estaban allí estaban ocupados principalmente manteniendo a los pilotos de seguridad de Lang ocupados. El conflicto era más bien una batalla terrestre.

El hombre soltó el marbete que él había rasgado de su traje de vuelo. Aquel cayó ondeando en el viento mientras él observaba la batalla moverse hacia él. Edwards estaba usando sus tropas Invid hábilmente, amagando y desplegándose, sutilmente abriendo una vía de ataque sobre el Cuartel General. El Comando de la REF consideraría al Cuartel General un objetivo de poca cuantía para Edwards, el Oficial de Vuelo Isle lo sabía; el Comando lo consideraría un callejón sin salida, y estaría velando por un asalto a la estación de lanzamiento. Ellos no sabían que la cosa más preciada en el universo estaba en el edificio del cuartel general.

No, el Comando estaba ocupado lidiando con ataques de distracción llevados a cabo por los Ghost Rider de Edwards y apuntalando a sus titubeantes grupos de reacción inmediata en las regiones occidentales y del sur de Tiresia. Edwards estaba en

ventaja sobre ellos.

El consejo actuó rápidamente sobre la petición de Lang para asegurar la SDF-3 contra el motín. Pero para lo que ellos no estaban preparados era una desertión masiva de los elementos Ghost luego en la fortaleza super dimensional. Y mientras que había suficientes tropas leales para defender con éxito el puente, la sección de máquinas, y otros puntos vitales contra asaltos, no había suficientes para detener a la gente de Edwards de decampar.

Algunos de los Ghost se dirigieron hacia la superficie de Tirol, para proveer de apoyo aéreo para el escape de su general. Pero el grueso de ellos se dirigió directamente hacia la nueva nave SDF-7, hermana de la Tokugawa y de la Jutland, que estaba próxima a su terminación. Ya que Edwards tenía que huir, él pretendía hacerlo en una nave con su propulsión superluminal en su lugar.

Los Inorgánicos ya estaban abriéndose paso por la enorme plaza afuera del edificio del cuartel general de apariencia de cohete. El hombre que se había llamado a sí mismo Isle hasta ahora aspiró profundamente y saltó desde el parapeto sobre el cual estaba parado.

Tres metros abajo, él aterrizó sin hacer ruido en la losa de un balcón, se deslizó sobre un reborde que rodeaba el edificio, y se movió furtivamente por aquel, la espalda contra la pared. Él sorteó la esquina y vio el mecha que él había visto quince o treinta segundos antes: un Scrim avanzando pesadamente detrás de la de primera oleada de Inorgánicos para atacar las puertas del cuartel general.

Él se columpió asiéndose a un contrafuerte, sus dedos, tan fuertes como el acero, encontrando punto de apoyo donde pocos otros Humanos podrían haberlo hecho. Cuando el Scrim pasó por

debajo, él hizo una caída temeraria, asiéndose al reborde de una placa posterior blindada. El Scrim se detuvo y giró, pero no vio nada detrás de él. Aquel iba a la carga detrás de sus compañeros, cuidando la retaguardia, mientras ellos quebrantaban las puertas principales del cuartel general.

En otro instante, el hombre estaba dentro del edificio que había resistido hasta ahora cada esfuerzo suyo para lograr entrar.

Él vio su oportunidad y brincó, con fortaleza y precisión casi sobrehumana, hacia el mástil de una cámara de vigilancia ensombrecida, al momento que el Inorgánico que él había estado montando cayó bajo fuego intenso de una cañonera. La lucha en el vestíbulo y los pasillos era espantosa y sin cuartel, los humanos tan dispuestos a morir como los Invid. Frío e inteligente como era, él quedó perplejo por un momento por la carnicería cegada e inflexible de ello. La ventaja de Edwards en número y poder de fuego fue rápidamente reducida por la absoluta obstinación humana. Los elementos Invid pagaban duramente por cada centímetro que reclamaban.

Pero había otras cosas en que pensar. Él se alejó deslizándose como una sombra flameante, conociendo el plano del piso por estudio diligente. Él había esperado por tanto tiempo y pacientemente, tan humildemente. Y ahora era su momento.

Los reportes decían que los infames Wolff Pack de Wolff estaban avanzando para ayudar a los Destroids leales al gobierno a repeler a los Inorgánicos. Afortunadamente, a sólo una parte de la unidad de Hovertanks se le había permitido bajar al planeta con su comandante, y la mayoría del resto de las tropas que habían ido a Haydon IV aún estaban en órbita a bordo de la nave, muy lejos para ser de alguna importancia táctica.

A Edwards no le importaba, como no le importaba cuántas vidas tendría que extinguir para tomar la ciudadela del cuartel general. Las tropas y los mechas eran cosas que él podía reemplazar; Minmei no lo era.

Adams estaba parloteando algo en su oído; Edwards dejó de mirar sus pantallas y lecturas. “¿Qué?”

“El edificio del cuartel general está parcialmente asegurado pero todavía opone resistencia, señor,” Adams repitió. “Creo que deberíamos resistir y esperar hasta que—”

“Vamos a entrar,” Edwards lo interrumpió. “¿Dónde está esa escolta de la SDF?”

Adams le dijo calmadamente, “El punto de reunión aún está en horario. Ellos están comenzando la inserción orbital ahora. Sólo tenemos veintitrés minutos, General.”

Tiempo más que suficiente. “¡Sigan avanzando! ¡Denles duro!” Edwards gritó por la red táctica. “¡Quiero resultados, gente!” Transmitiendo órdenes a la Computadora Viviente mediante una banda receptora que lucía algo así como una vincha de esclavitud Invid, él impelió a los Inorgánicos en un frenesí destructivo.

Él dejó la limosina atrás para hacerse cargo personalmente de la incursión. Sus fuerzas segaron toda oposición, mataron y demolieron, fundieron superaleaciones y volaron en pedazos paredes. En la entrada de la sección de calabozos, él fue obligado a dejar atrás sus Inorgánicos y mechas Ghost porque los pasillos eran demasiado pequeños. Los Ghost Rider se desplegaron con los rifles apuntados, asegurando el área.

Minmei había imaginado que la puerta de la celda se abría, lo había imaginado tantas veces que pensó que su mente le estaba jugando un truco ahora que ello estaba sucediendo. ¡Oh, Dios! ¡Preferiría estar muerta antes que loca!

Pero cuando Edwards dio unos pasos en la entrada abierta, ella supo que no lo estaba imaginando y comenzó a gritar. Hundiendo sus dedos en el cabello negro que colgaba alrededor de su cara, forzando sus ojos a cerrarse, ella chilló.

Edwards se abalanzó sobre ella mientras Adams y dos oficiales inferiores cubrían la retaguardia, protegiendo la puerta. El general abofeteó la cara de ella, de un lado a otro. “¡Cállate, cállate!”

Luego él tomó sus hombros, sacudiéndola, mientras ella temblaba con sollozos largos y atormentados. “¡Minmei, tú vendrás conmigo! ¿Lo oyes? ¡Eres mía!” Él la abofeteó de nuevo. “¡No de Hunter! ¡No de Wolff! ¡Mía!”

Por alguna razón ella dejó de llorar. Minmei levantó sus ojos hacia Edwards con una mirada que él nunca había visto en ella antes. Ella se limpió las lágrimas y la saliva y el moco con la parte posterior de su mano.

Ella miró a su enemigo al ojo. “Si no me dejas en paz será mejor que me mates, T.R. O de otro modo yo te mataré.”

Él sintió tal temor repentino que levantó su mano para golpearla de nuevo, esperando que ella se acobardase. Pero ella mantuvo sus ojos fijos en él. “Haré que me ruegues para que olvide lo que acabas de decir,” él susurró.

Minmei tomó un aliento profundo. “No, no lo harás.”

Una mano se cerró alrededor de la muñeca levantada de Edwards por detrás; una voz le dijo, “No, no lo harás.”

Edwards fue empujado hacia un lado, su muñeca casi rota. Él fue hecho girar en la pared de la celda como un trompo de un niño, su máscara facial bruñida sonando contra ella, su nariz golpeó con violencia de modo que él olió metal y sangre. Él arañó para encontrar punto de apoyo pero se encontró resbalándose hacia abajo de la fía aleación, dejando una mancha roja. Un pie apretó su cabeza contra la cubierta, casi aplastándola, entonces cedió. Luego el pie se quitó abruptamente.

El general sacudió su cabeza para aclararla, avistando poco más o menos ebriamente. Adams yacía tendido en la entrada, tal vez inconsciente, tal vez muerto. Edwards pudo ver las puntas vueltas hacia arriba de las botas de un guardia caído en el pasillo más allá. Minmei estaba de pie con una mirada en su rostro que Edwards siempre había anhelado forzarla a dirigirla a él. Pero era para el hombre en el traje de vuelo de la REF que había aparecido de ninguna parte.

Edwards se sintió aturdido en ciertas maneras, superalerta en otras. La luz bailó en los ojos de Minmei cuando ella lentamente levantó sus manos hacia su salvador.

“¡Lynn-Kyle! Oh, Lynn-Kyle...”

Su primo lejano y, en la opinión de algunos, un reflejo del lado oscuro de Minmei misma; su otrora amante y el más renombrado luchador de artes marciales de la era Robotech. El obsesionado y taciturno, el brillantemente dotado pero desdichado, el invicto y maldito Lynn-Kyle.

La cara de Kyle estaba más delgada que cuando había sido una estrella de cine. El cabello fino, negro y sedoso estaba mostrando un poco de gris. Él besó la frente de su prima, luego tomó su mano. “Te llevaré a casa.” Había algo tanto penitente como cariñoso en su voz.

¡Casa! Ella realmente ya no podía recordar lo que la palabra significaba. Pero se sintió sin peso, su mano y su cuerpo y su alma vigorosa más allá del convencimiento, cuando ella confió su apretón al de él, sus pies aparentemente libres del piso de la celda.

Edwards se tambaleó y asió su tobillo con un agarro decadente. “¡No! ¡No dejaré que te vayas!”

Kyle se arrodilló sobre el bíceps de Edwards, la cabeza de Edwards sujeta en sus manos, tan rápidamente que no hubo ninguna sensación de cambio repentino de llave. El general oyó a los huesos de la parte superior de su espina crujir y supo que su vida estaba en juego.

La daga en la bota de Edwards, la pistola de bolsillo de energía en el bolsillo de su chaqueta –aquellos deberían estar con igual razón en la SDF-3, o de regreso en la Tierra, a pesar de todo el bien que le podían hacer. Kyle era tan rápido como un rayo, y simplemente no había ninguna defensa contra él. Él era más como una fuerza elemental que un hombre.

“Nunca he quitado una vida humana.” Las palabras parecían llegar tan lentamente, sin embargo Edwards sabía que Lynn-Kyle estaba hablando muy rápido. “¡Pero lo mataré si no yace inmóvil!” El talón de la mano de Kyle estaba, apretando hacia arriba en advertencia, debajo de la nariz del general, balanceado para ejecutarlo en un instante.

Edwards, derrotado, se quedó inmóvil. En el lugar de Kyle, él habría matado; pero él nunca estaría en el lugar de Kyle, él lo sabía ahora. Él había perdido.

Pero él no pudo resistir proferir en voz ronca, “Sigue adelante; llévate a la pequeña zorra, entonces. Es un desperdicio de tiempo en

la cama de todos modos...”

Kyle asió un puñado del cabello de Edwards, preparándose para matarlo. Su puño se elevó, el nudillo del medio amartilló hacia delante, y los ojos de Edwards casi cruzados, se enfocaron en esa singular superficie de golpe Damocliana suspendida sobre él.

“Kyle, no,” Minmei dijo, cuando su primo tomó alientos rápidos y ganó resolución. “¡Kyle, lo necesitamos!”

“Yo no lo necesito.” La muñeca volteó al revés, el nudillo amartillado tirado hacia atrás tieso y alto debajo de la axila derecha de Kyle, apuntado a la manzana de adán de Edwards. El general se retorció, tratando de mover sus brazos, pero fue inútil.

“Kyle, la guerra terminó. Sólo dale un golpe, y podemos terminar todo hoy.” Ella quitó de un manotazo el cabello largo, húmedo y negro como la noche de sus ojos. “Kyle, tú no eres un asesino. La guerra terminó.”

“La guerra terminó.” El decirlo no le dio a Kyle la satisfacción que él pensó le daría al principio –al principio cuando la misión de la SDF-3 estaba reclutando; al principio antes de que él y Minmei y el resto hubiesen pasado por las llamas otra vez.

Pero era suficiente. Él se conformaría con eso. “La guerra terminó, General. Usted se pondrá de pie y ordenará a sus tropas rendirse. Haremos la paz con el Regente. Y luego todos iremos a casa, ¿cierto?”

La boca de Edwards se movió, pero no pudo hablar. Sin embargo él fue cuidadoso al inclinar la cabeza evidentemente, su cabello tirando contra el agarre de Kyle, al mirar a ese único nudillo que se proyectaba como un ariete. “Urr. Co-correcto.”

Kyle sonrió, inclinando la cabeza. ““El lobo debería habitará con el cordero.”” Él asió el frente de la chaqueta del uniforme de media gala de Edwards, listo para alzarlo.

““Y el leopardo debería acostarse con el niño.”” Kyle clavó su puño cerca de la cara de Edwards de nuevo. El puño se asemejaba a una pieza rugosa de hierro con una cubierta de piel zaparrastrosa encima. “Y todos vamos a vivir felices para siempre, ¿no es eso correcto?”

Edwards casi dijo algo, pero cambió de opinión. Él tragó, luego inclinó la cabeza. Kyle se inclinó hacia delante para ponerlo sobre

sus pies.

Hubo un forcejeo súbito detrás de él y Kyle giró rápidamente, levantándose. Los ojos de Edwards oscilaron en esa dirección al mismo tiempo, para ver a Adams yéndose a las manos con Minmei, el filo brillante de un cuchillo de combate reflejando la luz.

“¡Mátala! ¡Mátala!” Edwards gritó, no porque él pensara que Adams necesariamente seguiría órdenes, sino más bien porque ello mantendría a Lynn-Kyle distraído. No fue ninguna sorpresa que Kyle instintivamente saltase a la ayuda de Minmei. Edwards estaba buscando su arma, mientras pensaba, ¡Kyle debe saber que estoy armado! Porque...

Los ojos de Adams se abrieron ampliamente, el filo de su cuchillo extrayendo un hilo de sangre del cuello de Minmei. Kyle se le vino encima, imparable y casi demasiado rápido para verlo, con una fortaleza como algo salido de la Robotecnología.

Adams se sintió horriblemente herido y trató de manotear, pero no hubo nada que él pudiera hacer al respecto; él fue propulsado hacia una esquina, sangre de color rojo oscuro burbujeando en sus labios, sabiendo que sólo le quedaba unos cuantos momentos de vida. Minmei estaba a salvo, excepto por el corte somero en su garganta.

Kyle giró hacia Edwards, pero el general ya tenía su pistola de bolsillo en su mano. Eso no hizo ninguna diferencia; Kyle saltó sobre él de todos modos.

El arma era pequeña, sólo válida para dos disparos, pero gráficamente efectiva a corta distancia. Edwards le disparó a Kyle dos veces mientras él estaba en el aire; el cuerpo que aterrizó sobre el general estaba casi muerto.

Edwards quitó a Kyle de encima, mientras que Minmei vino al lado de su primo, se arrodilló, y quitó la melena negra y brillante de él de sobre sus ojos. Ella tomó la cabeza de él en su regazo tiernamente, mientras Edwards luchaba por recobrar su aliento y ponerse de pie.

Los párpados de Kyle temblaron. “Minmei...”

“Shh-hh.”

No había salvación para él; ella mantuvo su temblorosa mano en la barbilla de él, de modo que él no pudo ver la estructura fundida y

el revoltijo sangriento que era su pecho. Kyle tosió, “La guerra estaba casi terminada. Habíamos ganado.”

“Habíamos ganado.” Ella inclinó la cabeza. “Tú la ganaste por nosotros, Kyle.” Ella estuvo a punto de desmayarse, sosteniendo un cuerpo humano que estaba mitad abierto, pero encontró reservas de coraje en algún lugar que ella nunca antes había explorado, y le sonrió en vez de ello.

Hubo una pizca final y forzada de vida en él. “Dime que me amas, Minmei. Deja que eso sea lo último que oiga. Por favor.”

Otrora, ella hubiese actuado con renuencia para conceder aquello, pero ella había sufrido tanto desde que se unió a los Sentinels... parecía que las últimas palabras eran todo lo que ella sabía no más.

“Te amo, Lynn-Kyle. Ahora y para siempre.”

Minmei unió su boca a la de él, y sintió a Kyle volverse frío y morir. Ella lo sostuvo cerca, meciéndose al abrazar su cabeza, cantando con voz suave una corta canción de niños que él le había enseñado mil eones atrás.

Repentinamente sintió el asimiento de manos ensangrentadas, y Edwards la arrastró lejos del cadáver de Lynn-Kyle. Él estaba hablando en una unidad de comunicaciones pirata a través de su cara destrozada. “¡Reagrúpanse aquí! ¡Reagrúpanse aquí! ¡Lleven a cabo la extracción en esta ubicación al instante!”

Hubo un estallido de estática cuando alguien confirmó desde las unidades de asalto. Minmei sabía que ella aún era una prisionera y que Edwards aún podría triunfar, pero todo eso no tenía importancia para ella ahora.

Ya no soy una prisionera. Ahora tengo que jugar mi propio papel.

Ella miró alrededor de la habitación, y todo lo que ella vio parecía ser un arma afilada o una cachiporra. Edwards, todavía tratando de concertar un punto de reunión, repentinamente se preocupó cuando vio la sonrisa paulatina de Minmei.

Capítulo 22

Es extraño, que el “Loki” de la campaña de los Sentinels deba tener un tocayo tan renombrado en la historia científica de la Tierra. Pero el Humano Tesla inventó los sistemas polifásicos, las dinamos, los osciladores, y tanto más, mientras que no hay registro de su contraparte Invid que indique alguna contribución de éste –más allá de las abominaciones que ya son tan notorias.

Simon Kujawa, Contra Todos los Mundos: Una Biografía de Tesla el Infame

“¿Cuál es tu apuro, Jack?”

Karen trató de hacerlo sonar en broma, pero alguna de sus inquietudes se le escapó sin embargo. Jack se detuvo, allí en el pasillo del Ark Ángel, para enfrentarla.

“Tesla debe hablar con los líderes,” él dijo con una voz sin emoción. “Estoy haciendo los arreglos finales, y estoy muy apretado de tiempo, así que si no e importa–”

“¿Qué eres ahora, el mandadero de esa enorme babosa?” ella dijo despectivamente. “¿Te mantiene ocupado besándole sus pies? ¿Es por eso que tú y Gnea están encuevados en ese compartimento con él todo el tiempo?”

Tono equivocado, muchacha, ella se dijo. Pero ella no lo pudo evitar. Ella estaba enojada con él por evitarla, ella sospechaba de todo el tiempo que él estaba pasando junto a Señorita Amazona Adolescente, y estaba preocupada por lo que Tesla podría estar tramando. Y estaba enojada consigo misma por preocuparse tanto por Jack Baker.

Él tenía esa misma mirada distante y desapasionada que había estado llevando recientemente, estudiándola como si ella fuera algo en un portaobjetos de un microscopio. “Tú eres una idiota,” él dijo, y dio media vuelta y se marchó.

Ella combatió el impulso de seguirlo y ponerlo en coma. La violencia nunca resuelve nada a menos que tú vivas por casualidad en ciertas regiones de Nueva Jersey, como alguien –¿W. C. Fields?– lo dijera.

Había cierta seguridad leve en el hecho de que Tesla estaba a punto de hacer su largamente pospuesta aparición ante la élite de los Sentinels. Rick Hunter había decidido que él no iba a tolerar ningún pretexto más, y de hecho había estado en el proceso de organizar un contingente armado para traer a la rastra al Invid ante un tribunal de investigación –aún si ello significaba meter presos a Gnea y a Burak y a Jack Baker y dar al científico alienígena una probada de la picana eléctrica.

Pero Tesla ha transmitido un anuncio –que él tenía algo de suma importancia para exponer antes que el liderato se adelantase a todo eso. Había unas cien teorías diferentes acerca de lo que estaba a punto de suceder, y algunas de ellas eran terriblemente inquietantes.

Pero aparentemente Jack Baker no iba a aclarar nada. Karen Penn halló que ella había rizado sus manos en puños. ¿Idiota, huh? Ella fue tras él con toda la intención de derribarlo sobre sus nalgas.

Le sorprendió a ella casi tanto como lo hizo con Jack Baker cuando, agarrándolo del codo y haciéndolo girar sobre su talón, ella lo besó en lugar de zurrarlo. Ella colocó una mano detrás de la cabeza de él y la otra en su mejilla y se trabó asiduamente.

No era la primera vez que ellos se besaban, pero Karen hizo de ello algo que decía mucho más que el besuqueo amistoso/competitivo que ellos habían tenido ocasionalmente en el pasado. Ella supo entonces que Jack claramente no estaba en su estado normal; fue como besar a algún extraño inconvencional.

Pero luego el beso cambió, y por un momento Jack sintió fuertes sentimientos de su verdadera naturaleza y su propio arbitrio. Él colocó sus brazos alrededor de Karen y devolvió el besó, mientras asombrados miembros de la tripulación de varias especies les daban

un rodeo a los dos o se detenían para mirar con asombro. Unos cuantos silbaron y vitorearon y aplaudieron.

El bloqueo mental de Tesla se reafirmó, sin embargo, y Karen sintió a Jack abstraerse y volverse frío. Él la alejó a la longitud de los brazos, sus manos en los hombros de ella. El beso la había dejado sin aliento, pero él estaba detrás de alguna extraña barrera emocional otra vez. La interacción de sus rasgos le dijo a ella que estaba ocurriendo una lucha en alguna parte en su interior.

“Veamos sacártelo de encima, Jack,” ella le susurró, sus manos presionadas contra las mejillas de él. Él se liberó, tambaleándose un poco, y continuó su camino. Hubo unas cuantas risitas de los espectadores. Karen giró para enfrentar a los espectadores.

“¡Qué hace el manojito de ustedes parados aquí mirando de soslayo! ¿No tienen ustedes pervertidos sus propias vidas sexuales?”

Su temperamento era bien conocido. En cinco segundos ella tuvo el pasillo entero para ella sola.

¡Mi dios! ¡Quizá deberíamos dispararle en este momento, antes de que sea demasiado tarde! Ese fue el primer pensamiento de Rick Hunter cuando Tesla apareció ante el liderato de los Sentinels.

El científico era ahora tan alto como el Regente, pero más fuertemente semejante a la Regis. Él le recordó a Lisa de un maniquí de almacén o de una estatua antigua, su estructura corporal y su cara ahora estaban claramente definidas en conformidad con los rasgos humanos pero aún desprovisto de una identidad real.

Tesla tenía mantos hechos para él –por Baker y Gnea, Rick supuso; los dos estaban siguiendo todas sus indicaciones y cumpliendo todos sus requerimientos de manera alarmantemente ferviente estos días– mantos como los del mismísimo monarca Invid. Él hasta vestía el collar enjoyado que Lisa había fijado otrora alrededor de su garganta; pero ahora, Rick supuso, las cargas explosivas habían sido removidas. Tesla lucía... deiforme.

Lo que Rick no podía deducir era cómo el enorme gusano estaba

llevando a cabo todo esta evolución. Tenía que haber una técnica o una medicina o algo por el estilo, pero nadie tenía una pista en cuanto a lo que podría ser. Por supuesto, Burak y Jack y Gnea podrían saberlo, pero ellos estaban ahora en el campamento de Tesla, y no estaban hablando.

El Invid extendió sus enormes manos con cinco dedos y habló con su nueva boca con una voz piadosa. “Estoy aquí por una sola razón, mis amigos: para traer un fin a estas desafortunadas hostilidades entre sus razas y la mía. Propongo comenzar mi gran misión aliviando el sufrimiento y la opresión allí abajo en Spheris.”

“¿Y cómo hará eso?” Rem preguntó en tonos precisos, recortados. Más y más, él se descubría como un tipo de moderador entre los Sentinels, ya que tenía cierta imparcialidad diligente y una necesidad de reparar los daños causados por su especie.

Tesla levantó dramáticamente un simple y de apariencia humana dedo índice. “Los Invid eran una raza pacífica, desde tiempo inmemorables; no conocíamos el significado de la guerra hasta que nuestra Flor de la Vida nos fue robada.

“¡Podemos volver a nuestros estados pacíficos de nuevo! Para nosotros, sería como para los humanos regresar al jardín del Edén. Pero para que eso suceda, los viejos líderes deben llegar a su fin.”

Él se apresuró antes de que alguien pudiera poner una objeción. “Los cambios independientes yacen en el corazón de la psiquis Invid; esto es bien conocido. Esa es la forma de existencia que la Flor mandó para nosotros. Ahora, yo ya estoy más altamente evolucionado que el mismísimo Regente. Por lo tanto tengo la intención de ir a la guarnición en Spheris y ordenar a los oficiales e Inorgánicos allí bajar sus armas.”

“Así como así,” Lisa oyó a Janice Em murmurar. La persona artificial exhibía el aspecto de una hembra humana poco más o menos constantemente estos días, sin embargo algo de la fría lógica de androide conferida a ella por Lang había moldeado su personaje.

Tesla lo había escuchado. “Sí, Srta. Em, así como así. ¡Piense en las vidas liberadas y en el sufrimiento y en los daños de los que el mundo será librado!”

“¿Qué ocurrirá si no funciona?” Kami de Garuda dijo, inhalando por su máscara de respiración especial. “¿Qué ocurrirá si usted

falla?”

La cara de museo de cera de Tesla se volvió hacia él. “Entonces, prosigan con el plan de batalla que Teal y Baldan II están llevando a cabo. Y recuérdeme con la compasión de la que puedan prescindir, porque estaré muerto.”

Eso hizo hablar a las personas unas con otras, y Crysta, golpeando el mazo del que ella disponía como la actual presidenta del liderato, estuvo algún tiempo para imponer silencio.

“No confío en él,” Rick dijo por el costado de su boca a su esposa. Él estaba observando a Burak y a Gnea y a Jack Baker, quienes estaban de pie detrás de Tesla y daban todas los indicios de estar apoyándolo.

“Sea lo que sea que Baker y el resto hayan contraído, espero que no sea contagioso,” Lisa coincidió.

“¿Y cuáles son las alternativas?” Tesla avanzó con firmeza. “¿Luchar la batalla y sufrir las bajas que habían planeado de cualquier modo? ¡Denme una oportunidad para compensar por lo que los míos han hecho! ¡Es todo lo que les pido! ¡Esta aún puede ser una galaxia de paz y mutuo entendimiento!”

Ni un ojo seco en casa, Rick pensó agriamente, sintiendo que camino seguiría la votación.

En cuanto a Tesla, él sintió un calor esparciéndose dentro de él al sentir la victoria. ¿Cómo iba la línea de esa historia humana? ¡No me arrojes en el pequeño sembrado de zarza!

O en este caso, en el medio de una guarnición Inorgánica que él podía comandar. En un jardín de Protocultura donde nuevas variedades del Fruto de la Flor de la Vida esperaban para apresurar la evolución sin precedentes de Tesla. En una base de poderío militar desde la cual él lanzaría su campaña para dominar el universo entero.

Una vez, una era atrás, dándose cuenta que la estrella de él estaba ganando fama, la Regis le había preguntado, “Tesla, ¿por qué eres tan perverso?”

Y él había contestado con un aburrido bostezo mental, “Señora, sólo los intelectos mediocres pueden soportar el tedio de ser dios.”

Contactados en la profundidad dentro de Spheris, Baldan II y su pueblo concordaron intentar el plan de Tesla. La carnicería que había acompañado las batallas previas con el Invid era bien conocida ahora, y cualquier idea que pudiera prevenir tal ruina en Spheris valía la pena probarla.

Teal tuvo recelos de ello, sin embargo; una vez aquietados de que otros llevarían a cabo la lucha por ellos, podría ser difícil o imposible que los Spherisianos trabajasen en un modo luchador otra vez.

Los proyectores corniformes de energía de los Odeon vertieron chorros de descargas ardientes hacia él, pero el Hovertank de Wolff giró apartándose, disparando una salva desde su propia arma principal masiva.

Los Inorgánicos se levantaron como una candela romana cuando el resto del Wolff Pack siguió a su comandante, combatiendo su paso a través de la resuelta resistencia Invid hacia el edificio del cuartel general de la REF.

Los Hovertanks estaban logrando sólo el progreso más lento; los Inorgánicos estaban siendo increíblemente obstinados. Tenía algo que ver con el control de Edwards sobre ellos y el fervor militar del hombre, Wolff conjeturó. Los Inorgánicos parecieron haberse paralizado por unos cuantos momentos un rato atrás, y Wolff pensó por unos cuantos segundos que el general estaba muerto, pero los mecha alienígenas se habían despabilado a sí mismos y zambullido en la batalla una vez más.

Cuando el asalto Invid empezó, el primer impulso de Wolff había sido hacer descender sus Hover en las catacumbas debajo del Royal Hall, donde el Cerebro que los activaba flotaba en su cuba. Pero aún antes de que el Wolff Pack pudiera conseguir organizarse para el asalto, los Inorgánicos habían establecido posiciones defensivas casi inexpugnables en las catacumbas. Los detectores

indicaban que algo grande, envolviendo una gran cantidad de Protocultura, estaba ocurriendo allí abajo, pero nadie podía imaginarse qué.

Ya que Edwards no podía dejar la Computadora Viviente atrás sin perder la mayor parte de su fuerza de lucha, Wolff dedujo que se estaban llevando a cabo preparaciones para moverlo. Pero lo que sea que se estuviese haciendo, no era ningún impedimento para las capacidades de combate de los Inorgánicos.

Edwards y un parte principal de su fuerza se habían abierto paso hacia el edificio del cuartel general. Jonathan Wolff y la mayoría de sus mechas disponibles fueron en su persecución. Entretanto llegó la noticia del secuestro del crucero SDF-7; Wolff sabía que había poco tiempo.

Gran parte del triunfo de los Hovertanks era debido, puro y simplemente, a la determinación testaruda del coronel de llegar al cuartel general. Sólo podía haber una razón por la que Edwards demoraría su escape y desviaría a sus tropas del modo en que lo estaba haciendo: Minmei. Aunque Edwards había declarado al consejo que él no tenía idea del paradero de ella, Jonathan Wolff nunca lo creyó ni por un instante.

Adoptando la configuración de Tanque, Battloid, y Gladiator de acuerdo con sus instrucciones y su despliegue de ellos, sus fuerzas blindadas se abrieron paso golpeando con fuerza acercándose más y más al cuartel general. Los Inorgánicos les estaban haciendo pagar por cada metro de suelo que ellos ganaban a lo largo de las autopistas elevadas y los amplios y rectos bulevares. Afortunadamente, tres cuartos completos de los despertados mechas enemigos estaban inmovilizados en la pelea en el Royal Hall o habían sido atacados por otros guerreros de la REF y de los Sentinels humanos.

Los refuerzos desde la SDF-3 y desde otra parte de Tirol estarían llegando en cualquier momento, sin embargo, y los Inorgánicos tendrían la ventaja numérica por otra crítica media hora más o menos todavía. Wolff estaba denodado, sin embargo: la clave para la victoria no yacía en el puro agotamiento de la florida batalla, sino más bien en golpear la cabeza del monstruo –literalmente. Matando a Edwards.

Pero el itinerario de Wolff cambió cuando la voz de Exedore apareció por la red de comunicaciones táctica. “¡Coronel! ¡Tenemos Terror Weapons Invid despegando desde el Royal Hall! ¡Algunas están dirigiéndose a un encuentro inmediato con la SDF-7, pero otras van en su dirección!”

Así que, ése era el otro as de reserva de Edwards. El Regente había dejado más que sólo tropas y la Computadora Viviente atrás en su prisa por abandonar Tirol. El Cerebro Invid ya estaba indudablemente en camino a la seguridad.

Mientras Wolff estaba recibiendo la mala noticia, los Inorgánicos comenzaron a romper el contacto, regresando a las posiciones defensivas, esperando la evacuación. Pronto, el camino al cuartel general estuvo libre, pero el propio edificio estaba lleno de mechas alienígenas bípedos proporcionando fuego asesino y concentrado.

En un minuto, dos de las bizarras naves de desembarco Invid estaban descendiendo hacia el techo, acompañadas por pilotos de escaramuza. Con su superioridad de fuego incrementada, las naves enemigas hicieron retroceder a los pocos VTs que los humanos aún tenían en el aire. Los Inorgánicos pronto estaban embarcándose para su escape.

Wolff vio que no había manera de que sus fuerzas pudieran detenerlos. Él conmutó a la frecuencia de comando de Edwards y transmitió claramente. “¡Esto no lo termina, General! ¡Iré tras usted! ¿Me oye?”

Inesperadamente, la estática del tráfico codificado en línea se rompió, y la cara de Edwards apareció en una pantalla en el tablero de instrumentos del tanque. Él lucía como si hubiese estado en una pelea de puños, pero aparentemente había salido ganador, porque él aún radiaba ese aire cínico y superior suyo. Wolff pudo ver por el trasfondo que Edwards ya estaba a bordo de una nave Terror.

“Está bien para mí, Coronel. Tuvo suerte de que yo estuviese muy apresurado para acabarlo allí en Royal Hall. Aún tengo una cuenta que saldar con usted.”

“Pero hasta que nos encontremos de nuevo, aquí hay alguien más a quien usted podría querer decir adiós.” La cámara se movió hacia atrás, y Wolff blasfemó impotentemente.

Minmei estaba allí, catatónicos ojos de mirada vidriosa. Wolff

susurró su nombre.

“¿Por qué, Minmei!” Edwards le sonrió a ella. “¿No le dirás al malvado de Wolff cuánto lo amas? Él por fin ha vuelto a casa para rescatarte, después de todo.”

Ella levantó la vista hacia la pantalla en la nave de desembarco que mostraba la cara de Wolff. “¿Amarlo? El hombre al que amo está muerto.”

“¡Minmei, no digas eso! Sólo resiste; te salvaré, Juro que—”

“No quiero nada que tengas para ofrecer, Jonathan. El hombre al que amaré para siempre está muerto.”

Ella quería estar con Edwards así ella podría matarlo tan pronto como tuviese la oportunidad, no de vuelta en la compañía del coronel quien la había abandonado —como ella contemplaba ahora con fijeza su partida con los Sentinels— después de que ella le había rogado que no se fuera. No había nada que Jonathan Wolff pudiera hacer por ella nunca más.

Pero había una cosa que ella podía hacer, para quitarse parte del peso en su conciencia y dar salida a la amargura que ella sentía hacia el mundo entero a raíz de la muerte de Lynn-Kyle. Ella podía hacer el rompimiento claro y final.

“¿Por qué no regresa con sus camaradas Sentinels, Coronel?” ella dijo, estrechando sus ojos hacia él. “O mejor todavía, ¿por qué no regresa a su casa con su esposa y los niños? ¡Recuérdelos, cerdo traicionero!” Ella extendió su brazo y rompió la conexión.

Edwards se regocijó con este súbito giro de la suerte. Él había esperado que la confusión mental y el pesar de Minmei la haría rechazar Wolff —él no había tenido nada que perder dejando a ella y al coronel hablar mutuamente otra vez. ¡Pero esto era simplemente maravilloso! Él se comprometió a que haría que Minmei lo amase, como él lo había hecho una vez otrora. Ella lo aceptaría a su tiempo.

Las naves de desembarco se estaban levantando sobre Tiresia, dejando caer fuego sofocante para mantener abajo las cabezas de la REF. La nave estelar secuestrada estaba suspendida en órbita baja para la recuperación, sus bahías abiertas.

Por supuesto, era una tragedia que Lang no hubiese instalado el nuevo dispositivo de transposición espacial en la nave estelar

robada todavía; de otra manera, Edwards habría tenido su boleto de regreso a la Tierra, y un ejército leal a sus espaldas.

Ningún lamento hasta ahora. Los oficiales Ghost a bordo de la nave estaban preguntando nerviosamente qué curso debían establecer, para estar listos para la inmediata partida.

“Optera,” el general respondió brevemente, y rompió la conexión. El Regente ya había sido de utilidad, pero eso no era nada comparado con cuán útil él estaba a punto de volverse para los sueños de conquista de Edwards.

Capítulo 23

En resumen, es importante tener presente cómo la organización “insecto social” de los Invid los vuelve inmunes a ciertos ardides político militares. Entre las cosas que NO PODEMOS hacer al Invid están:

- 1) Desbaratar su (inexistente) sistema monetario*
- 2) Establecer una organización clandestina subversiva o resistencia*
- 3) Causar fricción racial o religiosa*
- 4) Emplear técnicas de propaganda*
- 5) Insertar agentes dobles*
- 6) Subvertirlos con cosas como riqueza material, libertad, literatura erótica, o béisbol.*
- 7) Apelar a su mejor naturaleza*

*de Opciones Limitadas: La Guerra y la Infraestructura
Invid, expuesto al Grupo de Estudios Estratégicos de la
REF por el Dr. Boscoe Highwater*

Lron, Rick Hunter y otros señalaron que a raíz del artificio que Tesla había usado contra la guarnición Invid en Karbarra en el ataque de los Sentinels en ese mundo, no era muy probable que el enemigo en Spheris desenrollara la alfombra roja para él.

“Ese incidente no será de ninguna importancia aquí, porque estoy Evolucionado,” Tesla dijo grandiosamente. “Nada que ustedes Mortales puedan comprender, pero fiense de mi palabra: los míos reconocerán mi derecho divino para comandar.”

Una cosa a su favor era el hecho de que Gnea y Jack Baker creían tan fuertemente que Tesla podía lograr lo que estaba prometiendo. Pero Rick tenía sus propias sospechas sobre los dos;

ambos estaban demasiado deseosos en sus actitudes, demasiado listos para respaldar al Invid.

Otro inquietante factor era Burak. El Perytoniano había concebido un tipo de celos hacia Jack y Gnea –un aire de propiedad concerniente a Tesla. Él también estaba actuando más y más mesiánico, como si Tesla fuera contagioso.

Pero no había ningún descarrilamiento del plan de Tesla ahora. El liderato había coincidido con él y los Spherisianos estaban demandando que al menos sea intentado, con la esperanza de que impediría una inútil carnicería y daños en su mundo.

Más desacuerdo se había levantado en cuanto a cómo Tesla debía hacer efectivamente su aparición en Spheris. Descensos de combate e inserciones de comandos producirían un efecto incorrecto, él insistió. Finalmente, Veidt lo hizo bajar en una de las naves Haydonitas de forma de cono, con Burak, Jack, y Gnea actuando como comitiva y seguridad.

Por la insistencia de Lisa, la pechera enjoyada de Tesla había sido cableada con explosivos nuevamente, para impedir cualquier traición. Jack Baker cargaba un interruptor de disparo, y había otro en el puente del Ark Ángel, el cual todavía permanecía oculto de la detección del enemigo.

Al aproximarse, Tesla consideró poner a Veidt bajo su control mental, también. Pero los poderes mentales del Haydonita eran fuertes, y Tesla necesitaría todo el poder disponible para hacerse cargo de la guarnición allí abajo. Él por lo tanto se conformó con ocultar su dominación sobre Baker y los otros.

Al descender la nave, la delgada atmósfera comenzó a abofetearlo ligeramente. Spheris se presentaba debajo como una esfera soberbia, cargada de piedras preciosas y envuelta en el algodón de las nubes. El deslumbramiento de aquella era intenso; Humano, Praxiana, y Perytoniano llevaban puestas viseras de sol, como la mayoría de los Sentinels tendría que hacer en Spheris durante las horas de luz de día.

Los pasajeros cambiaron de lugar sus pies sobre la gruesa y elástica almohadilla que alfombraba el compartimento de pasajeros. “¿Qué si ellos abren fuego?” Veidt preguntó calmadamente.

“Ellos no abrirán fuego,” Tesla replicó hábilmente. “Así lo he

dispuesto.” Jack y Gnea sonrieron uno a otro conspiradoramente. Burak los mire con cólera.

La superficie se aproximaba. Una ciudad brillante aparecía debajo, como una obra maestra de cristal de Murano. Tesla, asomándose sobre los otros, ordenó que se establecieran los enlaces de comunicaciones, y el instrumental de Veidt lo hizo instantáneamente.

“¡Hordas leales de la raza Invid! ¡Escuchen mi voz, una voz que ustedes conocen!” Muchas figuras en la ciudad parecieron helarse, mirando hacia arriba. Jack pudo divisar Inorgánicos, Enforcers, y Hellcats.

Cuando Tesla lo ordenó, Veidt hizo bajar la nave en una plataforma de aterrizaje cerca de la colmena principal de la guarnición, una megaestructura fuera de lugar entre la delicada belleza de la ciudad. Tesla emergió radiando un aura de colores del arco iris, y los Invid allí permanecieron inmóviles.

“Vengo a salvarlos de la contienda sin objeto y de la privación de su largo exilio. Por mucho tiempo los Invid han combatido guerras por ninguna razón; por mucho tiempo ustedes vagaron en busca de un nuevo Jardín de la Flor de la Vida. Vengo a guiarlos—”

Él extendió sus brazos ampliamente, tan alto como un árbol, magnífico en su vestimenta y centelleante collar. “—al Paraíso!”

La ciudad parecía resonar con un sonido reverente y mudo que los Invid hacían al unísono. Los mechas inclinaron sus cabezas o se arrodillaron sobre una rodilla, sosteniendo los puños y las armas en alto para saludarlo. Los Hellcat rugieron su reverencia, haciendo tocar las frentes el pavimento de alto brillo.

Era como Tesla lo había previsto. El cerebro que controlaba la guarnición del planeta era de menor poder y él se las había arreglado para subvertir su autoridad a través de su evolucionada fuerza mental. Él transmitió un impulso mental, expresándolo en voz alta también.

“¡Vengan a mí, mis niños! ¡Reúnanse y rindan homenaje, así yo los podré ver y ustedes podrán escuchar mis órdenes, para prepararse para su gozosa nueva vida en una nueva Optera!”

Las cosas comenzaron a dirigirse hacia él desde la colmena y desde toda la ciudad. “Tan pronto como hayamos asegurado la

ciudad,” Tesla dijo, “procederemos al orquidiario de Protocultura en la colmena y aseguraremos el Fruto local de la Flor.”

Los Invid ya estaban reuniéndose debajo de la plataforma de aterrizaje, un lago agitado de ellos prometiendo convertirse en un océano. Ellos lucían inusuales por cuanto estaban armados no con las armas de Protocultura usuales, sino más bien con dispositivos químicos y proyectantes. Los Invid, también, valoraban Spheris – principalmente por su producción de fluido nutriente sin igual– y no tenían deseo de infligirle daños innecesarios.

Veidt se opuso. “No había nada en el plan acerca de usted ingiriendo el Fruto de la Flor. ¡Apéguese a lo convenido, o notifico a los Sentinels!”

Tesla no respondió, ocupado complaciéndose en la gloria cuando la multitud Invid comenzó a aclamarlo con sonidos no humanos. Veidt giró hacia Gnea. “¡Detenganlo! ¡Él nos está traicionando, lo puedo sentir ahora!”

Pero ella sólo le otorgó una sonrisa siniestra. Veidt giró hacia los tableros de control de su nave, enviándoles señales mentales. Un dispositivo de comunicación se encendió, preparándose para enviar la advertencia de Veidt al Ark Ángel.

Gnea apuntó su pistola de asalto Badger hacia aquel e hizo volar el aparato; las balas explosivas eran poco más o menos tan buenas como las descargas de Protocultura para un trabajo como ese. Luego ella disparó al resto de los controles, inhabilitando la nave. Jack y Burak no parecieron darse cuenta, mostrando la misma adoración por Tesla que mostraban los Inorgánicos.

Tesla estaba radiante en su triunfo, pero el momento fue de breve vida. Una nave Terror arrojó su sombra a través de la escena. Tesla gritó una maldición; el Cerebro no era tan débil que no podía emplear influencia propia.

La nave de desembarco aterrizó cerca y sus rampas de aterrizaje descendieron. Oficiales emergieron por docenas, liderando tropas cuya lealtad Tesla no pudo doblegar a su voluntad. Él ya estaba extendido a sus límites con las muchas de las que se había hecho cargo, y además encontró que los Oficiales más altamente evolucionados postulaban demasiada resistencia hacia el subyugado.

Ya que Gnea había destruido la nave, su vía de retirada estaba cortada, pero eso importaba poco. Tesla no había venido a Spheris para retirarse o ser batido. Él aún tenía a la mayoría de la guarnición de la ciudad –la mayor parte del complemento de los Invid del planeta entero– bajo su dominio. Él transmitió la orden a su leal ejército, “¡Maten a los infieles! ¡Abátanlos! ¡En el nombre – de Tesla!”

Ellos giraron para hacer precisamente eso, las dos oleadas de mechas cerrándose una sobre la otra. Tesla prescindió de un momento para decir bruscamente, “¡Baker! ¡Burak! ¡Vayan, y tráiganme el Fruto al instante! ¡Gnea, vigila a Veidt!”

Los dos machos partieron corriendo, en un curso tortuoso, guiados por sus direcciones no habladas. Veidt miró a Gnea y supo que era inútil tratar de razonar con ella. En cuanto a Tesla, los poderes ahora desenmascarados del científico eran asombrosos, suficientemente fuertes para resistir cualquier cosa que Veidt pudiese tomar contra ellos.

Desvalido, Veidt observó con Tesla y Gnea cuando Invids se trabaron en combate mortal con Invids.

“Hay una batalla de en gran escala allí abajo, Capitán,” un miembro de la tripulación del puente dijo a Lisa. “Es un tipo de guerra civil Invid, aparentemente.”

Lisa había esperado más que a medias que ello pudiera ser algún signo de traición de Tesla, especialmente después de que el contacto con la nave de Veidt se perdió. Eso le daría a ella toda la justificación que necesitaba para presionar el interruptor y disparar la carga en el collar de Tesla y volar su condenada cabeza.

“Supongo que Tesla no puede engañar a todos los Invid todo el tiempo,” Rick meditó. “Diré esto a su favor, sin embargo: él ha creado una diversión.”

“Pero no sabemos cuánto tiempo durará,” Bela dijo, los puños plantados en la ceñida cintura. “¡El tiempo para moverse es ahora!”

El liderato llegó a un fallo rápido; Rick pudo ver que su otrora

precavida esposa estaba ahora de acuerdo con la manera de pensar de la amazona. Las órdenes fueron dadas para que las operaciones de descenso de combate empezasen.

Tal vez las armas convencionales con las que los Inorgánicos en Spheris se habían armado no podían producir los efectos de rasgado del planeta que los armas de fuego de Protocultura podían provocar, pero la ruina que ellas esparcían en la magnífica ciudad capital de Beroth era bastante pasmosa. Granadas explosivas, cohetes perforantes de armaduras, y la propia fortaleza bruta de los mecha destrozaban edificios y esculturas, columnas majestuosas y pilones de iluminación. Los Inorgánicos se aporreaban y se disparaban y se desmembraban unos a otros por la ciudad.

Jack y Burak encontraron que los combatientes no estaban interesados en ellos en absoluto, pero eso no quería decir que estaban a salvo. Un disparo perdido de un Scrim o un pie de un Odeon luchando los mataría tan muertos como un proyectil bien acertado. Siguiendo la guía silenciosa de Tesla, ellos escogieron con cuidado su camino a través de la locura hacia la colmena. Ellos no tenían idea de cómo distinguir entre los partidarios del Cerebro local y la facción de Tesla, pero obviamente los Inorgánicos sí.

En un momento ellos casi fueron cortados en tiras por una pared destrozada que cayó como una cascada de agujas y navajas, cuchillos y hojas de guillotinas. Segundos más tarde, ellos alcanzaron a cubrirse antes que una ojiva de combate termal hiciera explosión en medio de un racimo de Crann. Dos Hellcats, tratando de despedazarse mutuamente, rodaron desde una explanada más alta y casi los aplastaron.

Pero ellos corrieron sin pausa y en perfecta cooperación, porque ésa era la voluntad de Tesla. En la entrada de la colmena, Burak guió el camino, estando más familiarizado con el esquema de tales lugares.

Allí, también, el Invid parecía estar distraído hasta el punto de total descuido –al menos en cuanto a intrusos no Invid concernía. El

par se abrió paso a través de las sombras, mientras los refuerzos iban triturando de arriba abajo los pasillos. Dirigidos por el asimiento de Tesla sobre ellos, ellos llegaron finalmente al lugar donde la Flor de la Vida había producido su cargamento.

Aquí, también, el Fruto había aparecido sólo recientemente, hasta tal grado que aún no estaba bastante maduro. Por lo tanto, no había sido cosechado aún para el embarque a Optera. Tesla tomó eso como otro signo de que él, no el Regente, estaba destinado a gobernar su especie y el universo.

“Los Invid están decidiendo peleando efectivamente, señor,” Karen reportó a Rick por la red de comando, “¡pero no hay manera de notar quién es quién!”

Ella completó su pasada cerrada en el VT Logan en modo Guerrero, serpenteando entre disparos extraviados y otros deliberados, misiles y cañoneos automáticos, que dibujaban líneas por el cielo alrededor de ella.

“Sugiero que retrase el descenso, lo repito, retrase el descenso, hasta que podamos deducir qué está sucediendo.”

“Entendido.” En el centro de información táctica del Ark Ángel, Rick conmutó a su enlace con Lisa que estaba en el puente. “¿Lo oíste?”

“Recibido.” Ella movió la nave a una configuración de espera, mientras era sacudida por la atmósfera. En los puntos de reunión, cientos de tropas maldijeron por la demora y se preguntaron qué estaba mal; la espera, los veteranos sabían, a veces podía ser la peor parte de todo.

Karen hizo virar su VT y pasó a configuración Guardián para otra pasada. Ella finalmente divisó su objetivo. “¡He avistado a Tesla! ¡A Gnea y a Veidt, también, pero no veo a Burak o a Jack!” ella sintió a su corazón irse a pique dentro de ella.

Precisamente entonces la voz de Gnea apareció por la red. “¡Atención, Karen! Jack y Burak están dentro de la colmena Invid, robando un, um, arma especial que Tesla dice puede ganar la

batalla. Recógelos en la intersección principal al sur de la colmena; Jack tendrá su equipo de comunicaciones regulado en una señal de guía.

“Notifícate también de que: Tesla instruirá a sus tropas a emitir señales centelleantes con sus sensores ópticos. Repito, tropas con señales centelleantes son amistosas.”

“Mensaje recibido,” Karen dijo. Ella retransmitió la información a Lisa mientras su VT se alejaba con ímpetu por el cielo, los propulsores bramando, para recuperar a Jack y a Burak.

Debajo de ella, Tesla quitó su concentración de la batalla por un instante para decirle a Gnea, “Bien hecho.”

Cuanto más rápido el Fruto fuese traído a él, mejor. Y, el tener un Veritech a su disposición mejoraría su situación, también.

Esta vez, el Fruto era tan amarillo como un girasol y crecía en una forma que era casi una pirámide perfecta.

Jack y Burak habían arropado bien tantas como pudieron en sus chaquetas, y salieron furtivamente de la colmena otra vez, como ratones incursionistas entre los gigantescos Inorgánicos apresurados.

En un punto, ellos se sintieron desorientados cuando Tesla se preguntó si no valdría la pena enviarlos en un ataque suicida hacia el Cerebro. Pero el momento pasó cuando el científico se dio cuenta de que el Cerebro estaría por lejos muy bien protegido para dos humanoides ligeramente armados. Además, él debía tener el Fruto, antes de que algo le sucediera.

Cuando ellos alcanzaron la intersección, Jack, por orden de Tesla, reguló la señal de guía. Él y Burak se alistaron a poner el resto del plano en marcha.

Cayendo en ángulo abrupto en una estela turbulenta de fuego de

propulsores, Karen no pudo ver ningún signo de Jack o Burak. Y sin embargo, ella estaba recibiendo una señal fuerte del equipo de comunicaciones.

El único edificio todavía de pie en el área era una estructura de apariencia robusta evocando un búnker de ópalo pulido. Karen verificó sus instrumentos; la señal venía de allí. Sus entradas eran muy pequeñas para un Battloid.

La voz de Jack apareció por la red. “Karen, entre aquí y ayúdame con Burak; recibió un golpe duro.”

La lucha se había trasladado del área, pero ella aún consideraba la propuesta de Jack dudosa. “¿No lo puedes traer a la entrada? Lo puedo recoger con la mano del Battloid.”

Jack sonó débil y cansado. “¡Maldita seas, es todo lo que puedo hacer para mantenerlo en una pieza! Y yo mismo recibí un golpe o dos.”

Karen imaginó la mechamorfosis, y el VT, de vuelta en forma de Guardián, se arrodilló con su radomo casi tocando el suelo. Ella estuvo fuera de la cabina y corriendo en otro segundo o dos, el arma portátil desenfundada. Ella ingresó al interior oscuro, pronunciando el nombre de él.

Algo la golpeó por detrás, y lo próximo que ella supo fue que, Jack y Burak la estaban vigilando con revólveres desenfundados.

Capítulo 24

He sido acusado de sobre romantizar ciertos aspectos de los eventos de aquel día. Quizá así sea, y si ése es el tipo de cosas que te fastidia, entonces no prosigas leyendo.

Lo que deberías hacer para mantenerte ocupado, entonces, es asegurarte de probar la zapatilla de cristal en cada pie adecuado que viene hacia ti. Podrías cambiar de opinión –o tu suerte.

Jack Baker, Ascendentemente Móvil

Resplandeciendo incorpóreo por las autopistas cristalinas, Baldan II imploraba a su gente.

“¡Ahora sabemos que medios debemos atacar! ¡Las tropas de Tesla y hasta los Sentinels podrían no ser suficientes! ¡Debemos ayudarlos!”

Pero en todas partes era lo mismo. “Estamos a salvo aquí en el seno de Spheris. ¡Deja a los extramundanos combatir sus propias batallas!”

El valor que él había puesto dentro de ellos se había ido de nuevo, ahora que alguien parecía listo a entregar la paz y la libertad Spherisianas en una bandeja. Baldan rumió, y se preguntó si tal regalo podría alguna vez gozar de confianza, y cuánto daño haría a Spheris a la larga.

Teal le habló a él a través del medio mineral. “¿Qué haremos? Baldan, si tú quieres pelear, yo estoy contigo.”

“Hay una cosa que podemos hacer,” él dijo. Reorientando su mente-espíritu por nuevos vectores, él se dirigió hacia Beroth. Teal ascendió después.

Karen sabía que su casco de vuelo la había salvado de ser asesinada; por las posiciones de los dos mientras la miraban de pie, ella supuso que Burak había dado el golpe.

Ella trató de moverse y se dio cuenta de que estaba atada con sus propios arneses de vuelo y los arneses de los uniformes de ellos.

Burak estaba enfundando la pistola caída de ella en su cinturón. “Iré por el Fruto. Asegúrate de que ella esté bien asegurada. Y no olvides traer su casco.”

Jack removió el casco, pero luego permaneció de pie mirándola vacilantemente, pesando su Badger. “Jack, Tesla te está haciendo hacer esto, ¿no es así? ¡Jack, no lo escuches! Detente y piensa en lo que estás haciendo, antes de que—”

“¡Silencio!” Burak estaba de regreso. “Agradece que el Omnipotente Tesla nos ordenó perdonarte, o—”

Entonces su expresión se puso un poco vaga, al igual que la de Jack, mientras ambos escuchaban algo que ella no podía oír. Burak la miró con una sonrisa diabólica, sus cuernos proyectados en silueta contra la entrada.

“Parece que no es indispensable después de todo, Penn.” Él se volvió hacia Jack. “Mátala, mientras cargo el Fruto.” Burak no tenía escrúpulos sobre matar Karen —no bajo la coacción de Tesla. Pero él estaba mucho más preocupado en que el Fruto esté en su tenencia, dándole cierta influencia mínima con el Invid.

“Jack, no hagas esto,” ella susurró.

Él sostuvo su pistola como un hombre en un trance. Su frente estaba cubierta con riachuelos de sudor. Enganchando sus manos en las ataduras de ella, él la comenzó a levantar. Una parte de él sentía que simplemente no podía dejar el cuerpo de ella allí; que él lo debía mover más hacia dentro de la oscuridad para ocultar su terrible crimen. Otra parte simplemente quería levantarla y llevársela lejos —lejos del peligro.

Los movimientos de lucha cuerpo a cuerpo de ella estaban limitados severamente: los tobillos y las rodillas estaban atados juntos, sus amarradas detrás de ella en los codos y las muñecas. Pero cuando él la levantó, ella hizo su movida; no tenía nada que

ver con dejarlo inconsciente de un golpe.

Al tambalearse contra él, ella lo sujetó entre la pared y ella misma, colocando su boca en la de él. La torpeza tipo zombie de él se le fue, y luego de un instante de sorpresa, él la besó, los brazos yendo alrededor de ella, sosteniéndola. Él enterró sus dedos en el cabello de ella y la abrazó estrechamente. El tiempo se detuvo para ambos.

“¿Qué están haciendo?” los pasos de Burak hicieron tictac en el piso.

Jack sólo pudo soltarla y girar para ir por su arma en una competencia desesperada. Karen metió su barbilla hacia dentro y logró evitar romperse su cabeza al caerse hacia atrás en una caída dolorosa.

Jack no tuvo tiempo de desenfundar su pistola, porque Burak estaba prácticamente encima de él, sin embargo una de las manos inquisitivas del hombre tropezó soltando la correa de retención que sostenía su equipo de comunicaciones en su bolsa. Pero él se las arregló para asir la muñeca de Burak y le dio una torcedura hábil, enviando el arma de mano del Perytoniano rebotando a través del piso. Luego Jack lo golpeó con un golpe cruzado derecho, enviándolo tambaleándose contra la pared.

Tesla sintió lo que estaba sucediendo y se esforzó para reafirmar su dominación sobre Jack, enviándole un sobresalto mental al momento que iba a irse a las manos con Burak. Jack de algún modo soportó el ataque, pero perdió el equilibrio.

Al terminar con la defensa torpe de Jack, Burak usó un ataque instintivo, uno que los Sentinels no habían visto de un Perytoniano aún, y uno que Jack no buscaría. Antes que usar las manos o los pies, Burak fingió, luego bajó su cabeza y acorneó a Jack Baker.

Los largos, puntiagudos como dardos y ahusados cuernos rasgaron la dura tela del uniforme del hombre y la carne y músculo, abriendo canales gemelos a través de su parte central. Un cuerno dio con una costilla, y Burak perdió el equilibrio. Jack logró asestar un martillazo en la base del cuello de Burak con su puño, pero el Perytoniano lo alzó de sus pies y lo dejó caer como un toro cogiendo a un matador.

Al caer Jack, Burak miró a su alrededor aturdidamente por su

arma. Pero una andanada de un Badger lo hizo agacharse repentinamente, y corrió locamente hacia la entrada del búnker. Karen disparó de nuevo, pero sin manera de apuntar, ella fue afortunada en coser una línea de tiros a través del techo.

¡Por suerte no me volé mi propio y joven trasero! ella se dijo.

Según parece, ella había logrado por medio de algún milagro serpear hasta el arma de Burak, girando sobre ella de espaldas para tomarla.

Al huir Burak, él pateó algo que se deslizó con saltitos rápidos delante de él. Instintivamente él lo recogió mientras corría, apenas rompiendo la zancada: el equipo de comunicaciones de Jack, el que se había perdido rebotando en la lucha.

Karen disparó otra andanada más a ciegas, luego dejó a Burak irse y puso la Badger a un costado. Ella volvió a trabajar en las ataduras temporales. Para cuando ella había desatado sus muñecas un poco, el ruido sordo de su VT ascendiendo sacudió el aire.

Burak no tenía el casco de vuelo, pero con suerte y un poco de destreza él pudo regresar hacia Tesla usando meros controles manuales.

Otras manos, resbaladizas de sangre, torpemente buscaron ayudar a Karen a liberarse. En segundos ella estaba arrodillada al lado de Jack, y él enrollado de espaldas al piso. El corneado había sido salvaje, y él estaba perdiendo sangre rápidamente. Pero ella pudo ver que él se había librado de la influencia de Tesla.

Ella miró a su alrededor por su casco de vuelo para solicitar una evacuación médica pero lo vio hecho trizas, una víctima inadvertida de una de sus propias andanadas no apuntadas.

Jack logró ofrecer una traza apagada de una de esas sonrisas exasperantes. “¿No se suponía que el Príncipe Encantando despertaría a la Bella Durmiente con el beso? ¿Penn, no puedes hacer nada bien?”

Armados con todo el armamento de no Protocultura que ellos habían podido reunir, los Sentinels descendieron en Beroth para

colocarse del lado del maldito Invid.

Si el Cerebro hubiese sido más tortuoso, hubiese hecho a sus tropas imitar las señales estroboscópicas de Tesla y confundir las cosas de nuevo. Pero, un organismo envejecido y algo anticuado, sólo practicó lo estándar, tácticas brutas de guerra Invid.

Los Sentinels habían entrado armados con todo desde rifles neumáticos Karbarrianos hasta hondas Garudianas, pero la mayoría cargaba armas de no Protocultura de estilo de la REF. Hasta las Praxianas habían dejado de lado sus lanzas y espadas y lanza dardos gustosamente por pistolas ametralladoras cargadas con balas explosivas, ametralladoras de calibre grueso que disparaban rondas con casquillos desechables, y rifles de retroceso amortiguado portátiles.

También había morteros, lanzallamas, cosas Garudianas que arrojaban a chorros ácido molecular, sopletes, y mucho más. Los VTs y los pocos Hover tanks restantes no podían usar armas a Protocultura tampoco, por supuesto, pero sólo había habido tiempo para retroajustar unos cuantos de ellos con cañones automáticos de estilo antiguo y porta cohetes. Sin embargo, aún careciendo de armas de fuego, un mecha de varias toneladas tirando puñetazos blindados o blandiendo una maza de superaleación tan larga como una lanza suplente podía hacer mucho daño.

Era fácil separar al amigo del enemigo; los ojos ciclópeos de los nuevos súbditos de Tesla destellaban brillantemente. Los Sentinels se lanzaron a la pelea con aquel mismo hambre de venganza y victoria que habían llevado a otras batallas.

Pero Tesla estaba comenzando a sentir temores. Burak ya estaba en camino de regreso con el Fruto –lentamente, porque no estaba acostumbrado a maniobrar un VT, y ciertamente no sin el casco pensante especial de vuelo– pero los Sentinels podrían descubrir la traición de Tesla en cualquier momento, si Baker o Penn pudiesen transmitir la noticia de algún modo.

¿Fue suerte o el Designio de la Protocultura que el casco de Penn recibiera un disparado y el equipo de comunicaciones de Baker fuera tomado por Burak? Tesla se acercó contra las dudas. Aunque cada Inorgánico que él comandaba era sumamente necesitado en la batalla, él separó varios y los envió hacia el

búnker, para terminar con dos humanos fastidiosos antes que pudieran interferir nuevamente.

Entretanto, al sentir el despliegue de los Sentinels y la manera en que la batalla se estaba desarrollando, él comenzó una serie de repliegues estratégicos, a fin de cambiar el peso de la lucha sobre sus ex apresadores. Él necesitaría sus propias tropas para otras cosas.

En Optera el Regente, aún goteando por la inmersión nutricional, miró una grabación del breve fragmento del mensaje que su guarnición de Spheris había logrado enviar.

“Bajo ataque por—”

Entonces la pantalla se oscureció, porque la instalación de comunicaciones principal había sido la primer cosa contra la que Tesla dirigió el fuego de sus tropas.

Pero el Regente apenas pudo saberlo. Él sólo pudo temblar con rabia y miedo, de que un enemigo pudo abrumar tan repentinamente su más importante y restante fortaleza fuera de Optera.

Burak apenas sobrevivió a su aterrizaje, arrugando la poderosa pierna del Guardián debajo de aquel con un crujido del metal, y abriendo un boquete en el radomo.

“¿Puedes pilotarlo?” Tesla demandó de Gnea.

Ella sacudió su cabeza algo vacilantemente; una fuga de la mente de Tesla dejó entrar fragmentos de la feroz batalla en la suya. “No sin un casco.”

Tesla rugió y se estiró para golpearla repentinamente como a un insecto; ella ni siquiera reculó. Pero él se detuvo, dándose cuenta que ella podría ser de cierta utilidad posterior. Burak emergió del desplomado Guardián cojo, de algún modo procurando llevar el

Fruto enfardelado. El anillo de tropas de ojos centelleantes que Tesla había colocado alrededor del área para protegerse se abrió para Burak.

Para cuando el Perytoniano estaba avanzando pesadamente hacia arriba de la rampa para unírsele en la plataforma de aterrizaje, Tesla ya estaba emitiendo nuevas órdenes de marcha a su usurpado ejército.

Justo entonces una señal de contacto llegó por el comunicador en el cinturón de Gnea. Era la voz de Lisa Hunter por la frecuencia de comando. “Tesla, lleva a tus elementos del este y del norte en un movimiento de pinza, ¿me copias? ¡Lo que están haciendo ahora es peor que inútil!”

Tesla tomó el equipo de comunicación en su ahora diestra mano. “¡Oh sí! La copio, hembra; no tenga miedo.”

Él rompió el contacto, pero continuó lo que estaba haciendo. Su objetivo ahora era las naves transportes al otro lado de la ciudad; el Cerebro estaba demasiado bien protegido, y él había jurado nunca para volver al cautiverio humano.

Los VTs que los Sentinels habían podido poner en el campo ya habían golpeado algunas de las naves cisterna en el puerto, derramando oleadas del fluido nutriente. Pero las naves transportes estacionadas allí en posiciones de tierra a largo plazo estaban, de acuerdo con el procedimiento militar, ocultas contra ataque espacial –de la misma manera que las Terror Weapons lo habían estado en Tirol. Ellas aún están allí aguardando la voluntad de Tesla.

“¡Y luego a Optera!” él gritó, sacudiendo su puño hacia el cielo.

“¡No!” Era Burak, cojeando hacia Tesla con una mirada feroz en su cara y la sangre de Jack todavía reluciendo oscuramente en sus cuernos. Él dejó caer los atados de Fruto y se alejó retrocediendo de ellos.

“¡No Optera; Peryton! ¡Lo prometió!”

Tesla, furioso, envió un golpe mental que casi derribó a Burak. Cómo el Perytoniano se había soltado de su trailla mental, Tesla no tenía idea, sólo que la concentración de Tesla estaba dividía entre tantas cosas.

Pero Burak resistió el golpe de algún modo y levantó el equipo de comunicaciones de Jack Baker. Su pulgar estaba en su

interruptor especial, el que detonaría la carga en el collar resplandeciente de Tesla. “Pery...ton,” Burak dijo entre dientes cerrados.

Tesla sintió una diversión inmensa y cólera salvaje al mismo tiempo. “¿Ha sí? ¡Mirad!”

Repentinamente las cerraduras irrompibles que apretaban el collar alrededor de su cuello se abrieron haciendo clic. Al mismo tiempo, Burak halló que no podía moverse, menos que el pulgar que reposaba en el botón mortal.

Tesla tomó el collar y lo lanzó lejos de él; habría más de tales chucherías de las que él podría contar una vez que haya tomado su justo lugar. Él extendió el brazo para empujar el pulgar de Burak; hubo un estampido fuerte de la pechera al detonar, en alguna parte abajo en los niveles inferiores del área de la plataforma de aterrizaje.

Tesla aún tenía tres rehenes valiosos, un ejército de Inorgánicos, y sus nuevos poderes. Él no tenía duda ahora que él prevalecería.

“Muy bien, todos ustedes; vamos a—”

Pero al darse vuelta, él lanzó un bramido enfurecido. Veidt se había ido. Gnea estaba confundida, jurando que ella había estado allí, con su Badger apuntada hacia él, sólo segundos antes. Desde donde él había flotado, arrinconado, Veidt sólo pudo haberse zambullido por el borde de la plataforma y hacia los niveles oscurecidos muy abajo.

Solo que, ¿quién sabía lo que tal caída significaba para un Haydonita? No había tiempo para preguntarse eso ahora. Tesla emitió una orden mental, y Gnea y Burak recogieron el Fruto, luego cerraron filas detrás de él. Juntos, ellos descendieron hasta desembocar detrás de un cúneo volante de Inorgánicos, para abrirse paso combatiendo hacia la estación de lanzamiento.

Odeons los alzaron y los cargaron rápidamente.

Los Invid habían considerado a la sala de armas un lugar a salvo de la intrusión Spherisiana –primeramente, porque contenía armas a

Protocultura que los lugareños temían; en segundo término, porque era un recinto aislado de las Autopistas Cristalinas.

Los invasores nunca pensaron considerar sus propios manojos gruesos de cables de filamentos de fibra óptica –cables gruesos de filamentos basados en el silicio. Ese mismo sistema era accesible en otra parte.

En una esquina de la sala, dos cables se hinchaban e hinchaban, expandiéndose, retrayendo más material de los pisos de arriba y abajo, hasta que por último el aislamiento alrededor de ellos fue volado en pedazos. Los filamentos se rizaron y fundieron, tomando forma humanoide.

Esta vez, Baldan se encontró casi transparente, la luz cambiando dentro de él como si fuese una bola de adivino que cobró vida. Teal estaba ahora compuesta de la misma materia clara, sin embargo su cuerpo era aún inconfundiblemente femenino.

Él sacudió su cabeza para despejarla del zumbido. El último trecho, a través del sistema de cable Invid, había sido resonante con sus señales de batalla incomprensibles antes que con las canciones de las Autopistas.

“¿Por qué estamos aquí, Baldan? ¿Y dónde estamos?”

Él emprendió viaje entre los estantes que se alzaban con armas Invid de tamaño descomunal. “Estamos aquí porque no es correcto que los Spherisianos dejen a otros luchar por ellos y morir en su lugar. No es justo. Deprecia la libertad.”

Él no está usando la voz de Baldan II, Teal se dijo. Esas son las palabras de su padre, y no hay equívoco.

Él llegó finalmente a lo que estaba buscando: una fila de rifles de grueso calibre de los Enforcers. Ni siquiera estaban bajo llave. Él levantó uno, asegurándose de que su carga estaba completa. Tan pesado como lo era, él lo manipuló fácilmente; la estructura de él era más fuerte que aquella de carne y hueso ordinaria. Teal vio que él estaba haciendo uso de las memorias de Baldan I tanto como lo estaba haciendo del entrenamiento que Bela y los otros le habían

dado.

Él oyó un discreto clic y se volvió para ver a Teal verificando un segundo rifle. “¡No!” él dijo suavemente. “A donde voy no puedes venir.”

Ella tomó el rifle resueltamente. “¡Tú te quejas porque los Spherisianos no lucharán, y ahora pierdes tu compostura porque uno quiere hacerlo! Decídete, muchacho.”

Los rasgos del rostro de él pasaron suavemente a una mirada irónica, luego se enderezó de nuevo. “Mantén tu cabeza abajo, Madre.”

Ellos salieron a escondidas por los pasillos de estilo Invid, a través de la enorme colmena. Se acercaron al lugar sagrado más íntimo, habiendo evitado anillo tras anillo de centinelas y puestos de guardia y vigilancia mediante las Autopistas Cristalinas. En momentos se quedaron inmóviles en las sombras de una estructura parecida a un enorme fibroblasto, mirando al Cerebro Invid que dominaba la mayoría del ejército conquistador.

Aquel estaba pulsando y emitiendo sonidos extraños, tan agitado y aprensivo que hasta los dos intrusos lo podían sentir claramente. La batalla no estaba yendo bien.

Había una élite seleccionada cuidadosamente de Oficiales y Enforcers alrededor del Cerebro, conferenciando en tonos bajos y atendiéndolo. Baldan miró a su madre, levantando su barbilla y cejas inquisitivamente.

¿Qué broma pesada y equivocada de la Protocultura me trajo aquí? Ella se quejó para sus adentros. Todo lo que ella había querido alguna vez hacer era disfrutar la vida y las atenciones de los admiradores, dejar a su belleza hablar por sí misma y languidecer en la adulación que todos parecían deseosos de concederle.

Pero ella inclinó la cabeza a su hijo en señal de que estaba lista. Los dos saltaron a ambos lados de la cubierta, los cañones de los rifles a la altura de la cintura, disparando ráfagas de Protocultura.

Capítulo 25

Tesla estuvo muy preocupado en las últimas horas antes del ataque. Cuando le pregunté sobre ello, yo esperaba uno de sus números evasivos o silencios egomaniacos.

Pero él parecía necesitar hablar con alguien. Él estaba psicópata para entonces, creo; el personal de laboratorio conjetura que él había estado aumentando en realidad sus números de cromosomas.

En todo caso, él dijo, “He tenido un sueño recurrente recientemente. Un ave fénix grandiosa de fuerza mental se levanta de un pequeño mundo blanco y azul y se remonta alejándose hacia otro plano de existencia. Me llena con aprensión.”

Lisa Hayes Hunter, Recolecciones

Karen se había ocupado de las heridas de Jack como mejor pudo, pero él entró en shock, todavía perdiendo sangre. Ello se redujo a una simple elección de dejarlo allí e ir por ayuda, o permanecer con él y verlo morir.

Entonces la decisión le fue quitada a ella. Un Hellcat saltó en la vista a la entrada del búnker, mostrando sus colmillos resplandecientes. Sus ojos estaban destellando rítmicamente; era uno de los de Tesla.

Tres originalmente habían sido despachados por Tesla para evitar que Karen y Jack transmitiesen la noticia a los Sentinels. Pero una emboscada de las fuerzas del Cerebro había reducido a los otros dos Hellcats.

Tesla había escogido la forma felina para el trabajo porque era

más pequeña y más flexible que los Inorgánicos bípedos. Ahora, aquel se escurrió por la entrada del búnker a gatas, el vientre raspando chispas del piso destellante, acechando a su presa.

Karen ya estaba tratando de halar a Jack hacia atrás hacia la seguridad, pero las puertas laterales estaban todas aseguradas. Así que finalmente ella se acuclilló doblada, con Jack, contra el extremo cerrado de la entrada –la pared trasera del camino. La Robobestia se acercó más, sus ojos estroboscópicos iluminando la oscuridad, las garras mellando el piso de duro cuarzo.

Karen levantó la pistola de Jack y la suya lado a lado y abrió fuego. El Hellcat gritó y bajó su cabeza, escudando sus ojos, pero se mantuvo viniendo; aquel tenía poco que temer de un arma de mano convencional. Una garra se extendió para rebanarla de par en par.

Pero falló porque estaba siendo halado hacia atrás. Aquel volteó para irse a las manos con algo que Karen no podía ver, incapaz de conseguir un espacio de combate en el confinamiento de la entrada.

Luego aquel ya no estaba, halado al claro, y hubo una contienda monstruosa ocurriendo en el exterior. Karen corrió deprisa hacia la entrada, buscando el distintivo del Skull; nada menos que un mecha pudo haber sacado a tirones al Hellcat por la cola fuera del búnker.

Ella tenía razón. Era un Odeon, revolviéndose y golpeando con fuerza al Hellcat más pequeño. Otro Odeon se le unió, su nariz-tentáculo lengüeteando hacia fuera para atrapar al Hellcat. En otro momento, ellos estuvieron apuñeando y pateando a la cosa, desmembrándola. Sus sensores ópticos no estaban destellando.

Karen consideró tratar de huir, pero no podía dejar a Jack detrás. Los Odeons se estaban levantando de su batalla salvaje y volviendo su atención a ella.

Ella retrocedió a las sombras otra vez; ellos se acercaron. Pero cuando los látigos nasales se rizaron y trataron de morderla, una corriente de proyectiles de transuranio reducido del tamaño de bolos ahusados los golpeó.

Karen giró y se tiró de cabeza, cubriendo su cara. Los Odeons, agujereados de lado a lado, dejaron salir un fluido nutriente verde por un momento mientras sus circuitos chisporroteaban, luego colapsaron, humo y llamas eructando de sus juntas hendidas. Ellos se rompieron en pedazos con explosiones que se mezclaron

con los sonidos de los propulsores de un Alpha que descendía.

Karen se incorporó de nuevo, la cara tiznada y pálida. El VT estaba en modo Guardián, la cubierta de su cabina se levantó ahora cuando el piloto se puso de pie. La luz de Blaze se reflejaba en un casco de vuelo de buena reputación, uno moldeado a la imagen de un yelmo de guerra Praxiano.

“¡Vaya, vaya! ¡Quizá cuando tengamos un momento, puedas decirme por qué dos babosas enemigas mataron a un Hellcat amigo que estaba a su vez a punto de comerse a una Sentinel!”

Era Bela.

“¡Tesla! ¡Ark Ángel a Tesla!”

“Aún no hay confirmación, Capitán,” el oficial de comunicaciones humano dijo a Lisa.

“Soga intentando de cualquier modo,” ella dijo. En el micrófono, ella repitió, “¡Las líneas de sus tropas están colapsando en todos los sectores! ¡Debe conseguir que no cedan!”

Ella apagó su micrófono y dijo al oficial, “Continúe tratando de contactarlo.” Luego ella conmutó a la red de la nave. “Rick, él no responde. Creo que es una traición.” Ella miró asiduamente al duplicado del gatillo, en su consola de comando, para los explosivos en el collar de Tesla.

“Muy bien; haz otra aproximación,” él respondió desde la bahía de descenso. “Tomaré las últimas de las reservas, para conseguir retirar a nuestras tropas.”

Estaba en los labios de ella oponerse, pero lo contuvo. Las lecciones de las Praxianas habían subsumido aquellas de la Academia. Por supuesto tú no dejas a tus camaradas en graves problemas, no importa cuál sea el costo. Ella lo sabía al igual que él. Era sólo que ella deseaba que ella pudiera hacer el asalto con él y las otras unidades.

Ella condujo la nave en un nuevo rumbo, recalando sobre Beroth a baja altura y el timón fijo, disminuyendo la velocidad a cero. Afortunadamente, el Invid había agotado la mayoría de sus misiles,

y su cañoneo convencional y los cohetes más pequeños no eran bastante poderosos para hacer más que abolladuras en el blindaje de la nave estelar y volar facciones superestructurales no críticas.

El Ark Ángel codeó ligeramente sobre o destrozó una gran cantidad de la arquitectura local en su aterrizaje, tendiéndose casi directamente en el medio de Beroth. A la orden de Rick los equipos de combate salieron a la carga para proveer de apoyo de artillería a los elementos Sentinels que aún trataban de retirarse, ahora que las fuerzas de Tesla los habían abandonado.

Lisa vio por las pantallas tácticas que ello lucía muy sombrío. Estaba claro que Tesla los estaba abandonando en dificultades, teniendo algún plan propio, pero había poco que los Sentinels podían hacer al respecto; los Inorgánicos del Cerebro estaban tras ellos ahora.

En ese momento hasta el vacilante itinerario de la retirada fue descartado. Había sonidos de disparos de armas a Protocultura en la ciudad. Spheris misma clamaba en tormento.

Baldan y Teal regaron al Cerebro y a sus séquitos con corrientes firmes de disparos de los rifles, abatiendo Oficiales y Enforcers y dejando vetas de tejido ennegrecido a través de los lados de la abultada monstruosidad Invid.

El ataque había llegado tan repentinamente que toda oposición fue segada antes de que el Invid tuviera oportunidad de regresar el fuego. Con exaltación desenfrenada Baldan pensó, ¡Los hemos tomado por sorpresa. Podemos matar al Cerebro y terminar la batalla aquí!

Pero al mismo tiempo que él pensaba eso, el piso se estaba levantando debajo de él. Las armas a Protocultura habían sido disparadas, y Spheris estaba reaccionando de dolor.

Su afinidad con su mundo le permitió entender lo que estaba sucediendo. Las vibraciones simpáticas de un tipo que sólo la Protocultura podía evocar estaban enviando fracturas a lo largo de y entre las Autopistas Cristalinas, como dagas fractales impelidas

dentro de Spheris misma. De algún modo, las meras explosiones de los mecha no producían este fenómeno –tal vez porque tales estallidos no eran dirigidos. Pero el fuego de los rifles, menor como lo era en comparación a la guerra que ocurría en Beroth, era una cuestión totalmente diferente.

Baldan y Teal perdieron el equilibrio y cayeron al suelo y el Cerebro chapoteó en su estanque nutriente. Baldan trató de pararse y disparar al Cerebro de nuevo, pero Teal gritó. “¡No, o nos condenarás a todos! ¡Vamos, vamos! ¡Antes de que los Inorgánicos nos capturen!”

Los pisos ya estaban redoblando como tambores por las pesadas pisadas de Inorgánicos corriendo que venían en respuesta a las órdenes desesperadas del Cerebro. Baldan se levantó finalmente, tomando los brazos de su madre y halándola en la otra dirección. Ella dejó caer su rifle y se aferró a él. Ellos se alejaron tambaleándose mientras la colmena temblaba en sus cimientos.

La curva en un pasillo los condujo hacia una puerta de seguridad sellada; el sonido de los Inorgánicos se sentía más cerca. Baldan retrocedió y disparó a la puerta repetidamente, aunque él sabía que ello no serviría de nada.

Cuando los mecha bípedos llegaron avanzando pesadamente a la vuelta de la esquina, Teal vio que Baldan no estaba tan loco como parecía. El piso tembló y se desplazó, y una proa de cristal helado avanzó a empujones en la vista. Spheris estaba reaccionando contra su fuente de dolor.

El levantamiento había aislado a los Inorgánicos de su presa por el momento. Baldan tiró al suelo el rifle, tomó la mano de su madre, y se dirigió al cristal mientras la colmena se ladeaba de nuevo. Ellos se unieron con aquel y se alejaron tranquilamente.

Agitándose en su estanque nutriente, casi loco del dolor de sus heridas, el Cerebro perdió todo control. Si las razas esclavas iban a usar armas a Protocultura, ¡armas a Protocultura serían!

Tesla, también, casi perdió su equilibrio cuando el planeta se

convulsionó. El Cerebro demostró su ira un momento más tarde. Los contenedores de las armas situados en mástiles altos alrededor de la colmena se abrieron. Las ráfagas eran altamente precisas, golpeando a los Inorgánicos de ojo centelleantes de Tesla y volándolos en pedazos.

“¡A las naves! ¡Las naves!” él gritó, un eco de su comando mental. Los transportes de tropas disfrazados estaban a sólo metros de distancia, pero la mayoría de sus tropas leales aún estaban cubriendo su retirada.

Él vaciló, atormentado por la indecisión. El huir sin el ejército que él había reunido le dejaría una paria miserable una vez más, ¡pero de quedarse sería muerto, o por el Cerebro, o por los Sentinels, o por el mismo planeta! Mejor vivir para combatir otro día.

“¡Despeguemos la nave inmediatamente!” él gritó, tan en voz alta que Burak y Gnea cejaron.

Las Autopistas Cristalinas se convulsionaron. El planeta dio indicios de rasgarse en pedazos. Los Spherisianos quienes habían confiado en la seguridad del subsuelo se miraron unos a otros.

“¡Que todos retrocedan! ¡Retírense!” Rick estaba casi ronco de vocear sus órdenes por la red táctica. “¡Prepárense para la extracción!”

Se sentía como si Spheris fuera a partirse por las grietas, y la única cosa para hacer era tratar de llevar a sus Sentinels a la seguridad. Él no tenía idea de lo que los solevantamientos significaban para los Spherisianos, pero no parecía haber mucho que él pudiera hacer por ellos, excepto—

Él conmutó a la frecuencia de mando. “¡Lisa! ¡No uses armas a Protocultura! ¡Sólo empeorará las cosas aquí abajo!”

Ello no parecía incomodar al Cerebro Invid, sin embargo. Rayos y discos de aniquilación fluían desde las baterías defensivas de la colmena, aniquilando cada mecha que destellaba la señal de Tesla, y cualesquiera objetivos Sentinels que pudieran encontrar también.

La marea de la batalla de los Inorgánicos claramente se había dado vuelta, con los mecha de Tesla combatiendo desanimadamente o simplemente inclinándose a correr, mientras que las máquinas de guerra del Cerebro avanzaban implacablemente. Sin embargo, por alguna razón ninguno de los Inorgánicos estaba usando armas a Protocultura. ¿Alguna proscripción programada?

Los artilleros del Cerebro realmente lo estaban agravando ahora, y el planeta se mecía. Rick abandonó la esperanza de alguna vez sacar a sus tropas –o salir él mismo– con vida.

Alrededor del perímetro de la colmena una cabeza se levantó desde la roca viviente como si estuviese naciendo de ella. Luego otra emergió, y otra. Pronto multitudes estaban allí mientras el planeta cimbraba y se sacudía bajo ellos. Ellos intercambiaron miradas y palabras mudas, luego se sumergieron de vuelta y desaparecieron de la vista.

Tesla gimió cuando un temblor repentino le hizo perder el equilibrio a él y a un Crann que se le vino encima.

Él luchó para mantener el dominio sobre sus tropas, para mantener dominación sobre las tripulaciones de los transportes que él había puesto bajo su control, y para detener el ataque mental del Cerebro. Pero en este último revés, algo tuvo que ceder.

Gnea sintió su mente palanquearse soltándose de la atadura de Tesla. Ella sacudió su cabeza, oyendo un zumbido y viendo luces ante sus ojos. Una voz en su mente dijo, “¡Gnea! ¡Rápido! ¡Por aquí!”

Ella giró alrededor y vio a Veidt suspendido ni a seis metros de distancia, sobre una alfombra voladora. Sus vestiduras estaban ennegrecidas y agujereadas donde granadas o balas las habían arrancado. “¡Date prisa! ¡Sólo tenemos segundos!” Ella se dio cuenta de que él la había liberado del asimiento de Tesla.

Otros Inorgánicos estaban tratando de separar a Tesla de aquel que había caído sobre él. Gnea asió el hombro de Burak. “¡Ven! ¡Nos vamos!”

Burak trató de liberarse de ella sacudiéndose. “¡Déjame en paz!”

Ella no sabía nada sobre la alianza impía en la que Burak había entrado con Tesla –cuanto más profunda la influencia del Invid se daba sobre el Perytoniano que sobre Jack y ella misma. Ella sólo asumió que Veidt no había sido capaz de arrebatar el asimiento mental de Tesla de ambas víctimas simultáneamente.

Así que, con la naturalidad Praxiana, ella hizo girar de un tirón a Burak y le propinó un gancho largo derecho que lo alcanzó precisamente en la barbilla. Las rodillas de él se curvaron pero ella lo sostuvo y lo colocó sobre su hombro en un movimiento. Con las piernas moviéndose como pistones, ella cruzó el espacio entre ella y la alfombra revoloteante en tres saltos, casi volcándola cuando ella aterrizó encima de ella.

Veidt la mantuvo estable, sin embargo, y ella se alejó rápidamente hacia el Ark Ángel que se acercaba, manteniéndose a baja altura debido a que todo el fuego convencional aún continuaba, y las ráfagas desde la colmena. Gnea notó con interés que la alfombra era en realidad la esterilla de piso elástica del cono volador de Veidt –un modo original de hacer a un transporte de escape de emergencia servir doble servicio.

Evidentemente, los Haydonitas sobrevivir caídas desde alturas considerables, ella decidió.

El fuego desde la colmena se estaba poniendo más pesado, y toda Spheris estaba sobreexcitada y sacudiéndose. “Parece que las fuerzas del Regente tendrán su venganza no importa qué.”

Veidt sacudió su cabeza serenamente. Sus poderes mentales le habían dado un vislumbre de los últimos desarrollos. “No me parece. ¿Ve allí?”

Gnea miró donde él estaba señalando y el aliento se contuvo en

su garganta.

Capítulo 26

Al menos Kyle tuvo la victoria a su alcance y murió con cierta serenidad. Supongo que yo sólo no merezco ni una de esas cosas.

Minmei

Dos figuras resplandecientes estaban de pie, asidos de la mano, mirando a la vasta colmena de los Invid.

Todo alrededor del lugar, un anillo de miles de miles de Spherisianos se estaba levantando, cabezas y hombros, desde la sustancia de su planeta. Mientras eso ocurría los pilones de las armas y las cañoneras se venían abajo o se solidificaban en la roca, tragadas por ella. Las últimas pocas, descompuestas, siguieron disparando inútilmente al cielo luego desaparecieron.

Otras baterías aún estaban disparando desde la propia colmena a los mecha y a las regiones de la ciudad –el Ark Ángel aún estaba muy lejos. Pero los Spherisianos estaban demasiado cerca de la colmena para estar en sus campos de fuego.

Y, a salvo de esa manera, los miles se levantaron para unirse a los primeros dos, hasta que estuvieron de pie alrededor de la colmena en un círculo de varios kilómetros de circunferencia. Desde donde ella volaba, Gnea pudo ver aun más cabezas aparecer y luego menear de arriba abajo regresando abajo nuevamente, con rumbo a la colmena, como delfines yendo debajo de un barco. Parecía que el paisaje corría con olas pequeñas.

Los primeros dos Spherisianos en aparecer –Gnea de algún modo

no tenía dudas de quienes eran– extendieron sus manos libres. Todos los otros se enlazaron, todo alrededor del gran anillo. Hubo un momento extraño de silencio entonces, las armas Invid cesaron el fuego.

Spheris tembló de nuevo, luego inmensas espigas facetadas de cristal del tamaño de rascacielos empujaron sus puntas fuera de la corteza del planeta, moviéndose en ángulo hacia dentro desde cada lado, levantándose y levantándose hasta que formaron una cúspide irregular sobre el centro del domo de la colmena.

La colmena tembló –y comenzó a hundirse.

Gnea pensó que había grandes contrafuerzas defendiéndose; la colmena parecía estar tratando de liberarse luchando como un pez atrapado por una anémona de mar. Roca y polvo y segmentos de los cimientos de la colmena estaban levantándose todo alrededor de sus lados. Pero centímetro a centímetro era halada hacia abajo.

Un líquido, una sustancia lúcida manó lentamente, solidificándose al proseguir, atrapando al domo y a todo en y alrededor de él como moscas en el ámbar.

Veidt hizo suspenderse en el aire a la alfombra ahora. El fuego había cesado en todas partes. Él y Gnea miraron mientras la fortaleza Invid era halada hacia abajo y desaparecía de la vista, el suelo cerrándose sobre ella como algo vivo –como el paisaje de Haydon IV, y sin embargo diferente de aquel.

Un único grito psíquico aunado vino del Cerebro y los Invid se inmovilizaron en la sustancia ambarina, mientras eran halados, para siempre inmóviles pero aún con vida, a las profundidades de Spheris. Cada Sentinel y Spherisiano se sobresaltó. Luego se apagó y desapareció.

Los Spherisianos comenzaron a unirse con su mundo de nuevo, todos excepto los dos primeros, quienes permanecieron de pie mirando a la mancha desde la que los Invid habían regido.

Tesla no tenía tiempo para estar enojado por la deserción –así era cómo él lo consideraba– de Gnea y Burak.

¡El Cerebro había muerto! ¡La guarnición Invid era suya para comandar!

Pero al mismo tiempo, él estaba consciente del terrible destino que la colmena había encontrado, y sabía, además, que el Ark Ángel estaba en el área. Aunque él tenía un ejército bajo su control, él no osó usarlo allí en Spheris.

Él oyó un sonido retumbante y giró para encontrar que algunos de los más cándidos Inorgánicos habían vuelto a combatir unos contra otros. Con un chillido mental, él comenzó a reagrupar sus fuerzas. Ellos comenzaron a fluir hacia los transportes camuflados.

“Estamos recibiendo extrañas lecturas de poder desde la estación de lanzamiento,” alguien retransmitió el reporte a Lisa. “Podría ser Tesla. Los Inorgánicos están rompiendo el contacto y retirándose hacia allí.”

Ella hundió de golpe su puño en su palma. ¡Él tiene que ser detenido! Primero Karen Penn había hecho su reporte por el equipo de comunicaciones de Bela, luego Gnea regresó en la alfombra de Veidt, para llenar las brechas en la historia; todo ello probaba que Tesla debía ser vuelto a encarcelar o tal vez hasta eliminado. Y sin embargo aún había heridos siendo cargados directamente dentro del Ark Ángel. Ella no podía sólo cerrar herméticamente e ir a la caza de Tesla.

“Envíen a un Beta a hacer un reconocimiento de la estación de lanzamiento. Traigan a todos los otros VTs disponibles acá para vuelo de seguridad,” ella dijo bruscamente. “Y tengan todas las armas de no Protocultura listas. Mantengan a los Hovertanks patrullando en el perímetro de la zona de aterrizaje.”

Rick estaba ayudando a jalar una camilla arriba de un montacargas –todas las camillas potenciadas estaban hace mucho tiempo llenas– cuando el sonido atravesó la ciudad. Él pensó que era una sacudida retardada. Pero la noticia de movimiento llegó de los VTs que volaban proporcionando protección; en momentos todos estaban viendo como los edificios lejos en el puerto espacial

comenzaban a volar en pedazos.

Ya que Spheris no reaccionaba de dolor, Rick asumió que los Invid habían montado algún tipo cargas de repulsión antes que usar explosivos a Protocultura. En todo caso, pedazos de lo que se había supuesto era un complejo de hangares fueron arrojados hacia fuera. Algo comenzó a levantarse desde el lugar donde las estructuras estaban.

Alguien voceó, “¡Tra-transportes de tropas Invid!”

Tres de las naves semejantes a conchas de almeja estaban despegando –naves transportes más grandes que cualquiera que los Sentinels habían encontrado antes. Rick esperaba que ellos abriesen fuego sobre el Ark Ángel, pero aparentemente el destino pasmoso de la colmena había intimidado a Tesla.

Las naves estelares se elevaron más y más alto, produciendo sombras a través de la ciudad. Rick no se sorprendió de que Lisa contuviese el fuego; Spheris había sido herida lo suficiente, además del hecho que el planeta podría reaccionar tan violentamente hacia la nave insignia de los Sentinels como lo había hecho hacia la colmena.

Tesla observó a Spheris haciéndose más pequeña debajo de él con una mezcla de alivio y cólera. ¡Su victoria había estado tan cerca!

Pero –tal vez era mejor de esta manera. Seguramente, los Formadores de la Protocultura lo estaban guiando hacia su justo y Evolucionado destino. “Optera,” él se murmuró.

Él tenía a la mayoría de la guarnición Inorgánica con él. De lo que él pudo recoger de los registros de comunicaciones en las naves, el Regente estaba presidiendo ahora en una Colmena Hogar protegida por un ejército peligrosamente reducido. Si él atacaba antes de que el Regente oyese del resultado en Spheris y pudiese volver a reorganizar las fuerzas, Tesla tendría la ventaja numérica y táctica.

“Optera,” él dijo, un poco fuerte, a su tripulación de puente. Ellos se apresuraron a trazar el curso.

Una vez que él haya matado al Regente y asumido el control de la mitad de la especie Invid, Tesla guiaría a su raza hacia el triunfo. Había maneras de arreglárselas con los Sentinels y los Maestros Robotech y el resto que el gusano involucionado oculto en Optera no podía concebir ni con mucho. Y una vez que Tesla tuviese al universo a sus pies, habría que ganarle a la Regis. ¿Pero cómo podría ella resistírsele, Evolucionado como él lo estaba? Indudablemente, él la conquistaría sin disparar un tiro.

“¡Optera!” él exultó, y dio su primer mordisco a uno de los Frutos Spherisianos de la Flor de la Vida de color amarillo como el girasol y en forma de pirámide. Los jugos corrieron por su barbilla y humedecieron sus magníficos mantos.

Su aura brilló más intensamente.

Debido a que las nuevas naves estelares aún en construcción no tenían dispositivos propulsores o armas en funcionamiento, el Valivarre de Breetai era la única esperanza para atrapar a Edwards.

El hecho de que la secuestrada SDF-7 montaba más poder de fuego y tenía más mechas guerreros a bordo no disuadió a los gigantes Zentraedi ni por un momento; Edwards se había hecho su enemigo de sangre. Los Skulls y otros estaban subiendo a bordo rápidamente sus VTs y Hovertanks, aún cuando el Valivarre estaba desamarrando, pero Wolff no había sido capaz de regresar por la presión de la batalla.

“Lo siento, Coronel,” Breetai dijo sinceramente cuando Wolff le suplicó que esperase. “Cada segundo cuenta si soy a atrapar a ese diablo.”

Pero Wolff tenía su propio itinerario, y él lo mantuvo haciendo que tres pilotos de VT Diamondback pasasen a modo Battloid para añadir sus propulsores a los propulsores posteriores de su propio Hovertank Battloid. Fue una cuestión directa, pero él logró asir la sección de popa del Valivarre sin ser asado por sus propulsores, y se arrastró hacia una esclusa de aire.

“Bienvenido a bordo,” Breetai dijo secamente por el

intercomunicador.

Edwards se negó a quedarse y luchar, y tampoco respondería sus transmisiones. “Es una carrera de velocidad ahora,” como un oficial humano lo puso. Ambas naves aumentaron la velocidad hacia la velocidad de la luz, pero poco a poco la SDF-7 se alejó. Y, una vez en superluminal, ella pudo multiplicar su liderazgo muchas veces.

“Lo estamos perdiendo,” Breetai dijo con su bajo que sacudía los mamparos. El Valivarre nunca había siquiera dominado en el rango de las armas o ataque de VTs.

Wolff, parado cerca en una de las altas pasarelas que los humanos usaban para conversar cara a cara con los gigantes, rogó, “¡Al menos déjeme tratar un canal de comunicaciones con él una vez más! ¡Él hablará conmigo, lo sé!”

Breetai ocultó su lástima detrás de un semblante militar severo, pero ordenó que se haga. El coronel dijo, “Edwards, este es Wolff. ¡Respóndeme! ¡Edwards, te exijo que me respondas!”

Él estuvo a punto de resignarse en desesperación, la SDF ensanchando su delantera sobre la nave Zentraedi. Pero para la sorpresa de todos la sonrisa desdeñosa de Edwards apareció en la pantalla principal.

“¡Jonathan, viejo! Disculpa que no pueda demorarme, pero el tiempo se esfuma, y yo también debo hacerlo. Tú comprendes.”

“Te reto” Wolff dijo de nuevo. “Uno a uno. VTs, Hovertanks, a mano limpia –nómbrale.”

El Zentraedi en servicio en el puente gruñó cierto respeto para Wolff entonces, aunque él había mostrado ciertas debilidades; ¡este era un desafío digno de un Zentraedi!

Pero Edwards sacudió su cabeza con exasperación fingida. “¿Aún el romántico, eh, Jonathan? Bien, me temo que no tengo tiempo para representar al caballero negro con tu Galahad. Tengo otras cosas que hacer, como puedes ver.”

El ángulo de la cámara cambió a una toma lejana, y Wolff gimió.

Él y los otros en el Valivarre estaban observando pasmados la escena nupcial más extraña concebible. Los Inorgánicos formaban una guardia de honor. Los Ghost Riders de pie en filas en una “capilla” que era una bodega vacía. El altar parecía ser los montajes de la transposición espacial sin adornos, presidido por Benson, uno

de los ayudantes de Edwards.

La transmisión siguió a Edwards cuando se dirigió hacia el altar. Aguardando por él allí estaba Minmei, aún vistiendo las ropas que había vestido en su celda pero con el agregado de un velo improvisado de la redecilla para insectos de gasa muy fina.

La imagen se amplió sobre Minmei. Ella lucía un poco pálida, pero sus ojos estaban brillantes y encantados cuando ella tomó la mano del general. Ella se volvió hacia la cámara por un momento.

“Adiós, Jonathan. He encontrado la felicidad finalmente. Verdaderamente pienso que es hora de que vayas a casa con la familia que dejaste y trates de compensarlos, ¿no lo crees?”

Luego ella y Edwards se arrodillaron ante Benson, mientras él levantaba sus brazos hacia la multitud y entonaba, “Mis camaradas guerreros Edwardsianos, estamos reunidos aquí—”

El enlace de comunicación se rompió del lado de la SDF.

Wolff sollozaba y sacudía su cabeza. “¡Es un truco! ¡Es un vídeo falso, o él la ha drogado!”

“¿Oficial de inteligencia?” Breetai dijo bruscamente encrespado, volviéndose hacia su personal.

“La tensión de la voz y la interpretación de imágenes de las computadoras confirman la autenticidad,” un oficial técnico gigantesco respondió. “No hay ninguna indicio de coacción o manipulación química.”

“¡No puede ser!” Wolff aulló, luego colocó su cara en sus manos. Algunos de los otros humanos lo sacaron del puente.

Los ojos de Breetai se quedaron con sus instrumentos con la esperanza inútil de que una falla de poder o un cambio de opinión pusiera a Edwards de vuelta a su alcance. Él se castigaba por no ceder a uno de sus cientos de impulsos de matar al hombre, a pesar de su juramento de Zentraedi de lealtad a la REF.

Y sintió un dolor agudo de pena por Wolff. Breetai, tanto como cualquiera, sabía qué daño podía infligir el amor de Minmei.

Los Crann, Scrim, y Odeon que observaban el servicio nupcial no

tenían la más remota idea de lo que significaba, así que ellos no se sorprendieron cuando la novia se enloqueció, al momento que la música suave comenzó.

Los humanos sí comprendieron, pero trataron de ignorarla levantando chillido cuando ella se levantó de un salto de su posición arrodillada y giró hacia Edwards, tratando de sacar arañando su ojo bueno. Edwards silbó unas cuantas palabras vulgares y superficiales al detenerla. Los dos Hellcat que flanqueaban el altar se alejaron retrocediendo, escupiendo.

Él había llegado tan cerca. Al experimentar con el poder del Cerebro Invid que él ahora controlaba, él había aprendido cómo someter a Minmei. El esfuerzo había requerido la mayor parte de su voluntad –a tal punto que los Inorgánicos eran poco más que torpes títeres– porque en alguna parte muy en lo profundo, Minmei lo estaba combatiendo cada centímetro del camino.

Aquello casi había salido perfecto; la Computadora Viviente de él en control de ella casi lo hizo parecer como si ella realmente lo amaba.

¡Fue esa condenada música! La canción siempre había sido él único poder de ella, y cuando las melodías suaves sonaron por el sistema de altavoces, la parte más recóndita de ella comenzó a cantar paralelamente. Con eso, ella había desecho la influencia de él sobre ella en momentos. Él luchó para reafirmarlo, pero algo le dijo que ella nunca sería vulnerable a ese tipo particular de dominación de nuevo. No mientras la voz dentro de ella viviese.

Edwards perdió la paciencia y blandió su puño. Minmei cayó, inconsciente. Él trató de infiltrar su mente en la de ella, ávido de tenerla como su títere viviente de nuevo. Pero la canción aún estaba allí; él fue excluido de su mente y de su amor para siempre.

Minmei volvió en sí con la vista turbia en incomodidad y dolor. Ella sintió náuseas cuando parpadeó abriendo los ojos. Le tomó unos segundos darse cuenta dónde estaba y qué le había sucedido.

Ella estaba esposada a una X de madera rudamente labrada que

había sido erigida en el puente de la nave estelar robada de Edwards. Frente a ella estaban las pantallas y las consolas, y Ghost Riders leales quienes ignoraron sus gemidos.

Edwards, notando que ella había vuelto en sí, dejó su silla de comando para colocar su mano debajo de la barbilla de ella. “Quiero que disfrutes el paseo, querida,” él dijo, mostrando sus dientes. “Después de todo, tú eres mi pasajero más importante.”

La canción-alma que la protegía de él le había hecho recordar a él cómo su voz jugó un papel esencial en la victoria de la Tierra en la Guerra Robotech. Indisputablemente, El Destino había estado trabajando en su favor cuando él luchó para traerla consigo en Tirol. Además de la SDF, sus propias tropas leales, el Cerebro, y los Inorgánicos, ¡él tenía el arma secreta que había ganado la guerra!

Ahora el problema era cómo usarla. “Mi amada,” él añadió, besando su mejilla, probando los lágrimas saladas allí.

Muy en el interior, su nueva paciencia se estableció de nuevo, de modo que ella podía esperar sin importar cuanto tiempo tomase, soportar lo que sea que tuviese que soportar, hasta que lo pudiera matar.

“Lo convocamos aquí, Comandante Grant,” Lang dijo, “porque necesitamos su opinión. A pesar del retraso del motín de Edwards, pronto estaremos listos para enviar una expedición de regreso a la Tierra. Las nuevas naves estarán listas para el espacio en semanas.”

“Pero –los dispositivos de transposición–” Vince objetó.

Exedore hizo un sonido de desaprobación. “Ellos ya están terminados, como de hecho lo estaba el de la nave que Edwards pirateó. Las unidades de transposición están todas en depósito aquí en el complejo del Dr. Lang.”

Paseándose a mitad del país de las maravillas Robotech de Lang, Vince dijo con voz grave riéndose. ¡El buen anciano de Lang, un salto adelante todo el camino!

Pero un pensamiento repentino detuvo a Vince. “Espero caballeros que ustedes no estén por pedirme que me ofrezca como

voluntario.” A pesar de lo mucho que él deseaba volver a casa con su hijo y al mundo que más amaba, partir sin Jean era inconcebible.

“No, no” Exedore decía, poniendo una pequeña mano en el centro de esa enorme espalda en forma de V. “Pero queremos su opinión sobre la persona que hemos escogido.”

Él explicó rápidamente las circunstancias del escape de Edwards como Breetai las había transmitido. “Y el Valivarre estará aterrizando en el planeta pronto. Deseamos poner a Jonathan Wolff al mando total de la expedición que regresa a la Tierra.”

La REF era una expedición; sonaba extraño estar hablando de una expedición a casa. Pero cuanto más lo pensaba Vince, más lógica era la elección de Jonathan, puesto que Rick y Lisa, Max y Miriya estaban indisponibles y el mismo Vince renuente.

Si los reportes eran ciertos, entonces Wolff no tenía motivos para quedarse y toda la razón para volver a casa, reunirse con su familia, y poner a Minmei y a la REF detrás de él. Más al caso, él era un brillante y capaz comandante –diligente y honrado.

Y, con la amenaza del Invid y los Maestros Robotech de parranda, alguien tenía que llevar la advertencia a la Tierra. No había habido ninguna contestación de la expedición de Carpenter; era hora de un reconocimiento en gran número.

“Lo diré una vez siquiera, la elección de Hobson nos ha dado un ganador,” Vince les dijo.

Capítulo 27

Cuanto más información acumulamos sobre el tema del ser conocido como Haydon, más convencido estoy de que mi trabajo sólo está comenzando.

Dr. Emil Lang, notas personales en la misión de la SDF-3

“Escúchame, querida: quiero que pujes de nuevo ahora. ¿Está bien?”

Miriya recuperó el aliento, dejó de sollozar, y asintió con la cabeza.

“Esa es mi niña,” Jean Grant dijo, los alientos automáticos mientras ella se concentraba en su trabajo. “¿Max, estás sosteniendo su mano?”

“Sí.” Max y Miriya intercambiaron apretones de dedos, pero el suyo estaba tan débil.

“Muy bien, Mami y Papi; hagámoslo,” Jean dijo. “Puja, querida.”

Miriya lo hizo, mordiendo su labio inferior hasta que éste sangró, entonces gimió de dolor. Ninguna herida de batalla le había dado alguna vez un sufrimiento como este; ninguna tortura enemiga podía ser más horrible.

Jean no tuvo tiempo para decir una frase indecente. Los avances médicos habían hecho del seguro y relativamente indoloro parto de bebés una cosa corriente, pero esos avances no aplicaban a una mujer Zentraedi embarazada por un macho humano cuando por derecho ello debería haber sido imposible. O un período de gestación que sólo durase unos cuantos meses pero había, por todas las indicaciones, llegado a término completo. O un embarazo que había estado cerca de llevarse la vida de la madre varias veces por

ninguna razón evidente.

“¿Qué es eso? ¿Qué está mal?” Max preguntó a Jean, cuando allí hubo una conmoción de actividad. Él no podía ver lo que estaba sucediendo desde donde él estaba sentado en el extremo de la mesa médica de parto de Miriya, sosteniendo la mano de ella.

“Estamos trayendo un bebé al mundo. ¿No merece eso darle un beso a tu esposa?” Jean dijo distraídamente a través de su máscara. Pero por dentro, estaba desesperada. Miriya estaba sangrando mal, y nada de lo que Jean podía hacer parecía ayudar.

Miriya gritó, y Max, apretando las manos de ella y murmurándole palabras tranquilizadoras, vio los ojos de ella enrollándose dentro de su cabeza. Él se arrancó su propia máscara.

“¡Mir! ¡Mir! ¡No hagas esto! ¡Por favor por favor, quédate conmigo!”

Ella comenzó a sufrir convulsiones, y Jean, verificando los signos vitales, pensó, La estamos perdiendo.

Max estaba inclinado contra su esposa, sosteniendo su cabeza hacia la de él, llorando y rogándole que no se muriese. “¡Jean, haz algo!”

“¡Shhhh! Estoy intentándolo, Max.” Pero era irremediable.

No te preocupes, Madre; estoy contigo.

Max enjugó sus ojos. “¿Qu-qué dices, Jean?”

“Yo no dije nada, Max. Pensé que tú lo hiciste.” Las enfermeras y los técnicos y otros dos médicos que ayudaban no tuvieron nada que agregar.

Pongan sus mentes a descansar. Todo saldrá bien; ya lo verán.

Jean no tenía tiempo para preguntarse si ella se estaba volviendo loca –escuchando voces directamente en su mente. Las convulsiones de Miriya pararon y sus signos vitales se elevaron y estabilizaron. La hemorragia disminuyó a un goteo, luego cesó.

Y otros acontecimientos continuaron. Hubo unos cuantos segundos laboriosos, pero Miriya pasó por ellos con sus ojos cerrados y una sonrisa dichosa en su rostro.

“Tienen una hermosa y pequeña hija, amigos,” Jean dijo. La niña estaba llorando con entusiasmo. Los ojos de Miriya se abrieron y ella y Max rieron y lloraron, abrazándose mutuamente.

Pero Jean, viendo el cordón umbilical, sintió un aire frío soplar

a través de ella. Ella no era obstétrica, pero había partecado muchos bebés.

Y este era el primer recién nacido que ella había visto alguna vez venir al mundo ya respirando, con los ojos abiertos y los dientes ya brotando.

El bebé se movía débilmente, pero sus ojos se fijaron en los suyos.

Gracias, Jean, esa misma voz dijo.

“Tenemos que movernos rápidamente, Almirante,” Burak dijo a Rick con un tono controlado/impaciente. “Los esfuerzos de Tesla para liberar Peryton son bien venidos, por supuesto, y estoy agradecido que él haya guiado la avanzada, pero yo soy el que ha sido escogido por el Destino para liberar a los míos y convertirme en su señor.

“Mientras me compadezco de los Spherisianos y de la reconstrucción que deben hacer, el hecho es que ellos han sido libertados, mientras que mi gente está bajo el peso de una maldición terrible. Usted puede ver mi punto, estoy seguro.”

Burak estaba aseado y vestido en nuevas prendas, la sangre de Jack Baker lavada de sus cuernos. Rick lo había estado evitando durante días, pero finalmente el Perytoniano lo había detenido y retenido para conversar, en su camino hacia otra reunión de estrategia.

“Um, veo a lo que se refiere, Burak. Me aseguraré que todos en el liderato comprendan.”

“Por favor vea que así sea. Esperaré noticias en mi habitación.”

Burak giró y se alejó a zancadas de modo majestuoso, seguido por unos cuantos de su gente. Rick no pudo deducir si ellos sólo estaban complaciendo a Burak fuera de lealtad y lástima, o si realmente creían toda su palabrería sobre ser el Mesías de su planeta.

Ciertamente, nadie pudo desengañarlo del convencimiento de que Tesla se había marchado para comenzar la liberación de

Peryton, aún cuando ellos le mostraron a Burak los planos de rastreo de las naves de Tesla que escaparon con rumbo a Optera.

Rick había estado listo para atribuirlo todo a la hipnosis de Tesla, o lo que fuera que el Invid usó, pero Gnea y Jack no mostraban ningún signo de ningún efecto residual mientras que Burak aún estaba caminando por ahí hablando como loco de atar. Él se encogió de hombros para sus adentros, y tomó nota para hacer que seguridad mantenga vigilancia sobre los Perytonianos.

Irónicamente, el planeta hogar de Burak era, por fin, el próximo en la larga campaña de los Sentinels. Pero antes de que esa batalla pudiera ser montada, los Sentinels tenían que atender a sus heridos y enterrar a sus muertos. También había que hacer reparaciones al Ark Ángel, a los mechas, a las armas, y al equipo.

Y, a pesar de sus singularidades de conducta crecientes, Burak estaba siendo más cooperativo por cuanto él y sus seguidores mostraban más buena voluntad para responder las preguntas específicas de los oficiales de inteligencia sobre su mundo hogar. Sin embargo el consenso general era que ellos estaban ocultando mucho, los Perytonianos habían dado al resto de los Sentinels más para reflexionar con respecto a ese planeta trágico y maldito.

También estaba la situación de los Spherisianos para considerar: sus ciudades en ruinas, su infraestructura económica e industrial –la parte de la superficie, en todo caso– destruida. Aunque ellos podían sobrevivir en el interior del planeta y reconstruirlo por su propia cuenta, a tiempo, los Sentinels sintieron que era su deber ayudar a los Spherisianos en lo posible antes de partir.

Un mensaje parcial había sido recibido de Max Sterling, y aunque Rick y Lisa ya habían partido para entonces, ellos rebosaron de alegría al oír que Miriya había dado a luz a una niña que la pareja había nombrado Aurora. La grabación de la transmisión estaba borrosa e interrumpida por la estática, pero Rick pensó que Max lucía preocupado, aunque la madre y la hija fueron ambas reportadas estar bien.

De más importancia para la misión era el hecho de que los Haydonitas habían establecido contacto intermitente con Karbarra. Los enormes ursinoides de allí tenían muchos de sus problemas técnicos superados, y la producción de mechas del tipo de la REF y naves menores debía comenzar en semanas –al igual que la construcción de una SDF-7 prototipo clase crucero. Eso no cambió el itinerario de invasión Perytoniano, pero animó a los Sentinels –a los miembros Humanos en particular. ¡La flota que los llevaría a casa estaba ahora en construcción!

El Regente marchó a pasos regulares por sus halls orgánicos abovedados, seguido por su fiel guardaespaldas. Él había perdido todo contacto con Spheris, y podía suponer el resto.

Él había emitido órdenes para desmontar todas las avanzadas y las guarniciones planetarias, para traer a casa a cada soldado Invid para proteger la Colmena Hogar. Pero él sabía que si un enemigo estaba en camino desde Spheris, no había tiempo para refuerzos.

Él se paró finalmente frente a los Niños Especiales, los embriones bio-manipulados dejados atrás por la Regis con la exhortación de que él los dejase llegar a ser lo que ella se había propuesto que fueran, y respetase las cosas que ella había diseñado en ellos.

“¡Bah! ¿De qué utilidad son ellos para los Invid si la Colmena Hogar cae?” Él se había refrenado de violar los deseos de ella con la esperanza constante de que algún día ella retornaría a él; él preservaba los Niños Especiales de ella como un signo de su anhelo por ella. ¿Pero qué beneficio tendría honrarla si ello significaba la derrota y muerte de él?

Él extendió su mano en un barrido hacia las filas y filas de huevos silenciosos y resplandecientes. “¡Apresúrenlos y empóllenlos! ¡Aliméntenlos con los alimentos más nutritivos y hagan todas las demás cosas para aumentar al máximo su –potencial!”

Él giró hacia su séquito reverenciante. “Vean que se haga que

todas las defensas estén preparadas y en alerta. Y preparen mi armadura de combate.”

Si era su destino presidir el fin del imperio Invid, él vería que no le sorprendiese mansamente o a costo pequeño.

Una vez que Jack estuvo fuera de peligro de sus heridas, su relación de odio-amor con Karen comenzó a regresar rápidamente a su antigua armonía agri dulce.

Hubo un par de días –él estaba despierto a intervalos, pero en condición vigilada y tan débil como un gatito– en los que ella fue en realidad dulce con él. Especialmente cuando él logró decir un poco tímidamente, “Gracias por venir al rescate, Lancelot.”

Sin embargo...

“Tan pronto estoy lo suficientemente bien para hacer algo al respecto, tú regresas a ser Atila el Penn,” él dijo burlonamente.

Ella eludió su abrazo ágilmente y arrojó un uniforme limpio y empaquetado en su cara. “El doc dice que estás en estado convaleciente ahora, baboso vicioso sexual, así que vas a convalecer. La nave de Veidt se reunirá con nosotros en el techo en diez minutos, ¡así que muévase, Señor!”

Jack comenzó a desatar su vestimenta de hospital, pero ella salió por la puerta antes de que él pudiera fantasearla.

En realidad, su primera excursión fuera de la enfermería prometía ser el viaje de una vida. Numerosos Sentinels ya habían hecho el viaje; todos habían recibido invitaciones sinceras de los agradecidos Spherisianos.

Da la casualidad que hoy era el primer día que los Hunter podían ponerse en marcha para realizar el peregrinaje, y Gnea, oyendo que Jack iba a ir, decidió ir, también, para una segunda visita. Burak anunció con dignidad augusta que era apropiado que él atestigüase el más protegido santuario en Spheris. Veidt, su nave reparada, sintió que era un buen momento para una prueba de vuelo.

Teal y Baldan II, sabiendo quienes estarían en la nave de Veidt,

insistieron en mostrarles a los Sentinels los alrededores personalmente.

Veidt estaba perfectamente cómodo revoloteando a varios centímetros lejos de la cubierta, pero asientos como sillas de director de patas largas habían sido instaladas para los otros. Además, un almuerzo de día de campo se hallaba en una pila de cajas termales en la parte posterior del espacio para los pasajeros cubierto con una cúpula en forma de burbuja.

“¿Aún no está listo para el vóleibol, Baker?” Rick preguntó inocentemente cuando Karen ayudaba a Jack a sentarse. Jack bufó una risa y luego gruñó de dolor, pero no se quejó; era precisamente el tipo de cosa que él había hecho a otras personas, y él no tenía intenciones de ser acusado de asestar golpes pero no ser capaz de recibirlos.

Aunque Karen podría abusar de Jack, sin embargo, ella no iba a ver a alguien más hacerlo. “¡Almirante! A menos que haya suficientes personas aquí con el mismo grupo sanguíneo para dar transfusiones al Teniente Comandante Baker en el caso de que él se rompa unas tripas, Señor, respetuosamente sugiero que tengamos cuidado con él.”

Rick tosió detrás de su mano para ocultar su sonrisa. “Por supuesto; completamente de acuerdo.” Lisa codeó a Rick, luego miró el devastado pero reconstruido Beroth, temblando silenciosamente de risa.

La nave en forma de cucurucho de helado los llevó a través de la campiña cristalina, hacia una chimenea volcánica que los Spherisianos habían abierto de modo que sus libertadores pudiesen ver su máximo tesoro. Ellos descendieron más allá de vistas tan maravillosas como nada que ellos hubiesen visto en sus viajes hasta ahora.

Finalmente ellos se detuvieron con la brida de paseo estrecha que circundaba el pequeño domo de pasajeros a la misma altura de una pasarela de cristal cortado. Estaban a kilómetros de profundidad, sin embargo la temperatura era agradable, la presión del aire poco diferente de la de la superficie. Rick quiso preguntar cómo podía ser aquello, pero él estaba seguro de que los Spherisianos sólo lo confundirían de nuevo, como lo habían hecho

con los ingenieros y científicos Sentinels.

El equipo salió caminando y siguió a Teal y a su hijo, por un corredor abovedado inmenso de lava sofrenada y trenzada como filamentos múltiples de melcocha. En el otro lado, todos ellos se quedaron mudos excepto por unos cuantos alientos inspirados y en voz alta.

Ningún no-Spherisiano había visto alguna vez aquella representación de Haydon hasta que los Sentinels fueron invitados a los dominios subterráneos de Spheris. Estaba ubicada en el medio de una caverna desde la cual la luz brillaba en saetas lo suficientemente brillantes para incomodar a los ojos de los no-Spherisianos. Se levantaba en la magnificencia facetada y pulida de la montadura de piedra preciosa más hermosa del planeta, una forma de trescientos metros de altura.

Una figura de arcilla.

La materia era de un color indescriptible, imposible de discernir allí donde exhibiciones de luz fantásticas cambiaban de instante a instante. La cuestión de la resistencia del material y la imposibilidad de que tal cantidad inmensa de materia sostuviese su forma apenas valían la pena mencionar, porque la realidad estaba allí ante ellos.

La arcilla no estaba cocida, luciendo como si hubiese sido moldeada sólo momentos antes; sin embargo había estado allí desde la época del mismísimo Haydon. Era como si un artista divino hubiera sido llamado, por un momento, de un trabajo inconcluso. De nuevo allí estaba aquella falta de rasgos excepto la definida fortaleza y nobleza del contorno. Ello coincidía en la forma con los otros que los Sentinels habían visto.

“Haydon fue el modelo vivo para su forma,” Teal dijo con una voz orgullosa y distante. “Vengan; miren de cerca.”

Ella guió el camino hacia un sendero ascendente de un metro más o menos de ancho el cual unía con una red que seguía un curso en espiral alrededor y de arriba abajo de la estupenda caverna. Con temor reverente, el resto comenzó a tirarse dentro de forma automática.

A excepción de Jack, quien echó un vistazo a ese sendero en tirabuzón y supo que nunca lo lograría. En realidad, él ya estaba

sintiendo un dolor agudo en su mitad zurcida por la actividad; las enfermeras le habían hecho prometer que se sentaría en la nave y no se movería en modo alguno, y él ya las había desobedecido.

Karen estaba a punto de ayudar a Jack a ir a la nave de Veidt, pero Gnea intervino. “Yo ya he estado aquí una vez, Hermana. Yo le daré una mano.”

Los otros ya estaban siguiendo la senda empinada a excepción de Burak, quien aún estaba inmóvil ante el Haydon de arcilla. Karen asintió con la cabeza y soltó el brazo de Jack, luego corrió en pos de ellos. Jack cojeó, más o menos apoyándose en Gnea, dejando salir un aliento dichoso cuando ella lo ayudó a sentarse nuevamente en su silla.

“Ya no soy un inválido, Gnea. Puedes ir con los otros; estaré bien.”

Ella se aflojó en una silla junto a él y golpeó ligeramente el antebrazo de él. “Ningún problema, fanfarrón. ¿Tienes hambre?”

“No, yo—”

“¡Bien, yo sí!”

“Bueno, tú eres una Amazona en crecimiento,” Jack señaló.

Capítulo 28

Tal vez el aspecto más intrigante del conflicto Regente-Tesla es uno que no puede ser verificado pero fue un rumor persistente entre los Invid.

Era afirmado en varios cuarteles que al recuento de los huevos de los Niños Especiales dejados atrás por la Regis en su partida le faltaba uno. Rumores ulteriores dijeron que ella había escogido criar uno de la camada selecta como un experimento secreto, no diciéndole a nadie sobre ello, ni siquiera al Niño Especial –y que ella lo crió como un Científico.

Tal vez los crímenes de Tesla eran, como algo salido del drama Griego, aún más enormes de lo que él imaginaba.

Lemuel Thicka, El Templo de las Llamas: Una Historia del Regente Invid

Los peregrinos del santuario de Haydon se separaron, siguiendo por varios caminos que serpenteaban las paredes de la caverna, para mirar el icono estupendo desde ángulos y distancias variadas. Karen estaba caminando sola cuando Baldan emergió de la pared resplandeciente para pararse ante ella.

Él estaba tan vacilante como cualquier macho adolescente acercándose a una hembra mayor y atractiva. “Hay –algo que pensé te gustaría ver,” Él empezó con vacilación. “Me gustaría mostrártelo –para agradecerte por ayudar a enseñarme las destrezas de luchada.”

Ella ingresó con él en un pasadizo que le hizo acordar a ella de una cueva de hielo cortado y pulido. Aquel llevaba hacia un tipo de

galería abovedada o rotonda, donde los objetos estaban ubicados cerca de las paredes de la cámara. Las cosas que él la había traído a ver se parecían ni con mucho a balones de fútbol de diamante, o a estilizados huevos de Pascua, tan grandes como un vehículo terrestre pequeño. Allí había pedestales en escalinata que estaban alineados a lo largo de un diseño celestial complejo en el piso transparente como una ventana.

Baldan guió a Karen hacia uno. “Párate en ese lugar, de este modo, y mira dentro del Microcosmo.”

Ella se colocó en posición, y el huevo frente a ella descendió un poco de modo que su extremidad quedó al nivel de los ojos de ella. Aquel se sombreó maravillosamente con luces y colores aunque era transparente, pero ella no vio nada coherente. Ella estaba a punto de preguntar a Baldan si estaba haciendo algo mal cuando el mundo pareció cesar por todos los lados.

Ella se halló mirando un lugar que había sido asolado peor que Tirol o incluso Spheris. Sin embargo, de algún modo ella supo que aquello una vez había sido una escena floreciente. Ella se estremeció ante los peñascos barridos por el viento, eriales desiertos, y pantanos traicioneros y desagradablemente húmedos. A lo lejos en segundo plano, sin embargo, algo comenzó a enfocarse.

Era una colmena Invid, por lejos más grande que cualquier que ella haya visto alguna vez. Sólo su domo central era más grande que Glike, Beroth, y Ciudad Monumento juntas. Aquella, y las estructuras satélites unidas a ella y una a otra por una red que brillaba tan rojo como conductos de lava, cubrían gran parte de un continente.

“Optera,” ella oyó a Baldan decir. “Y la Colmena Hogar de los Invid.”

Ella se retiró hacia atrás y la visión se apagó. “¿Baldan, qué son éstos?”

“Ellos son nuestros cristales de observación mental para mirar otros mundos. El ver la colmena Invid te ha perturbado, ¿no es así? Lo siento; estúpido yo por comenzar con ese—”

“¡No, no!” Ella posó una mano en su brazo. “¡Fue asombroso! ¿En realidad estuve viendo lo que está sucediendo en este momento en Optera?” ¡El personal de inteligencia del G-2 se volvería loco por

esto!

Pero Baldan sacudió su cabeza. “Éstas son representaciones – descripciones. Y hay otras más placenteras: Garuda y Karbarra y otras que los Sentinels nunca han visitado. Déjame mostrártelos.”

“Me gustaría eso.”

Mientras iban, él habló sobre los diferentes mundos y sus historias. Ella podía decir que Baldan I se estaba destacando más y más en él.

“Para el Regente y Tesla y su gente, Optera es un mundo bello,” él le dijo a ella, “aunque no es el paraíso que era. Parte del propósito de este lugar es recordarnos que Spheris es sólo parte de un esquema mucho mayor de cosas.”

Él hablaba como una persona con un alma añosa, como ella había oído otrora a alguien decirlo. “Yo pienso que eres un hombre muy sabio, Baldan,” ella le dijo.

Él lució alicaído. “Baldan I era en muchos modos la suma de nuestra raza. Él estaba nominado para cosas grandiosas, logros grandiosos, antes de que el Invid viniera. Su muerte fue un golpe muy intempestivo para todos los Spherisianos. Por lo que tengo un gran número de obligaciones que cumplir, como verás.”

La melancolía había caído sobre él. Karen deslizó su brazo por el de él y presionó sus labios contra la mejilla extrañamente tibia y vítrea. “Lo harás muy bien, lo sé. ¡Ahora vamos; muéstrame más!”

A bordo del Ark Ángel, Rem estaba ensimismado en sus estudios. Cabell había contado con que él examinase la mayor cantidad de los datos obtenidos en este viaje como fuera posible, y esperado tener adelantados sus propios estudios también.

Hubo un tono proveniente de la señal de la escotilla de su habitación. Cuando él la dejó abrirse, Janice Em ingresó a la habitación.

Ella vestía la apariencia humana, como ella usualmente lo hacía con él –y con alrededor de la mayor parte de los miembros de la tripulación, para hacerlos sentir cómodos. Aún así, había muchos

quienes mantenía su distancia de ella ahora que sabían que ella era una Persona Artificial.

Rem mismo no tenía tales perjuicios; una razón era que él había estado en el extremo receptor demasiadas veces. Pero había otra, mucho mejor aún.

“Es tarde,” ella dijo. “¿No ha estudiado bastante por una tarde?”

Ella apagó la luz sobre la estación de trabajo de él y tomó su mano, besando su cuello y labios mientras él besaba los de ella. Juntos fueron a la cama de él.

Max Sterling combatió el impulso de no soltar a Aurora, para ver que ella no se hiciera daño. Pero su hija estaba gritando maldiciones, deseosa por practicar su caminata allí sobre el piso alfombrado de la habitación de él.

Él trató de abstenerse de dilatarse en cuán loco era todo ello. Aquí estaba ella, sólo de unas semanas de edad, dando sus primeros pasos. Max la soltó, y Aurora se tambaleó hacia Miriya, quien estaba arrodillada a unos cuantos metros de distancia.

Los cambios en Miriya eran más sutiles que los que tenían lugar en Aurora con cada minuto que pasaba, pero eran inconfundibles. La campeona sin par de las Quadronos ya no parecía tener el más mínimo interés en volver al estado de vuelo o en reasumir su carrera militar en ninguna de sus formas. Siempre que Max tocaba el tema, ella simplemente le daba una sonrisa serena y lo cambiaba.

Era como si el embarazo casi fatal y el nacimiento de Aurora hubiesen dado a Miriya una riqueza secreta de conocimiento.

La bebé Aurora lo estaba haciendo espléndidamente, como lo hacía todo, cuando ella abruptamente se quedó tan dura como un palo, como alguien sufriendo un ataque, y se desplomó. Max y Miriya casi golpearon sus cabezas, al correr hacia ella. Para su inmenso alivio, ella estaba respirando de nuevo, y el ataque parecía haber pasado. Pero ella no daba ningún signo de oírlos.

En vez de ello, ella yacía con los ojos ampliamente abiertos y enfocados en el techo. Ellos oyeron su diminuta voz pero les tomó

unas cuantas repeticiones comprender lo que ella estaba diciendo. Y cuando ellos lo hicieron, Miriya dejó salir un grito de dolor, mientras Max sentía pararse el pelo en la parte posterior de su cuello.

“¡Dana, las esporas! ¡Cuídate de las esporas! ¡Dana, cuídate de las esporas!”

“¿Él no es muy sutil, no es así?” el Regente se burló, mirando en la pantalla. “¿Dónde está todo este refinamiento Evolutivo del que seguimos oyendo?”

Era cierto: el plan de batalla de Tesla carecía de finesa. Aparentemente, él pensaba que la aparición de su fuerza por sí solo obligaría al Regente a rogar por la paz.

“¡Tonto!” el Regente reflexionó, su antena nasal destellando. “¡Él no comprende la fortaleza verdadera de la involución!”

Las fortalezas y las bases defensivas distantes habían sido neutralizadas, y el domo central de la mismísima Colmena Hogar era el objetivo directo de Tesla.

Los transportes comenzaron a diseminar su acopio de naves de desembarco Terror Weapons y naves de escaramuza. Mientras que éstas continuaron adelante, los transportes descendieron para dejar salir filas tras filas de Inorgánicos bípedos y montones de Hellicats. Las naves transportes disparaban en apoyo al asalto pero se mantenían bien atrás, ya que los gigantescos cañones de la colmena estaban disparando en réplica.

Las naves y unidades terrestres de invasión más pequeñas avanzaron intrépidamente, sin embargo. Ataques suicidas por varias Terror Weapons de Tesla resultaron en pérdidas terribles pero tuvieron éxito en dejar fuera de combate a la mayoría de los enormes cañones –algo que habría sido inconcebible en los días

cuando la Colmena Hogar estaba operando a eficiencia y potencia completa.

Era un fratricidio, carnicería entre gemelos idénticos, cuando Inorgánicos combatían a Inorgánicos. Como si dado vuelta, en Spheris los soldados de Tesla habían aprendido trucos de batalla concerniente a tales duelos que los guerreros del Regente nunca habían tenido ocasión de aprender. Esta era otra cosa más a favor del retador.

En un paisaje infernal de ráfagas de Protocultura, de combate de desmembramiento mano a mano, y de matanza y muerte fanática, el ejército partidario del gobierno excedido en número fue hecho retroceder más y más hacia la colmena.

Cuando él consideró que ya era hora, el Regente se volteó hacia uno de sus aduladores serviles. “Suelten a los Niños Especiales al instante.”

Él volvió a girar para observar cuando ellos se levantaban desde las posiciones de avanzada en búnkers camuflados. Los soldados de Tesla fueron atrapados desprevenidos cuando nuevos enemigos irrumpieron en su mismísimo medio.

Aunque le enfurecía el pensarlo, los propios científicos del Regente eran en gran manera los productos defectuosos de la Regis. Ella había querido sólo a aquellos que estuvieran energizados por su Grandioso Trabajo, la búsqueda de la Forma Invid Última. A los otros, ella los expulsó de su presencia.

Por lo tanto los científicos del Regente –en su mayor parte piezas desechadas– no habían sido capaces de sondear todos los potenciales y secretos de los Niños Especiales de ella. Varios sabios habían muerto bajo la furia del Regente. El monarca Invid finalmente decidió que no necesitaba genios o grandiosos artistas biogenéticos, sabios de ESP o guías espirituales. “Denme máquinas asesinas vivientes y respirando,” él ordenó.

Y así fue. Las cosas que comenzaron a rechazar el avance de los invasores eran más grandes que cualquier otro mecha que los Invid alguna vez pusieran en el campo de batalla. Se asemejaban a los Enforcers que la Regis más tarde desarrolló en la Tierra, pero eran más grandes y de una fortaleza bruta mayor, cargando armaduras más pesadas y mayor poder de fuego.

Pero al igual que los Inorgánicos, los Niños Especiales tenían extremidades superiores múltiples. Éstas estaban provistas de pinzas, tentáculos, enormes cuchillas desgarradoras semejantes a guadañas, cañones de armas, y más. Las cosas podían defender y luchar por todas partes.

Ellos atacaban denodadamente las oleadas de ataque de Tesla, acuchillando a los Inorgánico en dos y lanzando las piezas en direcciones diferentes, volándolos en pedazos, desgarrándolos miembro por miembro, o simplemente pisoteándolos dentro del suelo de Optera. El avance fue detenido, las líneas quebrantadas; los Niños Especiales se dispersaron, infligiendo destrucción sobre todo en su camino.

Pero Tesla, en la seguridad de su nave transporte, dio un suspiro de alivio. Sólo en su estado Evolucionado él finalmente había comprendido algunas de las cosas para las que los Niños Especiales fueron diseñados. Una de esas funciones era absorber y almacenar energía de Protocultura.

Diciéndolo correctamente, los Niños no habrían sido particularmente especímenes imponentes o guerreros formidables, pero podrían haber detenido a Tesla de sopetón drenando toda la energía de sus soldados. El Regente, sin embargo, se había aproximado a la situación con exactamente la simple propensión involucionada que Tesla había previsto.

“Segunda oleada,” él ordenó.

En su colmena, el Regente sacudió las paredes con su ira cuando nuevamente el doble de Inorgánicos fueron enviados por Tesla. De nuevo, el renegado estaba dispuesto a sufrir pérdidas horrendas en su campaña hacia la victoria. Por cada Inorgánico que los Niños Especiales mataban, tres más trepaban a ellos.

Los irremplazables Niños Especiales empezaron a sufrir pérdidas, fueron hechos retroceder hacia la colmena, sin embargo lucharon como demonios cada metro del camino. Uno de los tesoros genéticos máximos de los Invid estaba siendo extinguido, a una proporción infernal y sin ningún efecto grandioso, en unos cuantos minutos de una batalla entre líderes igualmente indignos.

“¡Consignen todas las reservas!” el Regente ordenó. “¡Y establezcan un enlace directo de modo que pueda hablar con Tesla

cara a cara!”

Las líneas defensoras titubearon pero conservaron la posición. El último mandato de la colmena estaba sobrealimentando a los guerreros del Regente, y Tesla sufría más desgaste. Pero ello no importaba.

En su nave de mando, él juró, ¡Gobernaré a los Invid!